

STAR WARS

**LA NUEVA ORDEN
JEDI**

TOMO 3

**MAREA OSCURA II –
DESASTRE**

MICHAEL A. STACKPOLE

Título original: Star Wars. The New Jedi Order. Dark Tide II. Ruin.
Publicado por Ballantine Books.
Traducción: Virginia de la Cruz Nevado.

Imágica Ediciones, S.L.:

Alberto Santos & Patricia Forde & Carlos L. García-Aranda.

Diseño y maquetación: Carlos L. García-Aranda. Ilustración de cubierta: John Harris.

Copyright 02000-2003 Lucasfilm Ltd. & TM.

Todos los derechos reservados. Usado bajo autorización. Todos los caracteres y contenidos, traducidos o no, son propiedad bajo Copyright 02000-2003 Lucasfilm Ltd. & TM.

Alberto Santos, Editor.

Copyright por la traducción e2003 Imágica Ediciones, S.L.

1 a edición: septiembre, 2003.

Para los fans de Star Wars

Vuestro conocimiento y dedicación hacen que escribir
estos libros sea todo un reto.

Vuestra pasión por el universo hace que escribirlos
sea indescriptiblemente gratificante.

Hasta que volvamos a vernos...

Reconocimientos

Este libro no habría sido posible sin los esfuerzos de
muchas gente. El autor desea dar las gracias a estas personas,
sin cuya aportación no existiría este libro.

Sue Rostoni, Lucy Autry Wilson y Allan Kausch, de
Lucas Licensing Ltd.

Shelly Shapiro, de Del Rey. Ricia Mainhardt, mi agente.

R. A. Salvatore, Kathy Tyers, Jim Luceno; gracias por
echarme una mano, Bob. Aquí te devuelvo el relevo, Jim.

Peet Janes, Timothy Zahn, Tish Pahl y Jennifer
Roberson.

Y, como siempre, a Liz Danforth, que soporta que, de vez
en cuando, yo me pierda durante meses
por una galaxia muy, muy lejana.

CAPITULO 1

Shedao Shai estaba en su cámara, situada en las entrañas de la nave viviente *Legado del Suplicio*. El guerrero yuuzhan vong era alto y esbelto, de largas extremidades, con ganchos y espuelas en muñecas, codos, rodillas y talones, y se había levantado en toda su estatura, manteniendo las manos abiertas lejos de los costados. Un cordón umbilical carnosos comunicaba la nave con la máscara de cognición que llevaba puesta. El pequeño cable brotaba serpenteante de la pared de coral yorik de la cámara, allí donde se injertaba en el tejido neuronal de la nave.

Shedao Shai veía lo que veía la nave y sabía lo que sabía la nave que orbitaba Dubrillion. Sólo le rodeaba el vacío del espacio, y el planeta giraba lentamente bajo sus pies como una esfera verde azulada. El cinturón de asteroides del sistema se extendía encima de él como un arco móvil, y el lejano planeta parduzco llamado Destrillion flotaba en la oscuridad casi vacía como un pretendiente cobarde.

Esto es lo que se siente al ser dios. Shedao Shai dudó por un momento, apenas un parpadeo, esperando a que se le pasara el miedo por haber blasfemado. Dejó el miedo a un lado, sabiendo que Yun-Yammka, el dios conocido como *El Aniquilador*, le permitiría darse ese capricho como recompensa por haber arrebatado tantos planetas a los infieles. Los Sacerdotes habían dicho a los yuuzhan vong que era allí donde se hallaba su nuevo hogar, en lo que los infieles denominaban Nueva República. Y en Shedao Shai recaía la terrible responsabilidad de liderar el ataque que convertiría en realidad la profecía de los Sacerdotes.

Utilizando los sentidos de la nave como si fueran los suyos propios, Shedao dejó que sus preocupaciones y afectos se disiparan, y utilizó su intelecto para analizar lo que veía. Los yuuzhan vong habían recorrido una gran distancia en sus enormes mundonaves, buscando este nuevo hogar. Los exploradores habían localizado la galaxia cincuenta años antes, y el informe de los supervivientes había convertido en realidad la profecía del Sumo Señor. Por fin tenían un nuevo hogar a su alcance. Después del descubrimiento se enviaron agentes que se infiltraron en la galaxia. Los conocimientos que obtuvieron llegaron a las mundonaves, y toda una generación fue entrenada para limpiar la galaxia de infieles.

Shedao Shai sonrió al mirar hacia Dubrillion. Se suele decir de la guerra que hasta el plan más minucioso puede salir mal ante las dificultades; y eso era lo que había pasado en Dubrillion. Nom Anor, un agente yuuzhan vong, había conspirado con sus hermanos de la Casta de los Administradores para usurpar el lugar de los guerreros. Se lanzó un ataque preventivo que fue rechazado por la Nueva República, no sin provocar pérdidas entre los infieles. Los ataques

iniciales de Shedao Shai tuvieron que reorientarse hacia los planetas de los que los yuuzhan vong habían sido rechazados, para que la conquista fuera completa y la vergüenza de la derrota quedara erradicada del honor de los yuuzhan vong.

El comandante yuuzhan vong cerró el puño derecho mientras su sonrisa crecía. *Si tuviera tu garganta a mi alcance, Nom Anor, mi placer no tendría límites.* Aunque el guerrero no quería pararse a imaginar qué excusas emplearían los Sacerdotes y el resto de los Administradores para explicar las acciones de Nom Anor, Shedao supo con toda certeza que los dioses le castigarían. *Cuando alcances el Cambio, Nom Anor, encontrarás la recompensa a tu perfidia.*

Shedao Shai buscó con su mente los recuerdos almacenados en el *Legado del Suplicio*. Cogió uno de un esclavo que había sido empleado como soldado en la pacificación progresiva que tenía lugar en Dubrillion. El humanoide reptiloide chazrach, de corta estatura y complexión gruesa, había servido bien a los yuuzhan vong en sus guerras; y en algunas, su actuación fue tan notable que mereció el ascender a la escala más básica de la Casta Guerrera. Shedao Shai atrajo el recuerdo hacia sí y se lo puso como si se tratara de un enmascarador oogolith. Al hacerlo, se sintió extraño, ya que el reptiloide era mucho más pequeño que él. Tardó un rato en acomodarse a la sensación de llevar la carne de la criatura, pero cuando lo consiguió comenzó a revivir la misión del chazrach en el planeta que se hallaba a sus pies.

Mientras se sucedían las misiones, se dio cuenta de que no eran muy emocionantes. Aquel chazrach y su escuadrón habían recibido el encargo de limpiar una de las guaridas que los infieles se habían construido entre los escombros de la ciudad principal de Dubrillion. Cada uno de los reptiloides llevaba un coufee, un cuchillo largo de doble hoja, y un tipo de anfibastón más corto que el que utilizaban los guerreros yuuzhan vong. No sólo resultaba más adecuado para la corta estatura de los chazrach, sino que era bastante más rígido, ya que los esclavos parecían estar genéticamente incapacitados para aprender las habilidades básicas requeridas para el manejo de un anfibastón en todas sus posibilidades.

Shedao Shai agitó inquieto los hombros, todavía desacostumbrado a la sensación de la carne alienígena rodeándole, pero dejó que su mente se sumergiera en el recuerdo. A través de los ojos del chazrach vio a los soldados adentrándose en estrechos y oscuros pasadizos. Un olor amargo le alcanzó de repente, y el corazón del chazrach comenzó a latir desbocado. Dos de sus camaradas empujaron para abrirse paso a medida que el pasadizo se ensanchaba. El chazrach empuñó su anfibastón y lo alzó justo antes de que otro esclavo pasara a su lado.

Un rayo de energía roja emanó de la oscuridad, proyectando sombras efímeras, para acabar haciendo explosión entre el grupo de chazrach. Tapándose

el rostro quemado y humeante con las manos, un esclavo pasó corriendo. Con el anfibastón todavía en alto, el esclavo que llevaba Shedao esquivó a su compañero herido, y alzó de nuevo la mirada al oír un sonido de metal chocando contra piedra y una chispa que le advertían de un nuevo peligro.

En una cornisa sobre la entrada del pasadizo había un infiel escondido. Balanceaba de un lado a otro una pesada barra metálica que chocaba contra el techo de la estancia. Dejó caer la barra, que soltó un silbido en su recorrido hacia la cabeza del chazrach; pero el esclavo la rechazó con el anfibastón y atacó con el extremo afilado de su arma. El aguijón se clavó en la parte carnosa de la pierna del hombre, y la sangre salada lo salpicó todo antes de que el esclavo tirara de su anfibastón para recuperarlo.

El hombre cayó con el tirón, giró por el aire y aterrizó bruscamente de espaldas. Se oyó un crujir de huesos, y la parte inferior del cuerpo del infiel se quedó inmóvil. La sangre le seguía saliendo a borbotones del agujero de la pierna, e intentó detenerla con las manos. El infiel clavó los ojos en el esclavo, y el miedo hizo que se le quedaran en blanco, hasta el punto de que pareció que le iban a dar la vuelta en su propia órbita. La boca articuló palabras que se escucharon en un tono quebrado, pero un rápido latigazo del anfibastón hizo que el extremo aplanado sajara el cuello del hombre, silenciando su voz y acabando con su vida de un solo golpe.

Alrededor del chazrach de Shedao había más soldados-esclavo atacando y peleando. Los rayos de energía iluminaban los rincones más alejados de la guarida. Los esclavos caían retorciéndose, agarrándose las heridas sangrantes. Los infieles, entre sus últimos estertores, se desvanecían en charcos de sangre. Los esclavos pasaban por encima de los cadáveres, tanto los de los chazrach como los de los infieles, empujándose unos a otros para llegar al enemigo. La emboscada se había convertido en una desbandada. Los infieles intentaban encontrar una salida, pero la constante llegada de chazrach hacía imposible escapar.

Y entonces, Shedao Shai sintió la tranquilizadora punzada del dolor. Le entró por la espalda, justo por encima de la cadera izquierda, y le salió por el vientre. Sintió cómo el chazrach intentaba suprimir el dolor mientras se lanzaba hacia la izquierda para alejarse del mismo. Se sacó el arma que le había herido, reduciendo un poco el dolor, pero sin conseguir evitar en absoluto que el resto de los chazrach se asustaran al ver la magnitud de su herida.

Se dio la vuelta y alzó el anfibastón, aunque casi erró el blanco. El infiel que le había atravesado con su arma era una hembra bastante joven. El golpe que habría acertado a un adulto en el cuello le dio a ella en la cara, al nivel de los ojos. El arma rompió el hueso y le atravesó el cráneo. La infiel se sacudió espasmódicamente cuando el anfibastón se separó de su cabeza, salpicando de sangre el ferrocemento quebrado de las paredes del laberinto. Cayó al suelo

como un harapo húmedo y gastado, pero no soltó la vibrocuchilla que había empleado para asestar el golpe en el costado del esclavo. El aparato seguía zumbando, con un ruido que intentaba patéticamente imitar a la vida.

Shedao Shai arqueó la espalda y se quitó la máscara de cognición de la cabeza. No le daba miedo la reacción del chazrach a la herida, o que se asustara y se desvaneciera. Shedao Shai había pasado por ese tipo de cosas muchas veces. Pero en aquella ocasión no quería verse interferido por las percepciones de un cobarde. *No quiero ensuciarme.*

El comandante yuuzhan vong abrió los brazos y respiró hondo en su camarote en las entrañas del *Legado del Suplicio*. Sabía que más de uno pensaría que su rechazo a vivir las últimas percepciones del chazrach era propio de cobardes. Deign Lian, su subordinado inmediato en la jerarquía, sin duda sería de esa opinión. Pero el Dominio Lian tenía una historia más gloriosa que el Dominio Shai, al menos hasta hacía poco. *Una historia de triunfos que les han conducido a ser descuidados débiles. Lian me fue enviado para que le inicie en las auténticas pasiones de un guerrero.*

Shedao Shai sabía que lo que había percibido en el chazrach sería considerado por la mayoría como una nimiedad, pero a los Shai no les gustaba verse interferidos por ese tipo de cosas. El dolor que había sentido el esclavo con la vibrocuchilla, un arma blasfema que había corrompido a una inocente y la había inducido a luchar en la guerra, había sido recibido con rechazo. El chazrach había recibido la oportunidad de acceder directamente a la salvación, pero le dio la espalda.

El dolor no debía ser rechazado sino bienvenido. En opinión de Shedao Shai, la única verdad constante en la realidad era el dolor. El nacimiento es dolor, la muerte es dolor, todos los cambios requerían dolor. Rechazar el dolor era como negar la verdadera naturaleza del dolor. La debilidad personal distanciaba a la gente del dolor, que no era algo que tuviera que superarse, sino algo que había que asimilar en el interior de uno para poder trascender y transfigurarse en la apariencia de los propios dioses.

Shedao Shai se acercó a una de las agujereadas paredes de la cámara y acarició una esfera color perla incrustada en el muro. Como si se tratara de arena negra arrastrada por las olas de la playa, el color desapareció de la pared, que quedó transparente. Tras ella, en formación jerárquica piramidal, yacían los restos del Dominio Shai. Sólo una parte del patrimonio estaba almacenado allí. Era impensable que una colección entera de semejante valor se encomendara a una sola persona, y mucho menos a la custodia de una nave como el *Legado del Suplicio*. Los huesos habían sido especialmente seleccionados por los ancianos del Dominio para inspirar a este heredero en particular.

Shedao Shai pasó una mano por la barrera que le separaba de los huesos,

deteniéndose sólo en la abertura de la esquina inferior izquierda. Era allí dónde él quería que reposaran los restos de Mongei Shai, su abuelo, un valiente guerrero que se aventuró en una misión de exploración a un planeta que los infieles llamaban Bimmiel. Mongei se trasladó allí en misión preparatoria para la invasión. Permaneció valientemente en el planeta para poder seguir enviando información a sus compañeros, que regresaron a la flota en espera. El sacrificio de su muerte, como resultado de su afán por cumplir con su misión, conllevó un gran honor para el Dominio Shai, y, en gran medida, había hecho posible —no, *vital*— que Shedao fuera escogido para capitanear la invasión.

Shedao había enviado a dos de sus parientes a recuperar los restos, pero no tuvieron éxito. Neira y Dranae Shai habían sido asesinados por los *jeedai*, los infieles más peculiares sobre los que Nom Anor había enviado información. *Esos jeedai dicen estar emparentados con la vida y ser capaces de controlarla, pero su emblema es un sable láser: un arma que puede destruir sin esfuerzo tanto la vida como a las abominables máquinas. Ellos se consideran por encima de la vida emplean la mítica Fuerza para ocultar su regocijo en la blasfemia mecánica.*

El comandante yuuzhan vong se sacudió un escalofrío, se alejó de la pared de los restos y cruzó la habitación. Allí acarició una barra roja que había en la pared. Ese lado de la sala comenzó a transformarse. La pared de coral yorik comenzó a descender hacia una plataforma. Unos apéndices triples, seis, salieron de la pared. Shedao se giró, contemplando los huesos, y alzó los brazos.

De los dos apéndices superiores surgió un tentáculo de aspecto viscoso que le rodeó las muñecas y apretó fuerte. Los cuatro de abajo también soltaron unas correas que le agarraron de la misma forma los tobillos y los muslos. Se sintió elevado por las muñecas, con los antebrazos tensos. Las articulaciones le chasquearon y pequeñas explosiones de dolor le bajaron por los brazos, haciendo que se le retorcieran los dedos. Sus pies dejaron de tocar el suelo. Se quedó bocabajo, lo que le obligó a retorcer el cuello para poder contemplar los huesos en su dorado resplandor desde arriba.

La luz hacía que las cuencas de los ojos de la calavera situada más arriba parecieran agujeros negros. Shedao Shai contempló primero la izquierda, la más irregular, siguiendo con la mirada el filo cóncavo de la órbita. Nunca había visto viva a aquella yuuzhan vong, y apenas podía reconstruir la cantidad de generaciones que hacía que había muerto, pero podía imaginar que su mirada fue tan cruel en vida como lo era ahora entre las sombras.

Firmemente sujeto en el Abrazo del Dolor, Shedao Shai comenzó a luchar contra sus ataduras. Los miembros de la criatura se contrajeron, doblando los brazos de Shedao y arqueándole la espalda. El dolor comenzó a crecer poco a poco, por lo que Shedao aumentó su resistencia, tirando y empujando, intentando soltarse los brazos. La criatura llamada Abrazo del Dolor tiró de sus

miembros y se retorció de manera que los hombros y la pelvis de Shedao giraron cada uno en una dirección. Si miraba por encima del hombro izquierdo, podía verse el talón derecho. *Pero todavía no lo puedo ver bien.*

Luchó con más ahínco contra el Abrazo, dejando que las agonías plateadas sustituyeran a los rojos rastros de dolor que le recorrían el cuerpo de arriba a abajo. Buscó el dolor, lo paladeó, lo saboreó, intentó cuantificarlo y describirlo, se regocijó secretamente en el hecho de que era demasiado, mucho mayor que el dolor que él podría llegar a infligir en su vida.

Aun sabiendo que aquello le superaba, se obligó a luchar más contra el Abrazo, reuniendo fuerzas para otro explosivo acto de resistencia.

El Abrazo se movió de nuevo, llevándole las muñecas hasta la altura de la nuca. Estirando los dedos, se agarró del pelo de la nuca y tiró para poder contemplar los huesos. El suplicio era absoluto, y estimulaba todas y cada una de sus terminaciones nerviosas. No podía ni enumerar todo lo que sentía. Era demasiado, y llegaba tan rápido, y le arrasaba de dolor hasta que...

...hasta que todo lo que soy es dolor.

Cuando consiguió lo que deseaba, sus labios dejaron al descubierto una sonrisa mellada. Los infieles hacían todo lo posible por escapar de este tipo de dolor. *Se disocian de la realidad. Es por eso que son una abominación que debe eliminarse de la galaxia.* A él le daba igual que los humanos hubieran llegado antes. Sólo le importaba que los dioses habían dado a los yuuzhan vong la galaxia y la misión de librarse de aquellos no creyentes.

Envuelto en agonías inimaginables, Shedao Shai se dedicó de nuevo a la sagrada misión otorgada a los yuuzhan vong. *Hemos venido a traerles la Verdad. Ahogándose en un crisol de dolor, los afortunados conocerán la salvación antes de morir. El resto...* Se detuvo cuando una explosión de dolor le subió por la columna hasta el cráneo. *El resto se quedarán sin vida, como las máquinas a las que adoran, y los dioses se regocijarán, pues nuestro destino será cumplido.*

CAPITULO 2

El chasquido de los sables láser ahogaba el profundo respirar de Luke Skywalker. Miraba mientras el contundente golpe hacía que Mara Jade Skywalker se tambaleara hacia atrás. Luke podía sentir la Fuerza fluyendo alrededor de ella, formando líneas que parecían atacarla, atravesarla. Luke alargó una mano, dispuesto a convertir esos abruptos vértices en suaves curvas.

Pero, antes de que pudiera hacerlo, Mara empleó la inercia de su movimiento. Rodó sobre el costado derecho, se puso en pie y asestó una estocada en barrido con su sable láser azul. Su roja melena centelleaba al moverse de un lado a otro. Sus ojos verdes brillaban con otro tipo de luz, una luz que hacía juego con la feroz expresión de su rostro, que no delataba ni un sólo signo de debilidad por su parte.

Su contrincante saltó por encima de la hoja del sable, pero ni tan alto ni tan grácil como lo hubieran hecho otros Jedi. Corran Horn aterrizó y se cambió el sable láser a la mano izquierda, clavándolo en el suelo. Echó chispas al encontrarse con el arma de Mara. Corran giró sobre el talón izquierdo y le dio una patada lateral a Mara en la cabeza. Ella salió impulsada hacia atrás y, con una voltereta, se puso en pie.

La mujer alzó la hoja en guardia, a la altura de su cabeza. Corran se puso frente a ella, agarrando el sable con ambas manos y apuntando al suelo, hacia su pie derecho. La luz de las hojas parecía convertir su sudor en un brillo iridiscente, visible en el rostro y los brazos desnudos de Mara y el empapado torso de Corran.

Mara atacó y Corran esquivó. Intercambiaron golpes, retirándose y atacando por turnos. Luke se maravilló con la complejidad de la Fuerza que fluía alrededor de ambos. Había visto grandes demostraciones de la Fuerza, *hace años, antes de llegar a comprender las sutilezas de la Fuerza*, y demostraciones todavía más fluidas del manejo del sable láser, pero el enfrentamiento que presenciaba en ese momento era otra cosa. Mara y Corran, amigos desde hacía tiempo, buscaban llevarse mutuamente al límite, utilizando la astucia, la habilidad y la fuerza para hacerlo. Alternaban la defensa y el ataque, pasando por una cantidad ingente de variaciones. El objetivo no era causar daño, sino obligar al otro a impedir que se hiciera el daño.

Y lo que todavía lo hacía más destacable era que ninguno de los dos se hallaba en plenas facultades físicas. Mara llevaba tiempo luchando contra una enfermedad que mermaba sus fuerzas y desafiaba a los tremendos esfuerzos de Luke por ayudarla. Pero éste sabía que podía haber sido peor: Mara era la única que había sobrevivido de las cien personas diagnosticadas con esa enfermedad. *Su permanencia en la Fuerza la ha mantenido con vida, y siempre deja que la Fuerza*

fluya por su interior durante el combate.

Por su parte, Corran acababa de terminar un tratamiento de bacta para recuperarse de las heridas mortales recibidas en la lucha contra los yuuzhan vong en Bimmieel. Aunque las heridas se habían curado, incluyendo los efectos a largo plazo de una biotoxina, no le era fácil recuperar la forma y estar preparado para el combate. Luke se dio cuenta de que Corran respiraba con dificultad debido al ejercicio, y sonrió. *Ya no somos tan jóvenes como antaño.*

Mara hizo chocar su sable contra el de Corran, obligándolo a retroceder. A Corran se le torció el tobillo derecho, y cayó al suelo de la zona de entrenamiento. Dio una voltereta hacia atrás y se apoyó en la rodilla derecha. Mara quedó a su izquierda. Su contrincante alzó el sable láser, apoyando la empuñadura en el vientre, y giró la muñeca derecha. El ensamblaje interno del arma varió, duplicando la longitud de la hoja del sable y dándole un tono de azul amatista profundo.

Mara soltó una carcajada y se lanzó al ataque contra el haz de energía púrpura de Corran. Aunque Corran podía llegar hasta ella con su sable, un simple ataque podría hacer girar la hoja completamente, para lanzarse entonces hacia delante y luego atravesarlo con su arma. El factor sorpresa implícito en la táctica de Corran al duplicar el tamaño de su hoja había funcionado antes, pero Luke sabía que Mara se lo esperaba, y estaba seguro de que tenía una estrategia para contrarrestarlo.

Mara hizo un gesto para echar a un lado el arma de Corran con el sable, pero no saltaron chispas ni hubo siseo al encontrarse ambos láseres. Su potente golpe hizo que la mujer diera una vuelta y, al completar el círculo, la hoja azul describiera el símbolo de infinito en el aire. Retrocedió dos pasos, apagó su arma y saludó solemnemente a Corran, antes de caer de rodillas con el sudor pegándole los mechones de pelo en la cara.

Luke arqueó una ceja, mirando a Corran.

—¿Cuánto tiempo llevas esperando para utilizar esa táctica? Corran apagó el sable y volvió a rotar el ensamblaje, devolviéndolo a su posición original. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas.

—Desde que luché con los vong. No podemos percibirlos a través de la Fuerza, así que no podemos intuir dónde están. Eso dificulta la defensa. Mara soltó una risita burlona.

—Apagar el sable así, en mitad de una pelea, es una tontería.

—Lo sé, pero también podría haber vuelto a variar la longitud de la hoja cuando lanzaste el ataque para rechazar mi sable. Un parón es muy efectivo contra un oponente si sabes que te va a atacar. Supuse que tendrías que presionar en el ataque. Dupliqué la hoja, dándote la posibilidad de dejarme

desarmado, y entonces apagué el sable cuando te lanzaste a por él. Con sólo encenderlo de nuevo te habría ensartado.

Luke sintió un escalofrío. Recordó a su Maestro, Obi-Wan Kenobi, alzando el sable láser a modo de saludo y apagándolo cuando Darth Vader le mató. *Aquella vez también funcionó como táctica. El sacrificio último para la victoria última.*

El Maestro Jedi sonrió y abrió las manos al caminar hacia el centro de la sala de entrenamiento. Podía ver su alrededor, y por encima de su cabeza, el ordenado fluir de deslizadores y hovercamiones atravesando el cielo de Coruscant, al otro lado de la enorme cúpula de transpaciencia. Todo parecía tan natural y normal cuando miraba al mundo exterior, pero dentro de la cúpula, en el cuartel general de los Jedi, en Coruscant, las cosas andaban revueltas, como nubes de tormenta formándose en el horizonte.

—Los dos lo habéis hecho de maravilla, teniendo en cuenta la situación. Mara se levantó con cierto esfuerzo.

—Podemos hacerlo mejor. Tenemos que hacerlo mejor. Vamos. Corran negó con la cabeza, salpicando con el sudor del pelo y la barba.

—A mí me quedan fuerzas todavía para uno más, creo.

Luke frunció el ceño.

—No, se acabó, ya habéis tenido suficiente.

Por el otro extremo de la sala se aproximaba un Jedi cuya túnica negra ondeaba a su paso, caminando a grandes zancadas por la galería. Además de su impresionante apariencia, hacía gala de una ardiente mirada. Sus labios se curvaron con desprecio al esbozar una sonrisa. Una fría sonrisa.

—Buenas tardes, Maestro Skywalker.

Pronunciaba la palabra "Maestro" convirtiéndola en un simple título, ya que eliminaba de ella cualquier tinte de respeto.

—Buenas tardes, Kyp Durrón —Luke mantuvo la voz firme, a pesar de que no le gustaba el tono empleado por Kyp—. Pensaba que habíamos quedado más tarde.

Kyp se detuvo al otro lado de los sudorosos combatientes.

—Convencí a los demás para que se dieran prisa en arreglar sus asuntos —señaló con la mano enguantada hacia la galería—. Estamos preparados para celebrar la conferencia bélica.

Luke alzó la barbilla lentamente.

—Esto no es una conferencia bélica. Los Jedi no van a la guerra. Somos protectores y defensores, no agresores.

—Con todos los respetos, Maestro Skywalker, esa diferencia es mera-

mente semántica —Kyp se llevó las manos a la espalda—. Los yuuzhan vong están aquí y pretenden conquistar gran parte de la galaxia, si no toda. Como defensores ya hemos fracasado, pero como agresores saboreamos el triunfo. Ganner Rhysode y Corran atacaron Bimmiel y se llevaron su recompensa. Nosotros defendimos Dantooine y fuimos rechazados.

Corran suspiró.

—Y ahora, por si no te habías dado cuenta, Bimmiel también pertenece a los yuuzhan vong, Kyp —dijo—. Y Ganner y yo hicimos lo que hicimos para proteger a un grupo de personas a las que habían hecho prisioneras. Fue así de sencillo.

Kyp frunció el ceño, contemplando a Corran y emanando irritación.

—Semántica otra vez. Atacasteis a los yuuzhan vong y acabasteis con ellos, que fue la única manera que tuvisteis de salvar a los que protegíais. En fin, los demás han venido conmigo y esperan en el auditorio. ¿Qué debo decirles, Maestro?

Luke cerró los ojos un momento y asintió lentamente.

—Diles que aprecio el hecho de que hayan venido tan pronto. Que, por favor, descansen. Que pasen la noche en la contemplación de la Fuerza. Su petición será escuchada con respeto y tenida en cuenta. Mañana nos reuniremos.

—¿Mañana? Escucho y obedezco, Maestro.

Kyp inclinó la cabeza de forma rápida y superficial, giró sobre sus talones y salió de allí, marchando con precisión. Luke notó que Corran contemplaba la salida de aquel hombre mientras acariciaba el botón de encendido de su sable láser. Mara ni siquiera miraba a Kyp, pero los arrebatos de furia fluían de ella como las señales de radiación en un púlsar.

—Sé que os parece un tanto irritante... —dijo Luke.

Corran se giró al oír a Luke.

—¿Irritante? O yo estoy ocultando mis sentimientos o tú estás siendo demasiado amable. Si tuviera algún talento para la telequinesia le habría estrangulado con su propia capa.

—¡Corran! —Mara le miró disgustada.

—Lo siento, supongo que eso no sería propio de mí...

—No es propio de ti ser tan evidente —Mara entrecerró los ojos—. Tienes que ser más sutil. Localizar una arteria parcialmente bloqueada en su cerebro y pinzarla. Sin más, él cae y ya está.

Corran sonrió.

—Ahora sí que siento no controlar la telequinesia.

—Ya basta —Luke negó con la cabeza—. Sé que sólo bromeáis, pero eso contribuye a agravar el problema que tenemos con Kyp y los suyos. Han crecido en la era posterior al Imperio. Siempre han soñado con llegar a ser Jedi que destruyeran la mayor amenaza jamás conocida. Lo mismo que hice yo para luchar contra el Imperio, lo que tuve que hacer para vencer al Imperio... Creen que todas las amenazas deben tratarse así. El golpe del sable láser es la última palabra de la justicia. Y ellos saben que no es así, pero el hecho de que los yuuzhan vong sean ajenos a la Fuerza nos deja con el sable láser como única arma para combatirlos.

El Jedi corelliano se enjugó el sudor de la barba.

—Y supongo que matar a dos yuuzhan vong en Bimmiel no ayudó mucho a que cambiaran de parecer, ¿no?

—No tuvisteis elección, Corran; y estuviste muy cerca de morir en Bimmiel —Luke suspiró—. Kyp y los suyos han pasado eso por alto. Tú acabaste herido, y ahora te consideran débil. No alcanzan a entender el poder de los yuuzhan vong. Y dado que los seguidores de Kyp se creen mejores que tú, piensan que si tú pudiste vencerlos, ellos también podrán hacerlo, y con facilidad.

Mara asintió.

—Y el hecho de que Anakin matara todavía más yuuzhan vong en Dantooine ha provocado que muchos de ellos subestimen el potencial de los vong. Lo que aprendimos en Dantooine es escalofriante. A los yuuzhan vong sólo les importa cumplir con su deber, y no temen en absoluto a la muerte. Y los Jedi que recurren a la intimidación para mantener a raya a sus enemigos deberían estar aterrorizados ante un enemigo que no teme morir en absoluto.

Luke se masajeó las sienes.

—Eso es lo que más me preocupa. El miedo y el terror, el dolor, la envidia y el desprecio. Todas son cualidades del Lado Oscuro.

—Sí, Maestro, pero hay que ser realistas —Corran se colocó el sable láser en el cinturón—. Los vong son crueles e inexorables. No podemos percibirlos con la Fuerza. Eso elimina la mayoría de las habilidades empleadas por los Jedi. Y la pérdida de potencial trae el miedo.

—No, Corran, te equivocas —Luke cerró el puño derecho y se lo llevó al corazón—. Somos Jedi. No es el poder que tengamos o las armas que utilicemos. No dejo de ser un Jedi cuando un ysalamiri me priva de la Fuerza. Y los demás permiten que el miedo les distancie de esta verdad irrefutable. Servimos a la Fuerza, tanto si nuestros enemigos son parte de ella, como si no.

Corran frunció el ceño, cavilando, y luego asintió.

—Entiendo lo que dices, pero no estoy tan seguro de que ellos lo entiendan. Admítelo, la reacción normal ante el miedo es atacar lo que nos atemoriza.

—O bien —añadió Mara en tono inquietante— intentar ganarnos su favor para procurar no ser su objetivo.

Luke siseó.

—No me gusta cómo suena eso, Mara.

En Belkadan, Luke había visto seres esclavizados por los yuuzhan vong, pero se preguntaba si ésa situación no se habría producido con el beneplácito de las criaturas. *El miedo puede motivar a la gente a realizar todo tipo de cosas irracionales.* No quería ni pensar en la posibilidad de tener que enfrentarse a ciudadanos de la Nueva República para rechazar un ataque de los yuuzhan vong.

—Pero Corran sí que tiene algo de razón. Kyp está llamando a este encuentro "conferencia bélica", y eso es señal evidente de que algunos desean dar un escarmiento a los yuuzhan vong. —Luke se pasó una mano por la frente—. Nuestra misión como Jedi es sencilla. Vamos a los planetas fronterizos y ayudamos a evacuar a los indefensos, coordinando además las posiciones defensivas. Dantooine es un mal ejemplo de cómo pueden salir las cosas, pero la verdad es que conseguimos que escapara parte de la población. No lo habrían conseguido de otra forma.

Mara alzó la mirada.

—¿Y las misiones de exploración? Eso fue lo que hiciste en Belkadan y fue de utilidad. Aprendimos mucho de tu estancia allí. Corran y Ganner también obtuvieron información provechosa, como esas muestras de biotecnología que utilizan los yuuzhan vong, y ese cadáver momificado de uno de los suyos. Cuantos más datos recopilamos sobre ellos, mejor podremos vencerlos.

—Estoy de acuerdo, pero con menos de cien Jedi y cientos de planetas como objetivos potenciales, ¿cómo repartiremos a los nuestros? Corran asintió.

—Bueno, creo que todos somos conscientes que con eso no tenemos forma de ganar la batalla política. Si no hay Jedi en el planeta que sea invadido, nos culparán. Si hay pocos Jedi y no pueden detenerlos, y sabemos que es lo más probable, también fracasaremos. No sugiero que nos crucemos de brazos, pero debemos tener presente que nunca podremos complacer a aquellos a los que no podemos ayudar.

"Por otra parte, el argumento de Mara contiene una obviedad: los únicos sitios en los que sabemos con seguridad que vamos a encontrar a los vong es en los planetas que ya han tomado. Puedo repasar los datos sobre esos mundos para averiguar si es posible infiltrar una misión en ellos. No será fácil.

—Nada de esto va a ser fácil, Corran —el Maestro Jedi se acercó y cogió la mano de Mara—. Nosotros tenemos que asegurarnos de que los Jedi hagan todo lo posible para cumplir con su misión. No temo las críticas externas. Lo

que me da miedo es que un fracaso nuestro pueda destruir a los Jedi desde dentro. Y, si eso ocurre, los yuuzhan vong se encontrarán sin oposición alguna.

CAPITULO 3

Jacen Solo se sentía algo raro al regresar a la casa de Coruscant donde había pasado gran parte de su vida. Podría decirse que se había criado allí, pero él sabía que no era del todo así. Había viajado por toda la Nueva República con sus padres, y había pasado luego una larga temporada en la Academia Jedi.

El sitio no parecía muy diferente a como él lo recordaba. Su habitación estaba al fondo del pasillo. El dormitorio de sus padres, en el piso de arriba. C-3P0 seguía yendo de un lado a otro, pasando de una crisis a otra y deteniéndose sólo para decir lo contento que estaba de ver nuevamente a Jacen. El comportamiento del androide dorado de protocolo, aunque algo irritante, era una de las cosas que hacían que Jacen se sintiera como en casa; aunque, por alguna razón, esa sensación le incomodaba.

La sensación de incomodidad de su habitación le molestaba. Anakin, su hermano pequeño, miraba por el ventanal de transpariacero, estudiando las líneas dibujadas por los deslizadores que atravesaban el cielo de Coruscant. Jacen apenas podía sentir a Anakin con la Fuerza, como si su hermano estuviera a kilómetros de allí. Lo poco que pudo percibir era sombrío, teñido de aprensión.

Por otro lado, Jaina, su hermana gemela, resplandecía de emoción. Al verla allí, con su oscura melena recogida en una gruesa trenza y los brillantes ojos negros, no pudo evitar sonreír. Estaba tan contenta por pertenecer al Escuadrón Pícaro que su alegría era contagiosa. Como gemelos, siempre habían estado muy cerca y habían compartido mucho. Aun así, le había sorprendido cómo había destacado Jaina en su nueva labor.

Una grata sorpresa.

Jacen la envolvió en un abrazo cuando entró en el gran salón.

—Te he echado de menos. Has estado muy ocupada con el escuadrón, ¿verdad?

Jaina le devolvió el abrazo con fuerza, y le besó en la mejilla.

—Sí. Estamos reclutando nuevos pilotos y estoy ayudando con las pruebas. Estudio sus reacciones cuando les mostramos lo que los yuuzhan vong hacen en combate. Queremos seleccionarlos en función de su rendimiento y ese tipo de cosas.

Jacen sonrió.

—Los sentidos Jedi son buenos para eso.

—Ya, pero lo increíble es que nosotros redactamos los informes después de las simulaciones y las entrevistas, mientras que cada miembro del comité lo

hace de forma independiente. Wedge Antilles y Tycho Celchu también están colaborando, y, es curioso que, sin emplear la Fuerza, ellos acaben descartando a los mismos candidatos que yo. Sus años de experiencia les sirven de la misma forma que a mí la Fuerza.

Anakin soltó una risilla.

—No creo que los años de experiencia les sirvan para levantar rocas. Jaina le dedicó una mirada reprobadora de hermana mayor.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Jacen se sentó en el sofá.

—La experiencia es algo que puede ayudar a cualquiera, incluso a los Jedi. Aprender de las cosas, no repetir los errores.

Anakin asintió y volvió a mirar por el ventanal.

—Menos mal que hay cosas que son irrepetibles —dijo.

Su hermana suspiró y se acercó a él.

—Anakin, no fue culpa tuya...

Anakin alzó una mano para detenerla. No recurrió a la Fuerza para hacerlo, pero Jacen supo que podría haberlo hecho si Jaina no se hubiera detenido y hubiera bajado los brazos.

—No paráis de decírmelo, y en lo más hondo de mi corazón lo sé, pero librarme de la culpa no significa que no me sienta responsable. Puede que no lo matara, pero ¿hubo algo que yo no hice y que podría haberlo salvado?

Jaina negó con la cabeza.

—No hay forma de saberlo.

Anakin se giró e intentó borrar su atormentada expresión.

—Si tienes razón, entonces estoy maldito, Jaina. Necesito creer que sí hubo algo, por si la próxima vez...

Jacen se incorporó en el asiento.

—Ya has pasado por esa "próxima vez", Anakin. Salvaste a Mara.

—Claro, justo hasta que Luke y tú nos salvasteis a nosotros. No creas que no te estoy agradecido, que lo estoy —una de las comisuras de sus labios se curvó en el gesto de una sonrisa—. Estoy a punto de encontrar la respuesta, pero tengo que buscarla solo.

Jacen asintió. Se dio cuenta de que Anakin en ningún momento había dicho el nombre de Chewbacca. La muerte del wookiee les había dolido a todos, terrible y profundamente. Siempre había formado parte de sus vidas, y cuando lo perdieron, fueron realmente conscientes de lo fuerte que era el lazo que les

unía. Su muerte había abierto una herida que, para Jacen, no había ni empezado a curarse.

Los tres se quedaron callados, pensativos. Anakin volvió a mirar por el ventanal, pero sus ojos estaban perdidos en alguna parte, sin ver nada. Jaina cruzó los brazos y se desplomó en el sofá junto a su hermano. Frunció el ceño, y Jacen casi pudo leer los recuerdos de Chewbacca que fluían de ella. Él, personalmente, recordó la suavidad del pelo del wookiee y la fuerza de sus brazos, su sentido del humor, su infinita paciencia con los niños humanos poseedores de la Fuerza.

—Hay mucho silencio por ahí abajo...

Jacen alzó la mirada y vio a un hombre en lo alto de las escaleras, pero le costó un instante darse cuenta de que era su padre. La voz ayudaba, pero tenía un tono roto, y tan ronca que le sorprendió. Su padre llevaba ropa holgada, y tenía la tez teñida de una palidez gris en lugar del bronceado de tantos soles. Han Solo se había retirado el pelo de los ojos, pero Jacen nunca se lo había visto tan largo. Al tenerlo tan largo no se le veían mucho las canas, pero en las sienes eran muy visibles.

Pero lo que menos le recordaba a su padre era cómo descolgó aquel comentario inicial. Jacen le había oído articular esa frase unas cien veces antes, normalmente cuando la cosa estaba tensa, cuando había que romper el hielo familiar. Su padre sonreía, abría los ojos y decía: "Qué silencio, ¿acaso ha muerto alguien?". *Que no puedas decir eso, padre, me indica lo grave que es la situación.*

Jacen se levantó del sofá.

—Qué alegría verte, papá. Vine en cuanto Trespeó me dio tu mensaje.

—Ya lo sé —Han asintió y bajó por las escaleras—. *Palo dorado*, no les has dado nada de beber.

—Bueno, amo Solo, la costumbre es...

—¿La costumbre?, pero si son mis hijos —Han sonrió—. ¿Qué queréis? Jaina negó con la cabeza.

—Yo nada, tengo que irme.

—Jacen, tú seguro que quieres algo —Han miró al androide de protocolo—. Yo creo que tomaré...

—Da igual, papá, no quiero nada.

Han frunció el ceño.

—Pues yo no quiero beber solo.

Anakin alzó la mano para rechazar la invitación, sin darse la vuelta.

El mayor de los Solo se encogió de hombros, incómodo, raro, como si necesitara aceite en las articulaciones.

—Bueno, supongo que podré esperar un poco.

Jaina miró a su padre.

—El mensaje parecía muy urgente. ¿Qué pasa?

Han respiró hondo y soltó el aire lentamente. Se sentó en una silla e indicó a Jacen que se sentara también. Luego miró a Anakin y le hizo un gesto para que también tomara asiento, pero el chico estaba de espaldas y no lo vio.

Han esperó un momento a que Anakin se moviera, pero al no hacerlo se limitó a apoyar los codos en las rodillas.

—Mirad, no sé cómo deciros esto. No es fácil... —se miró los puños, frotándose uno contra otro—. Perder a Chewie... —su voz se quebró por un momento y tragó saliva.

—No pasa nada, papá, ya lo sabemos —Jaina sonrió valientemente a su padre—. Todos queríamos a Chewie.

Han se pasó la mano por la cara.

—Perderle me hizo pensar en las otras cosas que tenía y que podía perder. Y eso me asustó más que nada en el mundo. Yo, Han Solo, asustado. Anakin alzó la barbilla.

—No es algo fácil de admitir para nadie.

Su padre asintió una vez, lentamente. El gesto vino con un arrebato de ira y dolor que taladró a Jacen.

Jacen se colocó junto a su padre y le palmeó la espalda un tanto incómodo.

—Lo entendemos, papá, de verdad que sí.

Pero su padre le hizo callar.

—Ya, bueno, lo cierto es que no hay nada que entender.

Jacen suspiró. *Quizá vencamos a los yuuzhan vong, pero ¿sobrevivirá mi familia a la batalla?*

CAPITULO 4

En la pequeña sala de reuniones, Leia Organa Solo se levantó lentamente de la silla, se apoyó en el borde de la mesa con ambos brazos y hundió un momento la cabeza entre los hombros. El dolor que sintió en éstos le hizo alzarse enseguida. Sabía que los demás estaban tan cansados como ella, pero, dado el devenir de los acontecimientos, ninguno podía permitirse descansar.

Sobre el holoprojector incrustado en el centro de la mesa negra flotaba la representación de una parte fronteriza de la Nueva República. Los planetas de la Nueva República y el espacio que había entre ellos brillaban con un suave resplandor dorado. En la parte superior izquierda, el Remanente Imperial estaba sombreado de color gris, y los planetas parecían perlitas negras. Los planetas y el espacio marrones eran como una vibrocuchilla clavada en el corazón de la Nueva República. Una hilera de esos mundos trazaba una línea en la Nueva República, bordeando justo la frontera del Remanente.

—Los datos siguen llegando. El silencio desde Belkadan, Bimmial, Dantooine y Sernpidal no debería sorprender a nadie, dado que los yuuzhan vong han tomado esos planetas, y no tenían mucha población para empezar. Siguen llegándonos informes de Dubrillion, pero cada vez son menos y más espaciados. Es como si Dubrillion fuera a convertirse en el cuartel general para los yuuzhan vong, al menos a corto plazo. De Garqi apenas nos llega nada; pero, por lo que parece, los yuuzhan vong han aterrizado allí, tomando el control y emprendiendo acciones para lo que sea que quieran hacer.

El almirante Traest Kre'fey, un joven bothan cuyos ojos violetas estaban veteados de dorado, se acarició la suave melena blanca.

—Los refugiados están pasando por Agamar bastante rápido. Estamos obteniendo información de testigos cualificados, pero los informes que nos envían coinciden con lo que nos contaste que ocurrió en Dantooine. Parece que los yuuzhan vong están utilizando tropas de aproximación para la mayoría de las operaciones de limpieza o de asalto a gran escala. Nos han llegado informes de esclavos experimentales, y rumores sobre colaboracionistas; pero, de momento, esto último apenas pasa de rumor.

Borsk Fey'lya, líder de la Nueva República, arrugó su rostro en una mueca burlona.

Es de esperar que algunos se acobarden y decidan unirse a los más fuertes. Ya lo vimos en el Imperio.

Leia negó con la cabeza.

—Los yuuzhan vong son mucho peores de lo que nunca llegó a ser el Imperio.

—Desde tu perspectiva, Leia. El Imperio trató a los no humanos con la misma crueldad que estos yuuzhan vong muestran hacia los humanos. Ahora ya sabéis por lo que pasamos nosotros.

Reprimió una carcajada que le contrajo el estómago, y sonrió al bothan, enseñándole todos los dientes.

—Destruyeron mi planeta, Borsk.

—Ah, sí, no paras de recordárnoslo...

El comentario de Borsk Fey'lya quedó inconcluso cuando Elegos A'Kla, un caamasiano, estiró una mano y se la puso al bothan sobre el antebrazo. Leia vio los músculos tensándose en el brazo de Elegos, y la consecuente sacudida de Borsk.

La voz del caamasiano se mantuvo firme.

—Nuestra fatiga puede disparar nuestros temperamentos, pero no debemos olvidar cuál es nuestro deber aquí —inclinó la cabeza hacia los otros humanos de la habitación—. Parece que el general Antilles tiene un datapad lleno de apuntes.

Wedge Antilles alzó la vista, pestañeó con sus ojos marrones y sonrió.

—He estado intentando ver las cosas con los mismos ojos con los que miraba las instalaciones y los movimientos imperiales, y tengo unas cuantas preguntas básicas que requieren respuesta.

Borsk Fey'lya se frotó el antebrazo.

—¿Como cuáles?

—Pues, en primer lugar, Sernpidal. Arrastraron una luna hasta el planeta, desatando un cataclismo devastador. No conseguimos evacuar a todo el mundo. Según los físicos planetarios, la civilización ha sido completamente eliminada, y de sobrevivir alguna criatura, probablemente se verá obligada a recurrir a la carroñería para subsistir.

Fey'lya resopló.

—El Imperio destruyó Alderaan, tal y como Leia nos ha recordado una o dos veces. Sernpidal ha sido un mensaje para nosotros.

Wedge negó con la cabeza.

—Eso no tiene ningún sentido. Recuerde que utilizaron algún tipo de criatura para sacar la luna de su órbita. Los recursos que han tenido que invertir para criar una bestia de ese tamaño y potencia deben de ser increíbles.

Elegos alzó un dedo peludo y rubio.

—¿Cómo puede estar seguro de eso, general?

—Nos han llegado informes del tipo de naves y armas que utilizan. Y, aunque sus sistemas defensivos y de propulsión dependen de criaturas que, de alguna manera, pueden manipular la gravedad, ninguna de ellas tiene ni una fracción de la potencia necesaria para arrancar una luna de su órbita. Si la creación de una criatura así fue fácil, las naves y los sistemas que ya hemos visto podrían haberse desarrollado mucho más.

Apoyando los codos en la mesa, Wedge se apretó una mano contra la otra, juntando las yemas de los dedos.

—Sabemos que la criatura de Sernpidal murió antes de que la luna se estrellara contra el planeta. No logró escapar antes. Y, teniendo en cuenta que la interrupción de la órbita hacía el choque inevitable, podemos afirmar casi con toda seguridad que los yuuzhan vong no tenían intención alguna de recuperar a la criatura. Consideraban que el resultado bien valía el sacrificio de los medios empleados para obtenerlo. Lo cual me hace creer que probablemente estén tramando algo más en Sernpidal.

Traest frunció el ceño.

—Entiendo tu razonamiento, Wedge, pero tu hipótesis se basa en obtener un beneficio de una inversión. ¿Y si ellos no opinan así? ¿Y si consideraban que esa criatura estaba, digamos, impura, por hacer lo que había hecho? Quizá no la recuperaron porque podría haberles mancillado.

—Es posible —Wedge se encogió de hombros—. En ese caso, si su patrón de razonamiento está tan alejado del nuestro, será imposible anticiparnos a ellos y responder a sus movimientos.

Leia se rascó la nuca.

—Estoy a favor de ampliar nuestro conocimiento sobre los yuuzhan vong. El tipo de instalaciones que mi hermano encontró en Belkadan sugiere que, ciertamente, necesitan utilizar los recursos de los planetas invadidos para reabastecerse y reforzar a las criaturas que destruimos. Y, en ese caso, me pregunto qué estarán haciendo con los restos de Sernpidal. He leído algunos de los informes que ha recibido Wedge y, exceptuando a los givin, la mayoría de los pueblos encontrarían el planeta inhabitable. Si resulta que los yuuzhan vong pueden sobrevivir en él, sabremos algo más de ellos.

Borsk Fey'lya se arrellanó en su asiento, dejando que las luces del mapa salpicaran sus cabellos de puntos de luz.

—Soy muy consciente de lo importante que es aprender todo lo posible sobre el enemigo, pero mi preocupación como líder de la Nueva República es repeler esta amenaza. Supongo, almirante, que habrá desplegado los medios necesarios para contener a estos yuuzhan vong como es debido. ¿No es así?

Traest y Wedge intercambiaron miradas divertidas, y el joven bothan asintió.

—Tan lejos como hemos podido llegar, así es, sí. Tenemos una base en Agamar, y de allí enviamos patrullas por las rutas conocidas para recoger a todos los refugiados. Los organizamos en caravanas que dirigimos hacia Agamar, llenamos las naves hasta arriba y los conducimos al Núcleo Interior. De momento no hemos experimentado más ataques por parte de los yuuzhan vong, pero nuestras patrullas van armadas hasta los dientes y, en teoría,

podrían defenderse bien. Además, variamos las características de las patrullas, los horarios, la composición y demás, para que la planificación de una emboscada resulte difícil y costosa a los yuuzhan vong.

Borsk entrecerró sus ojos violetas.

—Has dicho "tan lejos como hemos podido llegar".

—Así es. Estamos hablando de una vasta cantidad de espacio. Un ordenador puede diseñar un mapa muy agradable a la vista y fácil de estudiar para nosotros, pero esta representación gráfica no tiene nada que ver con la realidad del espacio.

Traest pulsó unas cuantas teclas en su datapad, y el mapa cambió.

Los planetas seguían en su sitio y tenían el mismo color, pero, en lugar del sombreado que los rodeaba, ahora un montón de tentáculos salía de los planetas y los interconectaban. Algunos eran largos y describían curvas, otros eran rectos y cortos. Mientras Leia observaba, algunos desaparecían de repente y otros se estiraban, mientras aparecían otros nuevos. Lo que más le impresionaba era la cantidad de interconexiones entre los planetas, y que las fronteras del mapa anterior no fueran reales.

Traest señaló el nuevo mapa.

—Éstas son las rutas que enlazan a estos mundos. Cambian constantemente porque los horarios de tráfico entre planetas se alteran siguiendo el movimiento orbital de cada cuerpo celeste. Las rutas encuentran obstáculos que tienen que rodearse en el espacio real. Y eso sólo en las rutas que van de estrella a estrella. Si alguien quisiera saltar al hiperespacio y volver de repente, podría darse con casi cualquier planeta desde casi cualquier parte, lo cual requeriría mucho tiempo, lo que militarmente es poco práctico. Así que el despliegue de los medios militares para interceptar a los yuuzhan vong y obligarles a retroceder es imposible.

Borsk frunció el ceño en una mueca sombría.

¿Está sugiriendo que no podemos hacer nada para detenerlos? Wedge negó con la cabeza.

—No, jefe Fey'lya, en absoluto. Lo que estamos haciendo es organizar sistemas de defensa en los planetas que creemos que van a ser atacados. Nuestra meta es espaciar sus ataques lo bastante como para poder desplegar las fuerzas necesarias para rechazarlos. Sabemos que las fuerzas empleadas en el ataque a un planeta son más vulnerables cuando viajan desde el espacio a la superficie. Si podemos retenerlos en el espacio, y ralentizar esta transición, tendremos mucho más tiempo para traer armamento y vencerlos. Y así los detendremos.

—Vais a ponerles trampas con cebo.

—Trampas sí, pero cebo no. No sabemos lo que quieren, por tanto, no podemos ofrecérselo como cebo —suspiró Wedge—. Lo que nos lleva de vuelta al punto anterior: el desconocimiento del enemigo. Es decir, sabemos que emplean esclavos, que odian las máquinas, que todas sus armas son orgánicas y que tienen alguna relación con el dolor. Pero el significado de todo esto sigue sin descifrarse.

—Calma, Wedge —Leia le palmeó la mano—. Soy consciente de tu frustración. Podemos diseñar operaciones de investigación a fondo. Seguro que Luke nos cede a algunos Jedi para realizar incursiones en los planetas, como las de Bimmie y Belkadan.

—No, Jedi no —Borsk Fey'lya negó con la cabeza—. No quiero que tengan nada que ver con esto.

Leia le miró.

— ¿Cómo?

El rostro de Fey'lya era una máscara impasible.

—No creas que no conozco el valor de los Jedi, Leia. Recuerdo cómo tu hermano y tú disolvisteis la crisis que podría haber acabado con Bothawui, pero la gente ya no los respeta. Aunque, tras leer los informes de la batalla por Dantooine, creo que todo el continente de refugiados habría sido masacrado de no ser por los Jedi. También creo que podría hacerse otra lectura de los hechos, y siendo menos caritativo, decir que los Jedi no pudieron hacer nada por evitar la muerte de cientos de seres.

"Y además, los yuuzhan vong han matado a varios Jedi. El más poderoso de todos, tu hermano, se vio obligado a abandonar Belkadan, dejando atrás a un número desconocido de esclavos. Según uno de los estudiantes rescatados en Bimmie, los Jedi que allí acudieron introdujeron criaturas alteradas genéticamente que podrían interrumpir para siempre el ciclo vital del planeta, esterilizándolo. Añade eso a los rumores de que las habilidades de los Jedi en la Fuerza son casi inútiles ante los yuuzhan vong y sabrás por qué no se confía en los Jedi. Si les empleamos para las incursiones, daremos una imagen que debilitará la confianza en nosotros. Provocaremos el pánico.

A Leia le dolía tanto la cabeza que le latían las sienes. Había oído los informes de los estudiantes y de los supervivientes de Dantooine, e incluso las entrevistas realizadas a algún Jedi en relación con sus experiencias con los yuuzhan vong. Ella hubiera preferido una ausencia total de noticias con respecto a todo aquello hasta que comprendieran mejor lo que sabían, pero era muy difícil mantener al pueblo en la ignorancia. No podían evitarse las filtraciones, y los desmentidos oficiales de esas filtraciones erosionaban la confianza en el Gobierno y hacían cundir el pánico. Pero el hecho de que el público estuviera informado implicaba que tuviera opiniones sobre temas como

los Jedi. Los políticos como Fey'lya se esforzaban por trabajar dentro de los márgenes establecidos por la opinión pública.

Leia se arrellanó en el asiento y se masajeó las sienes.

—Si nos negamos a contar con los Jedi estaremos rechazando un recurso de valor incalculable. Los Jedi que tenemos ahí fuera son gente que ha viajado mucho, que se ha enfrentado a diferentes crisis de forma discreta y flexible. Son los agentes perfectos para misiones en sitios como Garqi o Dubrillion. Y, lo que es más importante, no creo que podamos impedir que Luke envíe a los Jedi a ayudar a la gente. Y tú lo sabes.

—Claro que lo sé, Leia, por supuesto que lo sé —los labios de Fey'lya se curvaron en una sonrisa maliciosa—. Mi única preocupación es que no parezca que actúan con nuestra aprobación. Tendrán que operar sin nuestro apoyo.

Wedge arqueó una ceja.

—¿Estás diciendo que si nos llega una llamada de auxilio de un Jedi que ha cruzado las líneas enemigas, no podremos hacer nada para ayudarlo?

—A menos que haya una meta estratégica u operativa detrás de ello, no, no veo cómo podríamos hacerlo, general.

Traest miró a Wedge.

—Supongo que eso significa que tendremos que establecer nuestras propias operaciones y utilizar nuestro propio personal.

—No queda alternativa.

Leia cerró los ojos un momento y suspiró.

—Entonces, si no vamos a emplear a los Jedi, supongo que mi misión a Bastion también queda cancelada.

La sonrisa de Fey'lya se amplió.

—No, no, en absoluto. Si quieres ir y convencer a Pellaeon de que ponga a nuestra disposición todo su armamento y efectivos disponibles para vencer a los yuuzhan vong, aplaudiré tu decisión. Te deseo toda la diligencia y la buena suerte posibles en esa misión, Leia, de todo corazón.

Leia miró a Elegos, y ambos asintieron. Al comentarle su idea de pedir ayuda al Remanente Imperial, los dos habían repasado todos los posibles resultados, y todos ellos eran favorables para Borsk Fey'lya. Si Leia conseguía que el Remanente ayudara a la Nueva República, podría relacionársela fácilmente con la facción reaccionaria, y así Borsk podría posicionarse como heredero de las tradiciones de la Rebelión. Si, en cambio, el Remanente se negaba, éste sufriría un desprecio generalizado, al igual que Leia por haber tenido la absurda idea de solicitar su colaboración. Todo resultado intermedio venía a ser más o menos similar. Ella estaría colaborando con un enemigo.

—Me alegra tu aprobación, Borsk. El senador A'Kla y yo partiremos rumbo a Bastion en dos días.

—¿El senador A'Kla? —Fey'lya negó con la cabeza—. Me temo que el senador tiene muchos asuntos que atender aquí en Coruscant, Leia. No irá contigo.

—Si piensas que...

Elegos alzó su mano de tres dedos para acallar la respuesta de Leia.

—Tiene razón, Leia. No iré contigo. De todas formas, tampoco me quedaré aquí, Borsk.

Leia pestañeó.

—¿Qué? ¿Adónde vas a ir?

El caamasiano suspiró y se apoyó en el respaldo, contemplando el techo oscuro.

—He escuchado todas vuestras discusiones, vuestros argumentos. Y creo que os halláis en el camino correcto para tratar este problema. Pero habéis tocado todos los temas menos uno: ¿qué es lo que quieren los yuuzhan vong? Mi intención es ir a Dubrillion a preguntárselo.

—No, imposible —Leia negó con la cabeza, vehemente—. Ya hemos estado en Dubrillion y hemos intentado comunicarnos con los yuuzhan vong. No quisieron establecer contacto con nosotros.

Traest asintió.

—No sabemos si entienden el concepto de tregua. Y lo cierto es que no tratan muy bien a sus prisioneros. Eso sí que lo sabemos. Estarías poniendo tu vida en peligro.

—Igual que tus soldados y tú.

—Ése es nuestro trabajo, senador.

—¿Y acaso no es también el mío? —el caamasiano se inclinó hacia delante, su cuerpo de largas extremidades se movió con fluidez serena—. Como senador, soy responsable de millones de seres. No quiero verles muertos o muriendo. Es mi responsabilidad hacer todo lo posible por impedir esta guerra. Ya sabéis que mi pueblo es pacifista, pero también sabéis que luché con vosotros en Dantooine, y que he luchado antes. No quiero luchar más, así que debo ir a Dubrillion.

Leia le miró con un nudo en la garganta. Le recorrió un escalofrío, un escalofrío que quiso atajar, pero no pudo. Sabía que la Fuerza otorgaba a veces cierta clarividencia. El temor que sentía arremolinarse en su interior era tan profundo que esperó que no significara que la misión de Elegos estaba

condenada.

—Elegos, llévate al menos algunos noghris contigo, alguien que te proteja.

—Es una sugerencia muy amable, amiga Leia, pero los noghris estarán mejor siendo útiles en cualquier otra parte —Elegos ladeó la cabeza un poco y sonrió a Leia—. Esta misión tiene que llevarse a cabo. Si tengo éxito, todos nos salvaremos.

Borsk soltó una risilla.

—¿De verdad crees que esa misión tuya puede salir bien?

El caamasiano miró al bothan un momento, y entrecerró los ojos.

—Las posibilidades son escasas, quizá no haya ninguna, pero ¿quién de vosotros puede afirmar que no merece la pena correr el riesgo, si podemos detener esta guerra?

Leia tembló.

—¿Y si fracasas?

—Entonces, querida, mi destino importará poco, teniendo en cuenta la gravedad de lo que vendrá después.

CAPITULO 5

Cuando Luke entró en el auditorio vio que había cometido un error táctico al dejar que Kyp se encargara de los preparativos. Las sillas y las mesas estaban en el escenario, frente al patio de butacas en el que tomaron asiento los Jedi. Las dos mesas del escenario estaban casi una frente a otra, formando una cuña con un podio en el vértice. A la izquierda estaban Kyp Durrón, Ganner Rhysode, Wurth Skidder y la twi'leko Daeshara'cor. Su presencia en ese lado sorprendió a Luke, ya que ella siempre había considerado demasiado extremista la postura de Kyp.

En la otra mesa sólo había tres sillas. Corran Horn y Kam Solusar estaban junto a ella, hablando. Luke supuso que Mara ocuparía la tercera, pero luego percibió que no estaba tras él. Miró escaleras arriba y la vio en un oscuro rincón de la sala.

Luke sonrió. *Qué propio de ella observar quién está de mi parte quién no.*

El Maestro Jedi subió sin ceremonia las escaleras que conducían al escenario y saludó a Kyp con una inclinación de cabeza. El joven Maestro Jedi le saludó con la mano, indicándole que tomara asiento en el podio; pero, en lugar de eso, Luke se giró y se inclinó ante los sesenta Jedi asistentes.

—Os doy la bienvenida. No hace mucho que tuvimos la última reunión, y ahora los acontecimientos vuelven a provocar un encuentro.

Kyp se acercó al podio y comenzó a ajustar el micrófono, lo que dejó escapar un chirrido ensordecedor.

—Maestro, la luz y el sonido son mejores desde aquí atrás. Luke se permitió una sonrisa de medio lado, asintió y se sentó en el mismo escenario, apoyando los pies en las escaleras.

—Quizá sea así, Kyp, pero aquellos que conocen la Fuerza preferirán fiarse de ella a hacerlo de sus ojos y oídos.

Una oleada de sorpresa recorrió a Kyp, pero la reprimió inmediatamente. Desde las últimas filas, Mara asintió mirando a Luke. A su derecha, Kam y Corran se acercaron y bajaron del escenario para colocarse por debajo del nivel de Luke. Esto obligó a Kyp y a los suyos a hacer lo mismo, excepto Daeshara'cor, que se sentó en el borde del escenario y se envolvió en sus lekkus como si fueran un chal.

—Gracias por uniros a mí. Habéis trabajado mucho para montar esto, pero yo no quería que fuera tan formal. Se parece demasiado a una conferencia bélica. Lo que necesitamos aquí es seres pensantes que decidan el curso de nuestro futuro.

—Maestro, tú eres el primero entre los iguales —Kyp se inclinó ante Luke—. Tu sabiduría nos guiará.

Oh, Kyp, *qué sorpresa te daría si utilizara esas mismas palabras para decir lo que tenemos que hacer*. Luke percibió que Corran consideraba aquello una pequeña victoria, y le apremiaba a atraer a Kyp hacia su propia trampa, pero negó con la cabeza.

—El conocimiento otorgado por la Fuerza no me pertenece sólo a mí. Wurth Skidder sonrió cauteloso.

—Habéis dicho que esto no es una conferencia bélica, Maestro, pero nos encontramos en guerra con un enemigo cruel que pretende invadir la Nueva República. ¿Acaso no se crearon los Jedi para responder ante amenazas como ésta?

—Sí, ése es nuestro objetivo —Luke juntó las manos e hizo una pausa—. Los Jedi tienen que proteger y defender la galaxia. Pero para evitar la seducción del Lado Oscuro es crucial conocer la diferencia entre protectores y guerreros.

Ganner Rhysode, alto y moreno, de mirada dura de ojos azules, intervino, eclipsando a Skidder.

—Quizá, Maestro, nuestra confusión radica en el punto a partir del cual una acción ofensiva puede convertirse en defensiva. Un ataque preventivo a un objetivo, por ejemplo, es defensa preventiva.

Corran se pasó una mano por la boca antes de empezar a hablar.

—Ésos son juegos semánticos, Ganner. La manera de formular esa frase no tiene en cuenta el objetivo real de la hipotética operación. Sí, el ataque será defensivo en una situación donde la inhabilitación de la capacidad de respuesta del enemigo sea crucial para garantizar la seguridad de otros; por otra parte, desplegar un asalto planetario para exterminar a los vong antes de que puedan expandirse por otros mundos es estrictamente ofensivo.

—Corran, tu argumento me da la razón. ¿Cuándo se cruza la frontera entre lo defensivo y lo ofensivo? Yo pienso en la intención, tú hablas del número. Es obvio que todas esas variables deben tenerse en cuenta, y creo que todos estamos de acuerdo en que la única llave es la sabiduría.

—Ahí tienes toda la razón, Ganner —Luke le sonrió y contempló a los Jedi allí reunidos, humanos y todo tipo de alienígenas, que proyectaban un gran interés salpicado de cierta preocupación. El Maestro Jedi asintió lentamente, notó que la preocupación se desvanecía y alzó la mirada—. El punto de equilibrio llega con la definición del peligro. Los yuuzhan vong se han apoderado de varios planetas. Ahora hay muchos seres en peligro, pero ese peligro no ha sido definido. Mientras la amenaza no pase de general a específica no podemos

emplear técnicas de defensa preventiva contra ellas. El ejemplo de Corran no hace sino subrayar el hecho de que, desde una perspectiva táctica, encontrar el objetivo de la amenaza es más sencillo que actuar a una escala superior.

Los tentáculos verdosos de la twi'leko se estremecieron.

—¿Estás diciendo que mientras no averigüemos cuál es ese objetivo no podremos hacer nada?

Luke alzó la mano.

—Yo no he dicho eso en absoluto. Tenemos muchas cosas que hacer. Tenemos que estar ahí fuera, en el frente, para poder reaccionar rápidamente en cuanto se detecte un objetivo claro. Tenemos que estar ahí para ayudar a tranquilizar a los refugiados, y servir de ejemplo para que no desesperen.

Kyp frunció el ceño.

—Pero, Maestro, ¿cómo vamos a servir de ejemplo a nadie sin enfrentarnos directamente a los yuuzhan vong? ¿No acabarán viéndonos como cobardes tan asustados del enemigo como cualquier refugiado?

—Esas preguntas, Kyp, dan por sentada una mala imagen de los Jedi —Luke suspiró—. Es culpa mía porque tras la Rebelión yo adquirí la imagen del guerrero que había destruido las *Estrellas de la Muerte*, a Darth Vader y al mismísimo Emperador. Las siguientes misiones ayudaron a aumentar el mito. Si alguien se veía en la duda de llamar a un cazarrecompensas o a un Jedi, llamaba a los Jedi porque trabajamos gratis y porque nos preocupan los daños colaterales.

—Maestro, no has sido el único que ha colaborado en la creación de esa imagen.

—No, Kyp, pero yo tendría que haber sabido ver el error y haber hecho algo para contrarrestarlo. Y, de nuevo, ese fracaso ha sido mío. Por lo que ahora, más que nunca, nuestro deber es proyectar una imagen correcta de los Jedi. Tenemos que servir como ejemplo de esperanza para el pueblo.

Daeshara'cor dio un salto y bajó del escenario, cayendo ágilmente. Se enderezó despacio y luego se inclinó ante Luke.

—Con todos los respetos, Maestro, creo que te equivocas.

El Maestro Jedi mantuvo un tono de voz tranquilo.

—Daeshara'cor, explícate, por favor.

La hembra de ojos negros comenzó a hablar lentamente, con la voz lo suficientemente baja como para atraer la atención de todos los presentes.

—Se perdió mucho durante la época oscura del Imperio, Maestro, por lo que hay muchas cosas sobre los Jedi que desconocemos; pero lo que sabemos no

tiene nada que ver con lo que estás diciendo. El Maestro Obi-Wan Kenobi y el Maestro Yoda te entrenaron para ser un guerrero. Te enfrentaste a Darth Vader tres veces, sobreviviste y le venciste. Decir ahora que los Jedi no son guerreros es negar tu éxito y la libertad que recuperaron miles de millones de seres gracias a ti.

La twi'leko contempló a la mujer de pelo blanco sentada en la tercera fila.

—Tionne ha recopilado sin descanso toda la historia Jedi que ha podido encontrar, y ¿qué es lo que encontramos en ella?: Baladas y cuentos que narran las grandes gestas de los Jedi. El aspecto marcial de nuestra tradición es innegable, Maestro, y opino que tenemos que regresar a la tradición para poder vencer a los yuuzhan vong.

Kam Solusar, con el pelo corto blanco, cruzó los brazos.

—Hay un error gigantesco en tu razonamiento, Daeshara'cor. Dices que hemos perdido mucho y después construyes un todo basándote en lo poco que nos queda. El hecho es que por cada gran batalla en la que participó un Jedi podría haber habido miles de pequeñas victorias. Victorias, como las que está mencionando el Maestro, necesarias para llegar a un acuerdo con los yuuzhan vong.

"Y lo que es más importante, lo que ha dicho sobre la definición del peligro es algo vital. Kyp casi pierde la vida luchando contra los yuuzhan vong. Miko Reglia murió en combate contra ellos. ¿Por qué? Porque se enfrentaron contra los yuuzhan vong sin saber todavía quiénes o qué eran.

Kyp sonrió burlón.

—Pero Corran ya sabía lo que yo sabía, además de su propia experiencia con los vong, y estuvo mucho más cerca de la muerte que yo.

Corran asintió.

—Sí. En Bimmiel el peligro estaba muy definido, y yo casi acabo muerto. Cuando sepamos lo suficiente como para planificar buenas misiones, tendremos muchas más posibilidades de éxito. Más que con una serie de intentos aleatorios de luchar contra los vong y vencerlos.

Luke levantó una mano.

—Tenemos que calmarnos un poco. No queremos que las emociones se desaten y todo se des controle. Independientemente de lo que creamos cada uno sobre una postura ofensiva o defensiva, todos estamos de acuerdo en que es una sabia decisión esperar a que el peligro se defina para luchar contra los yuuzhan vong, ¿no es así? Como ha dicho Corran, cuando sepamos cómo es nuestro enemigo mejor podremos planificar y hacer uso de nuestras capacidades para enfrentarnos al peligro. ¿Estáis de acuerdo?

Casi todos los Jedi asintieron con la cabeza, incluido Kyp, lo cual hizo que Luke se sintiera un poco mejor. *Quizá no esté de acuerdo con el curso de acción a seguir, pero ha admitido que su propuesta tiene limitaciones, y ése es un tanto que me apunto gustoso.* Daeshara'cor era la única que se mostraba un tanto reacia, aunque siempre se había caracterizado por ser razonable.

El Maestro Jedi sonrió lentamente.

—Y ahora he de deciros que tengo malas noticias. Vamos a tener unas cuantas limitaciones en lo que respecta a nuestra tarea. Mi hermana me comunicó ayer que la Nueva República no censurará ni apoyará las operaciones llevadas a cabo por los Jedi en la zona de la invasión.

—¿Qué? —la sorpresa de Kyp estalló como una supernova—. Eso es una locura. ¿Somos su única esperanza y no quieren que trabajemos con ellos?

Octa Ramis, una joven corpulenta de un planeta de elevada gravedad, negó con la cabeza.

—No les conviene nada hacer eso. Pero, una vez más, si ésa es la forma de pensar del Gobierno, es casi mejor habernos librado de ellos. Ganner frunció el ceño.

—Tenemos que hacerles cambiar de idea. Tienen que entrar en razón. Luke anuló el comentario con un gesto.

—Lo cierto es que a mí, en cierto modo, me alegra que tomaran esa decisión.

—¿Cómo, Maestro?

Luke suspiró.

—Octa ha dado en el blanco. Sin censura, sin apoyo, sin tener que responder ante los políticos, seremos libres para tomar nuestras propias decisiones para solucionar los problemas.

Ganner se pasó una mano por la perilla.

—Pero eso nos priva de recursos que podríamos necesitar para solucionar los problemas.

—Entonces tendrás que ser más creativo.

Daeshara'cor negó con la cabeza.

—¿Cómo pueden abandonarnos así, después lo que hemos hecho?

—Es mejor así —Luke abrió los brazos—. Quizá seamos unos cien. Un centenar de Jedi. Si la Nueva República contara con nosotros, seguro que nos lanzarían al campo de batalla y nos harían responsables de todo. Ya lo han hecho antes, muchas más veces de las que me gustaría recordar.

Apoyó las manos sobre el escenario.

—Hemos de admitir que nuestras últimas hazañas han sido cualquier cosa menos modélicas. El problema de Rhommamul, por ejemplo, e incluso la pérdida de Dantooine. Como Leia me dijo, los políticos no pueden dar su apoyo a los Jedi, pero eso tampoco significa que vayamos a estar completamente solos. El ejército no podrá ayudarnos abiertamente, pero está de nuestro lado.

Kyp soltó una risita.

—Qué sorpresa. A los guerreros les caen bien los guerreros.

Luke negó con la cabeza.

—El alto mando sabe lo que está pasando realmente. Y si nos tienen a nosotros para encargarnos de los civiles, ellos podrán dedicarse plenamente a lo que mejor saben hacer.

Skidder gruñó.

—¿Así que nosotros vamos a hacer de canguros de los refugiados mientras otros plantan cara en la batalla?

—Les protegeremos y les guiaremos. Y, si surge el peligro, tomaremos las medidas necesarias.

Kyp Durrón se pasó la mano por la oscura cabellera.

—¿Y nada más? ¿No tendremos misiones activas? ¿Ninguna incursión en territorio yuuzhan vong?

Luke se agitó nervioso.

—Una misión. Corran será enviado a Garqi.

—Era obvio que sería tu candidato.

—Pues no, Kyp, no lo era —Luke sonrió lentamente—. Yo no tomé esa decisión.

—¿Qué?

El regocijo de Corran ante la sorpresa de Kyp pudo palparse en la Fuerza.

—Yo volaba con el Escuadrón Pícaro y dimití de mi puesto hace cinco años. Eso me dejó en reserva y me acaban de volver a llamar a filas.

Luke asintió.

—El coronel Horn llevará un equipo de seis comandos y dos observadores civiles a Garqi para estudiar a los yuuzhan vong, coordinar los posibles movimientos de resistencia y establecer las operaciones de salida de los habitantes del planeta.

Ganner apoyó los puños en las caderas.

—Media docena de comandos contra un planeta lleno de yuuzhan vong.

—Son noghris, Ganner —Corran se encogió de hombros—. Por otra parte, había pensado que tú fueras uno de los dos observadores civiles. Supuse que serías como el equivalente de otra docena de noghris, ¿no?

La dura expresión de Ganner se suavizó.

—Noghris. La misión tiene nivel.

Corran miró hacia el público.

—Jacen, he hablado con el Maestro Skywalker y ha aceptado que seas tú el otro observador. ¿Qué te parece?

Luke pudo sentir las distintas emociones fluyendo por Jacen, pero la inquebrantable obediencia al deber acabó imponiéndose.

El joven se levantó.

—Es, eh, es un honor para mí. Si crees que he de ir, Maestro, iré.

—Bien, Jacen, sabía que podía contar contigo —Luke dio una palmada—. Estoy en proceso de asignación de misiones para el resto de vosotros. Deberían estar preparadas para finales de semana. Sólo falta conocer los horarios de los transportes. Sé que es probable que lo que se os pida no sea lo que vosotros consideráis necesario. Quizá penséis que vuestras habilidades están siendo desaprovechadas. Yo lo entiendo, pero tened en cuenta que son tareas necesarias.

La furia emanó de Daeshara'cor.

—¿Así que esta reunión ha sido una farsa?

Luke frunció el ceño.

—En absoluto.

—Pero si estabas preparando las asignaciones es porque ya lo tenías todo pensado. Sabías lo que ibas a decirnos que hiciéramos. Ni se te pasó por la cabeza que a lo mejor estabas equivocado.

Eso no es así en absoluto. Las órdenes podían haberse cambiado sin problemas. Si hubiera habido un argumento que demostrara que el curso de acción es incorrecto, las habría cambiado —Luke alargó una mano hacia ella—. Tu iniciativa ha sido excelente, pero carecía del apoyo necesario para ser convincente.

—Por eso el argumento de Kam no era definitivo. Ha argumentado que la falta total de evidencias que contrariaran mi evidencia era, de alguna forma, la prueba de que mi argumento no era válido —ella cerró los puños—. Eso es un error, y tú estás equivocado. Y si nos empeñamos en tomar este curso de acción, nos encontraremos a los yuuzhan vong aquí mismo, en Coruscant. Lo

sé. Puedo sentirlo.

—Puede que tengas razón, Daeshara'cor. Espero que no sea así —Luke endureció la expresión—. Pero, si te hacemos caso, nos convertiremos en guerreros y tomaremos el camino de la ofensiva total. Lo último que nos preocuparía entonces es que los yuuzhan vong llegasen a Coruscant.

Ella entrecerró los ojos.

—Nunca llegarían hasta aquí.

—Ellos no, pero puede que algo peor viniera en su lugar —la voz de Luke se ahogó en un ronco susurro—. En lugar de eso podríamos tener a cien Darth Vader, y eso debería aterrorizaros más que todo a lo que nos enfrentamos ahora.

CAPITULO 6

Jacen estaba solo en la cabina de meditación del *Ralroost*. Ubicada en la popa del crucero de ataque bothan, la estancia poseía una gran bóveda de transpariacero que ofrecía una vista despejada de la luz del túnel de hiperespacio. Jacen llevaba toda la vida viendo esas luces, por lo que ya no le llamaban la atención. Aun así, le costaba concentrarse y aclarar sus pensamientos.

La última semana había sido muy intensa, pero no por hacer el equipaje, las despedidas, las reuniones y el entrenamiento que había tenido que realizar. Todas esas cosas las había hecho ya muchas veces antes, pero debía reconocer para sus adentros que dirigirse hacia una amenaza tan seria había supuesto una gran diferencia en lo que les había dicho a sus padres y hasta a su hermano pequeño.

—Supuse que te encontraría aquí.

Jacen se giró y sonrió a Jaina.

—¿Te quedas un rato?

—Claro —ella era sólo una silueta recortada en la puerta de la cabina. Cuando se cerró, devolviendo la sala a la penumbra contemplativa, ella flotó hacia delante como un fantasma y se sentó junto a él—. Por los huesos negros del Emperador, Jacen, te va a venir de perlas un poco de meditación. Creo que en mi vida te había percibido tan nervioso.

—Y tampoco me habías percibido nunca con mis emociones tan poco controladas.

Jaina se rió y Jacen se regocijó en aquel sonido tan conocido.

—Somos gemelos, Jacen. Nos sacamos una cabeza de ventaja para conocernos, antes de que conociéramos a nadie más. Y, aun así, creo que hay algo que se me escapa. ¿Qué te pasa?

—No lo sé. Es decir, creo que la magnitud de todo lo que estamos haciendo ha acabado por abrumarme —miró a su hermana—. Mamá y papá tuvieron que luchar contra el Imperio, un enemigo muy grande y poderoso. Bien, ahora los yuuzhan vong son nuestro Imperio y, a primera vista, son más poderosos que aquello a lo que se enfrentaron papá y mamá.

Jaina asintió.

—Y hasta este momento, la Fuerza siempre había inclinado las cosas a nuestro favor. Ahora sólo nos resta ser nosotros mismos y hacerlo lo mejor que podamos. Por otra parte, tengo buenos modelos que seguir.

—¿El coronel Darklighter?

—Sí, él y el resto de los Pícaros, el general Antilles, el coronel Celchu. Ninguno tiene la Fuerza, pero son pilotos de primera. Quiero decir que para mí la vida sin la Fuerza sería muy dura, pero esa gente ha realizado grandes hazañas sin contar con ella.

Jacen rió en voz baja.

—No tener la Fuerza debe de ser como no poder distinguir los colores, pero a ellos no les afecta —estiró las manos y cerró los puños—. Y eso es lo que me atormenta, Jaina. Ahí está toda esa gente, jugándose la vida, confiando en sus dirigentes, en las tradiciones que les gobiernan, en su propia noción del bien y del mal, en su valor. Y son todo un ejército que va a salir a defender a gente de planetas que orbitan estrellas que ni siquiera pueden ver desde sus propios mundos. Y eso mismo es lo que hacemos nosotros como Jedi, pero...

Su hermana bajó los ojos y se miró las uñas.

—La verdad es que es normal que te abrumes, si lo ves desde ese punto de vista.

—Y tú ¿cómo lo ves?

Ella le clavó la mirada.

—Observas la situación, te ocupas de las cosas que puedes controlar y confías en que los demás hagan su parte. Yo no soy sólo una piloto del escuadrón. Soy responsable de mi compañero de vuelo. Soy responsable ante el coronel Darklighter. Cumpla las órdenes lo mejor que puedo. Si intento ir más allá, me distraeré y no podré serle útil a nadie.

—Pero Jaina, formas parte del Escuadrón Pícaro. Toda su tradición... ¿cómo puedes prescindir de eso?

—Porque no tengo tiempo, Jacen. Me concentro en lo que tengo que hacer ahora, no me preocupo por el pasado o por lo que podría ocurrir en el futuro —se giró para mirarle, y la luz procedente de la bóveda dibujó rayas luminosas en su perfil—. Me sorprende un poco que todo esto te abrume así, tan de repente. O más bien que no lo haya hecho antes.

Él frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Tú siempre has ido más allá, Jacen. Siempre estás preguntándote si lo que tienes es todo lo que hay o si podrías tener más. No es cuestión de si el vaso está medio lleno o medio vacío, sino de si el vaso es el correcto o no, y si el contenido es el que tiene que ser o no —ella se encogió de hombros—. Y como eres inteligente y vales mucho, has podido esquivar casi todos los problemas del pasado y, aun así, seguir preocupado con esas grandes cuestiones. De hecho, pasas por la mayoría de los problemas sin ni siquiera pensar en ellos.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es. En Belkadan fuiste a salvar a los esclavos sin considerar ni por un momento tu propia seguridad. ¿Por qué? Porque había algo que estaba por encima de todo eso, independientemente de que la Fuerza te hubiera proporcionado un atisbo del futuro. Y después, cuando la situación se torció, tú no te preocupaste de tus heridas, sino de por qué había fallado la visión.

Él negó con la cabeza.

—Te equivocas en todo.

—Jacen, soy tu hermana. Te conozco —se echó hacia atrás, apoyándose en los brazos—. Incluso en lo de ser Jedi buscas algo más. Al principio actuaste como si Jedi fuera sinónimo de héroe. Y no lo es. Esta gente no ha venido aquí para ser héroes; han venido para cumplir con su cometido.

Jacen se levantó y miró a través de la bóveda.

—Lo sé y lo respeto.

—Pero sigues buscando más allá. No estás seguro de si lo que has aprendido sobre ser un Jedi es lo que hay que aprender. Y quieres encontrar la forma de ser el Jedi definitivo.

—¿Acaso tú no cuestionas lo que nos han enseñado? ¿Acaso no quieres ir más allá?

—¿Más allá de qué, Jacen?

Esa pregunta le sorprendió.

—Pues, eh, supongo que no lo sé.

—Así que es probable que estés buscando algo que no exista —Jaina se puso en pie—. Mira, yo afronto cada cosa según viene. Ahora soy una piloto con habilidades Jedi. Quiero desarrollar todo mi potencial para ser la mejor piloto. Y, cuando lo consiga, si es que lo consigo, entonces iré a por lo siguiente.

—Ése es el problema, Jaina. No tengo ninguna asignación, y por eso miro más allá.

—No, Jacen —ella alargó la mano y le revolvió el pelo de la nuca—. Tienes una asignación. Eres un Jedi y pronto tendrás una misión.

—Lo sé. Y estoy más que preparado para eso. He realizado el entrenamiento. He estudiado toda la información sobre Garqi. Estoy destinado allí.

—Es como cuando eras pequeño, Jacen. Estás preparado para la misión, pero aún no la has realizado. Y te pones a pensar en la siguiente gran cuestión sin darte cuenta de que puedes llegar a verte abrumado con las pequeñas cosas que requieren tu atención en este momento. Los yuuzhan vong no son una más de las pequeñas aventuras que hemos tenido en nuestras vidas. Esto es muy

grave. Y si miras más allá, no verás nada.

Jacen se giró y la miró un momento. El tono de voz y la determinación en el rostro de su hermana le indicaron que estaba totalmente convencida de lo que decía. *Lo que significa que tengo mucho más en lo que pensar.*

—¿Y tú opinas que mi experiencia en Garqi me ayudará a perfeccionarme como Jedi?

—Te puede ayudar a perfeccionarte como persona. Te acompañan dos Jedi muy distintos: Corran y Ganner. Puedes aprender mucho de ellos. Tanto lo que hay que hacer como lo que no hay que hacer. No te adelantes. Aprende. Date la oportunidad de aprender.

—Lo cierto es que me permitirá concentrarme —suspiró él—. Ahora me dirás que sabías todo esto porque las chicas maduráis antes que los chicos.

—Las mujeres, Jacen, las mujeres maduramos antes que los chicos —ella intentó mantener la expresión severa en su rostro, pero no aguantó mucho. Abrazó a su hermano—. Mira, ya no estamos jugando a cosas de críos. O ponemos toda la carne en el asador o acabaremos muertos. Y con nosotros muchos más.

—Lo sé. Tienes razón —se agarró a ella como si fuera la última vez que se iban a ver—. Más te vale volar rápido y afinar la puntería, Jaina. No dejes que te cojan.

—Y tú recuerda que hay criaturillas repugnantes arrastrándose por el supuesto paraíso púrpura que es Garqi —ella retrocedió un paso sonriendo—. Cuídate, Jacen. Que la Fuerza te acompañe.

—Gracias, Jaina. Así será —pasó un brazo por el hombro a su hermana—. Vamos, tenemos tiempo para un café antes de partir hacia nuestras misiones. Yo voy a tener que ser un gran Jedi, y tú una gran piloto, pero ahora podemos permitirnos seguir siendo hermanos durante un rato.

—oOOOo—

Sentada en la galería de la nave, Jaina se puso rígida al ver algo detrás de Jacen. Él se giró para mirar, y lo que vio le cortó la sonrisa.

—¿Me necesita? Tengo el intercomunicador encendido, ¿no? Corran Horn sonrió amablemente.

—No pasa nada, Jacen. Encantado de verla, teniente Solo.

—Gracias, coronel —Jaina señaló una de las sillas de la mesita en la que ella y su hermano estaban sentados—. Si quiere unirse a nosotros... Corran se pasó la mano por su recién afeitada mandíbula.

—No, sólo he venido a por un poco de café. Es probable que sea el último que me tome hasta que vuelva de Garqi. Por lo visto cultivan las semillas, pero

no conocen la técnica del molido. O al menos así era hace dos décadas.

Jacen miró su taza medio vacía.

—Si este café es bueno según los estándares de Garqi...

—Demasiado tarde, Jacen, ya no puedes echarte atrás —Corran le palmeó el hombro y miró a Jaina—. Tengo entendido que te has tomado bien lo de ser una Pícara.

—Sí, señor, me gusta mucho.

—Es una responsabilidad diferente a la de ser una Jedi, pero igual de importante. El coronel Darklighter ha sugerido que, cuando regresemos de Garqi, tú y yo deberíamos realizar una simulación para ver lo buena que eres.

Jaina se sonrojó.

—Le decepcionaría, coronel. El general Antilles y el coronel Celchu suelen vencerme en los ejercicios.

Corran se encogió de hombros.

—A mí también. Quizá tú y yo deberíamos hacer una simulación contra ellos, y enseñar a esos viejos un par de cosas.

—Me encantaría, señor.

Jacen miró a Corran.

—¿Prefiere estar de nuevo en el ejército a ser un Jedi? —preguntó el muchacho.

—Fue agradable ver que todavía me sentaba bien el uniforme, y me gusta la estrella de más en los galones. Incluso me he quitado la barba —Corran sonrió—. Pero por este uniforme no soy menos Jedi que tú o Jaina. Es una ficción conveniente para hacer lo que hay que hacer. Me gustaría que fuera diferente, pero si tengo que representar un papel para salvar vidas, lo representaré.

Corran puso la taza vacía sobre la mesa.

—Y, dicho esto, añadiré que la misión en Garqi no va a ser ningún juego.

—Lo sé. He estudiado el terreno y sus alrededores, los recursos naturales, la red de telecomunicaciones, las rutas y los enlaces de tráfico, los generadores de energía y los circuitos de distribución —Jacen frunció el ceño mientras enumeraba con los dedos—. También he hecho simulaciones de todo el equipo básico y conozco el funcionamiento de mi escáner de muestras como la palma de mi mano.

—Bien. No esperaba menos de ti. Y hay una cosa que va a ser muy importante, y tu hermana lo está aprendiendo ya en el Escuadrón Pícaro:

tendrás que acatar las órdenes. Sé que la acción independiente que ambos emprendisteis en Helska 4 salvó a Danni Quee, pero también sé que tu escapada para liberar a los esclavos de Belkadan no salió tan bien. Ahora vas a formar parte de un equipo. Todos dependemos de todos, así que no quiero escapadas repentinas sólo porque creas que sabes lo que va a pasar. Yo nunca me negaré a nada porque sí. Si tiene sentido, lo pensaré. ¿Entendido?

Jacen asintió. Apreciaba lo que Corran le estaba diciendo, y no pasó por alto el profundo tono paternal que empleaba para dirigirse a él.

—Sí, señor, entendido.

—Bien. Hay otra cosa que debes saber. Te elegí para esta misión por tu experiencia con los yuuzhan vong y por el valor que demostraste en tus enfrentamientos con ellos. Mi experiencia personal con ellos no ha sido muy agradable, y no estaría aquí si tuviera otra opción. Tu voluntad de regresar allí es admirable.

Jacen miró su taza.

—Gracias.

—Si la misión sale bien, entraremos y saldremos, y los vong apenas se darán cuenta de nuestra presencia. Espero que no se produzcan situaciones que requieran heroicidades propias de tu familia —Corran sonrió con amabilidad—. Por otra parte, tengo bastante confianza en nuestras posibilidades sabiendo que contamos con un profundo desprecio corelliano por el riesgo, además de con las habilidades en combate de los noghris.

Jaina alzó una ceja.

¿Y Ganner?

—Él es de Teyr. No distinguiría un riesgo de una moneda —Corran recogió su taza de la mesa—. Pero es bueno luchando y es listo cuando se para a pensar. Y además ya habrás notado lo atractivo que es.

Jaina se sonrojó de nuevo.

—Bueno, es difícil no hacerlo.

—El hecho de que esté pavoneándose constantemente lo hace todavía más evidente —Corran guiñó un ojo a Jacen—. Pero será mejor que eso quede entre nosotros. Se sale ligeramente de los parámetros de la misión.

—Entendido.

—Bueno, me marchó. Pasa un rato con tu hermana y luego comprueba dos veces tu equipo. Faltan un día o dos para partir, pero nunca es malo estar preparado de antemano.

—Así lo haré, Corran.

Jaina asintió.

—Encantada de verle, coronel.

—Lo mismo digo, teniente. Espero que siga dejando bien alto el pabellón Pícaro.

—Sí, señor.

Jacen esperó a que Corran se alejara antes de arquear una ceja en dirección a su hermana.

—Pero qué formalita has estado.

—En el ejército, la familiaridad sobra, Jacen —sonrió—. Supongo que ahora nos movemos con reglas distintas.

—Mismo objetivo, diferentes caminos —Jacen suspiró—. Que es algo que podría darme mucho que pensar, pero no. Lo primero es lo primero. Y debemos ocuparnos de ello, antes de pensar en el futuro.

—Eso, hermano mío —dijo ella acercando su taza a la de Jacen—, es una estrategia con éxito garantizado.

CAPITULO 7

Leia Organa Solo se hallaba en el compartimiento de pasajeros de la lanzadera clase Marketta *Luna de Chandrila*. Olmahk y Basbakhán, sus dos guardaespaldas noghri, se sentaban tras ella en la estrecha cabina de la nave. Leia sólo percibía tranquilidad en los noghri. Cosa que contrastaba con la mujer que tenía sentada delante. Danni Quee, por su parte, rezumaba miedo como un vaso rebosante de líquido.

Leia se obligó a respirar hondo y a expulsar lentamente el aire, dejando que la tensión se disipara. O *al menos en parte*. El viaje de Coruscant a Bastion se había realizado bajo las mayores medidas de seguridad. El destructor estelar *Protector*, perteneciente a la clase Victoria, llegó al sistema Bastión manteniéndose apartado de las rutas normales, describiendo una enrevesada trayectoria hacia su destino, para luego esperar en la frontera con los escudos bajados y el armamento desactivado.

La reacción de Bastion fue rápida. Enviaron un destructor estelar, el *Implacable*, para consultar al *Protector* sobre las intenciones de la Nueva República. Leia les comunicó que traía información para el almirante Gilad Pellaeon. La nave del Remanente Imperial interrumpió las comunicaciones durante dos horas, y luego indicó a Leia que podía bajar al sistema en una única nave, acompañada de su personal de asistencia y dos pilotos.

El almirante Aril Nunb, del *Protector*, insistió a Leia que si claudicaba ante esas exigencias se estaría poniendo en manos del enemigo. Ella sabía que era cierto, pues muchos de los miembros del Remanente seguían viviendo en el pasado, en la gloria conquistada por el Imperio. Había crecido toda una generación desde la muerte del Emperador, que achacaba todas sus frustraciones a la Rebelión. Leia, como líder de la misma y jefa de Estado de la Nueva República hasta casi el final de los enfrentamientos con el Remanente, era blanco de muchos rencores. *Algunos miembros del Remanente intentaron impedir la boda de Luke y Mara, y sería absurdo pensar que estaré segura aquí.*

Aun así, si había que luchar contra la amenaza de los yuuzhan vong, el Remanente tenía que ser informado de lo que estaba pasando, y convencido de que su destino estaba ligado al de la Nueva República. Volvió a presionar a Danni para que actuara como testigo de las fechorías de los yuuzhan vong. Supuso que los imperiales encontrarían a Danni convincente, como lo hizo el pueblo de Agamar.

Leia se inclinó hacia delante y palmeó a Danni en el hombro.

—No va a ser un desastre, Danni.

—Gracias —la chica cogió la mano de Leia—. Cada vez que siento compasión por mí misma me acuerdo de lo que está haciendo el senador A'Kla, y

recuerdo que yo lo tengo bastante más fácil.

—Me temo que tienes razón.

Leia se apoyó en el respaldo. Recordó el momento en que vio partir a Elegos hacia su misión en solitario en Dubrillion. Le sorprendió no percibirle en absoluto asustado, a pesar del riesgo que iba a correr. Le hizo algún comentario al respecto, y el alienígena de pelo dorado sonrió.

—Lo cierto es que no tengo miedo —sus enormes ojos parpadearon—. Sé que esta misión podría acabar saldándose con mi muerte, pero esa preocupación es ínfima comparada con una guerra que podría causar la muerte de millones de seres. Y debo confesar que tengo una enorme curiosidad con respecto a los yuuzhan vong. Y yo diría que ellos tienen la misma curiosidad por nosotros, lo que significa que tenemos una moneda de cambio con ellos. Eso no sólo posibilitaría las negociaciones, sino que podría facilitar que llegasen a buen término.

Leia le abrazó y sintió con agrado sus fuertes brazos alrededor de ella.

—No tienes por qué ir, Elegos. Hay otros medios.

Él se separó de ella y la cogió de las manos.

—¿Tú crees, Leia? Los yuuzhan vong odian las máquinas, así que si les enviamos un androide o cualquier otro tipo de dispositivo electrónico para ofrecerles nuestros mejores deseos, se lo tomarán como un insulto. Según la experiencia de Anakin en Dantooine, sabemos que respetan la valentía; de ahí esta misión. Y, si vuelvo, puede que se eviten más baños de sangre.

—¿Y si no vuelves?

—Entonces vuestro conocimiento de los yuuzhan vong será mucho más profundo —él sonrió—. Sé el peligro que corro, pero no me sería posible vivir en paz sin probar suerte. Para ti sería igual de imposible rechazar tu responsabilidad. Es sólo que tú tomas decisiones más sabias que yo.

Leia estuvo de acuerdo en ese momento; pero se lo pensó mejor cuando vio en la pantalla del puente de mando cómo se acercaba el *Quimera*, y la aduana de Bastion cada vez más próxima. La última vez que había visto aquella nave fue en la firma de paz entre el Remanente y la Nueva República. Su posterior dedicación a los asuntos internos de la Nueva República, y luego su retiro del Gobierno, la habían mantenido al margen de los contactos entre el Remanente y la Nueva República. Se dio cuenta de que conocía poco el Remanente, lo que significaba que no sabía si al almirante Pellaeon le resultaría difícil o no ofrecer su ayuda.

Ni siquiera los informes que había leído durante el viaje habían podido darle los conocimientos de la política de la región que necesitaba. Unos cuantos imperiales sueltos huyeron al Remanente, llevándose consigo una vasta

cantidad de riquezas, pero el desarrollo económico de la región era muy lento. Los lujos de Coruscant sólo estaban al alcance de unos cuantos bolsillos, y en algunos planetas había zonas donde la gente vivía sumida en la pobreza. La disponibilidad de productos a bajo precio producidos en la Nueva República había acabado con varias industrias, y se había informado de varias revueltas relacionadas con las importaciones.

En el frente diplomático, las relaciones eran cordiales entre ambas naciones. Leia sabía que eso se debía en gran parte a los esfuerzos de Talon Karrde. En la época de la firma del tratado, él propuso la creación de una agencia que facilitaba el intercambio de información entre ambas naciones. Eso acalló gran parte de la paranoia que sufrían los extremistas de ambos bandos, si bien seguía reinando cierta sospecha. Según los archivos de Leia, apenas se habían enviado datos sobre los yuuzhan vong a Karrde o al Remanente, así que probablemente sabían algo de lo que pasaba, pero sin detalles.

Y como eso haya hecho cundir la paranoia, esta misión estaba condenada al fracaso desde antes de empezar.

La voz del piloto resonó en la cabina.

—Permiso concedido para aterrizar en la pista principal de la aduana. El tiempo calculado de llegada es de tres minutos.

Danni se giró en su asiento, se puso de rodillas y miró a Leia.

—¿De verdad vamos a conocer al almirante Pellaeon?

—Es probable y, en ese caso, sería muy buena señal —Leia suspiró—. La diplomacia puede ser un juego, Danni. Cuando fuimos a Agamar y solicitamos dirigirnos al Consejo Agamariano, el hecho de haber sido en el pasado jefa de Estado de la Nueva República garantizó en gran medida mi acceso y que me dieran audiencia. Para ellos fue un honor tenerme allí.

Entrecerró los ojos.

—Es probable que Pellaeon tenga grupos dentro del Remanente que se opongan a la Nueva República y, si son lo bastante fuertes, para él sería un suicidio político reunirse conmigo. En ese caso será un funcionario el que le represente en los encuentros preliminares. Y si es un funcionario de clase baja, nuestra misión está condenada. Si es alguien de alta graduación, un ministro, que es más o menos mi equivalente a nivel de protocolo, tendremos alguna posibilidad de sacar el caso adelante y obtener resultados favorables.

Danni sonrió.

—Creo que la astrofísica es más sencilla que la diplomacia o la política.

—Bueno, no sé. En política hay agujeros negros, pulsares, cosas que dan más calor que luz —Leia sonrió a Danni—. Ya no recuerdo la época en la que la

política no era parte de mi vida. Menos mal que me lo tomé bien. Aunque he de admitir que cuando me retiré fui feliz, y que no veo el momento de volver a hacerlo.

El suave ronroneo de las alas de la nave al plegarse y el posterior bamboleo indicaron que habían llegado a la aduana. La escotilla de salida se abrió con un silbido que ahogó sobradamente el escaso ruido que hizo Basbakhán al cruzar la rampa de descenso en prevención de un posible ataque Olmahk se quedó entre Leia y el puente, y cuando su compañero le indicó que todo estaba despejado, hizo un gesto a Leia para que avanzase.

Leia pasó ante los alienígenas de piel grisácea. Los noghris, con su pequeña estatura, eran casi como niños, excepto por sus fieros rasgos. Ella sabía por experiencia lo letales y poderosos que podían ser, tanto sin armas como con los terribles cuchillos que llevaban encima. Los noghris eran rápidos y estaban consagrados en cuerpo y alma a la seguridad de Leia.

Los yuuzhan vong mataron a Bolpuhr en Dantooine, y por eso ahora he de llevar a dos de ellos conmigo. Un escalofrío le recorrió la espalda. En los últimos veinte años no había podido imaginar una criatura más mortífera que un noghri, pero un yuuzhan vong había matado a Bolpuhr sólo con las manos.

Leia bajó por la rampa y se alegró al ver dos escuadrones de soldados de asalto alineados junto a una pasarela blanca pintada en el suelo. La formalidad y lo ostentoso de la bienvenida eran un buen augurio para la misión. Al final de la pasarela había tres oficiales de uniforme imperial, aunque uno de ellos carecía de insignias de rango. Leia dejó que Basbakhán la precediera por el paseo entre los soldados de asalto, y luego se detuvo y esperó a que los enviados se acercaran.

La civil, una mujer ligeramente más alta que Leia, se adelantó.

—Bienvenida, cónsul. Soy Miat Temm. Éstos son el coronel Harrak y el Mayor Pressin.

Leia dio la mano a cada uno y después indicó a Danni que se acercara.

—Es Danni Quee, mi asistente.

Los imperiales la saludaron con una inclinación de cabeza, y Miat señaló un turboascensor.

—Si son tan amables de seguirme, el almirante nos espera.

Al subir en silencio en el elevador, Leia utilizó la Fuerza levemente para poder percibir a los imperiales. En los dos militares sintió una inseguridad disfrazada de arrogancia, y mucha confusión respecto a Leia y al hecho de que les hubieran pedido recibirla. De Miat apenas pudo notar nada. *¡Me está bloqueando!* Leia ahogó una sonrisa y se preguntó si alguno de los enemigos de Pellaeon sabría que Temm tenía la Fuerza.

El ascensor se abrió, y Miat les condujo hasta una gran sala de recepciones. Una de las enormes paredes era de transpariacero, y ofrecía una vista del *Quimera*. A Leia le pareció muy buena señal. Más allá estaba su nave, y debajo, el planeta Bastion, todo con una apariencia sumamente pacífica.

El almirante Pellaeon, que lucía el uniforme blanco propio de la grandeza de su rango, estaba en el otro extremo de una mesa blanca. No estaba custodiado por guardias ni portaba arma alguna. Sonrió al verles entrar e indicó a Leia que tomara asiento a su derecha.

—Es un placer volver a verla, cónsul Leia Organa Solo. Por favor, entre, tome asiento y cuénteme el motivo de su visita —hizo un gesto a sus asistentes, indicándoles que su sitio estaba al otro lado de la mesa—. Si quiere tomar algo, pídalo. ¿Usted tiene intercomunicador, verdad, mayor Pressin?

—Sí, almirante.

Leia sonrió.

—No quiero nada de momento, gracias.

Dio la mano a Pellaeon y le devolvió la sonrisa, luego presentó a Danni como su asistente.

Pellaeon la saludó, inclinando su canosa cabeza.

—Por favor, siéntense.

Leia se sentó y se fijó en que Pellaeon giraba su silla para ponerse frente a ella, dando la espalda a su personal. A Miat no pareció importarle, pero los dos oficiales estaban visiblemente ofendidos. *Pellaeon quiere que estén desprevenidos e intranquilos, pero ¿por qué?*

Leia se inclinó hacia Pellaeon, monopolizando su atención.

—He venido a corregir un problema que hemos tenido a la hora de compartir información con ustedes. Ha ocurrido algo de suma importancia, algo que podría decidir tanto el futuro de la Nueva República como el del Remanente.

Pellaeon asintió lentamente.

—Se refiere a la caída de Dubrillion.

Leia no dejó entrever su sorpresa, pero Danni no pudo evitarlo.

—¿Cómo lo ha sabido?

El almirante entrecerró los ojos.

—Dubrillion y otros planetas de la Nueva República que limitan con nosotros nos resultan muy interesantes, cónsul. Estoy seguro de que no le sorprenderá saber que contábamos con agentes en Dubrillion. Sus mensajes no

contenían mucha información, pero supimos que algo iba mal. El cese de las comunicaciones nos confirmó que se trataba de algo grave.

Alzó la barbilla.

—También le diré que he oído hablar de Danni Quee. Teníamos un agente en Belkadan, en el proyecto ExGal. Cualquier lugar destinado a la recogida de datos nos resulta de interés. No hemos tenido noticias de nuestro agente desde, suponemos, la destrucción de las instalaciones.

Danni parpadeó.

—¿Quién era?

Pellaeon negó con la cabeza.

—Dejemos a los muertos en paz.

Leia asintió.

—Entonces ya está al tanto de que algo ha pasado. Tengo una tarjeta de datos en la que encontrará los detalles técnicos, pero el resumen es el siguiente: alienígenas humanoides de otra galaxia han atacado o destruido seis planetas del Borde Exterior. Muestran una tecnofobia extrema, son sumamente crueles en el combate y toman esclavos a los que tratan sin ninguna piedad. Se llaman yuuzhan vong, y nosotros, de momento, no hemos podido establecer una relación diplomática directa con ellos. Danni fue su prisionera durante un tiempo y quien más contacto ha tenido con ellos de los nuestros.

El almirante se apoyó en el respaldo, entrelazando los dedos y apoyándolos en la barbilla.

—¿Ha venido a pedirnos ayuda para vencer a los yuuzhan vong? Leia asintió.

—Usted, quizá mejor que nadie, conoce las dificultades inherentes a enfrentarse a un enemigo que puede atacar por cualquier frente. Y, si me permite la franqueza, si bien las revueltas internas en la Nueva República no están en auge, los cuerpos militares son necesarios para resolver ciertas disputas. Al mismo tiempo, hay factores de la opinión pública que, en vista de los acuerdos de paz conseguidos, consideran innecesario el ejército y piensan que debería desmantelarse, suprimiéndose así el presupuesto de defensa. La invasión de los yuuzhan vong podría ser un elemento de unión, pero esa unión podría llegar demasiado tarde. Tenemos que detenerlos ahora. Tenemos una fuerza que podría servir muy bien como yunque. Pero necesitamos un martillo.

Una sonrisa sombría se dibujó en las comisuras de los labios de Pellaeon.

—Yo suponía que los Jedi actuarían como martillo.

—Como averiguará por los informes, los yuuzhan vong son inmunes a la Fuerza. Los Jedi están haciendo todo lo posible por ayudar, pero no son

suficientes para enfrentarse a un problema de semejante magnitud.

Pellaeon miró a los dos oficiales.

—Su petición no es una sorpresa, cónsul. Estos hombres me han dicho en varias ocasiones que cualquier cooperación militar con la Nueva República sería una trampa. Que nuestras naves serían alejadas del Remanente para ser destruidas y rematar la conquista del espacio imperial. Éste no era precisamente el escenario que habían previsto, pero no resulta fácil ignorar sus prevenciones. Para ellos, esta amenaza es una farsa.

Leia sonrió fríamente a los dos hombres.

—Sus servicios de inteligencia ya sabrán que mi hija de dieciséis años se ha unido al Escuadrón Pícaro. Lo hizo en Dubrillion, y sus fuentes les habrán informado de que el escuadrón se ha visto obligado a reponer la mitad de sus miembros. ¿Creen que si no estuviera convencida del peligro que suponen los yuuzhan vong habría dejado que mi hija se uniera al ejército?

El coronel Harrak se pasó un dedo por el cuello de la camisa. —Sus hijos son Jedi.

—Y, como ya he dicho, poco pueden hacer los Jedi contra los yuuzhan vong.

Pellaeon alzó un dedo, interrumpiendo la réplica de Harrak.

—De acuerdo, cónsul. Revisaré el material que ha traído. No soy reactivo a sus peticiones y, al igual que otros muchos en el Imperio, siento cierta responsabilidad por los habitantes de la Nueva República. Puede que nos rechazarán, pero nosotros a ellos no. Prestaremos nuestra ayuda en la medida de lo posible.

Leia asintió.

—No puedo pedir más.

—Sí podría, cónsul, claro que podría —Pellaeon le devolvió la inclinación de cabeza—. Esperemos que esto sea suficiente.

CAPITULO 8

Luke Skywalker invocó a la Fuerza y dejó que corriera por su ser para revigorizarse. La energía latió en su interior, provocándole pequeños escalofríos. Sonrió, regocijándose en la calidez que le invadía. Hacía tiempo que no empleaba la Fuerza de esa manera, ya que prefería una aceptación pasiva de sus dones; pero el cansancio había hecho mella en él, y, sin tiempo para dormir, necesitaba el empujón.

Miró el datapad del escritorio. La asignación de tareas a cada Jedi no había sido tan sencilla como esperaba. Era como si aquellos Jedi con misiones en solitario se quejaran de tener que ir solos. Los que iban a viajar en parejas o en grupos más numerosos se quejaban de que Luke ponía en duda sus habilidades, o refunfuñaban por la carga extra de tener que cuidar de otros Jedi. También surgieron protestas en torno a las propias misiones, o a la naturaleza de las soluciones a tomar en las mismas: la división filosófica entre los Jedi llevaba a un nuevo nivel el menor de los conflictos.

Se masajeó la nuca con la mano mecánica.

Bueno, Erredós, yo creía que salvar la galaxia era difícil, pero ser un burócrata es todavía peor.

La cabeza del pequeño androide dio un giro, y R2-D2 soltó un silbidito. El androide había conectado su interfaz a un ordenador, ayudando a Luke a hacer un seguimiento de los Jedi que se alejaban en sus naves. En cuanto se conectaban, R2-D2 actualizaba sus archivos para que Luke supiera si los suyos estaban donde tenían que estar.

Mara apareció en la puerta.

—Luke, creo que hay un problema.

—¿Cuál?

La mujer entró en el despacho e indicó a Anakin que la siguiera.

—Anakin tiene la información. Será mejor que te lo explique él. El chico moreno sonrió.

—Para ayudar a planificar futuras misiones, he creado un programa informático capaz de analizar la utilización de nuestra base de datos. Al entrar en los archivos abiertos durante la asignación de misiones, sabremos el tipo de información que necesitan los Jedi para llevarlas a cabo. En el futuro podríamos añadir esos archivos a la asignación de tareas; así ahorraríamos un poco de tiempo. Estarán en las tarjetas de datos, y lo único que necesitarán será una actualización periódica.

El Maestro Jedi sonrió contento.

—Muy bien pensado.

—Gracias —Anakin sonrió de oreja a oreja—. El programa sólo recoge las peticiones de datos. Nadie sabía que se estaba ejecutando. Cuando hice un análisis de las peticiones de información y comparé mis datos con el registro de control del sistema, encontré un problema.

Luke arqueó una ceja.

—¿Qué problema?

—Mi programa me mostró quince peticiones más que las enumeradas en el archivo de control oficial —el joven se encogió de hombros—. Y esas quince no registradas podrían significar un problema. Erredós, ¿te importaría extraer el archivo de las anomalías y enviarlo al datapad del tío Luke?

El androide silbó bajito. Luke contempló la pantalla y vio una lista que fue revisando, ojeando también las descripciones adjuntas.

—La instalación de las Fauces, la *Estrella de la Muerte*, el *Triturador de Soles*, el Proyecto Espada Oscura, el *Ojo de Palpatine*... Es todo sobre superarmamento y sus lugares de construcción.

Mara asintió.

—Los archivos contienen todas las especificaciones técnicas de esas cosas. Hay una cantidad incalculable de datos ahí, y no tenemos ni idea de lo que buscaban al extraer esa información. Pero las implicaciones no son muy buenas.

Luke se sentó en su escritorio y contempló la lista de archivos.

—La razón por la que el archivo de control no incluyó estas quince búsquedas es porque quien pidió la información volvió y borró el registro, ¿no? ¿Habéis hecho un rastreo?

—Sí —Anakin negó con la cabeza—. Intenté repasarlo todo para ver si podía extraer datos de la memoria, pero los sectores de memoria correspondientes habían sido reescritos dos veces. Quien quiera que fuese, lo hizo muy bien.

Luke suspiró y miró a su mujer.

—¿Algún sospechoso?

Ella asintió lentamente.

—He comprobado nuestros archivos. Hay pocos Jedi con las habilidades informáticas necesarias. Eliminé a Anakin inmediatamente, así como a Tionne. No me preocupa casi ningún otro, pero Octa Ramis podría ser un problema.

Luke recordó la imagen de la mujer morena.

—Era amiga de Miko Reglia, ¿no?

—Tionne me contó que estuvieron saliendo en la Academia. Según ella, después de graduarse se fueron alejando y tomaron caminos distintos, pero los registros de sus viajes indican que se vieron unas cuantas veces —Mara se encogió de hombros—. Yo no la recuerdo especialmente destrozada en el funeral en Yavin 4, aunque yo tampoco estaba en plena forma.

—Yo estaba preocupado. ¿Tú te fijaste en algo, Anakin?

—No la vi llorar, pero tampoco me fijé mucho en ella. Lo siento.

—No pasa nada. No era tu responsabilidad —Luke asintió—. ¿Crees que buscó esos archivos para intentar construir un arma contra los yuuzhan vong? No creo que eso tenga ningún sentido.

Mara negó con la cabeza.

—La construcción de otra *Estrella de la Muerte* llevaría años. Lo más rápido de construir sería un *Triturador de Soles*, pero las instalaciones necesarias para ello ya no existen. Y no creo que nadie, por muy dolido que esté, quiera construir uno y provocar explosiones de estrellas sólo para librarse de los yuuzhan vong.

—Sí, eso sería extremo.

—¿Pero acaso no lo es lo que hizo Kyp? —Anakin frunció el ceño—. Destruyó Carida para vengar la muerte de su hermano a manos de los imperiales.

—Y después supo que su hermano no había muerto, sino que murió con la destrucción del planeta. Así es —Luke suspiró profundamente—, los fines nunca justifican los medios. ¿Has verificado la situación de Octa?

—Ha embarcado en su nave y está en camino.

Luke se apoyó en el respaldo y se acarició la barbilla.

—Interesante. ¿Y sus amigos?

Mara sonrió.

—Ha realizado unas cuantas misiones con Daeshara'cor.

—Pero Daeshara'cor está en el *Duraestrella*, de camino a Bimmisaari. Erredós me informó de que el *Duraestrella* había sufrido una avería, por lo que salió del hiperespacio antes de tiempo. Pero Corellia va a enviar naves para llevar a los pasajeros a su destino.

El androide chirrió para confirmar el comentario de Luke.

La mujer de Luke asintió.

—Si revisas el informe de rescate de emergencia estándar adjunto a la petición de ayuda verás algo muy interesante. No hay ninguna hembra twi'leko

en la lista de pasajeros.

—¿Qué?

Anakin sonrió.

—Supongo que embarcó, introdujo algunos recuerdos en la tripulación y salió de la nave antes de que despegara. Confeccionamos nuestra lista de pasajeros según las personas que llamaron a las estaciones de evacuación.

—Y como tú sabrás, Luke, es muy difícil perder a un Jedi en ese tipo de situaciones de emergencia.

El Maestro Jedi cerró los ojos.

—Hay algo aquí que no encaja. Que Octa busque superarmamento cuadra, ya que los yuuzhan vong mataron a Miko. Puedo entender que busque venganza, incluso de parte del Lado Oscuro. Pero ¿qué motivos puede tener Daeshara'cor? ¿Miko y ella eran amigos?

Mara se encogió de hombros.

—No lo sé, pero creo que los motivos son ahora mismo secundarios. Tenemos que saber adónde ha ido.

Anakin rió.

—Eso no es problema. Tampoco hay muchos sitios donde construir superarmamento, ¿no? Los diques de Kuat...

El Maestro Jedi se levantó.

—La construcción de superarmamento es algo que ya no puede realizarse en secreto, y los recursos necesarios no están disponibles. Ella persigue otra cosa.

Miró al androide.

—Erredós, bágame los datos del hangar de despegue del *Duraestrella*. Quiero una lista de las naves, y sus destinos, que salieron desde ese hangar en las cuatro horas siguientes al despegue del *Duraestrella*.

—Podrían ser docenas, Luke.

—Lo sé, Mara, pero por alguna parte tendremos que empezar —Luke cogió el sable láser del escritorio y se lo enganchó al cinturón—. No nos hace ninguna falta un Jedi errante, y menos uno que quiera destruir planetas.

—oOOOo—

Un deslizador les llevó rápidamente al hangar 9372. El sombrío recinto bullía de actividad. Las grúas trasladaban mercancías. Los pasajeros se movían en fila india por entre el caos. Los trabajadores descansaban y se reunían para beber, reír y jugar. Mara y Anakin se dividieron rumbo a las taquillas de venta de

billetes para los vuelos comerciales que llevaban a la gente de la superficie a las naves que esperaban en órbita. R2-D2 se conectó a un nodo terminal local para extraer los datos que le pidió Luke.

Luke entró en la Fuerza y paseó por el hangar. Le inundó un torrente de emociones. Sonrió ante el enfado leve de una pareja cuyo sentido de la puntualidad variaba radicalmente. Se cruzó con gente que intentaba recordar ansiosa si había metido esto o lo otro en la maleta. Saludó con un gesto a capitanes de nave que calculaban el beneficio con cada caja cargada o descargada en los almacenes de sus cargueros. La excitación de aquellos que iban a viajar al espacio por primera vez le hizo sonreír aún más, y la pasión de una pareja que partía en luna de miel le hizo sonrojarse.

Al pasear, hizo todo lo posible por ponerse en el lugar de Daeshara'cor. Estaba interesada en el superarmamento y tenía acceso a archivos de cierta confidencialidad relacionados con el tema. Ella sabía que tenía que estar en Bimmisaari en cinco días, así que sólo tenía ese tiempo para hacer lo que quisiera sin que cundiera la alarma. Y eso reducía sus posibles destinos.

Luke descartó inmediatamente que la twi'leko hubiera viajado a la instalación de las Fauces de Kessel. El *Duraestrella* la hubiera llevado a Bimmisaari, y Kessel no estaba muy lejos. Y, lo que es más, los archivos que consultó dejaban totalmente claro que el almirante Daala había destruido todo el complejo de laboratorios. Era probable que algunos restos siguieran flotando en el espacio, pero las posibilidades de que quedara algo útil eran mínimas.

Antes de que Luke pudiera averiguar qué era lo que buscaba Daeshara'cor, sintió algo a través de la Fuerza que estaba fuera de lugar. Comenzó como curiosidad, pero pronto se convirtió en miedo. La disciplina ocultó el miedo rápidamente, pero no lo logró del todo. Luke miró a la derecha y vio a un hombre que se ponía rápidamente la capucha de la túnica y se alejaba.

El Maestro Jedi hizo un gesto.

—Espera, no te vayas.

El hombre encapuchado se paró en seco, como si le hubieran congelado. Giró el torso, pese a que intentó luchar contra la sugerencia de Luke. Alzó la cabeza, dejando que se le cayera la capucha.

—¿Y... yo? —tartamudeó el hombre.

Luke asintió lentamente y sonrió al acercarse a él.

—Creo que puedes ayudarme.

—No sé nada.

—Puede —Luke se encogió de hombros—. Pero el hecho es que sueles estar aquí, y que te ganas la vida localizando necesidades y atendiéndolas, ¿no

es así?

—Yo, eh, yo..., yo no he hecho nada.

Un oficial de seguridad se acercó a ellos.

—¿Le está dando problemas Chalco, Maestro Skywalker? Yo me encargaré de él, redactaré un informe.

Luke agitó una mano levemente.

—Gracias, no es necesario. Aquí no hay nada de lo que informar. El agente parpadeó y siguió su camino, pasando entre Luke y el sorprendido habitante del hangar.

—Lo que hagas aquí, Chalco, no es ahora mismo asunto mío, pero creo que podrías ayudarme.

El fornido hombre se pasó una mano por la calva.

—¿Cómo?

—Tú ves cosas. Hace dos días, una Jedi, una twi'leko estuvo aquí. Tenía que haberse ido en el *Duraestrella*, pero no llegó a embarcar. La viste, ¿verdad? El hombre asintió despacio.

—Me parece conveniente estar atento a los Jedi, ¿sabe?, eh, por si puedo serles útil.

—Muy amable por tu parte.

—Sí, bueno, apareció y me fijé en ella. Embarcó en la nave, pero no la vi bajar de ella —se rascó la garganta sin afeitar—. Luego, más tarde, la vi hablando con un colega en un carguero. Hizo lo mismo con la mano que acaba de hacer usted, y el colega se dio la vuelta y se marchó como si ella no estuviera. En ese momento miré para otro lado porque no quería que me viera y me hiciera lo mismo que le había hecho a él, ya sabe. Se oyen esas historias sobre gente que pierde la cabeza y eso.

Luke entrecerró los ojos.

—¿Cómo se llamaba el carguero?

—*Estrella Afortunada II*. Un carguero errante que se detiene en muchos lugares, la mitad de los cuales ni siquiera están en el itinerario. Creo que iban hacia Ord Mantell, pero no lo sé.

—Bien, gracias.

El hombre abrió las manos.

—Oiga, le he ayudado. ¿No va a hacer nada por mí?

Luke cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué te gustaría que hiciera, Chalco?

El hombre se encogió de hombros.

—No sé, por ejemplo, hacer que todos los de seguridad de aquí se olviden de lo que hago. Ya sabe, hacer que se olviden de mí.

—Si hiciera eso, seguirían estando las holocámaras de vigilancia —Luke contempló abiertamente al hombre, dándose cuenta de que, a pesar de la barriga y de ser algo bajito, seguía siendo un hombre de mucha fuerza—. Vamos a intentar algo. Creo que necesitaré a alguien que me ayude a encontrar a los Jedi. Si vienes conmigo y lo conseguimos, hablaré con las autoridades en tu nombre.

Chalco dudó.

—¿Haría eso?

—Hablar con ellos, sí.

—No, me refiero a confiar en mí para acompañarle —el hombre entrecerró los ojos marrones—. Ya sabe lo que soy, y que me gano la vida como puedo, haciendo lo que sea.

—Pues aquí tienes la oportunidad de hacer algo de provecho —Luke asintió una vez—. Así que sí, me fío de ti. Quedamos aquí en una hora, con el equipaje preparado y listo para partir.

Chalco lo pensó un momento y asintió.

—Aquí estaré.

Mara se acercó mientras Chalco se iba. Contempló a su marido.

—¿Estás recogiendo descarriados?

El Maestro Jedi la miró de reojo.

—La madre de Daeshara'cor era una bailarina que viajaba a menudo. De pequeña, Daeshara'cor pasó mucho tiempo en hangares y espaciopuertos. Son sitios en los que Chalco se maneja bien, y vamos a necesitar ayuda para encontrarla. Si Han no estuviera fuera de sí, le pediría que me ayudara; pero tal y como están las cosas, tendré que confiar en éste.

Mara asintió.

—Daeshara'cor estará atenta por si nosotros la perseguimos —dijo—, pero a él no se lo esperará. Lo entiendo. En la taquilla donde pregunté no habían visto a ninguna pasajera de salida que coincidiera con su descripción.

—Es normal. Chalco la vio merodeando por aquí. Lo más probable es que cogiera el carguero con destino a Ord Mantell, pero que hiciera varias paradas en el camino.

—Entonces podría estar en cualquier parte.

—No lo creo. Mi colección de mapas estelares no es infalible, pero hay un planeta en esa dirección que podría serle útil a Daeshara'cor —Luke sonrió a su esposa—. Tenemos que conseguir una nave. Nos vamos a Vortex.

—¿Vortex? —Mara le cogió de la mano—. Allí no hay nada más que la Catedral de los Vientos. ¿Daeshara'cor se ha ido allí a escuchar música?

—No —Luke sonrió y dio a su esposa un beso en la mejilla—. Ha ido a Vortex a hablar con alguien que ayuda a hacer la música.

CAPITULO 9

Shedao Shai giró sobre sus talones antes de que el agudo e intenso grito resonara en la calle. Un esclavo humano destrozado, con la piel cubierta de polvo y una barba irregular, salió del taller y corrió hacia él. Los ojos del esclavo brillaron detrás de los tocones de coral que crecían en sus carrillos, mientras enarbolaba un escombros de duro cemento con el que pretendía golpear al líder yuuzhan vong.

Dos jóvenes guerreros hicieron un amago tardío para interceptar al asesino, pero Shedao les ladró una firme advertencia para que se quedaran en su sitio. El líder yuuzhan vong no creía que pudiera herirle, al estar envuelto en una armadura de cangrejos vonduun y llevando el bastón de rango, el tsaisi, enredado en torno a su antebrazo derecho. Se echó hacia delante, manteniendo el centro de gravedad bajo, y luego se alzó, agarrando el cuello del esclavo con la mano derecha. Levantó sin esfuerzo al hombre, tirando al suelo el escombros con la mano izquierda.

El esclavo agarró la muñeca derecha de Shedao. Sus ojos se abrieron como platos al ver que el tsaisi silbaba y se erguía, preparándose para atacar. Los labios del humano se curvaron en una sonrisa deformada, y miró a Shedao a los ojos de forma desafiante. Incapaz de hablar por la presión del puño en su garganta, el hombre asintió una vez, rápidamente, como para exigir al yuuzhan vong que le matara.

Shedao pasó el pulgar por la mandíbula del hombre, acariciando la curva del hueso y tocándole el cráneo detrás de la oreja. Los dos combatientes se miraron el uno al otro. Ambos sabían que Shedao Shai separaría la cabeza del hombre de su tronco con un simple aumento de presión. El hombre, con saliva cayéndole de los labios y a punto de empapar el guante del yuuzhan vong, asintió de nuevo, retando a Shedao a que le matara.

El comandante yuuzhan vong negó una vez con la cabeza y arrojó al hombre hacia los dos guerreros que vigilaban aquel grupo de trabajo.

—Llévalo ante los Sacerdotes. Que lo preparen. Si sobrevive, nos será útil.

Los dos guerreros agarraron al hombre de un brazo cada uno, se inclinaron a modo de respetuoso saludo, y se alejaron arrastrando al hombre por la calle.

Shedao Shai esperó a que hubieran andado diez pasos y añadió:

—Y cuando estéis allí, pedid a los Sacerdotes que os den un régimen de contemplación para guerreros perezosos.

Los guerreros se inclinaron de nuevo y siguieron andando, esta vez mucho más deprisa.

Deign Lian, su subordinado directo, retomó su lugar a un paso y medio por detrás de Shedao, a su izquierda.

—¿Ha sido eso sabio, líder?

—Podría ser casi tan sabio como el hecho de que tú cuestiones mis decisiones aquí, en la calle —Shedao Shai se alegró de que la máscara ocultara la sonrisa que le provocó el escalofrío de Deign al oír su respuesta—. Los guerreros regresarán castigados, iluminados y más dedicados a su deber.

—No me refería a eso, comandante, sino a enviar al hombre con ellos. Intentó asesinarte. Los otros esclavos verán su supervivencia y exaltación como una licencia para volver a intentar matarte.

Shedao Shai continuó en silencio su ronda por la gran avenida de Dubrillion, consciente de que la ausencia de respuestas causaría en su ayudante un impacto mayor que cualquier réplica. La destrucción causada por la conquista de Dubrillion no había sido total. Gran parte de la ciudad seguía siendo reconocible, y los destacamentos de trabajadores estaban haciendo una gran labor en la retirada de escombros. Pronto, los esclavos recibirían formación para aprender a utilizar los gricha en la reparación de daños menores, y traerían gragrichas para crear edificios yuuzhan vong apropiados.

—Creo, Deign del Dominio Lian, que estás yendo más allá de lo obvio para explorar un reino en el que nunca nos adentraremos. Tus preguntas dan por hecho que los esclavos sobrevivirán a la inculcación. Y eso no lo sabemos. Sí, le escogí por su temperamento. No le atemorizaba el dolor, y, lo que es más, quería que yo lo matara. Había aceptado su insignificancia, lo que implica que nuestra inculcación puede dar un nuevo sentido a su vida. Es como un recipiente preparado para llenarse con la verdad del universo. Nos será muy útil si es capaz de contener todo lo que aprenda.

—Eso lo entiendo, comandante Shedao del Dominio Shai —Deign inclinó la cabeza al hablar.

Al utilizar el título formal completo de Shedao, imitando la formalidad de su comandante, reconocía su condición de subordinado. Shedao sabía que este reconocimiento no era totalmente sincero. El Dominio Lian pretendía retornar a los viejos días de gloria, y Deign era su mejor oportunidad para ese regreso. Shedao sabía que en su ayudante tenía un feroz anfibastón agarrado al pecho que le clavaría los colmillos en cuando menos lo esperara.

—Entonces quizá lo que no entiendas es que no conocemos en absoluto a nuestro enemigo, a pesar del trabajo de agentes como Nom Anor. Esta Nueva República tiene una forma curiosa de enfocar la guerra.

—Son cobardes de corazón, líder.

—Hacer ese juicio tan fríamente, Deign Lian, es negar que nos queda mucho qué aprender —Shedao miró a su izquierda, captando una chispa de odio en los ojos de su asistente—. La iluminación siempre es útil, y con este pueblo necesitamos más, mucha más.

Shedao Shai ignoró los fatuos murmullos de Deign sobre su sabiduría. La Nueva República y su reacción a la invasión yuuzhan vong le tenía perplejo. Nom Anor había ofrecido un sucinto análisis político de la situación en la Nueva República, que decidió el lugar por donde invadirían. Habían decidido atacar a la Nueva República en su punto más débil, en una línea que la unía con el Remanente Imperial. Eso era pura estrategia militar: cualquier fuerza es más débil en el punto de unión de dos cuerpos distintos. El Remanente no había reaccionado atacando el flanco, lo cual liberaba a las unidades que Shedao había retenido para esa posibilidad.

La Nueva República seguía sin reaccionar, y Shedao Shai no lo entendía. Sabía de la guerra civil galáctica que habían vivido, y le parecía posible que algunos pueblos no quisieran revivir un conflicto a gran escala. Aun así, las acciones del esclavo demostraban que eran capaces de conductas marciales. No le parecía racional una completa aceptación de la invasión, lo cual le hacía sospechar que ocultaban algo.

También estaba dispuesto a admitir que, de los planetas ocupados, sólo Dubrillion tenía una importancia real. Los otros estaban poco poblados y muy subdesarrollados, por lo que su pérdida era irrelevante para la galaxia. Por ejemplo, Garqi, cuya ocupación y transformación estaba siendo supervisada por Krag Val, producía diversos alimentos, pero su pérdida podría ser compensada, ya que la mayoría de sus productos estaban destinados al consumo de la élite y no de las masas.

Las fuerzas de la Nueva República habían efectuado en sus encuentros bélicos toda una serie de ofensivas de retaguardia. Shedao Shai se negaba a admitir la destrucción de la base yuuzhan vong en Helska 4 porque esa operación había corrido a cargo de la Pretoria Vong. *Cuando los políticos juegan a ser guerreros, se acerca el desastre.* Miró a Deign otra vez. *Y lo contrario también puede ser nefasto.*

De alguna manera, Shedao Shai encontraba a sus enemigos admirables. Era indudable que eran corruptos y débiles. Su confianza en las abominables máquinas denotaba su decadencia moral, pero le parecía asombrosa la facilidad que tenían para emplear las herramientas. Su respuesta militar durante los primeros encuentros con la biotecnología de los yuuzhan vong había anulado la ventaja de los invasores, dejando sus cazas en igualdad de condiciones.

La batalla terrestre de Dantooine también había demostrado lo formidables

que podían ser los hombres de la Nueva República. A Shedao Shai se le encogió el estómago al revisar una lista que enumeraba las bajas de las dos escuadras de guerreros que perseguían a un par de refugiados. Teniendo en cuenta que los dos perseguidos *eran jeedai*, era lógico esperar algunas bajas, pero no que la presa acabara escapando. El Dominio Lian perdió cuatro guerreros en esa escapada, lo cual sólo remitía parcialmente la pérdida del Dominio Shai: dos hombres ante *un jeedai* en Bimmiel.

En su admiración a regañadientes por el enemigo, Shedao Shai se preguntaba si la renuencia de los habitantes de la Nueva República a atacar se centraba en torno al mismo problema que tenía él: que no conocían lo suficiente a los yuuzhan vong para poder formular una estrategia sólida. *Si necesitan más información, infiltrarán hombres en los planetas conquistados. Investigaron Belkadan, y es probable que ya sepan que allí producimos corallitas. No imagino qué más pudieron averiguar, pero era lógico suponer que lo sabrían todo.*

Shedao Shai subió los escalones del edificio en el que había ubicado su despacho. La construcción le irritaba y le calmaba a un tiempo. La irritación procedía de la predominancia de las líneas rectas, las pronunciadas aristas y las tuberías expuestas, todo diseñado con vulgaridad industrial. El edificio no era más elegante que una enorme caja de piedra, y el tono gris uniforme con que lo habían pintado no lo mejoraba mucho.

Sin embargo, lo había elegido como base debido a la finalidad para la que *se* había construido. El edificio había sido el Acuario de Dubrillion, y estaba lleno de tanques de transpariacero repletos de criaturas marinas de ese y otros planetas. Una columna central llena de agua recorría el corazón del edificio, y por ella nadaba un arco iris de peces, que incluía enormes tiburones esmeralda.

Shedao Shai no prestó atención a los guardias de la puerta al entrar en el edificio. Subió por las escaleras de la derecha y giró de nuevo a la izquierda, hacia la sala central. Los peces giraban en un remolino lento por la columna y eclipsaban a las tres figuras cuyas siluetas quedaban borrosas por el agua. Las dos más altas eran de los suyos, pero la pirámide dorada que había entre ellos le intrigaba.

Rodeó la cámara por la derecha y vio a una criatura de largos brazos recubierta de oro sentada en el suelo. Tenía cruzadas las largas piernas, las manos recogidas sobre el regazo y la espalda recta apoyada sobre el muro de duro cemento. En el rabillo de los ojos le nacían rayas moradas que le llegaban a los hombros. Llevaba un taparrabos morado atado con un cordón dorado.

Cuando Shedao Shai apareció en escena, el individuo se levantó sin apoyarse en las manos. Los guardias tardaron demasiado en impedírselo; era obvio que no habían previsto su movimiento. *Les ha llevado hasta la indiferencia, lo que denota la placidez con la que permitió que lo trajeran aquí.* Del mismo modo, la

agilidad con que apartó de sus hombros las manos de los guardias denotaba que era un enemigo potencialmente peligroso.

El comandante yuuzhan vong dio dos grandes zancadas, acortando la distancia que les separaba.

—Soy el comandante Shedao del Dominio Shai.

Al principio habló en su propio idioma, y luego repitió su presentación en la abrupta y chasqueante lengua nativa de la galaxia.

La criatura parpadeó con sus enormes ojos violetas. Habló con lentitud, pero con firmeza, para que Shedao captara sus palabras sin problemas.

—Soy el senador Elegos A'Kla, de la Nueva República —saludó, inclinando la cabeza—. Pido disculpas por no haber aprendido aún su idioma.

Shedao miró a los dos guardias que flanqueaban a Elegos.

—Podéis retiraron.

Deign le miró.

—¿Comandante?

Shedao habló en el idioma de la Nueva República.

—¿Tengo algo que temer de usted, Elegos?

El caamasiano abrió su mano de tres dedos, mostrando que estaba vacía.

—Mi misión aquí no es de naturaleza violenta.

El líder yuuzhan vong asintió. *No ha dicho que no debería temerle, sino que no debo temer la violencia a manos tuyas. Es una diferencia que a Deign se le ha escapado por completo.*

—¿Lo ves, Deign?

—Sí, oh líder —el subordinado se inclinó—. Os dejo ahora.

—Espera —Shedao alzó la mano y acarició el cangrejo vonduun que le servía de máscara y casco. La criatura se relajó, lo que le permitió quitársela, desnudando su rostro y su cabeza. Shedao movió la cabeza de un lado al otro, soltando su melena negra y salpicando de sudor la armadura de Deign.

Le dio el casco a su ayudante. Aunque el rostro de Deign se hallaba oculto tras una máscara, no tuvo forma de ocultar la impresión que le supuso ver a su líder mostrando el rostro a su enemigo—. Lleva esto a mi cámara de meditación y vuelve con algo para beber. Date prisa.

—Sí, comandante —la incredulidad y el disgusto impregnaban sus palabras. Deign se inclinó profundamente y se alejó sin dar la espalda hasta que el cilindro lleno de vida marina le ocultó de la mirada de Shedao.

El líder yuuzhan vong volvió a centrar su atención en Elegos. Le miró un momento, organizando lentamente las palabras del idioma de su enemigo.

—Me han dicho que apareció usted en una pequeña nave al borde de este sistema. Utilizó un villip para solicitar que le transportaran aquí en una de nuestras naves. ¿Por qué?

Elegos parpadeó una vez.

—Creemos que ustedes consideran que las máquinas son abominaciones. No quería dar motivo de ofensa.

—Su respeto por nuestra sensibilidad es apreciado —Shedao Shai se acercó al cilindro. Se quitó el guante izquierdo y apoyó la mano en el transpariacero. La calidez del agua se filtró lentamente en su carne—. ¿Cuál es su misión aquí?

—La de la alentar la comprensión. La de saber si el camino que han tomado nuestros pueblos en la actualidad es el único camino posible, o si cabe la posibilidad de trazar otro distinto, juntos —el caamasiano apretó una mano contra otra—. Yo estuve en Dantooine. No quiero que vuelva a pasar algo así.

—Estoy al tanto de las repercusiones de lo ocurrido en Dantooine. También estuve en el lugar que ustedes conocen como Bimmieel —la mirada oscura de Shedao se endureció—. Hay muchas cosas que separan a nuestros pueblos. Muchas cosas que podrían impedir cualquier acuerdo de paz entre nosotros.

—Quizá la ignorancia que ambos tenemos de la esencia y las costumbres del otro sea lo que hace que parezca que estamos cayendo en el agujero negro de un conflicto —Elegos alzó la barbilla, exponiendo su delicada garganta—. A mí me gustaría iluminaron y aprender de vosotros.

Shedao sonrió y vio el reflejo de su rostro desfigurado en el transpariacero.

—¿Sabe lo que está pidiendo, lo que sugiere?

—En su mente, parece que no.

El yuuzhan vong hizo un gesto a Elegos con su mano derecha. El tsaisi se deslizó lentamente hasta que lo pudo agarrar, y se puso rígido como un cuchillo de la longitud del antebrazo de Shedao.

—Sabe que podría matarle sin pensarlo. Recibiría alabanzas por el asesinato, porque usted trafica con abominaciones. Para algunos de nosotros, no hay redención para los de su clase.

Elegos inclinó la cabeza.

—Estoy aprendiendo. Y sí, sabía que ponía en grave peligro mi vida al venir aquí, pero eso no me detuvo.

—Un compromiso con la misión por encima de la conservación de uno

mismo... Eso lo entiendo. Eso lo respeto —Shedao hizo girar el bastón en las manos, y lo echó hacia atrás de forma que le golpeó el antebrazo. El tsaisi se dobló y se enrolló alrededor del brazalete de vonduun—. Lo que quiere enseñarme no contendrá información táctica útil.

—No soy estratega, ni formo parte de sus consejos —Elegos le miró de cerca—. Lo que yo pueda aprender de usted también podría resultarme inútil.

¿Puede el conocimiento ser inútil?

—No, y en eso estamos de acuerdo.

Shedao Shai asintió despacio.

—Le pondré bajo mi protección. Le enseñaré. Aprenderé de usted. Nos entenderemos.

—¿Encontraremos un camino para acercar a nuestros pueblos?

—Quizá. Cuando nos conozca mejor sabrá si eso es posible. Elegos juntó las manos en la espalda.

—Estoy preparado para aprender.

—Bien —Shedao Shai asintió una vez—. Sus clases empezarán ahora. Sígame. Para entendernos, sólo se puede empezar por un sitio. Le presentaré el Abrazo del Dolor.

CAPITULO 10

Corran Horn alzó la vista de su datapad.

—Todo lo que aparece en la lista está verificado. Creo que ya podemos irnos.

El almirante Kre'fey asintió y siguió a Corran hasta el puente del *Ralroost*. El hangar había sido despejado de cazas, dejando un carguero decrepito como único ocupante.

—Mis ingenieros me han garantizado que el *Esperanza Perdida* conseguirá salir de la nave. Cuánto aguantará después de eso, no lo saben.

—Lo entiendo, almirante. Siempre supimos que esto era un riesgo — Corran suspiró y se metió el datapad en un amplio bolsillo del uniforme de piloto—. Si funciona, genial. Y, si no, bueno, espero que otros que aprendan de nuestro error.

—Por supuesto.

El problema de infiltrar un equipo de exploradores en un planeta enemigo era algo que había preocupado desde siempre a los estrategas militares. Las naves solían colarse camufladas como escombros espaciales, acercándose al planeta como un meteorito y luego, cuando estaban demasiado cerca del suelo para ser detectadas, se desviaban impulsadas por sus propios motores. La falta de impacto podía llamar la atención del enemigo, pero el equipo de exploración podía alejarse rápidamente de la zona y tomar tierra antes de que los investigadores pudieran desentrañar lo que sucedía.

Las cosas eran algo más complicadas con los yuuzhan vong. La Nueva República no sabía a ciencia cierta la capacidad técnica de rastreo que tenían. El hecho de que los yuuzhan vong empleasen herramientas biológicas sugería bastantes limitaciones; pero, al no saberlo con seguridad, no había forma de diseñar un plan para introducirse en el sistema sin ser detectados. Al carecer de la posibilidad de entrar sin ser vistos, la Nueva República decidió abordar el tema por el otro extremo y asegurarse de que los yuuzhan vong supieran, sin lugar a dudas, que su sistema de seguridad había sido violado.

Corran embarcó en el *Esperanza Perdida* y cerró la rampa. Subió al puente y saludó al almirante. Se abstuvo de tocar nada. Dado que los yuuzhan vong investigarían la colisión, la Nueva República tenía que dejar un rastro de materia biológica en la nave para que el enemigo creyera que la tripulación había perdido la vida al entrar en el sistema de Garqi. La biomateria había sido sintetizada y rociada por todos los sitios lógicos para que cualquier investigación permitieran la reconstrucción minuciosa de la fallecida tripulación del *Esperanza Perdida*.

Volvió al hangar principal de carga y subió a una nave mucho más pequeña,

uno de los pequeños transbordadores que solían llevar las naves comerciales de lujo. Los seis noghris estaban apretados en la parte de atrás con el cinturón abrochado. Ganner se sentó con ellos, sintiéndose enorme e incómodo, con los pies apoyados en cajas de equipo y las rodillas encajadas bajo la barbilla. Corran pasó por delante de Jacen y se colocó en su sitio, en uno de los dos asientos delanteros de la cabina. Se abrochó los cinturones, se puso el casco y abrió un canal de comunicación con el *Ralroost*.

—Aquí el *Esperanza Perdida*. Nos vamos.

—Recibido, *Esperanza*. Dos minutos para la salida.

Corran inició la secuencia de arranque. Los dos motores sublumínicos se alinearon, pero el de estribor sólo estaba al 75 % de su potencia normal.

—Jacen, ¿puedes subir otro 10 % el lado de estribor del *Esperanza*?

—A sus órdenes.

El Jedi de más edad pulsó un botón en su panel y los informes sobre el *Esperanza Perdida* fueron reemplazados en el monitor por los del *Mejor Suerte*, el pequeño transbordador oculto en la carcasa del carguero. Corran alineó los motores, y ambos dieron una potencia del 100 % . Los propulsores estaban operativos. Pulsó un botón que selló el *Suerte*, y lo habilitó para el viaje espacial.

—Motores del *Esperanza* alineados.

—Gracias, Jacen. ¿Las cargas están preparadas y funcionales?

—Sí, preparadas y a la espera de órdenes.

—Bien, todo perfecto —Corran se obligó a sonreír.

El plan era fácil. El *Esperanza Perdida* saldría del *Ralroost* y se dirigiría al planeta, donde sufriría un fallo catastrófico. Al desplomarse en la atmósfera de Garqi, la nave se rompería en pedazos. Los escombros se esparcirían por todas partes, y el *Mejor Suerte* podría volar sin problemas. Para cuando los yuuzhan vong recogieran todos los fragmentos del *Esperanza* y se dieran cuenta de que había pasado algo, el equipo de supervivencia estaría de vuelta en la Nueva República.

La única pega era la ausencia de hipervelocidad en el *Mejor Suerte*. La única forma que tenía el equipo de abandonar el sistema era reunirse con una nave de mayor tamaño, como el *Ralroost*. La falta de hipervelocidad dificultaba la salida de emergencia, pero Corran sabía que si necesitaban huir de Garqi a toda prisa, la situación sería tan grave que no habría garantías de que pudieran salir al espacio para poder utilizarla.

Corran pulsó el intercomunicador para dirigirse a Ganner y a los noghris.

—Preparaos para un viajecito agitado. No os garantizo nada, pero, con algo

de suerte, todos saldremos con vida de ésta.

El Ala-X de Jaina se liberó de la burbuja magnética de contención situada sobre el hangar de lanzamiento del *Ralroost*. La chica giró el caza en una trayectoria que lo situó en la formación del Escuadrón Pícaro, que sobrevolaba Garqi. Anni Capstan, la compañera de vuelo de Jaina, designada Pícara Doce, llegó desde atrás, seguida de Pícaro Alfa, un Ala-X de reconocimiento pilotado por el general Antilles que completaba la formación.

El coronel Gavin Darklighter habló con voz firme y profunda por el canal de comunicación.

—Grupo Dos, estáis de *Fisgones*. Uno a mi polar. Tres por debajo. Bloquead los alerones-s en posición de ataque.

La mayor Alinn Varth siguió las órdenes de Gavin con un comentario rápido.

—Conmigo, Tres. Acércate más, *Palillos*.

Jaina contuvo una sonrisa. Dado que era una Jedi y llevaba sable láser, y usaba una palanca de mando para pilotar su Ala-X, sus compañeros le pusieron el apodo de *Palillos*. Para ella era como un símbolo de aceptación, algo muy positivo teniendo en cuenta que era mucho más joven que el resto del escuadrón y que no tenía ni la décima parte de su experiencia. Pero no la despreciaban por esas carencias, e incluso habían hablado de ella a los nuevos reclutas.

—A tus órdenes, Nueve —movió la palanca a babor, ocupando el lugar que le correspondía en la formación. Jaina miró por encima del hombro a la unidad R2 que llevaba detrás—. *Chispas*, avísame si me vuelvo a salir de la formación.

El androide silbó a modo de asentimiento.

La voz del coronel Celchu se abrió paso por el canal.

—Pícaros, aquí Control de Vuelo. Se acercan diez coralitas desde Garqi. La ruta de intercepción está calculada, os llegará en un momento.

Los datos comenzaron a aparecer en el monitor primario de Jaina, y *Chispas* dio un silbidito al asimilar la información. Los coralitas eran cazas de combate con un único piloto, parecidos a los Ala-X. *Pero muy distintos en diseño*. Al contrario que los Ala-X, que se fabricaban, los coralitas se criaban, y estaban formados por una unión simbiótica entre varias criaturas que proporcionaban a las naves rocosas su carcasa, su propulsión, su dirección y su armamento. La nave se comunicaba con el piloto mediante un dispositivo en forma de casco que le proporcionaba imágenes de lo que le rodeaba y recibía sus órdenes leyendo las ondas cerebrales.

Jaina se estremeció. Su tío se había probado uno de los cascos y había

experimentado el contacto con el caza alienígena. Ella no había tenido la oportunidad de hacerlo, y tampoco habría querido. Su experiencia como Jedi le creaba un rechazo a cualquier cosa que interfiriera con los pensamientos directos, y meter la cabeza en una membrana gelatinosa y dejar que leyera lo que pensaba no era algo que le apeteciera experimentar.

Miró los monitores mientras el *Esperanza Perdida* salía del crucero de asalto bothan.

—Nueve, tengo a dos coralitas rompiendo la formación para ir a por el *Esperanza*.

—Te recibo, *Palillos*, Doce y tú a por ellos.

Anni pulsó el botón del intercomunicador dos veces, y ese doble clic sirvió para indicar que había oído las órdenes. Jaina viró a babor y tiró de la palanca, describiendo una curva cerrada. Giró y se lanzó hacia estribor para dirigirse por primera vez hacia los coralitas.

—Yo voy delante, Doce —Jaina apretó con el pulgar el botón de selección de armas, y alineó los láseres para soltar una carga cuádruple. Maniobró con la palanca y situó la retícula sobre la forma ovoide del coralita principal. Pulsó el control de disparo y lanzó los láseres en ciclo rápido, escupiendo docenas de pequeños dardos rojos de energía.

Los rayos escarlatas fueron directos hacia el objetivo, pero se doblaron hacia dentro a unos diez metros de distancia del coralita. Los dovin basal que manipulaban los campos de gravedad para proporcionar propulsión a la nave también la escudaban creando anomalías gravitatorias. Esos pequeños vacíos absorbían la luz como si fueran agujeros negros.

Jaina siguió disparando sin cesar, pero dejó que el objetivo ascendiera y retrocediera. Para proporcionar los escudos adecuados a la nave, el dovin basal tenía que mover el vacío, y el coste de energía era similar al coste provocado al absorber los rayos de energía. Finalmente, unos pocos disparos consiguieron abrirse paso e impactaron en la negra carcasa de roca. En ese momento, Jaina pulsó el gatillo principal y envió cuatro rayos láser a toda potencia hacia el coralita.

El vacío absorbió uno, pero los otros tres impactaron de lleno en la nave enemiga. El coral yorik burbujeó y se evaporó en algunos puntos, derritiéndose en otros. El mineral se endureció casi al instante en el frío vacío del espacio, convirtiéndose en un témpano tras la estela del caza yuuzhan vong. El calor de la piedra quemó los dovin basal e hizo saltar el tejido neuronal que servía para controlar la nave. El coralita principal comenzó a describir una espiral que se curvaba de vuelta hacia Garqi.

La segunda nave tenía un comportamiento más evasivo. Subía y caía en

picado, virando a babor o estribor de forma aleatoria. Los disparos no eran absorbidos por un dovin basal, ni siquiera acertaban a darle. El piloto había aprendido que la agilidad en el combate espacial era tan útil o más que los escudos. Utilizaba sus habilidades de vuelo para evitar a los Ala-X y acercarse cada vez más al objetivo.

—Cúbreme, *Palillos*.

—Recibido, Doce.

El Ala-X de Anni Capstan se adelantó y viró en ángulo cerrado a babor, lanzándose en un ataque hacia la popa de la nave por el lado de estribor. Roció al caza enemigo con dardos láser, utilizando el timón de vacío para mantener al objetivo a tiro, y el yuuzhan vong se vio obligado finalmente a generar un vacío que absorbiera el fuego de Anni. Ella aprovechó entonces para soltar una descarga completa de cuatro disparos, pero el vacío se los llevó todos, y el coralita ascendió por encima de la trayectoria de Anni.

Jaina vio cómo el caza de su compañera subía el morro al ascender, y se preguntó por qué no disparaba otra ráfaga. Supuso que quizás estaba esperando a la recarga de los láseres, ya que había desperdiciado mucha energía, causando pocos efectos. El caza enemigo aceleró, alejándose del Ala-X, y Jaina pensó que Anni lo iba a perder, ya que ahora podía emplear el dovin basal que le había escudado para procurarse más propulsión.

Y entonces explotaron los dos laterales del morro del Ala-X de Anni.

En la época en que los cazas empezaron a emplearse para el combate se había polemizado sobre la eficacia de emplear torpedos de protones contra otros cazas. Era obvio que los misiles desintegraban a los cazas. Estaban diseñados para dañar naves mucho más grandes. Emplearlas contra los cazas era como matar insectos con un vibrohacha. Una matanza innecesaria.

Pero, de todas formas, en combate, ¿puede ser innecesario matar?

Jaina no supo nunca si el piloto yuuzhan vong se había dado cuenta de que Anni le había dejado acelerar antes de dispararle, o si murió pensando que ella había tenido un golpe de suerte. Intentó generar otro vacío, pero tardó en materializarse y sólo alteró ligeramente la trayectoria del segundo torpedo. El primero dio de lleno en el blanco. Hizo explosión, provocando una llamarada de fuego plateado que se expandió por la nave como el rayo. El coralita se deshizo en pedazos ante sus ojos, y el segundo torpedo atravesó el mismo centro de la explosión, estallando a unos cien metros.

—Buen disparo, Doce —Jaina sonrió y contempló el *Esperanza Perdida*. Podía percibir a su hermano a bordo. *Ya estáis a salvo, Jacen*.

Entonces, una terrible explosión hizo saltar la parte de babor del carguero, y la maltrecha nave comenzó a caer en picado hacia Garqi.

—oOOOo—

Jacen sintió más el impacto de la sorpresa y la ira de Jaina que el de la propia explosión. Él mismo había intentado neutralizar su propia ira al presentir instantes antes la explosión, pero el dolor y la sensación de pérdida le llegaron mediante la Fuerza en descarnadas oleadas. Él quiso llamarla a través de la Fuerza y decirle que todo iba bien, pero no pudo.

En lugar de eso, se refugió en su propio interior y eliminó su presencia en la Fuerza. No le gustaba la idea de mentir a su hermana sobre cómo iban a entrar en Garqi, pero había sido necesario. Nadie sabía hasta qué punto podían los yuuzhan vong captar sus comunicaciones o emociones. *El hecho de que nosotros no podamos verles con la Fuerza no implica que ellos no nos vean a nosotros.* Sólo haciendo creer a la gente de la nave y los cazas que el carguero había caído podían tener la seguridad de que las comunicaciones y las emociones serían las deseadas.

—Jacen, el monitor muestra una junta averiada en J-14. Mala conexión o...

—Un momento, Corran —los dedos de Jacen volaban sobre la consola—.

Parece que la explosión ha deformado el metal. J-14 se ha roto y se ha soltado demasiado pronto. J-13 y J-15 aguantan, pero la presión que soportan es incalculable.

—¡Babas de sith! —Corran se giró en su asiento para mirar a Jacen—. Prepara las cargas secundarias. Suéltalas en secuencia de a dos cuando yo te lo ordene. Estáte atento. No es momento de preocuparte por tu hermana.

—Sí, señor —Jacen abrió el diagrama del patrón de las explosiones en secuencia de a dos. Seis de las ocho cargas brillaban en verde, pero había dos rojas. *Las dos junto a J-14*—. Hay un problema, Corran. Las cargas junto a J-14 están dañadas.

—Recibido.

Jacen miró por encima de la cabeza de Corran al visualizador holográfico situado en la pantalla de visión delantera del *Mejor Suerte*. La imagen procedía de holocámaras colocadas en el casco del *Esperanza* que permitían al piloto ver lo que pasaba fuera mientras el carguero caía en picado hacia el planeta. Estaban a punto de entrar en la atmósfera de Garqi. Partes de la cubierta comenzaron a brillar por la fricción, y la pintura empezó a deshacerse en esquirlas que relucían como chispas.

Corran pulsó un intercomunicador.

—Ganner, mira a estribor. ¿Ves las dos cargas en aquella barra? Son las que están en rojo.

—Las veo.

—¿Puedes emplear la Fuerza para comprimir los detonadores hasta que exploten?

—Nunca lo he hecho antes.

—Bueno, pues ahora es el momento. Si no puedes con las dos, ocúpate de la de arriba. Cuando yo te diga.

—Entendido.

—Jacen, prepárate. Cuando él termine, haz explotar la tuya.

—A sus órdenes.

El carguero comenzó a estremecerse cuando la atmósfera se hizo más densa. La mano de Corran bailaba sobre el panel de mando. Dio más potencia a los propulsores giratorios, lo cual aisló ligeramente a la nave de los temblores que sacudían el *Esperanza*. El *Suerte* se movía un poco, y aumentó la presión sobre los conectores que mantenían juntas ambas naves, pero no se soltó nada más.

Cuando la grieta del casco empezó a absorber la atmósfera, el carguero comenzó a girar a babor. Corran intentó rectificarlo para que la nave describiera una trayectoria de vuelo simple, y pulsó un botón que apagaba los motores del *Esperanza*. La nave entera se estremeció y giró al recibir las sacudidas de la atmósfera.

—Todo el mundo preparado. Esto no va a ser ni fácil ni divertido —Corran pulsó un par de botones del panel—. ¡Ganner, explosión de cargas ahora!

La Fuerza se arremolinó detrás de Jacen y se centró en los explosivos. El primero no tardó nada y desapareció de la pantalla de Jacen. Sin esperar al segundo, el joven Jedi pulsó un botón de su consola, encendiendo los otros explosivos en una secuencia rítmica que destrozó la popa del carguero.

Corran pulsó un interruptor, soltando los enganches que sujetaban el *Mejor Suerte* al *Esperanza Perdida*. El pequeño transbordador salió despedido dando tumbos de la nave que lo había introducido en la atmósfera. Corran no intentó estabilizar el vuelo o dirigirlo, sino que lo dejó caer como cualquier otro resto. Cuando la nave dio la vuelta, Jacen pudo ver por la ventanilla el brutal descenso del *Esperanza* hacia Garqi.

El altímetro del panel de Jacen contaba a velocidad vertiginosa los metros que quedaban hasta la superficie. De seis kilómetros pasó a cuatro, tres, dos. Jacen se dio cuenta de que su seguridad dependía de un simple clic, e intentó percibir algún tipo de ansiedad en Corran mientras la pequeña nave traspasaba esa barrera.

No percibió nada, lo cual le hizo sonreír. Podía imaginar fácilmente a su padre en el asiento del piloto, esperando y esperando a dar potencia a la nave, ampliando los márgenes de seguridad con una generosidad excesiva. Jacen no

creía que la capacidad de Corran para asumir riesgos formara parte de su origen corelliano, sino más bien de su pertenencia a la Rebelión. Los pilotos tuvieron que acometer hazañas increíbles para conseguir la libertad de la galaxia. Para ellos, la prudencia le quitaba espacio a la eficacia.

Corran dio toda la potencia a los repulsores cuando estaban a quinientos siete metros de la superficie de selvas tropicales de Garqi. Eso ralentizó ligeramente el descenso, pero no impidió que la nave se hundiera entre los árboles, cortando ramas, desparramando madera y asustando a una bandada de pájaros de todos los colores. El *Mejor Suerte* se hundió hasta que los propulsores encontraron suficiente resistencia en la masa planetaria como para hacer rebotar el vehículo.

Corran dejó que la pequeña nave flotara en el aire mientras hojas púrpuras y ramas quebradas resbalaban por el cristal de la cabina, marchitándose y ardiendo en la hirviente carcasa.

—¿Estáis todos bien?

—Yo estoy bien —dijo Jacen mirando hacia atrás, al resto. Todos asintieron.

Los altavoces de la nave dieron un chasquido.

—Aquí el mando de escuadrón del *Ralroost* llamando a todos los cazas. La cuenta atrás para la evacuación ha comenzado.

—Aquí, Pícara Once. Un carguero ha caído.

—Lo sabemos, Once. La nave quedó destrozada. No hay señales de vida.

Jacen sintió un escalofrío. Los sensores del Ala-X de Jaina eran demasiado poco potentes para detectar señales de vida a tanta distancia, así que ella le daría por muerto. Estuvo a punto de entrar en la Fuerza para hacerle saber que estaba bien, pero se contuvo.

Corran se dio la vuelta y asintió.

—Sé que es duro, Jacen, pero le contarán la verdad cuando el *Ralroost* salga de aquí.

Jacen negó con la cabeza.

—Creo que es la primera vez que le hago algo así a mi hermana... o a cualquiera.

—Y sería maravilloso que no tuvieras que volver a hacerlo nunca más, pero hay veces en las que un poco de crueldad puede dar muchos beneficios. Es lo malo de hacerse mayor —Corran le sonrió.

—Recibido —Jacen pulsó un interruptor del panel y seleccionó una frecuencia especial—. Tengo un punto de localización en la frecuencia de contacto,

dirección dos, uno, nueve.

Corran viró la nave hacia ese punto y dio potencia a los motores. La pequeña nave empezó a abrirse paso por la selva. Las ramas se quebraban contra el casco, y antropoides peludos huían despavoridos. Avanzaba, permitiendo que el mundo púrpura de Garqi se la tragara, y, con suerte, los ocultara de los yuuzhan vong tanto a ellos como a su misión.

CAPITULO 11

Cuando el *Haz de Púlsar* salió del hiperespacio e inició el descenso hacia Vortex, Luke Skywalker sintió que la paz de los vors le llegaba como las olas a la orilla. Entró en la cabina desde la estancia situada en el centro de la larga nave y sonrió. Mara estaba en el asiento del copiloto, y R2-D2 se había conectado a una entrada de contención instalada detrás de ella. Frente a él, en el asiento del piloto, había un R2 blanco y verde.

Mirax Terrik Horn se había trenzado la larga melena negra y giró para mirar a Luke con su firme mirada de ojos castaños.

—Lo hemos conseguido. Al trazar *Silbador* y Erredós la ruta de navegación hemos acortado mucho el camino.

Los androides silbaron contentos al unísono.

El Maestro Jedi sonrió.

—Una vez más, te agradezco que hayas trazado la ruta por nosotros. Mirax se encogió de hombros.

—Suelo utilizar a *Silbador* para que monitorice las rutas de mensajería. Y todo lo que tenga que ver con los Jedi es para mí una prioridad. Además, con Corran vete tú a saber dónde, mis hijos en la Academia y mi padre haciendo lo que sea que esté haciendo, yo estaría ahora mismo en casa sin hacer nada.

Mara sonrió.

—Es mejor hacer algo que limitarse a esperar.

—Esperar es un aburrimiento.

Luke arqueó una ceja.

—Creo que es la primera vez que os oigo mencionar la palabra "aburrimiento" aplicada a cualquier cosa que hagáis las dos juntas. De hecho, creo que...

Mara alzó una mano.

—Estábamos exentas.

—Y podríamos haber estado en tu academia en aquellos años en lugar de estar viviendo nuestras aventuras. A tus estudiantes les habría encantado esa distracción —Mirax asintió—. Además, los daños colaterales no fueron tan malos.

El Maestro Jedi sonrió.

—Creo que los vors son algo especialitos en lo referente a los daños colaterales.

—Cierto. Tenemos permiso para aterrizar en la pista principal de la

Catedral. Después del desafortunado accidente del almirante Ackbar y Leia, los vorns establecieron un perímetro de dos kilómetros alrededor de la Catedral en el que está prohibido volar, para que así nadie vuelva a estrellar un caza en la zona —Mirax se dio la vuelta para mirar por la ventanilla—. Atmósfera en quince segundos. Ponte el cinturón si no quieres salir despedido.

—Se lo diré al resto —Luke dio la vuelta y volvió a la sala en la que estaban sentados Anakin y Chalco. Jugaban a algo en la holomesa, pero acabaron discutiendo y acusándose mutuamente de hacer trampas. Anakin pareció ofendido y sólo aceptó parcialmente la disculpa de que los códigos estaban tan manipulados en las mesas donde Chalco jugaba normalmente, que era necesario hacer trampas para poder ganar.

—Y como ibas ganando y yo no hacía trampas, imaginé que estarías haciéndolas tú —le dijo.

Luke sonrió.

—Poneos el cinturón. Entramos en la atmósfera.

Anakin lo hizo al momento, pero Chalco se agarró con fuerza al reposabrazos, hasta que las manos se le quedaron blancas. Luke negó con la cabeza y se sentó en un asiento, abrochándose el cinturón.

—Chalco, ¿no te cansas de ser tan duro?

El corpulento hombre se encogió de hombros y casi se cae del asiento cuando el *Haz* se sacudió.

—Sé que tenéis poderes Jedi, pero eso no lo es todo, ¿sabes? Nosotros, los normales, también sabemos hacer cosas —al decir esto, se señaló con el pulgar en el pecho.

Otra sacudida estremeció la nave, y Chalco salió medio despedido del asiento. Luke recurrió a la Fuerza para volver a ponerlo en su sitio, pero descubrió que Anakin ya lo había hecho. Y *lo ha hecho tan suavemente que dudo que Chalco sepa que le ha ayudado*.

—Por favor, Chalco, ponte el cinturón de una vez.

El hombre gruñó un poco, pero cogió el cinturón.

—Bueno, es un descenso un tanto agitado. Y supongo que tampoco pasa nada si vosotros os ponéis el cinturón siendo Jedi, ¿no?

Luke y Anakin intercambiaron una sonrisa, y el Maestro Jedi negó con la cabeza.

—No, no pasa nada. Cuando lleguemos, Mara y yo iremos a ver a la persona con la que tenemos que hablar. El espaciopuerto de aquí no es gran cosa, así que me gustaría que ambos os quedarais en el *Haz*.

La expresión de Anakin se agrió.

—Pero yo pensaba que...

Luke alzó una mano.

—Busca con tu percepción, Anakin. ¿Crees que Daeshara'cor está aquí? El joven dudó un momento y negó con la cabeza.

—No.

—Así es, no está aquí.

Chalco frunció el ceño.

—¿No esperabais encontrada aquí?

—No, a menos que pasara algo excepcionalmente extraño. Creo que vino aquí buscando información —el Maestro Jedi se inclinó hacia delante—. Averiguaremos lo que ella averiguó y nos marcharemos. Y entonces te necesitaremos, Chalco.

—¿Y yo qué? —preguntó Anakin.

—Tú también eres parte vital en todo esto, Anakin, eso seguro. La expresión de su sobrino reflejó su alegría.

—¿Cuál será mi misión?

—No lo sé. La Fuerza te da pistas de vez en cuando, y eso es todo lo que tengo. Y la pista ahora mismo me dice que te quedes en el *Haz*.

—No me estarás contando todo esto para no tener que decirme que me quede porque eres mi tío y punto, ¿verdad que no?

Luke arqueó una ceja.

—¡Anakin!

Los altavoces resonaron y la voz de Mirax se abrió paso.

—Ya casi hemos llegado. Nos espera un deslizador. Tomaremos tierra en un minuto.

Luke sonrió.

—Y, si todo va bien, despegaremos en una hora.

—oOOOo—

Vortex, un planeta de temperatura cálida con casi la misma masa oceánica que de tierra firme, consistía sobre todo en grandes llanuras de hierba verde y azul que se movía al ritmo de las brisas. Los vors eran una especie humanoide de clasificación mamífera. De huesos huecos, tenían alas membranosas que les permitían planear por encima de los lagos termales y elevarse por las llanuras. Tenían un impresionante sentido de la armonía dentro de su especie y con su

planeta. Su naturaleza armónica les había inspirado para crear la Catedral de los Vientos.

A medida que se acercaba el deslizador, abriéndose paso por entre dos grandes colonias de chozas, Luke consideró que, por un lado, la Catedral parecía algo totalmente propio de aquel planeta, y por otro, totalmente ajena a él. Era obvio que los vors eran capaces de manipular la materia de forma avanzada, puesto que sin esa habilidad jamás habrían podido erigir esas elevadas torres que eran como agujas de cristal, pero reservaban ese tipo de construcción para proyectos especiales. Sus casas estaban hechas por y para el planeta, mientras que las cristalinas torres habían sido creadas para fines más permanentes e impresionantes.

Los vientos entraban en la Catedral, llenando los huecos y arremolinándose en los tubos transparentes. Los finos muros vibraban, llenando el aire con un timbre que variaba de entonación. Había unas mamparas transparentes conectadas a unos engranajes, que a su vez se acoplaban a propulsores. Las mamparas subían y bajaban, agudizando y suavizando los tonos. Todo el edificio era como una criatura viva con mil voces. Y el Maestro Jedi sabía que durante el Concierto de los Vientos, los vors empleaban sus propios cuerpos para variar los sonidos, haciendo que la actuación se convirtiera en una auténtica sinfonía.

Mirax hizo descender la velocidad del deslizador y lo detuvo. Mara y Luke desembarcaron a quinientos metros de la Catedral. Entre los Jedi y la estructura de cristal había una hembra alta, de piel azulada. Llevaba una túnica azul marino que resaltaba su color de piel y su plumoso vello de color perla. Luke había oído el término *etérea* aplicado a ella, y allí, en la Catedral *de* los Vientos, era realmente apropiado. Esbelta, casi frágil, parecía un fantasma compuesto de la melodía que le traspasaba.

Al acercarse, Luke sonrió. Le preocupó un tanto ver que ella no le devolvía la sonrisa.

—Saludos, Qwi Xux.

Ella inclinó la cabeza.

—Saludos, Maestro Skywalker. Cuánto tiempo. Siento que hayan venido. No puedo ayudarles.

Mara frunció el ceño.

—¿Cómo puede decir eso?

La frágil *omwati* sonrió.

—Sé muchas cosas, Mara Jade. Sé que cuando estuve aquí con Wedge y ayudé a reparar los daños producidos hice algo bueno. Y cuando lo dejé, me di cuenta de que éste era el único sitio donde podía encontrar la paz. Volví y les

rogué a los vors que me permitieran continuar mi labor. Tengo la esperanza de que, a través del sonido del viento, mis muchas víctimas tengan una voz. Y quizá, cuando eso ocurra, alcance la paz por completo.

Luke asintió solemnemente.

—Entiendo tu deseo de paz.

Qwi suspiró.

—Pocos lo entienden. Y aquí tengo la posibilidad de crear algo bello que contrarreste los horrores que creé.

Luke y Mara intercambiaron una mirada sombría antes de que Luke tomara la palabra.

—Te pido disculpas si mi presencia aquí te trae recuerdos del dolor pasado. Te deseo lo mejor en tu búsqueda de la paz. Y si hay algo que pueda hacer para ayudar...

Una rápida sonrisa contrajo la cara de Qwi un instante.

—Tenía la esperanza de que viniera Kyp Durrón. No sé si él está tan atormentado como yo, pero me gustaría que escuchara los cánticos del pueblo de Carida.

—Es una petición que le transmitiré —Luke contempló el suelo por un instante—. A Kyp le vendría bien un poco de paz.

Mara se echó el pelo rojo por detrás de los hombros.

—¿Por qué crees que hemos venido?

—Estáis buscando a la twi'leko Jedi. Estuvo aquí —la voz de Qwi se endureció—. Vino para preguntarme cuestiones de superarmamento.

Conocía la existencia de la construcción parcial de la tercera *Estrella de la Muerte* en las Fauces. Y quería saber si había más, u otro *Triturador de Soles*, o quizás alguna otra abominación que nadie conociera salvo yo. Ella sabía que el Emperador no solía tener una sola cosa de cada.

Luke asintió. Incluso el primer destructor estelar clase Súper, el *Ejecutor*, había tenido un gemelo que se creó al mismo tiempo. Se llamó *Lusankya* y fue regalado a Ysanne Isard para su recreo personal, mientras el primero se entregaba a Darth Vader. *Siempre he pensado que quedaban por descubrir otros juguetitos perversos del Emperador.*

Mara frunció el ceño.

—¿Había un segundo *Triturador de Soles*?

Qwi negó con la cabeza.

—No, que yo sepa. Su blindaje fue todo un avance. Parte de la tecnología

cristalina del átomo se empleó aquí, para reconstruir la Catedral. El Emperador no podría haber construido otro a menos que tuviera unas instalaciones paralelas que imitaran las de las Fauces. Si esas instalaciones hubieran existido, esa maligna cosecha ya habría dado fruto. Las Fauces ya producían el armamento suficiente como para no necesitar más instalaciones.

Luke alzó la cabeza.

—¿No había nada más?

Qwi pensó un momento.

—Bueno, estaba el *Ojo de Palpatine*. El fracaso de su misión hizo que el Emperador apoyara a las Fauces. Puede que el *Ojo* tenga un gemelo. Daeshara'cor parecía convencida de ello.

—¿Te preguntó si sabías de algún plan de futuras construcciones? —preguntó Luke.

—¿O te pidió información sobre prototipos a escala o cualquier otra cosa que pudiera servir como arma? —añadió Mara.

—Ella preguntó y yo le dije que todos los recuerdos de esa época habían sido eliminados, destruidos por Kyp Durrón.

El Maestro Jedi entrecerró los ojos.

—Pero si acabas de decir que has empleado aquí, en la Catedral, la tecnología del blindaje del *Triturador de Soles*. Ella habría sabido que mentías. La mujer rió suavemente, pero sin alegría.

—Kyp se llevó los recuerdos, pero la base sobre la que se desarrolló todo ese trabajo sigue en mi poder. Repasando archivos, experimentando, puedo saber lo que sabía entonces. Pudo entender por qué hice lo que hice de una forma y no de otra. No mentí, así que no pudo saber que mentía. De todas formas, jamás volveré a crear nada que mate o haga daño. Jamás.

Mara gruñó.

—Nunca digas jamás, Qwi. Hay una gran amenaza ahí fuera, y puede que la única solución sea otro *Triturador de Soles* o una *Estrella de la Muerte*. La mujer de piel azulada negó con la cabeza.

—Da igual. Mantendré lo que he dicho a cualquier precio.

Mara cerró los puños.

—¿Cómo puedes decir eso? Tu trabajo podría salvar a miles de millones de seres.

—¿Cómo? ¿Matando otros tantos miles? —Qwi se llevó una mano al pecho—. Vosotros sois héroes. Quizás hayáis matado, pero fue en la batalla, en defensa propia. Yo creé armas que destruyeron planetas enteros y asesinaron en

un segundo a miles de millones de seres. Inocentes evaporados. Vosotros quizá lo percibierais a través de la Fuerza, pero yo he sido consciente estudiando los planetas que eliminé. Sé sus nombres, he visto imágenes, y trabajo cada día con ellos para que aquellos que nos abandonaron tengan una voz. Y me esfuerzo por que todos ellos contribuyan a la belleza de este lugar.

Su mirada se ensombreció.

—Sé que puede parecer una locura detenerse en esas cosas, pero alguien tiene que hacerlo. Si no aceptara la responsabilidad de lo que hice e intentara compensarlo, dejaría abierta la posibilidad de empezar a creer que mis actos no fueron tan malos. Y de hacer lo que me sugerís, no crearía más que silencio. Prefiero la muerte antes que eso.

Mara parpadeó.

—Filosóficamente, entiendo el pacifismo, pero tomar esa postura frente a una amenaza definitiva, me parece...

Abrió los puños lentamente.

Luke apoyó una mano en el hombro de su mujer.

—Es mejor que ella adopte una postura y la defienda con su vida, a que se convierta en herramienta de quienes la utilizarían para hacer el mal.

—Pero, Luke, ¿y si no hay alternativas para detener a los yuuzhan vong?

—Entonces, querida mía, debemos plantearnos si la solución es detenerlos o si se nos escapa la otra solución —Luke sonrió a su esposa—. No me gusta descartar opciones, pero tampoco me gusta disponer de armas que puedan destruir planetas y estrellas. Dado que conociste al Emperador, te haré una pregunta: ¿Crees que sólo tendría una nave llamada el *Ojo de Palpatine*, o que el Emperador habría preferido tener dos ojos?

Mientras Mara reflexionaba, una corriente de aire trajo un agudo silbido desde la Catedral.

—Si tuvo otro y lo utilizó en esa época, es probable que el mismo problema hubiera provocado su pérdida.

Luke sonrió.

—Y ese problema fueron un par de Jedi.

—Y había muchos pares de Jedi en aquella época —Mara se encogió de hombros—. Es probable que haya otro *Ojo* en alguna parte.

Qwi junto sus finas manos.

—Si hay otro *Ojo*, tengo la esperanza de que lo encontraréis antes de que se utilice. Ser portavoz de los muertos es una tarea noble, pero espero que algún día no sea necesaria.

—Yo también, Qwi —Luke suspiró y se encogió de hombros—. Pero tengo la sensación de que ese día está todavía muy lejos.

CAPITULO 12

Anakin vio cómo su tío, Mara y Mirax se alejaban en el deslizador. No le gustaba que le dejaran atrás, pero intentó suprimir su disgusto. *Enfadarse es de críos, y yo no soy ningún crío*. Estaba a punto de sentarse en el puesto del piloto para echar un vistazo a los mandos del *Haz*, cuando un sonido de pasos le hizo girarse.

Por un instante, Chalco se quedó inmóvil, como un animal sorprendido por la luz. Luego sonrió y se enderezó, proyectando un aire de confianza que casi llegó a ocultar su sorpresa.

—Iba a salir un poco. A echar un vistazo.

—El Maestro Luke nos dijo que nos quedáramos aquí.

—Es tu Maestro, chaval, no el mío —Chalco puso una de sus gruesas manos en el control de la rampa de descenso—. Tú quédate, que es lo que te dijo que hicieras.

Anakin cruzó los brazos.

—No puedes salir.

—¿Crees que puedes detenerme?

—¿Crees que no puedo?

Chalco entrecerró los ojos, que se le llenaron de arrugas.

—¿De verdad lo quieres intentar?

—El Maestro Yoda dijo a mi Maestro: "Hazlo o no lo hagas, pero no lo intentes" —Anakin suprimió el deseo acuciante de emplear la Fuerza para sujetar al hombre contra la pared. Mara le reprendió una vez por usar la Fuerza en cosas que no la necesitaban. Y Anakin sabía que podía controlarlo fácilmente, dado que había conseguido mantenerlo en el asiento durante la entrada en la atmósfera.

Y como sé que puedo hacerlo, no necesito hacerlo. Tiene que haber otra solución. Anakin se encogió de hombros y dejó caer los brazos.

—Que sepas que si no estás en la nave cuando nos vayamos, tendrás que quedarte aquí. Y esto no se parece en nada a Coruscant en lo referente a naves, transportes y ganarse la vida. A los vors no les gustan mucho los extranjeros, así que tendrás que trabajar en algo manual. Pero haz lo que te dé la gana.

La expresión de Chalco era de perplejidad.

—¿De verdad crees que podrías detenerme?

—¿Qué más da? Si quieres salir y pasarte el resto de tu vida machacando hierbas, trenzando fibras y tejiendo ropa, ¿por qué voy a detenerte? —Recordó una conversación que había tenido con Mara en Dantooine—. Mucha gente cree que los Jedi vamos a salvarlos de su propia idiotez. Si así fuera, nunca tendríamos un momento libre.

—¿Me estás llamando idiota?

Anakin hizo caso omiso de los silbiditos de asentimiento de los dos androides.

—Si fueras idiota, el Maestro Luke no te habría traído con nosotros. Creo que simplemente eres como la mayoría. Vives para el hoy sin pensar en el mañana. Y eso no te permite avanzar.

—¿Eso crees? —la pregunta estaba llena de resentimiento, pero Chalco se relajó y se apoyó contra la pared, por lo que Anakin supuso que el tono era más una pose que el reflejo de una verdadera preocupación.

El joven Jedi se encogió de hombros.

—No te conozco mucho, pero creo que te pasa lo mismo que a algunos Jedi. Te preocupa tu imagen y la opinión que tengan los demás de ti. Estás muy preocupado por tu reputación. ¿Te afecta tanto como afecta a los Jedi?

El fornido hombre se llevó una mano a la barbilla.

—Pues a veces sí, ¿sabes? Es cansado, claro. La gente siempre te está poniendo a prueba. Te labras una reputación y la gente quiere aprovecharse de ti.

—Sí, lo sé —Anakin hizo girar el asiento del copiloto y se sentó en el borde—. Mi padre ha tenido que luchar siempre por ese tema, y los Jedi, bueno, todo el mundo nos presiona para ver cómo somos. Hay gente que nos tiene miedo y ni se acerca. Otros tienen miedo y nos presionan para hacer ver que no nos temen. Es mucho esfuerzo desperdiciado.

Chalco asintió.

—¿Tu padre es Han Solo, verdad?

—Sí.

—Le he visto últimamente un par de veces. Está un poco hecho polvo por lo de la muerte de su colega.

Anakin asintió lentamente, intentando suprimir la automática y ya conocida punzada de dolor por la muerte de Chewbacca.

—Para él fue terrible.

Debían de ser muy buenos amigos —Chalco dibujó media sonrisa—. A mí personalmente nunca me han gustado mucho los wookiees. Y tampoco creo que nunca haya tenido un amigo tan íntimo.

Pasaron juntos por muchas cosas. Chewie fue una constante en la vida de mi padre, y en la mía también. Siempre estaba cuando lo necesitábamos, y ahora ya no está —el dolor le hizo estremecerse, le ahogaba. El enorme vacío que Chewie había dejado en su vida se abrió ante él.

Intentó hablar, pero no pudo. Alzó una mano un segundo y se secó una lágrima.

Lo siento —dijo con voz ronca.

Chalco se agitó incómodo.

—Mira, chaval, yo, eh, quizá no haya tenido un amigo tan íntimo, pero entiendo el dolor. Te acostumbras a que la gente esté cerca. A verla en el espaciopuerto, a que duerma en la celda de al lado, esas cosas. Y ¿sabes?, de repente un día te despiertas y les han dado la condicional o algo. Nunca sabes si volverás a verlos o si recuperarás los créditos que perdiste jugando al sabacc. Es decir, mira, no sé si me estoy expresando bien, pero...

Anakin asintió y percibió el alivio del hombre.

—Gracias, lo entiendo. Cuando llegas a conocer a alguien, te duele que desaparezca de repente. Y el dolor es muy fuerte y muy intenso. Chewie, bueno, él siempre estaba ahí, sonriendo, bromeando, nunca se quejaba cuando yo me dedicaba a encaramarme encima de él trepando por su cuerpo o a jugar con su trabajo. Era como una roca, y cuando se pierde eso...

—Pero no era la única roca en tu vida, chaval —Chalco señaló con la cabeza a

la Catedral de los Vientos—. Tienes a tu tío, a tu madre y a tu padre.

—Bueno, mi padre ya sabes cómo está. Un tanto, eh, distante —Anakin suspiró—. Mi madre está muy ocupada. Ella me ayuda, pero nunca estamos juntos. El tío Luke es genial, aunque él también tiene muchas cosas que hacer. Pero supongo que da igual, porque esto es cosa de adultos, y lo necesito para aprender.

—No crezcas demasiado rápido, chaval —el hombre puso un gesto triste—. Aunque, al fin y al cabo, tienes que hacerlo. Si no lo haces, acabarás como yo. Quizá crecer rápido no esté tan mal.

—Bueno, la cuestión es crecer, creo, rápido o lento, da igual —Anakin miró los controles de la rampa de descenso—. ¿Sigues queriendo salir? Chalco lo pensó un momento y negó con la cabeza.

—No es que me dé miedo tener que trabajar.

—Ni se me había ocurrido.

—Por supuesto que no —el hombre sonrió lentamente—. Por otra parte, ayudar a los Jedi a encontrar a una Jedi no es ninguna tontería, creo yo. Es lo más difícil que he hecho en mi vida, y creo que ya es hora de ponerme las pilas. Después de todo, es lo que haría un adulto.

—oOOOo—

El almirante Gilad Pellaeon odiaba estar sentado en un sillón en el estrado del Consejo Moff. Sólo estaban presentes cuatro de los moff. El resto asistían como hologramas, y el almirante pensaba que el coste de su aparición por ese medio era mucho mayor que su aportación. Todo lo que tenía que decirles podía habérselo enviado en un comunicado, pero los moff se agarraban con celo a su idea de que el Consejo tenía algún valor.

La moff Crowal, del planeta Valc VII, alzó la barbilla desafiante, pero no se levantó sobre su efígie holográfica. Valc VII era el planeta imperial que estaba más cerca de las Regiones Desconocidas, lo cual lo convertía en el punto más alejado de la amenaza yuuzhan vong. Esa distancia del peligro no hacía que la moff Crowal se sintiera más segura, y, como siempre, se dedicó a solicitar más recursos de los necesariamente justificables para su retirado planeta.

—Si se trata de una amenaza grave, almirante, entonces le imploramos que defienda nuestros planetas. Y si se trata de una trampa, entonces le rogamos que haga el favor de mantener nuestras naves en espacio imperial.

El almirante juntó las yemas de los dedos.

—Como ya les he dicho antes, no es ninguna trampa. El peligro para la Nueva República es real. Su petición de ayuda es real.

Moff Flennic apretó las mandíbulas con ira.

—Pues deberíamos dejar que cayeran. Si no hubieran acabado con el Imperio, esta amenaza no sería nada. El Emperador lo habría solucionado de inmediato.

Moff Sarreti, de Bastion, a pesar de su juventud, se echó hacia delante con la actitud de un hombre mucho mayor.

—No alcanzo a entender cómo puede afirmar algo así, Flennic. La Nueva República venció al Imperio, y ahora son los yuuzhan vong los que van a por ella. Por lo tanto, es obvio que también habrían vencido al Imperio.

El rostro de Fennic se torció en una mueca burlona.

—Sarreti, tengo que preguntarle esto. Teniendo en cuenta su deducción, ¿por qué íbamos a ofrecer nuestras fuerzas en auxilio de la Nueva República, cuando, según sus cálculos, nuestras fuerzas son claramente inferiores?

Sarreti asintió lentamente, admitiendo la lógica de la cuestión. —Deberíamos hacerlo porque es lo que tenemos que hacer.

Crowal rió.

—¿Lo que tenemos que hacer? ¿Ofrecer ayuda y apoyo a quienes nos han desangrado, destruyendo nuestra economía, inundando nuestros planetas con objetos que dañan nuestra cultura? Es evidente que esto es una trampa, y que usted ha caído de lleno en ella.

Sarreti se levantó despacio, y Pellaeon sabía que todos y cada uno de sus movimientos, por muy casuales que parecieran, eran totalmente deliberados. El joven moff juntó las manos y apoyó los dedos en los labios. Tenía la mirada distante, como si estuviera perdido en algún pensamiento profundo. Dejó caer las manos y comenzó a hablar en voz baja, suavemente, de forma casi seductora.

—La sabiduría de mis ancianos es algo que para mí tiene mucho valor a la hora de reflexionar sobre temas serios como éste. Todo lo que han vivido y experimentado tras la muerte del Emperador, y durante el periodo de los señores de la guerra hasta llegar a la actualidad, nos es muy valioso para mantener nuestro frágil Nuevo Imperio. Dada mi corta edad cuando murió el Emperador, mi experiencia es escasa al lado de la de ustedes. Alcancé la mayoría de edad en plena Rebelión. Mi familia huyó del Centro Imperial cuando éste cayó, y yo finalmente llegué aquí cuando entré al servicio del Imperio.

"Por tanto, y dado que mis ojos no se abrieron al conflicto hasta que no empezó a decaer el Imperio, veo las cosas de forma distinta. No veo a través de una lente de rabia y dolor causados por esa pérdida, ni de la nostalgia del pasado. Yo percibo lo que ha hecho la Nueva República, y, al igual que ustedes, no me parece que hayan hecho las cosas todo lo bien que deberían, pero

tampoco puedo negar lo que han conseguido. No olvidemos que, hace seis años, pudieron acabar con nosotros de haber querido. Fue este Imperio nuestro *el* que casi acaba con ellos gracias a la traición, pero no castigaron a todos por las acciones de unos cuantos. Se esforzaron por concedernos una paz honrosa, cosa que queda demostrada por el hecho de que seguimos contando con esas fuerzas cuya ayuda nos solicitan ahora.

Totalmente erguido, señaló con el dedo índice hacia Pellaeon.

—La petición que han hecho al almirante Pellaeon no es ni una trampa, ni una amenaza. Es una petición sincera que nos hacen no por cómo los vemos nosotros, sino por cómo nos ven ellos. Nos lo han solicitado, no lo han exigido. Nos tratan como a iguales, y si no somos capaces de ver la importancia que tiene esa apertura, estaremos ciegos y seremos unos ineptos, y nos mereceremos ser aplastados por la Nueva República, por los yuuzhan vong o por cualquier otro enemigo.

Los comentarios del joven moff levantaron gestos de aprobación en sus colegas. Pellaeon le sonrió y asintió, levantándose. Cerró los puños y se los llevó a las caderas, inclinando la cabeza con solemnidad.

—Como siempre, encuentro útiles sus aportaciones y consejos, mis estimados moff, pero me veo obligado a recordarles que soy yo quien está al mando del espacio imperial. No les he convocado para saber qué me aconsejan, sino para aconsejarles y advertirles yo. Cuando hagamos público lo que está pasando en la Nueva República, y la forma en que reaccionaremos ante ello, se alzarán voces de protesta, semejantes a las de alguno de ustedes. No verán motivos para apoyar a quienes consideran sus enemigos. Espero de ustedes que sepan encontrar la persuasión necesaria para convencerles. Doy las gracias a moff Sarreti por su elocuencia, y les insto a todos a que sigan su ejemplo.

El holograma de Flennic alzó la ceja.

—¿Pondrá nuestras fuerzas a su disposición, independientemente de nuestra opinión?

—Parece sorprendido, moff Flennic —Pellaeon sonrió lentamente, y su erizado bigote blanco se ensanchó—. Ésta es su oportunidad de razonar su oposición, pero ya sabe que sus compañeros moff apoyarán esta decisión de pleno. Quería informarles de que pronto emitiré una orden de movilización que activará a todos los reservas, y pondré en funcionamiento a algunas de esas unidades de combate. También haré un llamamiento a todos los cuerpos de seguridad, tanto de dentro como de fuera del Imperio, para que acudan en nuestra ayuda. Quizá piensen que nuestras fuerzas de seguridad ocultas son la clave para recuperar algún día la galaxia, pero ahora lo importante es vencer a los yuuzhan vong. Necesitaremos todo lo que podamos reunir y más.

Pellaeon miró a uno de sus asistentes en la parte trasera de la cámara. —Les

enviaré los códigos aún en vigor que se emplearán con las fuerzas que regresen. No impedirán su movilidad en ningún aspecto. A cambio de su cooperación, no llamaré a filas a sus fuerzas personales de protección y podrán emplear a las unidades de reserva para mantener el orden.

Crowal negó con la cabeza.

—¿Cree poder distraernos dándonos soldaditos con los que jugar?

—Si cree que es lo que estoy haciendo, entonces la respuesta es sí, les considero lo bastante simples como para poder distraerles así —la mirada del almirante se hizo más sombría—. Entérese: si los yuuzhan vong pueden vencer a la Nueva República, nosotros no podremos con ellos. Sugiero que emplee el tiempo que voy a ganar yendo a combatirlos para aumentar en lo posible la seguridad de nuestros mundos. Si fracaso y se ve obligada a tener que jugar a los soldaditos, espero no vivir para ver los resultados. Pellaeon, corto.

Las imágenes holográficas de los moff se desvanecieron. Sarreti se acercó a Pellaeon mientras los otros tres moff se agrupaban y salían de la habitación. El almirante se dio cuenta de que el joven moff seguía parado en el suelo, sin subirse a la tarima, lo cual permitía que ambos pudieran mirarse a los ojos a la misma altura.

Sarreti sonrió amablemente.

—No les has reprendido en absoluto por sus malos modales.

—De hacerlo, igual se creían que me interesaba lo que pudieran hacer.

—Bien hecho —el joven se llevó las manos a la espalda—. Las fuerzas de Bastion estarán encantadas de unirse a vosotros. Y yo sigo siendo un reserva. Si requiere mis servicios, estoy seguro de que mi Gobierno podrá seguir funcionando sin mi presencia.

—Me encantaría tenerte conmigo, Ephin, pero creo que tus esfuerzos me serán más útiles a la hora de organizar al resto de los moff.

—Siempre y cuando no me rebele en tu contra, ¿no?

Pellaeon asintió.

—Preferiría tener a la gente de nuestro lado, en lugar de tenerla en nuestra contra. De todas formas, si lo hago tan mal como para que necesites rebelarte, prefiero que seas tú quien tome el poder, y no Crowal o Flennic.

—Confío en que esa situación no llegue a darse.

—Eso espero —suspiró Pellaeon—. Pero si los yuuzhan vong nos vencen, puede que los guerreros como yo acabemos desapareciendo y que el futuro quede en manos de constructores como tú. Al menos así todavía nos quedará un futuro.

CAPITULO 13

Se presenta la teniente Solo a sus órdenes, coronel.

Jaina Solo estaba de pie en la puerta abierta de la cabina del coronel Darklighter, en el *Ralroost*. No sabía por qué había enviado a Emetrés, el androide militar de protocolo M-3P0 de la unidad, a buscarla, pero le gustaba tener la posibilidad de hablar con él. Lo ocurrido con su hermano la semana anterior le había dejado un malestar general. *Cuando pensé que había muerto...*

—Entra, Jaina, por favor, toma asiento —Gavin Darklighter le señaló el banco de la pared. Él se sentó en una mesita adjunta a la pared, frente a la cabina. Sobre ella había varios datapad, varias tarjetas de datos y un pequeño holocubo que mostraba imágenes de su familia. Sólo aquel pequeño holocubo conseguía quitarle a la cabina toda la frialdad, a pesar de las paredes blancas y los paneles grises.

Jaina se sentó, y él giró su asiento para ponerse frente a ella. Aunque seguía siendo un hombre joven, ya tenía canas en las sienes y algunas arruguitas alrededor de los ojos. Había tomado el mando del Escuadrón Pícaro tras la firma de la paz con el Remanente, pero los casi veinte años que había vivido anteriormente para el cuerpo le habían dejado huella. Para Jaina, era una de las pocas leyendas que no sólo habían sobrevivido en el Escuadrón Pícaro, sino que además habían prosperado dentro de él.

—Jaina, tendría que haber hablado de esto antes contigo. Lo que pasó en Garqi fue terrible, pero también necesario. La seguridad de la operación requería que nadie de dentro del sistema supiera que el *Esperanza Perdida* iba a precipitarse al vacío entre llamas.

Jaina asintió.

—Me han dicho que el almirante Kre'fey y los técnicos que prepararon la nave, así como el personal de la operación, eran los únicos que sabían lo que iba a pasar. Sé que usted no lo sabía, así que no pudo advertirme.

—Sí, ya me han informado de lo amable que eres suponiendo que lo habría hecho de haberlo sabido. Pero lo cierto es que tampoco te lo habría contado de saberlo —la miró fijamente y ella se estremeció—. La decisión de mantener en secreto esa información partió de un nivel superior al mío, y yo habría respetado las exigencias de seguridad que me habrían mantenido en silencio. Y aunque sé que tú no habrías revelado nada de lo que estaba ocurriendo, una vez más no me habría correspondido decidir correr o no ese riesgo.

Jaina se agarró al borde del asiento para mantenerse firme. Se sentía traicionada por las palabras del coronel, en gran parte porque le creía mucho más bondadoso que lo que él afirmaba que era. Ella había confiado en él, y ahí

estaba, diciéndole que no se merecía esa confianza. Y aunque su voz parecía sincera, lo que estaba diciendo era, ni más ni menos, que se habría callado sin importarle quién o qué estuviera involucrado.

Su enfado respecto a esa cuestión cogió a Jaina por sorpresa. Ella no había creído merecer un tratamiento especial, pero su enfado indicaba claramente que, en parte, sí creía merecerlo. Después de todo, era una Jedi, así como su hermano, y eso debía contar para algo. Los asuntos de los Jedi no paraban de verse interferidos, y eso no estaba bien. Y, lo que era más importante, después de todo lo que su familia había hecho por la Nueva República, ¿no debería haberse tomado alguna medida para que no sufriera? ¿Acaso no le debía eso la Nueva República, decidir correr ese riesgo o no?

Localizó enseguida su rabia y la suprimió. Se dio cuenta de que la amargura por el hecho de que los temas de los Jedi se vieran comprometidos estaba demasiado cerca de la doctrina de Kyp y los suyos. *Los Jedi tenemos habilidades de las que otros carecen, pero eso no nos hace mejores que nadie. Y en lo referente a mis objetivos con el Escuadrón Pícaro, soy primero piloto, y luego Jedi.*

Ese pensamiento le llevó a profundizar en la idea de que la Nueva República le debía algo. *Puede que todavía tengan una deuda con mis padres, pero no conmigo. La única forma de que la Nueva República me deba algo es que ella gane algo conmigo. Y, de momento, en comparación con lo que hicieron mis padres, yo no he hecho nada.*

El coronel Darklighter se echó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas y juntando las manos.

—No he hablado antes contigo por rigor, y aunque podría haberte ahorrado algo de dolor, pensé que era mejor poco ahora que mucho después. Cuando yo entré en el escuadrón tenía tu edad, y tenía una carga. Biggs Darklighter era mi primo, por lo que la reputación de los Darklighter recayó enteramente sobre mí. Y, como tú, era tan joven que pensaba que podía hacer cualquier cosa. Tuve suerte de que los miembros del escuadrón me aceptaran, me ayudaran y me permitieran salvar el honor de mi familia.

"Pero tu carga es mucho mayor, y además ha variado ligeramente. Naciste rodeada de privilegios, mientras que yo fui el mocoso de un granjero de humedad. Mis padres no eran nadie. Los tuyos salvaron la galaxia y siguen a su servicio. Y al servirla se ganaron enemigos, y tú eres lo suficientemente lista como para saber que cuando tu madre abandonó el poder, sus enemigos comenzaron a debilitar su imagen, además de la de los Jedi.

Jaina asintió.

—He conocido gente que me consideraba una niña mimada Jedi. Y he trabajado mucho para que se dieran cuenta de que no tenían razón.

—Eso es obvio, y los del escuadrón estamos muy contentos de que estés con

nosotros. Pero hay otros en la nave y en el cuerpo que no lo ven así —suspiró—. Y parte de lo que tuvo lugar aquí sirvió para demostrar que no hay favoritos. No hay nadie aquí que no sintiera profundamente la muerte de tu hermano, y a nadie le hubiera gustado estar en tu lugar cuando explotó el *Esperanza Perdida*. Todos saben lo mal que lo has pasado. Y cuando se enteraron de que tus superiores habían decidido no decírtelo deliberadamente, ni a ti ni a nadie en el Escuadrón Pícaro, se dieron cuenta de que tenías más en común con nosotros de lo que imaginaban. Se dieron cuenta de que el problema de los yuuzhan vong es lo bastante grave como para que la Nueva República no se ande con favoritismos: ni con el Escuadrón Pícaro, ni con los Jedi, ni con ningún Solo.

La joven piloto cerró los ojos y se pasó una mano por la frente. Según lo explicaba él, todo tenía sentido. Jaina descubrió que había heredado de sus padres la creencia de que su deber, y el deber de su familia, era salvar la galaxia. Y la verdad es que sus actos eran cruciales, pero quienes pudieron beneficiarse y mantener las victorias que otros habían conseguido fueron los cientos de miles de seres que formaron la Rebelión. Es cierto que hacer explotar la *Estrella de la Muerte* eliminó unos cuantos peligros de la galaxia, pero no liberó ni uno solo de los planetas imperiales. Eso costó el esfuerzo de muchos otros.

Y había que demostrarles que ese esfuerzo va a ser crucial aquí. Ella abrió los ojos y miró a su comandante.

—Coronel, yo... Vaya, qué lección de humildad. Supongo que no me había dado cuenta de que necesitaba un jarro de agua fría.

Gavin rió abiertamente y asintió.

—No lo necesitabas tanto como otros pensaban. No eres el primer piloto de la unidad al que le restan uno o dos puntos. Y recuerda, a todos nos trataron igual. El Escuadrón Pícaro es la mejor unidad de la Nueva República, pero ahora nuestras camaradas saben que a todos nos miden con el mismo rasero en el trato.

Alzó un dedo.

—Y otra cosa más con la que espero que te quedes después de esto. En el tiempo que pasé con el Escuadrón Pícaro he visto morir a mucha gente. He perdido a muchos amigos, gente a la que apreciaba, y algunos a los que quería mucho. Lo que hizo el almirante Kre'fey es recordarnos a todos, gracias a tu hermano y a Corran, que ninguno de nosotros somos inmunes a la muerte ahí fuera. Nos recordó que es probable que se nos exijan sacrificios que no queramos realizar, y eso está bien. Sería una estupidez por nuestra parte pensar que somos invulnerables. Los estúpidos mueren y casi siempre se llevan consigo a quien tienen más cerca.

—Sí, señor, gracias, señor —durante las simulaciones que había realizado después de lo de Garqi, Jaina ya había visto que estaba volando con más

precisión que antes. Tenía más control, y sabía que iba a necesitarlo contra los yuuzhan vong.

—Muy bien, teniente —él se enderezó en su silla—. Ve a buscar a tus compañeros de escuadrón y diles que tienen dos horas antes de presentarse en el hangar de lanzamiento. El almirante Kre'fey parece haber encontrado la manera de neutralizar parte de la amenaza yuuzhan vong a la que nos enfrentamos, pero seguiremos realizando las patrullas por si hubiera un fallo de cálculo. Quiero a todo el mundo listo para salir, porque quiero que al final de esta pequeña incursión vuelvan tantos cazas como salieron.

—oOoOo—

Sellado dentro de la cabina de su Ala-X, situado en las entrañas del hangar inferior de lanzamiento del *Ralroost*, Gavin no llegó a ver al crucero de asalto bothan volver al espacio real. En el preciso instante en el que los sensores de la nave principal estuvieron operativos, inundaron el ordenador de Gavin con datos de sistemas de Sernpidal. El control de despegue le dio permiso para salir, así que encendió los repulsores giratorios y aceleró a fondo. El Ala-X cogió velocidad mientras avanzaba por el túnel de lanzamiento. Luego atravesó la burbuja magnética de contención al final y se dirigió hacia el punto de encuentro trazando un bucle.

Alzó la mano derecha y pulsó un interruptor que bloqueaba los alerones-s del caza en posición de ataque. Luego comprobó los escudos, los láseres y, finalmente, el sistema localizador de objetivos.

—*Ralroost*, aquí Pícaro Uno. No hay señales de amenaza inmediata.

—Recibido, Uno. Inicien incursión.

—A sus órdenes —Gavin captó la frecuencia táctica del escuadrón en su intercomunicador—. Grupo Uno conmigo. El Dos con el *Fisgón*. Tres, situaos debajo. De momento todo va bien, pero tened cuidado.

Gavin comprobó de nuevo los monitores y vio algo de movimiento en los límites del sistema. Los datos procedían del sensor del *Ralroost* e identificaban a las lejanas naves como coralitas. A menos que realizaran un micro-salto en el hiperespacio, tardarían un mínimo de cuatro horas en llegar al *Ralroost*, y para entonces la nave ya se habría ido hacia tiempo. Y *si efectivamente consiguen llegar al Ralroost antes de ese tiempo, entonces sí que se habrá ido para siempre*.

El almirante Kre'fey coincidía en que la colisión de una luna contra Sernpidal no podía ser un simple acto terrorista. Los recursos empleados eran excesivos como para no esperar un beneficio posterior. Puesto que Sernpidal no era en absoluto una amenaza y podría ser útil para lo que fuera que estuvieran haciendo los yuuzhan vong con Dubrillion, era de vital importancia infiltrar allí una misión que averiguase lo que pasaba.

Una misión de exploración estándar aparecería con toda normalidad por los límites del sistema, empleando sondas robot o sensores de larga distancia para obtener la máxima información posible. Kre'fey supuso que los yuuzhan vong colocarían sus defensas en el borde del sistema para impedir ese tipo de estrategia. El almirante había ordenado que los astronavegadores realizaran numerosos análisis de los datos de la trayectoria de salida empleada por el *Halcón Milenario*. Utilizando esa información, crearon modelos que mostraban cómo se desintegraría el planeta llegado el momento. Los modelos ayudaron a determinar hasta qué punto el planeta fragmentado provocaría cambios en el perfil gravitatorio del sistema al deshacerse en pedazos. Encontraron un punto muy cercano al planeta destruido, por el que una nave podría entrar y salir, sabiendo que los saltos dentro del sistema eran difíciles para los yuuzhan vong.

Así que nos soltarán en ese espacio y allá iremos. Gavin dio la vuelta a su caza y se metió en el laberinto creado por los escombros de Sernpidal. La caída de la luna había destrozado el planeta, pero no había sido una destrucción tan completa como la causada por la *Estrella de la Muerte* en Alderaan. Gavin había sobrevolado el Cementerio de Alderaan, pero los restos de Sernpidal eran mayores que las pequeñas rocas de tamaño asteroide que habían quedado de Alderaan.

Podía ver grandes pedazos que en algún momento habían sido la costa. Supuso que si volaba lo suficientemente cerca vería las ruinas de las ciudades. No le atraía en absoluto la idea de hacer eso, por no decir que estaba muy alejada de los parámetros de la misión. *Mi trabajo consiste en cruzar la pantalla de escombros y ver qué hay más allá, si es que hay algo.*

El grupo de coralitas situado en el límite del sistema hacía suponer que los yuuzhan vong protegían algo, pero hasta que Gavin no cruzó entre los fragmentos de corteza planetaria y la roca derretida que se había quedado congelada por el vacío del espacio, no tuvo ni idea de lo que estaban haciendo los yuuzhan vong. Cuando finalmente se atravesó todo ese espacio y llevó su caza hasta la luz del sol de Sernpidal, se le secó la boca.

—¡Por los huesos negros del Emperador!

Gavin oyó la maldición por el intercomunicador y estuvo a punto de saltar por la falta de disciplina, hasta que se dio cuenta de que era él quien lo había dicho.

—¿Fisgón, estás operativo?

—Afirmativo, Uno. Monitores activados.

—Bien, quiero que lo cojas todo.

Gavin no estaba seguro de lo que estaba viendo, porque, aunque había contemplado cosas parecidas, nunca lo había visto en el espacio. Con su esposa,

en Chandrila, el planeta natal de ella, había ido a bucear y se había maravillado ante las formas de vida bajo la superficie del agua. Viniendo de un planeta desértico, nunca se le habían pasado por la cabeza las cosas que podían esconderse más allá de las olas. Finalmente acabó por enamorarse del buceo, y disfrutaba sobre todo observando la abundante vida que bullía en las formaciones de coral del Mar de Plata.

En las caras que daban al sol de los fragmentos de Sernpidal había cosas que parecían caracoles, pero de un tamaño descomunal. *¡Lo suficientemente grandes como para albergar un grupo de Ala-X!* Podía ver el rastro que habían dejado algunos al deslizarse por el suelo, un rastro leve, como si se estuvieran comiendo la roca. A su paso se arrastraban numerosas criaturillas de aspecto similar. Parecían estar siguiendo algunas vetas minerales específicas que los grandes dejaban al pasar.

Pero los caracoles pegados a la roca no fue lo único que vio. Había otros, muchos, que vagaban a la deriva hacia un punto que parecía equidistante de casi todos los fragmentos. Ahí fue donde Gavin divisó una especie de enrejado gigante, de forma más o menos oval y del tamaño de una luna pequeña. Algunos de los caracoles, tanto grandes como pequeños, se arrastraban sobre el enrejado, dejando roca a su paso. Otros, con caparazones diferentes a los que comían roca, estaban incorporándose al enrejado, a lo largo de la estructura central y en otros sitios. Unos filamentos elásticos que relucían bajo la luz del sol le recordaron a las imágenes que había visto de las conexiones nerviosas.

Están criando una nave, una nave enorme. Gavin miró su medidor de distancia y vio que todavía estaba a más de cuarenta kilómetros del esqueleto. *Es tan grande como la Estrella de la Muerte.*

—¿Qué hacemos, Uno?

Gavin escuchó a la mayor Varth pidiendo una misión y empezó a designar objetivos. Pero cuando se dio cuenta de lo absurdo que era hacerlo, se detuvo. Puede que un torpedo de protones bastara para destruir una *Estrella de la Muerte*, pero aquella cosa no tenía un puerto de salida del reactor blindado. *No tiene reactor. Está vivo... o lo estará.* Si todos los torpedos de protones del escuadrón dieran en el blanco conseguirían debilitar un poco sus defensas, pero no lo destruirían.

—Nueve, no hacemos nada. Sólo hemos venido a observar —las palabras le dejaron un sabor amargo en la boca, pero no podía decir nada más—. Alguien más listo que yo tendrá que pensar en algo, Pícaros. Esperemos que ellos puedan.

CAPITULO 14

Corran Horn se apoyó sobre una rodilla en la maleza cerca del lugar de encuentro que había acordado con su contacto local. Llevaba un uniforme de combate acolchado reforzado con parches de plastiduro en brazos y piernas. Los parches, así como el traje, tenían un colorido patrón de rojo, gris y morado, que conjuntaba con la vegetación de Garqi. Sumergido como estaba en la maleza, era casi invisible para el ojo inexperto.

Su contacto llegaba tarde, y aunque Corran no percibía nada fuera de lo normal en la Fuerza, no por ello dejaba de sentirse incómodo. Si los yuuzhan vong se estuvieran acercando para tenderle una emboscada, tampoco los sentiría con la Fuerza. Como medida contra esa posibilidad, Jacen, Ganner y los noghris habían establecido un perímetro. Corran estaba seguro de que si les pasaba algo y por alguna razón no podían usar el intercomunicador para enviarle un mensaje, él percibiría su malestar mediante la Fuerza y quedaría alertado.

Pero alertarme por haber perdido alguien... no es lo que quiero. De momento, la misión a Garqi ya duraba una semana exenta de incidentes. El *Mejor Suerte* se había alejado bastante del lugar de la colisión, y los yuuzhan vong parecían no querer o no poder seguir los pequeños rastros que habían ido dejando atrás al escapar. Habían llevado la nave a una explanada situada en un complejo agricombinado a unos cuarenta kilómetros al norte de Pesktda, la capital del planeta, y la habían ocultado en los edificios que en el pasado albergaron a los grandes androides cosechadores.

Supusieron que los yuuzhan vong habrían masacrado a los androides que realizaban las tareas de cultivo del planeta. Androides cosechadores de varios tamaños y formas habían sido uniformemente reducidos a masas amorfas de duracero derretido que ensuciaban los caminos colindantes. Los cultivos se acercaban al momento de la cosecha, pero no había forma de salvarlo todo sin los androides. Eso otorgaba bastante ventaja al equipo de investigación, porque así era más fácil encontrar alimento.

Corran se sorprendió admirando a regañadientes la postura de los yuuzhan vong ante las máquinas. Si bien el planeta Garqi no era de gran importancia en el esquema general, producía mucho más alimento del que la población local era capaz de consumir. En el supuesto de que los yuuzhan vong consumieran las mismas cosas que los habitantes de la galaxia que estaban invadiendo, Garqi era un cuerno de la abundancia esperando a ser devorado. *Si yo estuviera al mando aquí, habría recogido la cosecha y después habría destruido las máquinas, porque, sin ellas, no hay manera de salvar todo esto. Pero es obvio que quien está al mando prefiere que la cosecha se pudra antes de dejar que las máquinas que detesta se encarguen de recogerla. Es una postura interesante ante sus principios.*

Eso dejaba abierta la cuestión sobre qué estaban haciendo en Garqi los yuuzhan vong. El equipo de investigación no había visto a nadie mientras se abrían paso hacia la capital. A las horas acordadas, buscaban con los intercomunicadores las frecuencias y los códigos que la Nueva República había establecido en caso de que se produjera un ataque del Remanente para tomar Garqi. Durante las primeras noches no recibieron nada, pero luego, a los cuatro días, captaron un ruido que, tras ser descomprimido en un datapad, resultó ser un largo mensaje de texto dirigido a cualquiera que hubiera sobrevivido a la colisión al sur de Pesktda. El mensaje incluía una lista de los momentos y los lugares en los que se producirían los rescates, y casi todos los sitios estaban muy cerca del equipo.

Ganner y Jacen afirmaban que aquel mensaje no era más que una trampa, pero Corran no estaba de acuerdo.

—Si los vong no pueden emplear máquinas para recoger las cosechas, que tienen un valor evidente, no van a utilizar una para una tarea que no saben si dará algún resultado. Por otra parte, los vong no parecen muy capaces de tramar argucias. Podemos acercarnos a uno de esos sitios, mirar, ver lo que ocurre, y luego acudir al encuentro en el siguiente sitio.

Los noghris no dieron su opinión sobre si iban a meterse o no en una trampa. Corran sospechaba que, como un noghri había muerto a manos de un yuuzhan vong que intentaba asesinar a Leia Organa Solo, todos los noghris se consideraban obligados a vengar esa muerte por su honor. Era consciente de la reputación de los noghris de ser sumamente letales, y le parecía más que bien que sintieran un odio personal por los yuuzhan vong.

Al menos sé que no van a dejar que la situación se descontrole. No tenía la misma seguridad en lo referente a Jacen y Ganner. La animadversión que Ganner sentía por los yuuzhan vong procedía de los actos que había presenciado en Bimmiel. Corran sabía que Ganner no era idiota y que no se precipitaría en sus actos, pero podía imaginárselo haciendo todo lo posible por provocar una lucha con los yuuzhan vong. Ese deseo de enfrentarse a los vong podría causarle muchos problemas.

Y Jacen era un caso aparte. En Belkadan había sido vencido y capturado por un guerrero yuuzhan vong. Pese a haberse enfrentado, y vencido, a varios guerreros en Dantooine, y haber matado allí a muchos soldados esclavo de los vong, seguía sin tener el honor que poseía su hermano pequeño de haber luchado, y probablemente matado, a más de una docena de guerreros en Dantooine. Corran no creía que Jacen fuera a lanzarse a un festival de sangre sólo por igualar el marcador, pero eso tampoco le facilitaba la tarea *de* predecir las acciones del joven.

Un instinto de determinación teñido de precaución llegó a Corran a través de

la Fuerza. Miró hacia el sur, por donde se acercaba un joven solita rio, atravesando la selva tropical. Gracias a la Fuerza, Corran no tuvo problema a la hora de localizarlo, pero la forma en que se movía el hombre habría dificultado esa tarea a cualquier otro. Era obvio que había vivido en Garqi el tiempo suficiente como para no ser detectado en la selva.

Corran hizo acopio de la Fuerza y proyectó la imagen de alguien moviéndose rápidamente por la maleza a la izquierda del hombre. El joven se giró rápidamente, sacando una carabina láser para cubrir su movimiento. Corran salió de su escondrijo y se acercó a él. El joven se llevó la mano al oído derecho, y Corran supuso que estaba comunicándose con alguien que lo había visto a él. El hombre se giró y le apuntó con la carabina.

Una oleada de miedo emanó del hombre, pero la suprimió de inmediato.

—Verde.

Corran asintió.

—Amarillo.

El joven sonrió, enderezándose, y bajó la carabina. La contraseña acordada era un color del espectro visible de luz, y la respuesta era el que estuviera situado a continuación del primer color.

—Soy Rade Dromath.

Al acercarse, el rostro del chico le resultó conocido a Corran. El nombre también le sonaba familiar.

—Dromath, me suena ese apellido.

—Mi padre estaba con la Nueva República. Murió en las guerras Thrawn.

Las cosas comenzaron a tener sentido para Corran.

—Tu madre era de Garqi.

El joven, alto y rubio, asintió.

—Dynba Tesc. Ella huyó del Imperio, conoció a mi padre y se casó con él. Regresó aquí a su muerte.

A Corran le recorrió un escalofrío.

—La vi una vez, aquí. ¿Cómo está?

El joven negó con la cabeza.

—Murió. Los yuuzhan vong acabaron con ella en su primera acometida. Había organizado algunas cosas, dado lo que contaba de su época de la lucha contra el Imperio, y por vivir tan cerca del Remanente. Tampoco es que la cosa le obsesionara, pero escondió un par de cosas. Su previsión es el motivo por el

que aún estamos aquí... me refiero a la Resistencia.

—Siento que muriera —suspiró Corran. Recordaba a Dynba Tesc como una mujer algo soñadora, pero entusiasta, lo bastante valiente como para enfrentarse al Imperio en un planeta donde la rebelión no era realmente necesaria. Su adhesión a sus ideales le había traído problemas, pero a él le permitió salir de aquel planeta y unirse finalmente al Escuadrón Pícaro—. Tu madre era muy especial.

Rade parpadeó con sus ojos azules, y asintió.

—Vale, ya sé quién eres. Horn, el que la ayudó a salir de Garqi.

—Ella salió sola, yo sólo la llevé.

Rade sonrió.

—Mi padre era su héroe y el amor de su vida, pero te recordaba con mucho cariño y se alegraba de tu éxito.

Una punzada de arrepentimiento recorrió a Corran. *Debería haber mantenido el contacto con ella, debería haber hecho algo cuando su marido murió.* Negó con la cabeza.

—Si tenemos tiempo, me gustaría que me contaras cosas de ella. Éste no es momento ni lugar, supongo. Llamaré a los míos para que vengan, tú haz lo mismo. ¿Tenéis algún sitio seguro en los alrededores?

—Sí, a poca distancia hacia el este. Los yuuzhan vong no se han acercado por allí.

Corran contactó enseguida con su equipo. Jacen y Ganner llegaron los primeros, seguidos por tres de los noghris. Corran no mencionó que había otros tres noghris por ahí, consciente de que querían actuar como retaguardia. Rade convocó a cuatro miembros de su equipo: dos mujeres, otro hombre y una trandoshana. Juntos se dirigieron hacia el este y encontraron un búnker semienterrado y rodeado de maleza que parecía ser más antiguo que el Imperio.

Una vez dentro, Rade les explicó.

—En los primeros tiempos, los colonos practicaban una agricultura definitiva. Talaban explanadas enteras, plantaban, agotaban la tierra, y luego se trasladaban y dejaban que el bosque se recuperara por completo. Este búnker alojó en su momento a los agriandroides que trabajaron estas tierras.

Jacen Solo se apoyó contra una viga oxidada que se curvaba para sujetar la estructura arqueada de ferrocemento.

—Hemos visto lo que hicieron los yuuzhan vong a los androides. No hemos visto indicios de que hayan plantado villip o las otras cosas que vi en Belkadan.

Ganner asintió.

—Este planeta es muy fértil, yo pensaba que lo utilizarían para cultivar cosas.

—Y así es —Rade se estremeció—. Mañana os lo enseñaremos. Están criando un ejército.

—oOOOo—

Antes del amanecer iniciaron una larga caminata hacia el oeste, y después hacia el sur, hacia las afueras de la capital. Allí, al oeste del Jardín Xenobotánico de Pesktda, fueron conducidos hasta la ladera de una colina desde la que podían contemplar un complejo de edificios que antaño formaron parte de la Universidad Agrícola de Garqi. Varios bloques de edificios estaban dispuestos en círculo alrededor de una explanada rectangular central de césped. De los barracones salían filas y filas de hombres y mujeres altos y esbeltos. Estaban alineados por rangos frente al sol naciente, y unas pequeñas criaturas reptiloides se afanaban a su alrededor, dando órdenes a diestro y siniestro.

Jacen se quitó los macrobinoculares.

—Los pequeños reptiloides son como las tropas que usaron contra nosotros en Dantooine.

Ganner se echó hacia delante, fijando la vista en la formación.

—Esa gente de ahí tiene las mismas malformaciones que los esclavos que vimos en Bimmieel.

—Y los de Belkadan, pero estas malformaciones son más similares entre sí.

Corran estudió a los humanos y estuvo de acuerdo con ambas afirmaciones. Las malformaciones de coral, que eran más blancas y suaves que las que había visto con anterioridad, habían atravesado la carne de aquellos humanos. Las cuencas oculares y los pómulos estaban hiperdesarrollados, quizá para proteger los ojos, y tenían pequeños cuernos saliéndoles del cráneo. Tenían los nudillos protuberantes por las anomalías óseas, y unos pequeños espolones les crecían en codos, muñecas y rodillas. Las malformaciones variaban en tamaño y ubicación según el escuadrón, y un par de ellos hasta llevaban plateadas armaduras de hueso implantadas en pecho, espalda, brazos y piernas. Los humanos del cuarto escuadrón estaban completamente revestidos de ese material, por lo que parecían soldados de asalto tallados en marfil.

Rade suspiró.

—Éstos son los últimos. Los yuuzhan vong llevan aquí un mes. Produjeron otros dos escuadrones al principio. Los entrenan y los sueltan en distritos de Pesktda sin un solo resto de vida. Los pequeños reptiloides y algunos

guerreros yuuzhan vong van a por ellos. Todavía no han destruido todas las máquinas, así que tenemos imágenes de las luchas gracias a las holocámaras de vigilancia. Hemos visto algunas bajas entre los yuuzhan vong, y los escuadrones están mejorando, que es por lo que pensamos que están criando un ejército aquí. Éstos son prototipos, y cuando encuentran uno que funciona bien, supongo que pueden transformar a cualquiera en un soldado.

Corran se pasó una mano por la barbilla y se quitó los macrobinoculares.

—Esto responde a la pregunta de por qué no les importa que haya granjas desatendidas. Han llevado a la gente a alguna granja, supongo, y la obligan a recolectar a mano, con lo que obtienen más que de sobra para que todo el mundo coma y esté sano. Cosechan a los mejores, los transforman y trabajan desde aquí.

—Así es. Nosotros estamos en contacto con otros grupos de resistencia. Podemos organizar una incursión y liberar a los prisioneros, pero no podemos detener a los que han sido transformados, y, francamente, no podemos impedir que los yuuzhan vong retomen el control.

La frustración y pesadumbre que teñía el discurso de Rade hizo que a Corran se le encogiera el corazón en el pecho. Miró a los otros dos Jedi.

—¿Alguna sugerencia?

Jacen se rascó un ojo, distraído.

—Sé que deberíamos hacer algo, pero nuestra misión aquí es investigar las actividades de los yuuzhan vong. Podríamos atacar su estación experimental y destruirlo todo, pero no sabemos si eso será un golpe definitivo o un arañazo sin consecuencias. Además, las repercusiones podrían ser fatales para los nativos en caso de que los yuuzhan vong decidan castigarlos por lo que hagamos nosotros.

Ganner se puso en cuclillas. A pesar de llevar un uniforme de combate de color chillón, conseguía mantener un aire de dignidad.

—La clave es realizar un ataque al recinto experimental. Nos cargamos su trabajo y quizá podamos llevarnos alguna muestra para que los nuestros puedan desarrollar algo que contrarreste lo que los yuuzhan vong hacen aquí a los humanos. Hemos venido a recoger datos, las muestras serían los mejores datos posibles, y las necesitamos.

Corran asintió lentamente.

—Creo que ambos estáis en lo cierto, pero introducirnos en el recinto no es la solución. Si lo hiciéramos, ¿qué descubrirían los vong?

Jacen frunció el ceño.

—Que estamos aquí y que sabemos lo que han estado haciendo.

—Así es. A ver, en Bimmie empleamos la manipulación genética para responder a la amenaza de sus insectos, así que hemos de suponer que saben que no sólo podemos manipular máquinas, sino también la vida —Corran señaló a los escuadrones—. Es casi seguro que las modificaciones realizadas en cada escuadrón se basan en las realizadas en las generaciones anteriores. Lo que significa que su línea experimental continuará, a menos que sepan que tenemos la información suficiente como para neutralizarla. Si conseguimos obtener muestras sin que lo sepan, quizá podamos crear algún tipo de vacuna contra lo que están haciendo. Es decir, si esos implantes funcionan como, digamos, verrugas, podríamos preparar anticuerpos para abortar esas malformaciones desde un principio.

Ganner se rascó la nuca.

—¿Quieres que hagamos una incursión de secuestro para sacar a un par de miembros del escuadrón de la cama?

—No, eso les daría pruebas de que hemos estado aquí. Tengo otra idea —Corran sonrió—. La próxima vez que saquen a un escuadrón para un juego de guerra, nosotros estaremos allí también. Cogemos a algún miembro del escuadrón y nos vamos, mientras el barullo nos cubre la retirada y oculta el hecho de que nos llevamos a un par de individuos.

—¿Estás obviando conscientemente el hecho de que estaremos en un campo de batalla con un montón de yuuzhan vong y sus pequeños esbirros? —Jacen negó con la cabeza—. Eso aumenta ligeramente las posibilidades de que nos descubran, ¿no?

Ganner se enderezó y apoyó una mano sobre el hombro de Jacen.

—Lo sabe, Jacen, pero esas posibilidades siguen siendo muy abundantes, estemos donde estemos. Nosotros sabremos dónde están ellos, pero ellos no sabrán que nosotros hemos estado allí hasta que sea demasiado tarde.

¿Y si lo averiguan, Ganner? ¿Qué pasaría entonces?

El apuesto Jedi sonrió con frialdad.

Entonces sabrán que por muy letal que sea su tropa experimental, no es nada en comparación con un trío de Jedi.

CAPITULO 15

Shedao Shai contempló al caamasiano de vello dorado desde un elevado ventanal. El enviado de la Nueva República, vestido con escasos harapos, se arrastraba bajo la pesada carga de tener que llevar bloques rotos de ferrocemento de un lado a otro del patio. La tarea no requería ninguna actividad mental, lo que le proporcionaba a Elegos la oportunidad perfecta para no pensar en nada más que en el dolor que le destrozaba hombros y espalda, agarrotándole los muslos y haciendo que le ardieran las plantas de los pies. El alienígena había comenzado el día erguido, pero ahora, a medida que se acercaba la puesta de sol, se encogía bajo la carga y la movía con paso vacilante.

El líder yuuzhan vong se giró para mirar a su subordinado.

—Sí, Deign Lian, te he oído. Las fuerzas de la Nueva República tuvieron acceso a nuestra matriz de naves de Sernpidal. Pero a mí no me parece tan relevante como a ti.

—Pero, señor, le ruego que reconsidere todo lo que he expuesto —Deign Lian se escondía tras una máscara, y Shedao Shai sabía que era lo mejor que podía hacer. Él también llevaba una, de apariencia todavía más temible que la de su asistente, pero ocultaba un rostro que podría hacer que Deign se estremeciera—. Señor, la nave que identificamos en Sernpidal era la misma que apareció en Garqi. Su incursión de exploración fue abortada cuando atacamos, pero no pasó lo mismo en Sernpidal.

Eso es porque ahí no atacamos —Shedao Shai alzó la mano izquierda y cerró el puño lentamente, clavándose las garras en la palma. Los ligamentos crujieron de forma deliciosa, y percibió un ligero escalofrío recorriendo los hombros de su asistente—. ¿Hemos averiguado ya cómo fue capaz su nave de penetrar en el sistema? Sus capacidades son limitadas, ¿no es así?

—Los investigadores han analizado los patrones y han determinado lo que creemos que son los parámetros de su trayectoria. En breve podremos definir esos puntos y defenderlos.

Shedao abrió la mano y se pasó el pulgar por las yemas sangrantes de sus dedos. Las heridas de su mano ya se habían cerrado, así que se limpió la sangre en el hombro derecho y en el pecho.

—¿Acaso no sería más efectivo que los investigadores analizaran las máquinas de los infieles en lugar de tener que adivinar las cosas o trabajar con información que podría estar incompleta?

Los ojos de Deign se abrieron, expandiéndose más allá de los límites de los agujeros de su máscara.

—Señor, eso les ensuciaría. Quedarían mancillados. Tendrían que expiar sus

pecados.

—Pues que expíen —Shedao Shai esbozó una sonrisa macabra y se volvió hacia la ventana—. ¿O acaso quienes crearon el Abrazo del Dolor, modificándolo y reajustándolo, no hacen uso de él? ¿Acaso se apartan de todo aquello que nos purifica? Deberían regocijarse por tener la oportunidad de revolcarse en la inmundicia de los infieles, porque con la expiación adecuada llegarán a estrechar su unión con los dioses y nos proporcionarán un conocimiento que acelerará nuestra victoria en la batalla.

—Señor, si así lo ordena, ellos obedecerán.

—¿Me estás sugiriendo que no debería dar esa orden, Lian?

—Señor... —la voz de Lian fue bajando de volumen—. Creo que su estrecho contacto con el alienígena ha... alterado su percepción de los infieles. Shedao Shai miró por encima del hombro a su subordinado.

—¿Qué es lo que intentas decir exactamente, Deign Lian?

—Señor, la gente ha comenzado a hablar sobre la cantidad de tiempo que pasa con el caamasiano. Hablan del hecho de que le haya enseñado el Abrazo del Dolor, de que le haya dado a conocer la Caricia Hirviente. Pasa tiempo con él, mirándole, hablando con él, enseñándole cosas de nosotros, revelándole nuestros secretos.

—Entiendo. ¿Y eso se considera una amenaza?

—En caso de que escapara, señor.

—¿Y podría hacer eso, Lian? ¿Podría salir de aquí?

—No, señor, nosotros no lo permitiríamos.

Shedao Shai se dio la vuelta y recorrió en dos zancadas la distancia que les separaba. Agarró a su asistente por los hombros y lo estampó contra la pared, rompiendo el muro.

—¿Nosotros no lo permitiríamos? ¿Vosotros no lo permitiríais? De alguna manera supones que yo sí lo permitiría, ¿no es así? Que le dejaría escapar. Que dejaría que me convenciera para liberarle. ¿Es eso lo que piensas?

Volvió a golpear a Lian contra la pared, y luego lo soltó.

El subordinado yuuzhan vong cayó de rodillas y apoyó la cara contra el suelo.

—No, señor, es sólo que nos preocupa, que me preocupa, su unión con los dioses. Su contacto con el alienígena podría cambiarlo a él y a usted.

¿Es eso lo que piensas de verdad?

Es lo que me preocupa, señor, lo que me preocupa.

Entonces domina tus preocupaciones —Shedao Shai se giró sobre sus talones y dio un paso para alejarse, pero volvió a dar la vuelta rápidamente para coger a Lian según se levantaba. Shedao dio una rápida patada, acertándole a Lian en la barbilla. La patada hizo girar al subordinado, que chocó con la pared por tercera vez, cayó al suelo y quedó cubierto por la pintura y el polvo que cayó del muro.

Shedao Shai le señaló con un dedo tembloroso.

Tú no eres mi señor. Yo soy tu señor. Lo que yo haga para aprender sobre el enemigo es problema mío. Y no se te ocurra cuestionarme. Los cotilleos de mis inferiores no te incumben. Estás aquí para llevar a cabo las tareas menores que están por debajo de mi capacidad, para que yo pueda dedicarme a cosas de mayor relevancia. Y si no estás de acuerdo, puedo encontrarte trabajo en otro planeta.

—¡No, señor, no! —Deign alzó las manos, aunque Shedao Shai no pudo averiguar si era para protegerse de otra posible patada o para pedir compasión—. No quería ofenderle, señor, sino comunicarle las murmuraciones de quienes podrían conspirar contra usted.

—Si hay conspiradores en mi contra, Lian, tu deber es eliminarlos —Shedao Shai cruzó los brazos sobre el pecho—. Ahora baja y tráeme a Elegos. Estaré en la cámara del tanque.

—Sí, señor —Deign se levantó despacio, apoyándose contra la pared—. Enseguida, señor.

Shedao Shai esperó hasta que Deign hubo avanzado a trompicones hacia la puerta.

—Una cosa más.

—¿Sí, señor?

—Quítate la máscara antes de hablar con él.

—¿Señor? —el terror en el rostro de su ayudante tenía algo de estimulante—. Usted no puede...

—¿Que no puedo qué? —Shedao Shai se acercó lentamente a su tembloroso asistente—. Te quitarás la máscara, me enviarás a Elegos y te instalarás en el Abrazo del Dolor. Si sales de él antes de que amanezca, te mataré yo mismo.

—Sí, señor, como deseáis.

—oOOOo—

Tras quitarse su propia máscara, Shedao Shai contempló a uno de los grandes peces depredadores nadando despacio por el cilindro acuático. Había contemplado a ese pez bastantes veces, había mirado cómo él y su compañero

rasgaban la carne que se les echaba, desgarrándola en grandes pedazos sangrientos. Cuando se alimentaban, pequeños trocitos de carne flotaban a la deriva y acababan en las fauces de otros peces. Los huesos caían hasta el fondo del tanque para ser limpiados por caracoles y otras criaturillas. *Nada se desperdicia. La cosecha del dolor trae recompensa para todos, como debe ser.*

Había ordenado a los cuidadores del acuario que dejaran de alimentar a los peces con carne humana. A pesar de que el espectáculo era digno de ver, siempre era divertido ver a alguien negando la cualidad acaparadora del dolor, lo cierto es que Shedao había percibido un descenso en la nobleza de los depredadores. Al alimentarles con presas capturadas, estos grandes cazadores, que podían procurarse mejor alimento en libertad, se veían disminuidos. Ofrecerles algo que no reconocían como presa era casi como burlarse de ellos.

Shedao Shai sonrió lo mejor que pudo. Los Cuidadores y los Sacerdotes, los Administradores y muchos Obreros, todas esas clases de yuuzhan vong habían caído en la desidia. Los Guerreros eran auténticos cazadores. Ellos eran los yuuzhan vong que estaban más cercanos a la verdad del universo. Y, aun así, estaba dispuesto a admitir que no todos eran fieles a ese concepto. Deign Lian se había apartado de él, y Shedao sospechaba que ni siquiera una noche entera en el Abrazo le procuraría un poco de placer.

Elegos se enderezó al entrar en la cámara. Se movía con fluidez, sin rendirse al dolor de todo su cuerpo. Shedao Shai se dio cuenta de que le dolía muchísimo. No podía mover del todo los brazos. Cojeaba ligeramente, como si se le desencajara la cadera a cada paso. *Pero no niega el dolor, sino que lo asimila. Está aprendiendo bien.*

Shedao Shai se alejó del pez y saludó a Elegos con la cabeza.

—Has trabajado intensamente hoy y no has conseguido nada. El caamasiano sonrió lentamente, como si le dolieran los músculos de la cara.

—Al contrario, ahora entiendo mejor vuestra creencia de que el dolor es la única constante. Mi mente racional quiere rechazar esa idea, pero sólo puedo hacerlo si me disocio de la realidad de mi yo físico.

—Y sabes que eso es absurdo. ¿Por qué?

El caamasiano se encogió de hombros.

—Los filósofos discuten sobre si somos criaturas de materia elemental, o si, de alguna manera, tenemos algo de etéreo, algo que sea más que nuestro cuerpo y que funcione. Es imposible encontrar pruebas de eso, así que no nos queda otra que aceptar que es probable que no seamos más que carne, huesos y sangre. Y, si es así, nacemos con dolor, morimos con dolor y experimentamos el dolor durante toda la vida. Negarlo es expresar una creencia en lo improbable, que es como mentirnos a nosotros mismos. Y vosotros no os permitís engañaros

de esa forma.

Shedao Shai asintió solemnemente.

—Entiendes las cosas mejor que muchos de los míos. Y, aun así, sigues sin aceptar plenamente todo esto.

—Me has dicho que creéis en dioses. ¿Acaso ellos no son criaturas extracorpóreas? ¿Su existencia no implica que en vuestro ser hay un componente espiritual?

—La habilidad de estos peces para respirar en el agua no implica que tú, de alguna manera, en algún lugar, puedas tener la misma capacidad —Shedao Shai se encogió de hombros—. Los dioses son los dioses. Son rasgos del dolor y del universo. Podemos unirnos a su compañía si somos sinceros con la realidad.

Elegos alzó la cabeza.

¿Cuando todo lo que eres es dolor, acabas trascendiendo tu forma física? —Sí.

—Entonces parece que todavía me queda mucho por aguantar, dado que todavía no he trascendido.

—Estás fatigado, y te dejaré ir a descansar pronto —el líder yuuzhan vong golpeó suavemente con los espolones el acuario de cristal—. Deign Lian me ha traído noticias de los acontecimientos en nuestros territorios tomados. Parece que tu conclusión de que la Nueva República retiraría las sondas en vista del fracaso de Garqi era incorrecta. La misma nave apareció en Sernpidal para averiguar qué estábamos haciendo allí.

—¿Y lo consiguió?

Shedao Shai reprimió una sonrisa. *Cómo te gusta nuestro jueguecito. No me preguntas lo que estamos haciendo en Sernpidal, sólo me preguntas si esa información ha trascendido.*

—Podría ser. Nuestras fuerzas estaban mal organizadas y no conseguimos detenerlos. Investigaron el sistema y salieron de allí. Por supuesto, existe la posibilidad de que fracasaran a la hora de analizar correctamente los datos recogidos.

El caamasiano inclinó la cabeza a un lado.

—Tú no crees eso.

—No. El líder que puso aquella nave en aquel lugar es demasiado inteligente para cometer semejante error —el yuuzhan vong alzó la barbilla—. Fue la misma nave que ayudó en la evacuación de Dubrillion y que luchó contra nosotros en Dantooine. Creo recordar que me dijiste que su almirante al mando era un bothan.

—Creo que me pediste que te confirmara la información que obtuvisteis de los esclavos a los que habéis interrogado aquí —Elegos apretó los labios—. Creo que si la nave sigue siendo capitaneada por el almirante Kre'fey, volverá a aparecer donde menos lo esperéis.

—¿Así que pretendías engañarme con tus anteriores afirmaciones? El caamasiano negó con la cabeza.

—La aparición del almirante en Sernpidal me sorprendió tanto a mí como a ti. Yo sólo preveo, basándome en este hecho, que siempre serán impredecibles.

—Entiendo —Shedao Shai concedió una sonrisa a Elegos y recibió una solemne inclinación de cabeza a cambio—. Creo que no eres tan idiota como para creer que no estoy aprendiendo sobre tu gente con estos jueguecitos nuestros. He aprendido, por ejemplo, a abordar el argumento de nuestros jueguecitos, algo de lo que no hemos hablado antes, lo cual te sorprende. Soy capaz de sorprenderte, Elegos. Y también seré capaz de sorprender al almirante Kre'fey.

Shedao apoyó una mano en el transpariacero mientras pasaba un gran pez gris.

—El almirante es un bothan. ¿En qué se parece a ese almirante Chiss que mencionaste? ¿También estudia arte para aprender sobre sus enemigos?

No tiene las costumbres de Thrawn, pero tiene una reputación impecable.

El yuuzhan vong entrecerró los ojos.

—Pero es un bothan, una especie que se conoce mucho y de la que hay mucha información. Un tanto falsos, esos bothanos. Muy pocos se fían de ellos, y muchos les rechazan. Masacraron a tu pueblo, ¿no es así?

—Algo hicieron, y muchos de ellos no son dignos de confianza, cierto —Elegos agitó los hombros incómodo—. Pero juzgar al almirante Kre'fey por lo que hicieron otros bothanos es un error que no deberías cometer.

—Bien jugado, Elegos —el yuuzhan vong juntó las manos—. Me has obligado a creer lo que me estás diciendo, o bien a suponer que estás mintiendo, por lo que tendría que creer lo contrario.

—Si estoy aquí para aprender de ti y para enseñarte, mentir sería una estupidez —el caamasiano se llevó las manos a la espalda—. Te advierto con la mayor imparcialidad.

—Hay algunos, Deign entre ellos, que piensan que podría asustarme con tus palabras, o caer bajo tu influencia y actuar en contra de nuestros intereses. Según ellos, el tiempo que paso contigo me ha mancillado.

—Es probable.

—Y tú ¿estás mancillado? —Shedao Shai le miró de cerca—. ¿Has aprendido lo suficiente sobre el dolor como para compartirlo con otros?

—¿Infligirlo a otros? No —los ojos violetas de Elegos estaban abiertos de par en par—. La violencia es algo terrible para los míos.

—Pero tú has matado en el pasado.

—Sólo para ahorrar a otros el tener que hacerlo —el caamasiano negó con la cabeza—. Yo no infligiría dolor por voluntad propia.

—¿Ni siquiera si la víctima lo deseara?

—¿Como atarte al Abrazo? No. No lo haría.

—¿Y si yo te amenazara con matar a una persona por minuto mientras no lo hicieras?

La expresión de Elegos se endureció.

—Cualquier ser sujeto a una orden de muerte tan caprichosa está más allá de mi protección. Si no mueren entonces, morirán más tarde, según tú desees. Jamás estarán a salvo mientras los retengas cautivos. Dejaría que los mataras, sabiendo que al hacerlo tan rápido les estarías privando de un dolor mayor.

El líder yuuzhan vong se alejó lentamente y pasó los espolones por la pared transparente que le separaba del agua.

Has aprendido mucho, Elegos, y me has enseñado mucho. Lo principal es lo siguiente: los tuyos, por muy blasfemos, herejes y malditos que sean, tienen una resistencia que podría ser un problema.

—Me alegro de que hayas aprendido eso.

—Ahora tengo que comprobarlo —Shedao Shai sonrió, disfrutando con la visión de su rostro desfigurado en el transpariacero—. Y lo comprobaré cuando la Nueva República vuelva a enviar sus fuerzas contra nosotros.

CAPITULO 16

Anakin Solo se sentía bastante bien consigo mismo. Cuando Luke, Mara y Mirax regresaron al *Haz de Púlsar*, comenzó una discusión sobre los posibles sitios a los que Daeshara'cor podría haber huido desde Vortex. Estuvieron de acuerdo en que había pocas posibilidades de que ella averiguara que habían descubierto su tapadera, por lo que era seguro que se trasladaría al siguiente lugar donde pudiera obtener información sobre un gemelo del *Ojo de Palpatine*.

La opción lógica, por tanto, era Belsavis, ya que allí fue donde viajó el primer *Ojo*. Dos razones hacían problemática esa idea. La primera, que Belsavis era un planeta habitado que sin duda habría dado la alarma en caso de haber avistado otro *Ojo*; la segunda, que mientras que la primera nave tenía una misión que la llevaba hasta allí, una hipotética segunda nave no tenía por qué recibir la misma misión.

Anakin restringió el acceso a los ordenadores del *Haz* y enfocó la búsqueda de una manera más sistemática. Descargó archivos sobre naves que habían partido de Vortex con los destinos declarados, y relacionó esos planetas de destino con un índice de los archivos imperiales que había disponibles. Un nombre apareció de inmediato en el primer puesto de la lista: Garos IV.

Garos IV era conocido sobre todo por la Universidad de Garos, ubicada en Ariana, la capital. Garos IV no se unió a la Nueva República hasta la derrota de Thrawn. Ysanne Isard había conseguido destruir bastantes archivos en los ordenadores de Coruscant cuando el planeta pasó a manos de la Rebelión, pero esa destrucción no tuvo lugar en Garos IV. Los académicos tomaron el planeta con la intención de utilizar los archivos imperiales secretos para completar los estudios sobre el Imperio. A Anakin le pareció bastante probable que Daeshara'cor accediera a esos archivos para continuar su búsqueda de un arma que pudiera emplear contra los yuuzhan vong.

Luke estuvo de acuerdo, por lo que Mirax planeó una ruta con parada breve en Garos IV. Lo cierto es que, al estar bordeando la Nebulosa de Nyarikan, era bastante difícil generar una ruta, pero entre *Silbador* y R2-D2 terminaron rápido y realizaron el trayecto en un tiempo récord. Eso aumentó sus esperanzas de llegar antes de que Daeshara'cor pudiera escapar. Anakin tenía la esperanza de que actuaría hombro con hombro con su tío, recorriendo el universo para atraparla.

Sus buenas vibraciones se esfumaron cuando Luke le dijo que le esperara en la nave. Los otros no estaban, así que Anakin frunció el ceño y sintió como si una enorme carga le clavara al asiento del copiloto.

—No es justo tener que quedarme aquí.

Chalco rió.

—Bueno, espero que no te quejes por la compañía, porque al pobre *Silbador* le dejarías hecho polvo si así fuera.

El joven Jedi se enderezó un poco en el asiento y miró a Chalco, que estaba de pie en la puerta de la cabina.

—Yo sólo quería poder hacer algo, ¿sabes?

—Lo sé, y ya lo estás haciendo.

—Sí, esperar.

—Esperar aquí nos da a ti y a mí más probabilidades de atraparla. Anakin se apoyó en el respaldo.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

El hombre se rió en voz alta.

—Vamos, listillo, fuiste tú el que supuso que ella vendría aquí. Deberías ser capaz de seguir hilando.

—Vale, ella viene aquí a por la información. Va a la universidad y vuelve aquí para poder salir del planeta —Anakin miró hacia arriba—. Tampoco es gran cosa.

—Vale, una pista. ¿Qué hago yo aquí?

—Ayudarnos a encontrarla.

—¿Por qué?

—Porque la viste en Coruscant.

—Yo y todo el Templo Jedi. Repito, ¿qué hago yo aquí?

Anakin se quedó boquiabierto.

—Porque tú conoces los espaciopuertos de la misma forma que Daeshara'cor. Y ella los conoce porque pasa mucho tiempo en ellos. Y dado que casi toda su formación se desarrolló en la Academia Jedi, es probable que no se encuentre cómoda en el ambiente de una universidad abarrotada.

Chalco se rascó la barbilla.

—En la universidad hay demasiada gente a la que vigilar, muchos recuerdos que podrían verse removidos, si no quiere ser vista.

—Vale. Así que ella no ha ido personalmente a la universidad. Encontrará otro modo de llegar a los archivos.

Chalco sonrió.

Bien. Tu tío dijo que no nos alejáramos del espaciopuerto, pero creo que hay unas cuantas áreas cercanas donde ella encontrará al tipo de gente que busca. Si ampliamos la zona de búsqueda creo que podremos localizarla.

El joven Jedi entrecerró los ojos azules.

El Maestro Skywalker suele ser muy específico con sus órdenes. —¿Pero eso era una orden o una sugerencia? Quiero decir, si la viéramos aquí y ella se marchara, él esperaría que nosotros la persiguiéramos, ¿no?

Así es —Anakin miró a *Silbador* mientras el androide se lamentaba con un gemidito grave—. No vamos a alejarnos mucho, *Silbador*, y podemos estar conectados contigo a través de los intercomunicadores. Además, puedo llamar al Maestro Skywalker y pedirle permiso para explorar.

Chalco entrelazó los dedos, los ahuecó y comenzó a crujirse los nudillos.

—Podrías hacerlo, pero si nos equivocamos y ella se encuentra en la universidad, y tu tío decide regresar aquí, la perderá.

Anakin miró a Chalco de reojo.

—Es ese tipo de lógica circular la que te mete en tantos problemas, ¿lo sabías?

Es lo que me ha traído hasta aquí, chaval, por lo que estoy en posición de ayudaros a recuperar a esa Jedi vuestra y llevarla por el buen camino —tenía el tipo de sonrisa desafiante que Anakin reconoció como la que normalmente solía exhibir su padre cuando estaba a punto de hacer algo arriesgado—. Vamos, chaval, levántate. Es hora de ir de caza.

Sabes que no deberías hacer esto. Anakin oyó que le advertía la vocecita de su interior, pero el hecho de que le sonara más a la voz de Jacen que a la suya le apartó del camino de la sensatez. Jacen se había enfrentado por impulso a un guerrero yuuzhan vong. Pero Anakin sabía que esta misión no era en absoluto tan peligrosa. *Sólo voy a salir a encontrar a alguien a quien estamos buscando.*

Se puso en pie, sacudiéndose aquel presentimiento que le rondaba por la cabeza.

—Vámonos.

—oOOOo—

El espaciopuerto de Ariana estaba en las afueras de la bonita ciudad. La batalla para liberar Garos IV había sido breve, por lo que no sufrió muchos daños. Las fluctuaciones económicas de la Nueva República no afectaban mucho al planeta, dado que era autosuficiente. De hecho, el creciente número de académicos no había hecho sino aumentar la reputación de la universidad. A medida que se ampliaba para recibir más estudiantes, también se expandieron las actividades que atendían sus necesidades y las del personal docente. Se produjo un consecuente y súbito auge económico que permitió una reconstrucción sin problemas y que dio como resultado que Garos IV estuviera entre los lugares donde mejor se vivía.

A pesar de que el planeta entraba en una edad dorada económica, el área que rodeaba el espaciopuerto tenía la típica mezcla de zonas industriales junto con una variedad de cantinas, casinos, hoteluchos baratos y otros sórdidos lugares de esparcimiento. Los deslumbrantes carteles holográficos, la mugre y el potente mal olor que emanaba de las callejuelas... Todas esas cosas asaltaban los sentidos de Anakin. Sabía muy bien que esos sitios existían, como sabía que su padre había pasado últimamente gran parte de su tiempo en ellos, pero era la primera vez que se acercaba tanto a esa realidad.

Chalco no hizo nada por aislar, en la medida de lo posible, al chico de aquel desagradable lugar, como habría hecho Lando Calrissian o su padre. O *Chewie*. El hombre le había dicho que no podía salir con sus vestiduras de Jedi, por lo que cogieron algo de ropa del *Haz* y Anakin se vistió más acorde con el entorno. El joven supuso que la ropa pertenecía a Corran, y sólo le estaba un poco grande. Eso le beneficiaba, ya que tenía que ocultar su sable láser en la chaqueta de piel de nerf. Encontró un pequeño enganche en el forro que le permitía colgárselo bajo el brazo izquierdo.

Una vez vestido adecuadamente, y después de que Chalco le revolviera el pelo castaño, despeinándolo, Anakin siguió al hombre por las calles. Percibió el cambio en los andares de Chalco, que en cierto modo comenzó a cojear. El hombre se hinchó un poco, asintiendo, guiñando el ojo y señalando a la gente que pasaba mientras andaban. Era como si quisiera llamar la atención deliberadamente, y eso realmente parecía desarmar a algunos de los que se cruzaban con ellos. Anakin seguía percibiendo una sensación de rechazo por parte de la mayoría, o algo de curiosidad por parte de algunos.

Puso gran atención en concentrar la Fuerza a su alrededor. Sabía que era muy poderoso en lo referente a la Fuerza, pero seguía sin tener un gran control de ella. Supuso que Daeshara'cor estaría atenta a presencias en la Fuerza, y bajo ningún concepto quería que ella le detectara antes a él que él a ella. Peor que estar siguiendo a Chalco en una absurda incursión sería revelar su presencia a Daeshara'cor y provocar así su huida.

Mientras avanzaban, Anakin comenzó a notar que su admiración por Chalco crecía. El hombre se paró en un quiosco de información, en el que los viajeros conectaban sus datapad para descargar noticias procedentes de distintos planetas. Una vez allí realizó varias consultas, y, lentamente, comenzó a sonreír.

— ¿Qué pasa?

— He encontrado un sitio nuevo donde mirar. Iré allí, encontraré otro sitio, y así hasta que la encontremos.

Anakin se puso de lado para esquivar a dos enormes ithorianos, y volvió a situarse a la altura de Chalco.

— ¿Cómo lo haces?

—¿Hacer qué?

—Lo que estás haciendo. Te las arreglas para sobrevivir sin hacer nada realmente. Actúas como si conocieras a toda esta gente, pero apostarí a que no les habías visto en tu vida. Acabas de hablar con ese tipo y él te ha contado algo.

La barba incipiente de Chalco se erizó cuando sonrió.

—No conozco a esta gente en concreto, Anakin, pero conozco a los de su calaña. El tipo del quiosco de información oye muchos rumores. La gente espera de él que sepa cosas.

Realiza trueques con la información. Le pregunté por los archivos imperiales secretos de la universidad y me ha enviado a hablar con otro tipo.

—Pero no le has pagado.

Claro que sí —Chalco asintió—. Le dije que un buen operador en este planeta podría hacer mucho dinero a corto plazo comprando plazas de hotel al por mayor.

—¿Qué?

Chalco guió a Anakin por un callejón y se inclinó un poco para mirarle cara a cara. Al otro lado del callejón, un gotal harapiento se les quedó mirando, pero una sombría mueca de Chalco hizo que se alejara tambaleándose.

Lo que le he dicho tiene todo el sentido del mundo, Anakin. Este planeta es un buen sitio para vivir. Mucha gente querría vivir aquí. Bien, los refugiados procedentes de los planetas que han tomado los yuuzhan vong acabarán viniendo aquí. Necesitarán habitaciones y pagarán a alguien por ellas. Si esta gente compra edificios, o más bien, le pasa la información a alguien que pueda comprarlos, entonces llegará alguien que se los compre a su vez. En cosa de un año podría duplicar su dinero. Le di información a cambio de información.

—Yo jamás pensé que...

—No tuviste que hacerlo, chaval, pero sé que tu padre sí —Chalco se enderezó y revolvió el pelo a Anakin—. No te voy a negar que alguna vez haya robado, pero soy más un comerciante como tu padre o Talon Karrde. Y llevo mis existencias en la cabeza. Observo las cosas, calculo las posibilidades y obtengo resultados.

Anakin frunció el ceño mientras volvían a la calle principal.

—Vale, eso lo entiendo, pero ¿no te das cuenta de que lo que haces está mal?

—¿Que está mal? Venga ya.

—No, en serio, piénsalo. Digamos que alguien compra los edificios y el precio se eleva hasta el punto de perjudicar a los refugiados.

Chalco sonrió.

—El Gobierno les ayudará.

—Vale, pero ¿de dónde saca el Gobierno el dinero?

—De los contribuyentes —el hombre le guiñó un ojo—. Ya sé por dónde vas, chaval, pero no pensarás que yo pago impuestos.

—No, pero la gente a la que robas sí lo hace. Y si no tienen dinero, no tendrán las cosas que tú les quitas. Te va a costar algo, por mucho que quieras evadirte.

Chalco abrió la boca y volvió a cerrarla de repente.

—¿Qué pasa?, ¿quieres que me muera de hambre?

—No, quiero que tengas en cuenta las consecuencias de tus actos —Anakin suspiró—. Si das información que permita a los especuladores beneficiarse a costa de otros especuladores, los únicos que saldrán perjudicados serán quienes arriesguen su dinero. Los codiciosos serán quienes salgan mal parados, no aquellos cuyas vidas serán destrozadas.

—Lo entiendo. ¿Y eso qué margen me deja a mí? ¿Bienes y servicios? Eso podría funcionar —Chalco arqueó una ceja—. Oye, eso que dije antes de "listillo" no iba en serio.

—No, ya lo sé. Vámonos.

La segunda parada les llevó a una tienda de curiosidades. Anakin esperó en la calle mientras Chalco entraba en el establecimiento. Pudo percibir la sensación de placer que emanaba de él, antes incluso de que saliera.

—Te ha contado algo, ¿eh?

—Sí, me ha dicho adónde mandó a la otra persona que vino pidiendo la misma información —Chalco sonrió mientras obligaba a Anakin a apresurarse—. Me dijo que lo había olvidado, pero que su dinero en efectivo había disminuido considerablemente hacia el mediodía. Así que repasó las grabaciones de las holocámaras de vigilancia y recuperó una conversación con una twi'leko. Ella debió de dejarle la memoria en blanco después, pero la holocámara seguía teniendo su imagen, y coincidía con la descripción que me hizo tu tío. Habló con el dependiente hará unas tres o cuatro horas.

—Eso es que estamos cerca.

—Mucho. El tipo a quien envió a Daeshara'cor tardará media hora en llegar.

Anakin esperó a que un deslizador azul doblara la esquina antes de cruzar la calle.

—¿Qué le has ofrecido a cambio de la información?

—Le dije que era agente de seguridad privada de incógnito y que la estaba siguiendo. Le prometí que le devolvería su dinero, además de la recompensa —

Chalco se encogió de hombros—. Estoy seguro de que cuando descubrió la caja abierta sacó de ella todavía más créditos de los que la Jedi le había robado, así que ya ha recuperado lo suyo.

—Eso está bien.

El hombre asintió.

—Y, no sé, me produce una extraña sensación de satisfacción saber que, esto..., que he engañado a un timador. Qué raro, ¿eh?

—Para nada. Es lo más cercano a la justicia que podría darse en esta situación.

—Bueno, nadie sale herido, a menos que el jefe del tipo ése se dé cuenta de que el dependiente ha recuperado lo que le habían robado de la caja —Chalco acortó por un callejón—. Ven, es por aquí. El Viska Violeta.

Anakin palideció ante la entrada de la cantina. Una escultura de un viska formaba un arco sobre la entrada. Las relucientes alas de casi tres metros de largo se arqueaban hacia abajo, por lo que el cuerpo de dos metros de la criatura quedaba en lo alto de la estructura. Un par de brazos salían del centro de su torso y se elevaban como si estuvieran a punto de bajar para agarrar a una víctima. La cabeza de la criatura tenía una puntiaguda probóscide de unos cuarenta centímetros. Los viska, comúnmente conocidos como los grandes demonios chupasangres de Rordak, se alimentaban exclusivamente de sangre, y Anakin se preguntó qué clase de establecimiento escogería una criatura tan horrible como emblema.

El interior, que olía a fermento caliente, sudor rancio y a refrigerante, no tenía viskas colgando de las oscuras vigas. Anakin estaba seguro de que eso era porque la capa de grasa que lo cubría todo habría imposibilitado que nada pudiera mantenerse agarrado allí. Se metió en la cabina que le indicó Chalco y se frotó las manos frenéticamente en los pantalones para limpiárselas.

Vio a su compañero abriéndose paso hasta la barra y hablando con el camarero baragwin. El alienígena de enorme cabeza asintió y señaló hacia una puerta que había al fondo. Chalco se giró, guiñó un ojo a Anakin y levantó una mano para indicarle que no se moviera. El hombre atravesó la multitud, avanzó hacia la puerta y desapareció tras ella.

Anakin frunció el ceño e intentó parecer un tipo valiente ante los alienígenas de todas clases que le pasaban por delante. Estaba decidido a no creer que había sido abandonado, pero eso no le detuvo a la hora de ensimismarse en sus pensamientos. *Debería hacer algo, porque si Daeshara'cor está con la persona con la que vaga a reunirse Chalco, éste va a correr un grave peligro.*

Anakin salió de la cabina y percibió un movimiento cerca de la entrada. Se giró justo a tiempo para ver la cola de una túnica saliendo por la puerta. Y unos

lekkus también. Era una twi'leko, y era del color de Daeshara'cor.

Corrió hacia la entrada, esquivó a una manada de jawas y miró a derecha e izquierda por el callejón. A lo lejos, hacia la izquierda, vio una figura encapuchada, desapareciendo. Anakin corrió tras ella con el pecho hinchado por la euforia. Se adentró en la Fuerza e intentó encontrarla.

Y lo hizo, pero la percibió detrás de él. Al chocar contra un muro se dio cuenta de que la twi'leko había proyectado en el cerebro del chico su propia imagen escapando. *Es un truco viejo y yo he picado.*

Anakin vio las estrellas. Rebotó y cayó al suelo. Se quedó en blanco un momento, y luego el mundo volvió a ponerse en su sitio.

Daeshara'cor estaba de pie a su lado, con los tentáculos de la cabeza agitando nerviosamente.

—Anakin Solo... Si tú estás aquí, el Maestro Skywalker también estará. Y es un encuentro que no quería tener, al menos no tan pronto —agitó una mano y Anakin sintió que su cuerpo se elevaba lentamente en el aire—. Pero no está todo perdido. Y, al final, contigo en mi poder, puede que aún obtenga la victoria.

CAPITULO 17

Jacen Solo recordaba muy bien haber oído que el servicio militar consistía en horas de brutal aburrimiento separadas por segundos de terror absoluto. No es que no lo creyera, pero nunca lo había experimentado por sí mismo. Cuando luchó en Dantooine no se aburrió en ningún momento, y lo del terror, bueno... *estaba demasiado ocupado para asustarme.*

En Garqi, esperando en el distrito de Wlesc, al este del Jardín Xenobotánico de Pesktda, tenía tiempo de sobra para sucumbir al terror. Sus compañeros y él habían sido destinados a los túneles subterráneos empleados para el tránsito de los androides de servicio. En los conductos había cables de fibra óptica que antiguamente se utilizaron para la comunicación entre edificios a través de canales de comunicación normales. Las imágenes eran recogidas por holocámaras de vigilancia, a pesar de que los yuuzhan vong habían destruido todas las que habían podido.

La incapacidad para entender la tecnología de los yuuzhan vong perjudicaba y ayudaba en gran medida a los cazas de la resistencia. Los invasores habían destruido gran cantidad de holocámaras, pero no habían roto los cables. Con sólo conectar una nueva cámara a un cable, y meterse en la línea del conducto, o enlazar un intercomunicador a la línea para poder extraer las imágenes de forma remota, o con otros miles de métodos, Rade Dromath y los suyos habían podido recoger y archivar horas y horas de los juegos de guerra de los yuuzhan vong.

Corran había ordenado que todos los holovídeos se duplicaran y se almacenaran en el *Mejor Suerte*. Tras estudiar las prácticas más recientes, formuló un plan para extraer muestras del programa de adiestramiento. Los yuuzhan vong parecían bastante crueles con los soldados prototipo, así que todos estuvieron de acuerdo en que si sólo podían obtener partes, se quedarían con las partes. Lo preferible, sin embargo, era capturar a un soldado vivo y ver si podían sacarle del planeta, para que alguien pudiera recuperarle y hacer que volviera a ser como antes.

En Belkadan, Jacen había tenido encuentros con seres a los que los yuuzhan vong habían esclavizado. A través de la Fuerza, había percibido una extraña sensación emanando de ellos. Era como el ruido de fondo de un canal intercomunicador. No era lo correcto; estaba mal y parecía hacerse más fuerte con el tiempo. Jacen estaba seguro de que las protuberancias que los yuuzhan vong estaban implantando en los esclavos los estaban matando.

En la misma línea de razonamiento, también había luchado contra los pequeños esclavos reptiloides en Dantooine, pero no había percibido que

estuvieran moribundos. Era como si sus implantes entraran en relación simbiótica con sus portadores. Resultaba innegable que los yuuzhan vong eran capaces de ejercer algún tipo de influencia remota sobre los esclavos, dado que su disciplina seguía siendo extremadamente fuerte a pesar de la matanza, hasta que Luke destruyó lo que parecía ser un vehículo de mando de los yuuzhan vong.

Pero lo que perturbaba a Jacen, mientras aguardaba en la oscuridad del fondo de un túnel de acceso, era que los humanos modificados le provocaban una sensación más parecida a la de los reptiloides que a la de los esclavos de Belkadan. Ambos tipos tenían los sentidos disminuidos, era como si les percibiera a larga distancia, pero sabía que apenas estaban a cinco metros por encima de su cabeza. De los humanos le llegaban emociones amortiguadas, incluido el miedo; pero también mucho orgullo y determinación. Algunos incluso emanaban confianza, y los que les rodeaban parecían más calmados.

Se ajustó las gafas de holovisión y se rascó con los dedos enguantados la pequeña cicatriz bajo el ojo derecho. Cuando fue capturado por los yuuzhan vong, éstos intentaron implantarle algo bajo la carne. Lo consiguieron, pero su tío se lo sacó en cuestión de minutos, por lo que no comenzó a crecer. *Y si hubiera crecido... se estremeció.*

Lo que veía por las gafas eran imágenes que procedían de una holocámara escondida en la ventana de un segundo piso, orientada hacia la trampilla de acceso bajo la cual se hallaba escondido. La cámara estaba inmóvil, pero al conectarse a otras podía ampliar la vista de la plaza que tenía encima. Había fuentes y bancos por toda la explanada de ferrocemento. Estaba dividido por maceteros que lo convertían en un sencillo laberinto, con señales de disparos y manchas de sangre de batallas anteriores. Según el enfrentamiento que acababan de presenciar, las cosas solían acabar desarrollándose en aquel sitio al final de las prácticas, cuando reinaba el caos. En el momento indicado, las fuerzas de resistencia harían su aparición, eliminando a cuantos yuuzhan vong pudieran, y sacando a una muestra o dos de allí.

La ventaja de un plan sencillo era que había pocas cosas que pudieran salir mal, pero entrar en una batalla indicaba, en gran medida, que ese mal ya estaba teniendo lugar. Para Jacen era obvio que habría sido preferible recoger muestras después de la batalla, pero Corran insistió en que era probable que después de la masacre hubiera patrullas yuuzhan vong examinando el lugar y calibrando los daños.

Pero había otra cosa que formaba parte de su plan. Jacen contempló a Corran y se sintió como si siempre fuera un paso por detrás de él. Era obvio que las fuerzas de resistencia pretendían infligir el máximo daño posible a los yuuzhan vong. A Jacen le daba la impresión de que Rade pedía permiso a los Jedi para hacer cualquier cosa, no tanto para librarse de cualquier complejo de culpa como para

saber que alguien que podía solucionar los problemas estaba de acuerdo con su plan.

Ganner también parecía ansioso por enfrentarse a los yuuzhan vong. El Jedi nunca se había acercado a Jacen para preguntarle cómo era matar a un guerrero yuuzhan vong, pero le había dado muchas oportunidades de describir sus luchas con ellos. Ganner le sonreía entonces, y le decía cosas como: "Bueno, aquí el experto eres tú. ¿Qué harías para ir a por ellos?" Ganner parecía también buscar la seguridad de que podía enfrentarse a ellos.

¿Qué estoy buscando aquí? Jacen se estremeció. Recordó la frustración y la humillación de su derrota a manos de un guerrero yuuzhan vong en Belkadan. Más tarde, en Dantooine, consiguió acabar con algunos guerreros, pero él sabía que eran jóvenes y no muy experimentados. Entonces, los yuuzhan vong enviaron a los reptiloides contra ellos, y Jacen los venció con relativa facilidad. *Si tenía alguna duda sobre la falta de nobleza de las matanzas y la guerra, aquello la disipó por completo.*

Pero allí, en Dantooine, sólo había hecho lo mismo que los legendarios Jedi venían haciendo desde hacía generaciones. Todas las canciones y las historias retrataban a los Jedi defendiendo a los desamparados, venciendo a los tiranos y restaurando el orden. En Dantooine hizo lo que todo el mundo esperaba de él, y lo hizo bien. Quizá los Jedi tuvieran sus detractores en la Nueva República, pero ninguno de los supervivientes de Dantooine lo era. *Todos nos vieron como gloriosos ejemplos de los Jedi, pero ¿es eso lo que yo quiero?* Llevaba mucho tiempo pensando en la paradoja de los Jedi. Su tío fue adiestrado como un arma y utilizado contra el Imperio. Luke Skywalker había redimido a su padre del mal que había hecho y había destruido la fuente del mal de la galaxia. Él siguió enfrentándose al mal después de eso, hasta la batalla final contra el Imperio, e incluso después. En su opinión, los Jedi eran guerreros.

El problema radicaba en que la formación de Luke Skywalker había quedado incompleta. La determinación del Emperador de erradicar a los Jedi había sido tan meticulosa que entre la poca información sobre ellos que no había sido destruida apenas había material didáctico. Gran parte de lo que había dejado el Emperador tras de sí parecía contener errores deliberados.

Seguir esos caminos podía llevar al Lado Oscuro, e incluso dar lugar a una nueva Era Sith.

Jacen sabía en su corazón que ser un Jedi era algo más que ser un guerrero. En su tío veía a veces un toque de aquello, aunque Luke tenía tantas responsabilidades que apenas podía centrarse en nada que no fuera la resolución de los problemas del presente. Y al ver a Corran debatiéndose entre permitir un baño de sangre y planear una operación que ciertamente costaría

vidas, también podía ver algo más que un guerrero. Corran no dejaba de repetir que todo el mundo debía centrarse en el objetivo, que era la recogida de datos. Si los yuuzhan vong se cruzaban y había que matarlos, que así fuera; pero para ayudar a los demás, no para saciar la sed de sangre.

En ellos, y en otros, Jacen veía rasgos de filósofo y de maestro. Y lo apreciaba porque le indicaba que había un camino diferente, aunque tampoco estaba seguro de que fuera para él. *No dejo de encontrar caminos que no quiero tomar, pero sólo consigo quedarme siempre en el mismo sitio.* Se encogió de hombros. *Tiene que haber otro camino.*

El sonido de un doble clic le llegó por el intercomunicador, indicándole el estado de alerta preliminar. Desconectó sus gafas y escaló los peldaños de la escalera excavada en el ferrocemento. Subió hasta que estuvo a un metro de la trampilla de entrada y esperó. Agazapado allí, se llevó la mano a la empuñadura del sable láser. *Al menos de momento, no está tan mal ser un guerrero.*

A través de las gafas vio un grupo mixto de reptiloides y guerreros yuuzhan vong entrando en la plaza por la puerta sur. Los reptiloides se apresuraron a tomar la delantera, escondiéndose entre los maceteros y los bancos, y atravesando las fuentes. La ansiedad emanaba de casi todos ellos, y había algunos claramente heridos. Al menos uno tropezó al avanzar corriendo. No volvió a levantarse, y un hilillo de sangre oscura siguió manando de él.

Los guerreros yuuzhan vong, por el contrario, entraron en la plaza como si fueran soldados desfilando. Sólo eran tres, uno por cada veinte reptiloides, pero su aspecto con las armaduras era majestuoso. Los reflejos plateados procedían de los filos de las negras armaduras mientras avanzaban. Tenían pequeños villip en el hombro derecho y giraban la cabeza para hablarles. Los otros guerreros asentían a modo de respuesta o respondían hablando, y daban órdenes a sus batallones de reptiloides.

De repente, un grupo mixto de lo que en el pasado habían sido humanos atacó desde los edificios que rodeaban la plaza. Muchos corrían de forma normal, pero los que iban más armados avanzaban a grandes zancadas, y algunos se apoyaban con los nudillos en el suelo. Todos articulaban gritos de guerra ininteligibles, y muchos, aunque portaban pistolas láser, llevaban las armas como si fueran simples porras.

Por rudimentaria que fuera la emboscada humana, al principio fue efectiva. El flanco derecho del grupo de yuuzhan vong se rompió y retrocedió; y hubiera emprendido la huida si el guerrero que estaba en medio del grupo no hubiera girado el anfibastón, cortando la cabeza del primer humano que se cruzó en su camino. Cuando el cadáver decapitado cayó al suelo entre convulsiones, los pequeños luchadores se reagruparon y atacaron. Empujaron a los humanos hacia una fila de maceteros y los atacaron con los anfibastones.

El ataque humano comenzó a fallar por la derecha, y entonces los reptiloides atacaron. Los humanos retrocedieron, arrastrando a los reptiloides hacia el interior de su formación, una formación que consistía en el grupo más reciente de humanos. Aunque formalmente era más bestial que los otros grupos, también daba una impresión de astucia. Mientras los reptiloides abrían una brecha en la formación, los extremos se plegaron, cortando la retirada del enemigo. Luego cayeron sobre ellos de forma salvaje.

Cuando rechinó un sonido en su intercomunicador, Jacen conectó con una holocámara que le proporcionaba una imagen más distante de aquel enjambre de cuerpos mutilados. Tiró del cable de sus gafas para no ver ninguna imagen e, invocando a la Fuerza, hizo saltar la trampilla. Se arrastró hasta la superficie y activó su sable láser.

Por toda la plaza, la emboscada de la resistencia se cerraba alrededor de los yuuzhan vong. El fuego de los francotiradores de los edificios destruyó los distintos villip apostados para estudiar los juegos de guerra. Los rayos rojos refulgían al atravesar los carnosos dispositivos de comunicación, haciéndolos estallar como si fueran fruta madura. Un par de tiradores intentaron dar a los villip que llevaban los guerreros yuuzhan vong en el hombro, pero, en lugar de eso, dieron a los guerreros, haciendo que se tambalearan, pero sin llegar a derribarlos.

Ganner apareció por uno de los túneles al tiempo que Jacen, pero lo hizo mediante sus poderes telequinésicos. Tenía una apariencia majestuosa, elevándose lentamente por detrás de la formación yuuzhan vong. La trampilla del túnel, un pesado disco metálico, giró a su alrededor y aplastó al primer reptiloide que se acercó. El disco rebotó contra el ferrocemento y echó a rodar lentamente, dibujando una línea de sangre al mancharse con el charco que brotaba del reptiloide muerto.

El yuuzhan vong del centro se dio la vuelta y graznó una orden que envió a los reptiloides a por Ganner. Alzando el anfibastón, que agarraba con ambas manos, lo movió en el aire. Dijo algo, y, por el tono, Ganner estuvo seguro de que era un desafío. Comenzó a girar el anfibastón lentamente, esperando.

Ganner activó el sable láser con el dedo, iluminando una hoja de color amarillo sulfuroso de más de un metro de largo. Con la otra mano indicó al guerrero que se acercara. El desprecio se dibujaba en el rostro de Ganner mientras se movía de forma casi casual, como descuidada, en comparación con la firmeza del yuuzhan vong.

El guerrero alienígena dio un salto hacia Ganner e hizo descender el anfibastón con una fuerza terrorífica. Ganner lo bloqueó subiendo la hoja del sable, y con la mano izquierda tocó al guerrero en la máscara. La rozó por el borde, haciendo retroceder rápidamente al guerrero. Ganner comenzó a proferir carcajadas, provocando que también se echaran a reír algunos humanos.

Los noghris avanzaron entre los esclavos yuuzhan vong como un rencor entre jawas. Los puñetazos y las patadas volaban por todas partes, haciendo crujir huesos y derribando contrincantes reptiloides. Jacen ya había visto combatir a los noghris antes, e incluso había luchado con alguno en alguna práctica, pero nunca les había visto pelear sin cuartel. Allí se estaban comportando como asesinos en estado puro, y la facilidad y la economía de sus movimientos delataban su poder letal.

Tres reptiloides se aproximaron hacia Jacen. El joven bloqueó el ataque de una porra y atravesó el pecho del reptiloide con la hoja verde de su láser. Dos rayos láser de los francotiradores atravesaron, rojos y ardientes, al segundo reptiloide. Jacen sacó al reptiloide muerto de la hoja del sable y dejó que el

cadáver cayera rodando sobre el tercer reptiloide. Y cuando éste cayó a sus pies, le dio un golpe con la empuñadura del sable láser en el cráneo, dejándolo fuera de combate.

El guerrero yuuzhan vong que luchaba con Ganner se había recuperado y volvió a ajustarse la máscara sobre la cara. El anfibastón giraba rápidamente, apenas perceptible para el ojo. El guerrero atacó rápido, por arriba y por abajo. Ganner bloqueó algunos golpes, esquivó otros y, de repente, una estocada certera le abrió una herida en el muslo que se tiñó de rojo. Ganner gruñó, y el guerrero soltó un grito y aumentó la virulencia de su asalto.

Ganner dio un paso atrás, cojeando, pero la pierna le falló. Jacen le vio caer y quedarse de rodillas. Ganner alzó el sable láser débilmente para defenderse de la carga del guerrero, que blandía el anfibastón en un golpe a dos manos que podía destrozarle el cráneo.

Los rayos láser sisearon por el aire, pero ninguno dio al guerrero yuuzhan vong. Jacen miró la trampilla del túnel e invocó a la Fuerza para levantarla y cubrir a Ganner, pero no le daba tiempo. Deseó que el guerrero recibiera algún disparo, o que Corran proyectara alguna imagen en su cabeza para salvar a Ganner, pero eso no ocurrió.

Ganner ya se había salvado solo.

El guerrero yuuzhan vong, en su carrera furiosa y alocada, fue a parar al agujero del que había emergido Ganner. Metió la pierna derecha en él hasta el fondo, y se le quedó atrapada. Jacen pudo oír el chasquido en toda la plaza. El torso del guerrero golpeó el suelo con fuerza. El casco y la protección facial se le cayeron, y una estocada de revés de Ganner le rebanó los sesos.

Otro de los yuuzhan vong dio un grito estridente, rompiendo el silencio momentáneo que sucedió a la muerte de su compañero. En un instante, los grupos de humanos luchando con reptiloides se separaron. Ambos bandos se reabastecieron con armas nuevas que quitaron a los muertos.

El guerrero yuuzhan vong ladró otra orden.

Los humanos se dieron la vuelta, gruñendo, y corrieron hacia los miembros de la resistencia. La maldad ardía en sus miradas, sustituyendo cualquier resto de humanidad que pudieran quedarles.

CAPITULO 18

Luke se levantó de la silla que había estado ocupando en la oficina de la directora de la biblioteca de la Universidad de Garos y salió a la antesala antes de responder a la llamada de su intercomunicador. Dejó solas a Mara y a Mirax para tratar con la directora, una burócrata que se demoraba hasta la saciedad para explicar cada procedimiento que realizaba, reduciendo su ritmo de trabajo a algo más lento que un tauntaun mojado en Hoth.

Si dejara que Erredós se metiera en su sistema, acabaríamos en un momento.

—Aquí Skywalker, ¿qué pasa, Anakin?

—Saludos, Maestro Skywalker.

—¿Daeshara'cor? —un escalofrío recorrió la espalda de Luke. Se adentró en la Fuerza para obtener alguna percepción sobre ella o sobre Anakin. Los encontró, pero lejanos y diminutos, como si estuvieran intentando conscientemente reducir su presencia en la Fuerza—. Anakin tenía esta frecuencia de intercomunicador.

—Está bien. Un poco magullado, pero ileso —el ruido de fondo se comía la voz de la twi'leko, eliminando cualquier matiz de preocupación en su tono. *Si es que lo hay.* Luke se dio cuenta de que había desactivado la potencia de señal para que fuera más difícil localizarla. *Si hace lo que le hemos enseñado, esta conversación durará poco y después se trasladará a otro sitio.*

—Daeshara'cor, tenemos que hablar. Lo que estás haciendo no está bien. No será de ayuda para la situación.

—Maestro, te lo habría contado si creyera que ibas a entenderlo. Pero sé que no es así, y tampoco es culpa tuya —dudó un instante y prosiguió—. Vas a bloquear el acceso a la información que necesito, así que te propongo un trato. Los datos que quiero a cambio de tu sobrino. Piénsalo. Daeshara'cor fuera.

— ¡Maldita sea! —Luke no se dio cuenta de que había gritado hasta que Mara y Mirax se levantaron de sus asientos y entraron en la antesala. La ansiedad que emanaban le llegó antes de que entraran—. Daeshara'cor ha encontrado a Anakin y, de alguna manera, se lo ha llevado.

Los ojos verdes de Mara se entrecerraron hasta parecer dos vetas de malaquita.

¿Cómo es posible? ¿Estás seguro de que está con ella? Puede que sólo le haya quitado el intercomunicador.

—No puedo percibirlo con claridad a través de la Fuerza. A ella tampoco. Es obvio que se está escondiendo y le tiene cerca, como hizo él contigo cuando estabais en Dantooine. El hecho de que él llevara el intercomunicador

encima significa que estaba fuera, en alguna parte... y, esté donde esté, está con ella.

Mirax conectó un intercomunicador a un puerto de su datapad y frunció el ceño a medida que las palabras comenzaron a aparecer en la pantalla.

—*Silbador* dice que Chalco convenció a Anakin de que buscaran fuentes de información local. Dice que es una técnica de investigación estándar, aunque *Silbador* siente el viejo desdén CorSec por los principiantes que juegan a detectives. Salieron del *Haz* hace como una hora, y *Silbador* no sabe nada de ellos desde entonces.

Luke cerró los ojos y se llevó la mano a la frente. Sintió que Mara le acariciaba la espalda y la sonrió.

—Gracias.

—¿Qué quieres que hagamos nosotras?

El Maestro Jedi abrió los ojos y suspiró.

Me temo que Daeshara'cor quiere intercambiar a Anakin por archivos con información sobre el *Ojo de Palpatine* o algo así. Pues bien, si lo poco que le he entendido a la directora es cierto, esos archivos no existen. Así que no hay intercambio.

—Ése es un problema —Mara frunció el ceño—. El segundo problema es que Daeshara'cor no puede dejar marchar a Anakin, ya que sabe que nosotros no permitiremos que ella escape y continúe con su búsqueda. Tiene que quedarse con él. Puede que aún no se haya dado cuenta de eso, pero lo hará pronto, y no le va a gustar nada. Sabrá que tenemos que movernos en su contra.

—Pero sin datos con los que negociar, no podremos ni acercarnos a ella. Mirax alzó una mano.

—Oídmeme, negociar e intercambiar es a lo que yo me dedico. Podríamos coger una tarjeta de datos y llenarla de informes y de cosas que sólo los cerebritos de este sitio puedan entender. Manipularemos unos pocos archivos para introducir frases clave, de forma que en una primera búsqueda rápida piense que son legítimos. Eso es todo lo que necesitamos para que muerda el anzuelo. ¿Creéis que pondría a Anakin en peligro mortal?

Mara asintió, pero Luke no estuvo de acuerdo.

—Eso no es lo que yo percibo.

—Luke, está buscando superarmamento.

—Lo sé, pero no creo que realmente se haya parado a pensar en cuáles son los resultados de su uso. Todos conocemos la historia de Alderaan. Sabemos lo que pasó en Carida. Recordamos el virus krytos, pero resulta muy difícil imaginar la muerte de miles de millones de personas. Puedes sentirte fatal,

devastado, por la muerte de una persona, pero ¿puedes multiplicar eso por mil millones cuando se destruye un planeta?

—Sobre todo cuando se trata de un planeta lleno de enemigos —Mara se encogió de hombros.

—Pese a lo que Mara ha hecho hasta ahora, aún no está perdida en el Lado Oscuro. Siempre ha tenido un buen comportamiento —suspiró—. Podríamos ayudarla si supiéramos lo que ha provocado que empiece a portarse así.

—Ese "si" es demasiado grande —la mujer de Luke asintió lentamente—. Creo que el plan de Mirax merece la pena. Vamos a hacerlo. Luke sonrió y regresó a la oficina de la directora.

—Disculpe, pero ha surgido un problema urgente. Necesito su ayuda. La mujer sonrió.

—Estoy dispuesta a ayudarle en todo lo que esté en mi mano.

—Bien, gracias, pues, por favor, apártese de su terminal —Luke miró a R2-D2—. Baja todo lo que puedas del historial del proyecto del *Ojo* y mete el material más técnico que encuentres en una tarjeta de datos. Vamos a tender una trampa y sólo podemos permitirnos un cebo que sea irresistible.

—oOOOo—

Anakin se revolvió inquieto. Por primera vez se daba cuenta de lo en serio que se tomaba Daeshara'cor su búsqueda. Cuando ella le amenazó con matarle si le percibía intentando entrar en la Fuerza. Y ahora se hallaba sentada, con dos sables láser sobre el regazo y el intercomunicador en la mano. Apagó el intercomunicador y le miró.

—Ya lo has oído. Te cambiaré por los datos. No saldrás herido.

De rodillas, en la esquina de un sórdido apartamento sin amueblar y con las manos atadas a la espalda y a los tobillos, Anakin suspiró.

—Estás diciendo que no saldré más herido de lo que ya estoy. —Ha sido algo inevitable. No puedo arriesgarme a que te escapes. —No me refería a eso, Daeshara'cor —se encogió de hombros cuanto pudo—. Siempre admiré tu esfuerzo. ¿Por qué haces esto?

Ella suspiró.

—No lo entenderías.

—¿No? ¿Por qué no? ¿Porque no soy un twi'leko? ¿Porque crecí en Coruscant y después en la Academia? —Anakin frunció el ceño.

Antes de que ella pudiera abrir la boca, la puerta del apartamento saltó con un chasquido. Chalco apareció en el umbral, con una carabina láser en una mano y una cosa gruñona y gris envolviéndole el cuello. Era como si alguien le hubiera arrancado una tira de piel a un talz y la hubiera convertido en estola, para después atarla a una vaina en alguna carrera de larga duración.

—Quieta, Daeshara'cor —farfulló Chalco en tono grave—. No te preocupes, chaval, ya estás a salvo.

—¿Eso crees? —la twi'leko cogió el sable láser y lo encendió. La hoja derramó reflejos mortales sobre el rostro de Chalco—. Vete ahora y no saldrás herido.

—No soy yo el que va a salir herido, nena —pulsó el gatillo y lanzó un rayo azulado hacia la Jedi, que alzó el sable láser con toda facilidad y le devolvió el haz azul. Dio a Chalco en la rodilla, y subió como un rayo por su cuerpo y alrededor de su estómago. El temblor involuntario de sus músculos borró rápidamente la mirada de sorpresa en su rostro y le hizo caer al suelo.

Daeshara'cor le arrastró al interior de la habitación empleando la Fuerza y cerró la puerta. Le quitó la carabina láser de las manos y lo arrastró hasta situarlo junto a Anakin.

El hombre se quedó inmóvil durante unos segundos, parpadeó y comenzó a susurrar.

—No lo entiendo.

—¿Entender qué, Chalco?

—Se suponía que no iba a poder... —se estremeció—. Me dijeron que servía para quitar los poderes a los Jedi.

Daeshara'cor frunció el ceño.

—¿De qué hablas?

—El miripiel.

Anakin arqueó una ceja mirando a su amigo.

—¿Piel de ysalamiri? ¿Es eso?

—Sí. Me costó lo suyo.

—Eh, Chalco, sólo funciona si el ysalamiri está vivo.

La twi'leko resopló.

—Y lo más cerca que ha estado esa cosa de la vida fue cuando alguien la cogió para sacarla del telar.

Chalco gruñó.

—¿Has hablado con Skywalker? —Daeshara'cor apagó el sable láser—. No, querías cogerme tú solo. Da igual, sigo teniendo algo de tiempo. Anakin alzó la mirada.

—Ibas a decirme por qué haces esto.

—No, iba a decirte por qué no lo entenderías —la mirada de la twi'leko se endureció—. Has tenido una vida privilegiada, Anakin. Tus hermanos y tú

fuisteis tratados como héroes desde que nacisteis. Habéis ejercido fascinación sobre millones de seres. Las expectativas con respecto a vosotros eran enormes, son enormes, y he de decir en vuestro favor que lo lleváis bastante bien. Sin embargo, os sitúa en una posición desde la que no podéis entender al resto.

—Lo que no puedo entender es por qué quieres encontrar un arma capaz de matar a miles de millones de seres. ¿Ha habido algo tan malo en tu vida como para llevarte a eso?

—¿No puedes imaginar lo que es querer matar a millones de seres? —No.

—¿Ni siquiera para proteger a tu familia? ¿Para salvar a tu madre? ¿A tu padre? —ella le miró directamente—. ¿Acaso no cambiarías la vida de mil millones de yuuzhan vong para recuperar a Chewbacca?

Anakin sintió que se le hacía una bola en el estómago. Luchó para que no se reflejara en su rostro. Intentó parpadear para alejar las lágrimas, pero notó cómo le inundaban las mejillas. Sorbió e intentó limpiarse la nariz en el hombro, pero no pudo. Le temblaban los labios y recordó la última vez que vio a Chewbacca, valiente y desafiante. Y *después nada...*

Anakin volvió a sorber y alzó la barbilla, estirando la garganta.

—Ni miles de millones de vidas podrían devolvérmelo. Y matar a millones de yuuzhan vong no podría equipararse al heroísmo de su muerte. Chewie había vivido mucho. Era un esclavo cuando mi padre le liberó...

—Entonces él lo entendería.

Anakin frunció el ceño.

—Yo no...

—No, ni lo harás —ella se dio la vuelta y comenzó a jugar con los botones del comunicador—. Necesito volver a hablar con tu tío. Chalco se enderezó lentamente y se apoyó contra la pared.

—Intentaría desatarte, chaval, pero los dedos todavía no me funcionan muy bien. La cabeza... Me late la cabeza.

—A mí también —Anakin se apartó de la pared y se enderezó de nuevo. Le dolía la cabeza, le escocían las rodillas y le quemaba la garganta. El comentario de Daeshara'cor sobre Chewie le había dolido enormemente. Contempló una vena que palpitaba en la sien de Chalco. Llevaba el mismo ritmo que el latido de su cabeza, como si le estuvieran martilleando el cráneo. Suspiró.

Levantó la cabeza un momento y volvió a bajarla antes de que Daeshara'cor se diera cuenta. Con cuidado, muy despacio, concentrándose totalmente, apartó el malestar y tocó la Fuerza.

Daeshara'cor se dio la vuelta mientras Anakin se envolvía en la Fuerza.

Avanzó un paso hacia él, y entonces la carabina láser se elevó del suelo y se clavó sólidamente en la frente de la twi'leko, que parpadeó un par de veces y se desplomó en el suelo.

Anakin se apoyó en los talones y accedió a la Fuerza para encontrar a su tío. Lo hizo, y rápidamente; Luke estaba más cerca de lo que Anakin esperaba.

Anakin abrió los ojos y vio a Chalco mirándole con una enorme sonrisa de satisfacción.

—¿Qué es tan gracioso?

—Tienes suerte de que me diera por aparecer. Sin mí, ella habría conseguido escapar sin problemas.

—¿Crees que el hecho de enfrentarse a ti la ha dejado exhausta?

—No, no tanto.

—Y lo de darle con la carabina, ¿eso lo hiciste tú?

—No —Chalco negó con la cabeza—. Pero si yo no la hubiera traído, no habrías tenido nada que usar contra ella.

Suspirando, Anakin empleó la Fuerza para arrastrar la carabina láser hacia Chalco.

—Ahora dispárale un rayo para aturdirla y que no se despierte. Luego comprueba si ya tienes bien lo dedos para poder desatarme.

—Dame un minuto.

—Lo haría si lo tuviera, pero mi tío está al caer —Anakin sonrió al hombre—. Y soy consciente de que va a estar enfadado por el hecho de que estemos aquí, en esta situación, ¿crees que será mejor que me encuentre maniatado o libre?

—Vale. Eres un chico listo —Chalco se quitó la miripiel del cuello y la tiró a un rincón—. Eso será nuestro secreto.

—Claro, Chalco, será nuestro secreto. Ya tenemos bastantes problemas —Anakin sonrió—. Mi tío no tiene por qué saberlo todo.

CAPITULO 19

No voy a matar a la gente que debería proteger!, gruñó Jacen para sus adentros. Luego convocó a la Fuerza, haciendo retroceder a la horda de esclavos humanos que se abalanzaban sobre él. Los dos primeros cayeron hacia atrás, derribando a los que iban detrás. Jacen hizo ascender a uno de los humanoides caídos y lo empujó de espaldas y a baja altura hacia las rodillas de los otros esclavos. Los cuerpos volaron por el aire y chocaron violentamente contra el suelo.

A su derecha, Corran y su sable láser plateado entraron en combate. El Jedi dio una estocada que atravesó a dos reptiloides, y siguió salpicando todo el lugar de cadáveres humeantes, hasta que llegó a ponerse cara a cara con el líder yuuzhan vong. Corran atacó desde arriba y bajó el sable de golpe. La hoja plateada hizo saltar chispas de las espinilleras de la armadura de cangrejos vonduun que cubría al yuuzhan vong, pero no llegó a rozar la carne. El guerrero dio medio paso atrás y blandió su anfibastón en un barrido que llegó a Corran desde el flanco izquierdo. El Jedi giró dentro de la trayectoria del arma y la esquivó ampliamente, cogiendo el sable con la mano derecha. Esto provocó que, por un segundo, Corran se quedara de espaldas al yuuzhan vong. Continuó girando, equilibrándose sobre el pie derecho, y alzó el pie izquierdo, lanzando una patada lateral que incrustó su talón justo en la máscara del guerrero.

El yuuzhan vong se tambaleó hacia atrás y se enredó en un macetero. Perdió el equilibrio, cayó y quedó atrapado entre las espinosas ramas de un árbol frutal ornamental. Corran se acercó y le asestó dos golpes. El primer corte dibujó una herida en el vientre acorazado del alienígena, y el segundo le partió por la mitad.

El tercer yuuzhan vong siseó una orden que hizo que los reptiloides comenzaran a retroceder. Antes de que le diera tiempo a organizar algún tipo de defensa o de retirada, los francotiradores de la resistencia fueron a por él. Una andanada de flamígeros disparos láser le cayó encima desde todos los ángulos, sacudiéndolo. Dio unos cuantos bandazos, se tambaleó y alzó una mano como para protegerse de los agujones de las armas. Su armadura de cangrejos vonduun podía protegerle de un par de disparos errantes, pero un fuego tan concentrado acabó por destruirla. El yuuzhan vong sufrió espasmos, con las piernas y los brazos estirados, y cayó al suelo de la explanada de ferrocemento.

Los reptiloides, carentes ahora de líder, se dispersaron. Ganner derribó a dos, y la resistencia acabó con más; pero ninguno se acercó en la dirección de Jacen. En lugar de eso, cerca de él, un esclavo exclamó una orden que hizo que varios de los suyos se le unieran. Se retiraron ordenadamente hacia el norte, de vuelta

al edificio desde el que habían lanzado el ataque.

Corran alzó la hoja de su sable y la hizo girar sobre la cabeza.

—Deprisa. Coged a dos de los que ha derribado Jacen. Vámonos.

Dos combatientes de la resistencia cogieron cada uno a un esclavo derribado y, cuando comenzaron a arrastrarlos, una forma oval de color negro resonó al pasar sobre sus cabezas. Desapareció por detrás de los edificios en dirección sur, pero Jacen sintió que la boca se le secaba.

—Eso era un coralita, Corran.

—¡Babas de sith! —Corran echó un vistazo al cronómetro—. Tenemos que salir de aquí rápido, y aún faltan al menos dos horas para que vengan a buscarnos. Sigamos el plan, compañeros. Sacad de aquí a los prisioneros en los vehículos. El resto nos quedaremos para enfrentarnos a los vong.

Ganner asintió sombrío.

—Me han dicho que merece la pena visitar el Jardín Xenobotánico de Pesktda.

—Bueno, pero no pienses que vas a tener tiempo de leer todos los cartelitos.

Ganner frunció el ceño, pero Jacen sonrió.

—Oye, al menos cree que sabes leer.

La réplica del Jedi de más edad fue eclipsada por la reaparición del coralita. La nave descendió y flotó a unos diez metros por encima de la plaza. El cañón de plasma implantado en el morro soltó un rayo que siseó por encima de la cabeza de los Jedi y creó un cráter de dos metros de ancho en el ferrocemento.

Corran señaló hacia el oeste.

— ¡Largaos de aquí! Yo me quedaré para distraerlo.

Ganner comenzó a correr hacia el oeste, pero Jacen cogió a Corran de la manga.

—¿Estás seguro de que sabes lo que haces?

—No, pero eso nunca ha sido un impedimento —el Jedi corelliano le guiñó un ojo a Jacen y se puso recto, antes de salir corriendo hacia el este. Agitó el sable láser en el aire y gritó—. Venga, *chispitas*, atrévete.

El cañón de plasma giró en dirección a Corran como el ojo de un insecto. El Jedi se preparó, sable láser en mano, listo para rechazar el disparo. La luz dorada comenzó a brillar en el morro de la nave.

— ¡Vete, Jacen, vete!

El joven Jedi frunció el ceño y arremolinó la Fuerza a su alrededor. Asió la

trampilla que Ganner había usado como arma y la elevó en el aire. La incrustó en el morro del cañón y utilizó todas sus fuerzas para mantenerla ahí. Jacen sintió un inmediato golpe de tensión a través de la Fuerza, así que duplicó sus esfuerzos.

La trampilla se iluminó de un rojo incandescente, luego se puso blanca y acabó por evaporarse del centro hacia fuera. Un chorrito de plasma salió disparado, y Corran lo abatió sin dificultades. En el coralita, pequeñas líneas doradas se abrían paso por la negra cubierta de la nave, de proa a popa. Parecían definir los puntos en los que se habían ensamblado las distintas piezas. Después, una luz cegadora llenó la cabina e hizo saltar las ventanillas. El hirviente plasma saltó por los aires, y la nave permaneció ahí un instante antes de precipitarse de morro al suelo de ferrocemento.

La colisión fue lo suficientemente violenta como para abrir surcos en la superficie, derribando a Jacen. Las piezas de la nave saltaron y comenzaron a desperdigarse por toda la plaza. Jacen apenas había comenzado a darse cuenta de lo peligrosas que eran, cuando Corran se acercó corriendo, le cogió por los hombros y le sacó de allí. Un pedazo enorme de la cola del coralita cayó justo donde había estado Jacen.

Sonrió a Corran.

—Gracias por salvarme la vida.

—Muy bien, pero de ahora en adelante no desobedezcas ninguna orden. El joven Jedi parpadeó confundido.

—Pero si te he salvado la vida.

—Detalles, detalles —Corran tiró de él mientras corrían para alcanzar a Ganner y al resto de combatientes de la resistencia—. Yo estoy al mando de esta expedición, por tanto, yo decido los riesgos y quién los corre. Has estado a punto de morir.

Jacen frunció el ceño.

—Pero como te salvé la vida, tú pudiste salvar la mía.

Corran entrecerró los ojos, pero sonrió.

—Mira, si vas a seguir utilizando la lógica en mi contra, tendré que enviarte de vuelta a casa.

—Sí, señor.

—oOoOo—

Corran se agazapó en la sombra de uno de los cobertizos de Jardín Xenobotánico, con la respiración tan acelerada como hacía años que no la sentía. La retirada de la plaza había sido más fácil de lo que esperaba. Los esclavos humanos fueron tras ellos, pero con poca organización. Corran prefería no tener

que matar a los esclavos, pero los miembros de la resistencia pensaban que liberar a sus compatriotas garqianos de sus sufrimientos era como una misión sagrada. Corran ya se había dado cuenta en Bimmie de que había que destruir a los que no tenían cura, pero se alegraba de no ser quien apretara el gatillo.

Observó el otro lado del camino, donde Jacen Solo se apoyaba sobre una rodilla. El chico le había impresionado. *¿Chico? Por los huesos negros del Emperador; ya es un hombre, y no para de crecer.* La utilización de aquella trampa para cubrir el cañón había salvado la vida de Corran. El hecho de que el flujo de plasma hiciera saltar el cañón y llenara de plasma todo el interior de la nave había sido un beneficio añadido. Pero lo que más le había gustado de Jacen era cómo había seguido a Corran en su retirada.

Junto con otros miembros de la resistencia, ellos dos formaban la retaguardia del grupo. Ganner y cuatro noghris iban con el cuerpo central; y los otros dos noghris iban más adelante, con otros combatientes de la resistencia y los dos prisioneros. La acción a la que se enfrentaba la retaguardia no fue muy significativa hasta que descendió una gran nave yuuzhan vong. Fue en ese punto cuando los guerreros yuuzhan vong entraron en combate, y era obvio que éstos eran algo más que entrenadores de esclavos.

Corran se agachó cuando creció el zumbido, y una forma esbelta y oscura voló hacia él. El insectocortador le pasó rozando la cabeza y aterrizó en el polvo, a unos pocos metros tras él. Sacó las patas y, si hubiera podido, habría vuelto al guerrero que lo había lanzado.

El Jedi hizo girar la empuñadura de su sable láser. La hoja se puso de color púrpura y su tamaño se duplicó. La reluciente hoja rozó al animal, convirtiendo instantáneamente la humedad del mismo en vapor. La criatura chasqueó, y el lugar quedó salpicado de patas y trocitos de insecto.

—Odio esas cosas.

Jacen asintió y señaló hacia la derecha.

Corran volvió a poner la hoja en modo normal, y se asomó por la esquina del edificio. Alcanzó a ver la sombra de un guerrero yuuzhan vong que huía, pero nada más. *Estos guerreros son muy buenos. No vamos a verlos hasta dentro de un buen rato.*

La voz de Ganner se abrió paso en el auricular del intercomunicador que llevaba en la oreja.

—Perímetro comprobado. La sección ithoriana es nuestra.

Corran dio dos golpecitos en el micrófono de su intercomunicador para que Ganner supiera que le había oído, miró a Jacen y señaló a los jardines y a un elevado bosquecillo de árboles bafforr. El chico asintió y corrió hasta allí en un zigzag aleatorio para evitar que pudieran apuntarle. *Bien hecho, Jacen.*

El otro Jedi salió de su escondrijo y apretó los dientes al notar el dolor de las piernas. Se alejó de su refugio, buscando algún movimiento, luego giró y echó a correr. Al igual que Jacen, corrió de un lado a otro, e incluso dio un par de saltos.

Dos insectocortadores le pasaron rozando, y después, una cosa azul, más gorda, chocó contra el suelo y explotó a su derecha. Luego, Corran se metió por una galería y giró a la derecha. Entonces oyó algo que se movía sobre el ferrocemento. Estuvo a punto de detenerse, agazapado en la sombra de la galería, para tender una emboscada al siguiente yuuzhan vong que pasara, pero sabía que los que le seguían podrían con él.

No, es mejor que vayamos al bosque de bafforr. Ésa será nuestra baza.

El bosque de bafforr era una rareza propia de Ithor. Los elevados árboles, con sus hojas verde oscuro, eran semi-inteligentes, y una de las poderosas razones por las que los ithorianos adoraban a la Madre Selva. La decisión de los ithorianos de transplantar bafforr a Garqi subrayaba su creencia de que los garqianos tenían un lazo armónico y único con su entorno que tenían los ithorianos. Corran esperaba que los Jedi pudieran conectar mediante la Fuerza con los árboles y así saber dónde estaban sus perseguidores. No tenía ni idea de si el plan tendría éxito, pero, por el momento, era lo mejor que tenían.

Corran llegó al centro del bosque y se arrodilló junto a Ganner, Jacen y Rade. Podía ver en sus rostros que ya se daban por muertos. Él también, pero cada segundo que pudieran ganar daba más tiempo al *Mejor Suerte* para cargar a sus pasajeros y salir de allí.

Miró a Jacen.

—Debería haberte hecho ir con la nave.

Jacen se encogió de hombros.

—Yo sólo soy el copiloto. Si salimos de este planeta, saldremos juntos.

—Trato hecho —Corran miró a Ganner—. ¿Has intentado leer a los árboles?

Ganner asintió sombrío.

—Hay algo, pero es muy vago y muy sutil.

Rade señaló el polen amarillo que manchaba el suelo.

—Es primavera. Los árboles dedican mucha energía al crecimiento y a la reproducción. Están floreciendo, después de todo.

—Ya lo veo —Corran suspiró—. Mi abuelo me dijo una vez que un baño de sangre es alimenticio para las plantas. De una forma y otra se van a poner las botas.

Jacen señaló hacia la galería.

—Ya vienen.

Bajo los arcos, se acercaban rápidamente algunos reptiloides y esclavos, tomando posiciones a cubierto. Los francotiradores de la resistencia dieron a algunos, pero no hubo bajas graves. Llegaron más esclavos y experimentos de los yuuzhan vong, pero se quedaron allí parados, esperando junto a la puerta. Sus miradas ansiosas indicaban a Corran lo que estaban aguardando. Y, cuando llegó, no pudo evitar sentirse impresionado.

Uno a uno, siete guerreros yuuzhan vong desfilaron por la galería. Se movían rápidamente, pero sin prisas. Trataban de no ponerse al descubierto, pero lo cierto era que se ponían, y no buscaban protegerse. Unos cuantos disparos láser acertaron a darles, pero sus mortecinas armaduras rechazaron los rayos.

Rade alzó una mano.

—Esperad a que haya mejor distancia de tiro. A esta distancia, la armadura no cederá.

Es otro tipo de armadura, Rade. Esto va en serio —Corran permaneció arrodillado y contempló al último guerrero yuuzhan vong pasar por los arcos—. ¡Qué bien!, nos lo vamos a pasar en grande.

Jacen le miró.

Creo que nuestra definición de diversión es ligeramente distinta a la suya.

—No eres tú quien me preocupa, sino ellos —Corran pasó dos dedos por el polen amarillo de bafforr y se untó por debajo de los ojos—. No es tan impresionante como sus máscaras de batalla, pero algo es algo.

El guerrero que Corran supuso que era el líder yuuzhan vong dio un paso adelante en la formación. Rade empezó a dar la orden de derribarlo, pero Corran alzó una mano. En voz baja le dijo:

—Recuerda que estamos ganando tiempo.

El yuuzhan vong blandió el anfibastón y comenzó a gritar:

—Soy Krag del Dominio Val. Garqi es mío. Rendíos y viviréis. Corran se levantó, pero Ganner se puso delante de él.

—Soy Ganner Rhysode. Soy un Jedi. Antes de tocar a nuestro líder, tendrás que vértelas conmigo.

—No sabía que te importara, Ganner.

—Me das igual, Corran, pero la última vez que dejé que te enfrentaras a los yuuzhan vong tuve que elevarte hasta una nave y salvarte la vida. Más vale

prevenir que curar.

Uno de los noghris se adelantó, colocándose entre los yuuzhan vong y Ganner.

—Yo soy Mushkil, del clan Baikh'vair. Para llegar a un Jedi hay que pasar por mí.

La tensión apelmazaba el aire. Para Corran era del todo palpable, e incluso los árboles bafforr parecían notarlo ya. Empezó a caer una fina lluvia de polen amarillo, como si el llamativo color pudiera neutralizar de algún modo la malevolencia que impregnaba el aire. Vio puntos amarillos posándose en los hombros del uniforme de combate de Ganner, y motear la carne del noghri, añadiendo una nota de color a lo que antes era totalmente siniestro.

Entonces, un único disparo láser acertó a dar a un reptiloide, que giró sobre sí mismo y se desplomó en el caminillo de grava. La tensión explotó como el trueno, y aunque Corran sabía que aquello era un suicidio, cargó junto a los otros hacia la formación yuuzhan vong. Los rayos láser, rojos y ardientes, inundaron el aire, derribando a reptiloides y esclavos y dejando a los Jedi y a los noghris igualados en número con los guerreros yuuzhan vong.

Pero no por mucho tiempo.

Lo cierto es que Mushkil llegó a Krag Val antes que Ganner o Corran. El noghri empuñó una daga al acercarse, pero el anfibastón giratorio del guerrero mandó el cuchillo a cierta distancia. Y entonces, incluso antes de que la daga llegara a posarse en el suelo, el yuuzhan vong se acercó, le cortó las piernas al noghri y le asestó una estocada, empalándolo con la cola del anfibastón. La sangre salió a borbotones, mientras Krag Val extraía su arma del cadáver y arremetía contra Ganner.

La hoja azufre del Jedi atacó las piernas del guerrero. Krag Val giró sobre el pie izquierdo, dejando atrás el derecho, consiguiendo así un corte en la armadura, a la altura de la espinillera izquierda. La inercia llevó a Ganner más allá del guerrero, y éste le atacó cuando giraba para hacer funcionar de nuevo su sable láser. Ganner cayó hacia atrás, sujetándose con la mano izquierda el rostro rasgado.

Corran fue a por Krag Val, pero Jacen llegó antes. El joven Jedi atacó por arriba para que el yuuzhan vong le bloqueara con el anfibastón. Jacen mantuvo la posición, apretando la hoja contra el bastón, y, con la pierna derecha, dio una patada al guerrero en la rodilla izquierda. La articulación se puso rígida y se bloqueó, y podría haberse partido, pero el guerrero saltó hacia atrás.

Jacen blandió la hoja verde de su sable, hundiéndola en la herida que Ganner le había hecho en la espinillera izquierda, y llegando hasta su muslo. Saltó por encima del anfibastón y asestó un golpe a Krag Val en el brazo derecho, a la

altura del codo. El sable láser lo cortó, echando chispas y humo, separándole brazo y anfibastón del cuerpo.

Corran pasó de largo junto a Jacen y se agachó junto al malogrado Ganner. Bloqueó un golpe destinado a decapitar al Jedi derribado e hizo girar la hoja de modo que acertó a un guerrero en la pechera. El yuuzhan vong cayó, bloqueando por un instante el paso a uno de los suyos. Esto proporcionó a Corran la oportunidad de pisar la empuñadura del sable láser de Ganner y elevarlo en el aire. Lo cogió con la mano izquierda y lo mantuvo con la hoja apuntando hacia atrás. Dejó que la punta de su hoja plateada vagara a la deriva, como si quisiera conectar los puntos de polen de la armadura del yuuzhan vong.

—Venga, vosotros dos. Vamos —Corran pateó el suelo con fuerza y retó a los guerreros que tenía delante—. No tengo todo el día.

Ellos se miraron, y uno dio un paso adelante, pero se detuvo. Corran supo que no era una finta. El paso había terminado de repente, y apoyó demasiado peso en el pie. En un momento, Corran alzó la hoja plateada y giró a la derecha, traspasando la rodilla del guerrero con la hoja de Ganner.

Al girar, bajó la hoja plateada y se lanzó en un ataque que esperaba detuviera la acometida del otro guerrero, pero la hoja no encontró resistencia. Estrechó el ángulo y dejó el sable apuntando directamente al segundo enemigo. Si se abalanzaba a por él, quedaría empalado.

Pero eso no va a ocurrir. Corran se quedó mirando boquiabierto a los guerreros. El tejido suave y brillante que recubría las junturas de la armadura de cangrejos vonduun comenzó a hincharse, poniendo las articulaciones rígidas. Un fluido oscuro emanaba de los agujeros de las axilas, llevándose por delante las manchas de polen. La hinchazón obligó a los guerreros primero a enderezarse, y después, rígidos, se desplomaban. Comenzó a fallarles la respiración, y Corran no tuvo duda de que la inflamación de la armadura les estaba ahogando.

A su alrededor, todos los guerreros yuuzhan vong habían caído al suelo, junto con dos noghris. Ganner intentó levantarse, con el guante izquierdo cubierto de sangre. Jacen se situó junto al cuerpo moribundo de otro guerrero, mientras el fuego de la resistencia dispersaba a los esclavos, que huyeron del jardín.

Jacen estaba alucinando.

—¿Qué ha pasado?

Corran pasó una mano por el aire.

—Si tuviera que decir algo, diría que su armadura viviente ha tenido una desagradable reacción alérgica a este polen. Las ha inflamado y las está

matando —describió un círculo con su sable láser—. Tenemos que quemar todo esto. Todo.

—¿Qué? —Jacen señaló a los bafforr—. Son semi-inteligentes. Nos han salvado. ¿Cómo vamos a quemarlos?

—Tenemos que hacerlo. Tenemos que quemar todo el jardín —Corran hizo un gesto a Rade—. Hay que hacerlo. Sabemos que el polen de bafforr afecta a la armadura de cangrejos vonduun rápidamente. Los yuuzhan vong no lo saben, porque si no jamás habrían entrado aquí. Esta información es vital, y tenemos que evitar a toda costa que los yuuzhan vong se enteren de lo que ha pasado.

El joven Jedi negó con la cabeza.

—¿Y si sólo es el polen de este bosque? ¿Y si la genética de este bosque es única?

—Entonces coged esquejes, muestras de polen, todo lo que queráis —Corran miró a Rade—. Tenemos que prender cuatro hogueras para que los yuuzhan vong no sepan qué es exactamente lo que hemos querido quemar. También tendremos que destruir el sistema de eliminación de incendios para que todo salga bien. Sus muertos tendrán que arder también.

El líder de la resistencia asintió.

—Ya estoy en ello.

Jacen negó con la cabeza.

Este lugar, tanto verde. ¿Acaso no sientes la Fuerza aquí, Corran?

—Claro que sí, Jacen, pero debemos ir más allá —se puso de rodillas junto a Ganner, y ayudó a uno de los combatientes a ponerle un vendaje en la cara—. Los vong acabarán sabiendo lo que ha pasado aquí. Sólo espero que lo que estamos haciendo nos dé tiempo para establecer una defensa para Ithor. En caso contrario, este planeta morirá, y con él se irán nuestras esperanzas de expulsar a los yuuzhan vong de la galaxia.

Capítulo 20

Jacen comprobó la pantalla digital del inyector sedante que sostenía en la mano derecha. *Queda una dosis.* Los dos prisioneros habían recibido droga suficiente como para mantener a un grupo de hombres sedados una semana, y, aun así, podían moverse; aunque no mucho, dadas las fuertes ataduras que les habían puesto los noghris. Igual de fuerte era la impresión que le habían causado los experimentos de los yuuzhan vong, acompañada de visiones sangrientas de una larga guerra contra ellos.

Salió de la trasera del *Mejor Suerte* y pasó sigilosamente junto a Ganner, sentado con un vendaje a presión enrojecido en la cara. Salió por la escotilla y se acercó rápidamente donde Corran hablaba con Rade. Saludó a ambos, pero esperó a que terminaran su conversación antes de comenzar a hablar.

El garqiano sonrió algo triste.

—Aprecio la oferta, Corran, pero no voy a coger una de esas plazas libres que tienes en la nave. No puedo abandonar a mi gente, y ellos se negarían a acatar una orden de evacuación. Nos quedaremos aquí indefinidamente.

—No estoy siendo altruista, Rade. Tus conocimientos de los vong son muy valiosos, y los necesitamos.

—Pero todavía necesitáis más que nosotros sigamos aquí, en activo, para que los yuuzhan vong crean que el incendio del Jardín Xenobotánico fue un acto terrorista —el líder de la resistencia dio una palmadita en el hombro al Jedi de más edad—. Vuestra presencia aquí ha significado mucho, y seguiremos pasándoos información. Tenéis que ir os para encontrar la manera de que los nuestros vuelvan a ser como antes. Tenemos que quedarnos aquí para asegurarnos de que haya alguien que dé la bienvenida a los que vuelvan.

Corran entrecerró sus ojos verdes.

—No os estamos abandonando, que quede claro. Volveremos para liberar Garqi.

Rade amplió la sonrisa.

Más os vale daros prisa en volver. Estamos planeando hacerlo por nuestra cuenta.

Jacen le enseñó el inyector.

—Nuestros huéspedes están sedados, pero no sé por cuánto tiempo. Queda una dosis. ¿Puedo dársela a Ganner?

¿La ha pedido él?

El chico negó con la cabeza.

—Pero está pasándolo mal.

Corran lo pensó un instante y asintió.

—Pregúntale si la quiere. Si te dice que no, dásela de todas formas.

—Será una broma...

Corran negó con la cabeza.

—Es un Jedi y está sufriendo. No quiero que se le dispare la telequinesia y que se rompa algo. No podemos irnos hasta que recibamos una señal, y quiero que estemos preparados para despegar cuando eso ocurra. Nuestro margen de escape no va a ser muy amplio.

La idea de tener que inyectar a Ganner una dosis de sedante contra su voluntad le parecía a Jacen una violación de su intimidad y de su dignidad, y, por un momento, pensó que Corran le había dado la orden por la enemistad que existía entre ambos Jedi. Pero el razonamiento de Corran tenía mucho sentido, y el hecho de que lo hubiera pensado antes de decir a Jacen lo que tenía que hacer implicaba que había buscado posibles alternativas para no añadir agravio al sufrimiento de Ganner. La orden podía significar un mal trago para Ganner, pero era por el bien de la misión. Era obvio que los deseos de Ganner, o los de cualquier otro, tenían que subordinarse a lo que estaban haciendo. *Por esa misma razón, debería haberme ido de la plaza cuando Corran me lo ordenó, independientemente de las consecuencias.*

De repente, Jacen vio la función de líder de la misión de forma totalmente diferente. Hasta ese momento, siempre había visto al líder como alguien con poder, y podía considerar esa posición deseable. Significaba que una persona era considerada superior a sus compañeros. Había que seguir sus órdenes, sus designios eran la ley. Para alguien tan joven como él, convertirse en un líder era como ser ascendido a un estatus de adulto, y no había mirado más allá.

La otra cara de ser un líder y lo que ello conllevaba comenzó a formarse en su cerebro. Sí, Corran podía dar órdenes, pero asumía completamente la responsabilidad de sus actos. El éxito o el fracaso de la misión recaía por completo sobre sus hombros. Jacen no dudaba de que, en caso necesario, Corran ordenaría un asalto suicida: lo que había sucedido en el jardín tenía esas características. Y aunque esas órdenes pudieran estar justificadas, Corran tendría que seguir viviendo con las consecuencias de sus actos.

Y el tío Luke también... Jacen se dirigió a la nave y entró. Su tío tenía una carga todavía más pesada que aguantar, y Jacen sintió de pronto alivio al pensar que ese peso no descansaba sobre sus hombros. No sólo era algo aplastante, sino que seguro que eso le impediría descubrir el tipo de Jedi que podía llegar a ser. *Ser responsable de los demás podría cegarme ante mi responsabilidad con la Fuerza.*

Agachó la cabeza y atravesó la escotilla. Sonrió a Ganner.

—Corran me ha dicho que puedo darte la última dosis de sedante, si la quieres.

—No, no la necesito.

Jacen asintió y acto seguido se la inyectó en el muslo a Ganner. El inyector se adentró cinco centímetros en la carne y se detuvo como si estuviera intentando clavarse en transpariacero.

Ganner le miró.

—No me obligues a romper el inyector, Jacen.

Si puede concentrarse tanto, no creo que se le des controle la telequinesia. —Lo siento, Corran dijo que...

—Corran puede decir lo que quiera. No quiero sedantes. Por lo menos, no de momento —Ganner giró la cabeza y miró a uno de los noghri—. Sirkha, ayúdame, por favor.

El noghri se quitó el cinturón.

—Pide.

—El botiquín tiene un cauterizador de campo Nilar —Ganner se quitó el vendaje de la cara—. Utilízalo para cerrarme la herida.

El noghri asintió y se agachó para coger el botiquín de debajo del asiento de Ganner. Lo extrajo y lo abrió. De la caja sacó un aparato de dieciséis centímetros de largo capaz de emitir un rayo láser de baja frecuencia y corto alcance que quemaría la herida para cerrarla. El noghri se enderezó y, por primera vez, Jacen se dio cuenta de que algunos de los rasgos del rostro gris del noghri eran cicatrices. Seguro que algunas de ellas se las había cauterizado el propio Sirkha.

—Espera un momento —Jacen alzó una mano.

La herida del rostro de Ganner empezaba encima del ojo izquierdo, le partía la ceja y le atravesaba el pómulo hasta el mentón. La sangre manaba en la parte inferior de la herida mientras Ganner jadeaba, y era obvio que el anfibastón había llegado al hueso al abrirle la herida.

—¿Esperar a qué?

—Vamos a salir de aquí. Podrás sumergirte en un tanque de bacta. Si utilizas eso te quedará cicatriz.

—Ya me imagino —Ganner miró al noghri—. No quiero virguerías, límitate a cerrar la herida.

El noghri asintió y se puso a recomponer la carne de Ganner. Pasó el cauterizador por los bordes de la herida, que soltó pequeñas nubecitas de humo blanco. El olor agri dulce de la carne quemada penetró en la nariz de Jacen, que no pudo eludirlo. Deseaba con todas sus fuerzas alejarse de allí, pero tampoco

pudo hacerlo.

Ganner apretó fuertemente los apoyabrazos del asiento. Los músculos se le tensaban con cada roce del cauterizador. Jacen podía percibir el dolor emanando de él, pero era considerablemente menor que el asco que sentía el Jedi herido. Jacen tuvo la impresión de que, con cada toque del cauterizador, Ganner revivía el corte que le había abierto la herida.

—No te preocupes, Ganner, no volverán a engañarte.

Ganner no dijo nada hasta que Sirkha se arrodilló y comenzó a cerrar la herida del muslo del Jedi, que cogió un paño empapado en desinfectante y se lo pasó por la cara, limpiándose la sangre. Se fue casi todo el rojo, excepto la línea brutal que le cruzaba la cara desde la frente hasta la mandíbula. La cicatriz estaba en carne viva, pero Ganner se la limpió a conciencia sin problemas.

—No lo entiendes, Jacen, el yuuzhan vong no me engañó. Fui yo el que me engañé a mí mismo —Ganner cerró los ojos un momento y se recostó en el respaldo. Abrió el ojo derecho—. Desde que empezó la misión, e incluso desde la primera vez que oí hablar de los yuuzhan vong, quise demostrar que era mejor que ellos. Estaba furioso por el hecho de no haberme enfrentado a ninguno en Bimmieel. El primero que maté esta tarde, lo hice engañándole para que cayera en ese agujero. Yo sabía que era tonto, y murió por su estupidez. Y, de alguna manera, creí que era un genio comparado con ellos.

Pequeñas nubecitas de humo blanco se elevaron como un velo entre Ganner y Jacen mientras el noghri cerraba la otra herida.

—Ha sido una tontería por mi parte pensar que era un genio en comparación con los yuuzhan vong. Llevo pensando así mucho tiempo, a diferencia de otros Jedi. Tu tío, Corran, Kam, los demás, no pertenecen a nuestra generación de Jedi. Conocieron el Imperio, lucharon contra él o estuvieron a su servicio. Son mayores. No conocen la Fuerza como nosotros, no recibieron la formación que hemos recibido nosotros.

Con una inclinación de cabeza, dio las gracias al noghri, que ya estaba guardando el cauterizador.

—Krag Val me hizo pagar por mi arrogancia como nadie lo había hecho antes. Y podían haberlo hecho. Tu tío podía haberme dejado por los suelos. Corran podía haber sido más desagradable, pero yo me tomé su amabilidad como un signo de debilidad. Hasta llegué a burlarme del hijo de Corran. Me porté como un idiota y Corran lo aguantó porque la misión que nos asignaron era más importante que sus sentimientos.

Ganner suspiró.

—Así que me quedará cicatriz, y me la he merecido. El viejo Ganner tenía un rostro perfecto para una actitud perfectamente arrogante. Pero eso se

acabó. Cada vez que me mire al espejo recordaré que ese Ganner murió en Garqi, y que yo ocupo su lugar.

El tono de frialdad en la voz de Ganner hizo que Jacen sintiera un escalofrío. Quiso protestar, decirle a Ganner que no necesitaba un rostro desfigurado para recordar la clase de persona que debía ser. Pero no podía articular palabra. *Cuando crecemos cambiamos físicamente. Quizá Ganner necesite este cambio, no para recordar quién debería ser, sino en señal de lo que ha llegado a ser. Mi tío perdió una mano del mismo modo. ¿Qué me pasará a mí?*

Ganner suspiró.

—Y ahora, si no te importa...

Jacen parpadeó.

—¿Qué?

—El sedante. Ahora sí lo quiero.

Jacen frunció el ceño.

—Pero podrías haberlo tomado antes, para facilitar todo.

—No quería facilitarlo, Jacen. Quería que fuera memorable —sonrió y cerró los ojos—. Despiértame cuando estemos de nuevo a salvo.

Jacen le introdujo el inyector y le administró una dosis completa de sedante. Sonrió al ver a Ganner relajándose. *Esperemos, Ganner, que llegue el momento en que estemos de nuevo a salvo.*

—oOOOo—

Wedge Antilles estaba junto al almirante Kre'fey en el puente de mando del *Ralroost*. Ambos contemplaban la pantalla frontal y el brillante punto del sistema que era Garqi. Parecía muy lejano, pero un simple salto en el hiperespacio podía llevar la nave hasta allí en un instante.

Y meternos de cabeza en una emboscada. Wedge negó con la cabeza lentamente.

—¿Tú crees que nos están esperando?

El almirante bothan se encogió de hombros, nervioso.

—Todavía hay muchas cosas que desconocemos de ellos, Wedge. Sabemos que si mandamos un mensaje desde aquí a Garqi tarda tres minutos y cuarto estándar en llegar a los nuestros. No sabemos si los yuuzhan vong tienen medios para comunicarse más rápidamente. Hará unas doce horas nos llegó un mensaje de Corran solicitando la recogida. Puede que los yuuzhan vong hayan reaccionado ante su operación y hayan pedido apoyo. ¡Babas de sith!, ni siquiera sabemos si los yuuzhan vong pueden viajar por el hiperespacio como nosotros, o si son más rápidos que nuestras naves. Ni siquiera sabemos lo cerca que están de Garqi, o cuál puede ser su tiempo de reacción.

—De vivir se aprende...

Los colmillos de Kre'fey relucieron cuando sonrió.

—Si vivimos, aprenderemos —sin mirar atrás, gruñó una pregunta—. Sensores, ¿no hay ninguna lectura anómala en el sistema?

—No, almirante, todo está dentro de la normalidad. Las lecturas de la fluctuación gravitatoria no indican ningún incremento de masa oculto cerca de las lunas o los cinturones de asteroides. Si los yuuzhan vong tienen naves escondidas, han de ser muy pequeñas.

—Gracias, sensores —el bothan se dio la vuelta e hizo un gesto con la cabeza al oficial de vello oscuro del panel de comunicaciones—. Teniente Arr'yka, envíe un mensaje al coronel Horn. Dígame que hemos venido a recogerle. Solicite que transmita durante la salida los informes que haya elaborado. Active una señal repetidora de comunicaciones aquí para captar y enviar la información en caso de que haya problemas.

—A sus órdenes, almirante.

El bothan albino miró a Tycho Celchu, que estaba en el centro de orden de operaciones de vuelo.

—Coronel, sea tan amable de poner a los cazas en alerta.

Enseguida, almirante.

Kre'fey se dio la vuelta, entrecerrando los ojos.

—Podría parecer que la decisión de avanzar es difícil, pero la verdad es que no lo es. El trato que hicimos con Horn y los suyos fue una ganga. Ellos se adentran en el peligro, nosotros los sacamos de él. Y yo mantendré mi parte del trato.

—Creo que es lo que debe hacer, aunque haya quien pueda cuestionar esa decisión en caso de que los vong nos estén esperando —Wedge le dedicó una sonrisa sombría al bothan—. Si bien es cierto que las críticas a posteriori siempre se basan en el exceso de imaginación a priori. Lo que deberíamos haber sabido se tomará como hechos que optamos por pasar por alto.

—Si cree que estoy pasando algo por alto, hágame lo saber.

—Así lo haré, almirante —Wedge señaló hacia Garqi—. Ahora mismo, lo único que quiero ver es el horizonte de Garqi y una nave acercándose hacia nosotros.

—Estoy de acuerdo. Timonel, ejecute la ruta de la trayectoria inversa primaria. Espabilaos todos, tenemos unos héroes que rescatar.

—oOOOo—

Jaina Solo, enclaustrada en la cabina de su Ala-X, percibió con menos

intensidad el microsalto al interior del sistema Garqi que la sensación de malestar de los miembros de la tripulación a los que no les gustaban los saltos. Mientras esas impresiones se disipaban, recibió de inmediato una autorización de despegue, y aceleró a fondo. El caza salió disparado por el tubo de lanzamiento y emergió al exterior por debajo del vientre del *Ralroost*, situándose entre la nave y la rotante esfera de Garqi.

Jaina llevó el Ala-X al lado de babor de Anni Capstan, y ambas comenzaron a orbitar.

—*Chispas*, sensores al máximo, filtro de características de vuelo de los vong.

El androide silbó a modo de respuesta.

Jaina se aguantó las ganas de emplear la Fuerza para ver si percibía a su hermano. Ya había sufrido cuando el equipo de trabajo fue introducido en Garqi. Racionalmente, podía comprender la necesidad de seguridad en la operación, y recordaba la impresión que recibieron todos a bordo del *Ralroost* al pensar que el equipo había muerto. Gavin se comportó correctamente con respecto a la tragedia, y la posterior revelación de la verdad creó un sentimiento de unidad entre la tripulación y los pilotos. El hecho de no saber les había unido, y emplear en este momento la Fuerza sería violar la confianza ganada.

El último informe decía que había heridos, incluido un Jedi. Sabía que no era su hermano. Estaba segura de que cuando su gemelo muriera ella lo sabría, independientemente de lo lejos que estuviera de él. Y sabía reconocer la enorme diferencia existente entre heridos y bajas, pero en alguna parte de su mente pensaba que los Jedi eran, de algún modo, especiales, y no el tipo de héroes que caen en combate. Por lógica, y basándose en la historia Jedi reciente, sabía que eso no era estrictamente cierto, pero la imagen del heroísmo en la tradición Jedi le permitía aceptar a nivel emocional esa fantasía como cierta.

Ahora mismo la única posibilidad que debes tener en mente es la de acabar con unos cuantos vong para que el Mejor Suerte pueda volver a casa. Comprobó los sensores, pero seguían limpios.

—Nada por aquí, Uno.

Anni Capstan, su compañera de vuelo, informó en la frecuencia táctica del escuadrón.

—Aquí Doce. Tengo un contacto procedente de Garqi. Parecen ser los nuestros.

—Bien, aguantad ahí.

Jaina estaba a punto de pedir a *Chispas* que contactara con Anni, cuando el androide soltó un berrido. Su monitor del sensor primario se encendió mostrando un enorme contacto, y luego otros más pequeños, y todos ellos comenzaron a dividirse en contactos todavía menores. Jaina alzó la mirada a

través del cristal de la cabina y se le quedó la boca seca.

—¡Por los huesos negros del Emperador!

Los yuuzhan vong habían llegado, y con todo su potencial.

CAPITULO 21

Corran Horn pilotó el *Mejor Suerte* derecho hacia el *Ralroost* y le alegró ver a los Ala-X saliendo de la nave bothan. Una sonrisa iluminó su rostro. Activó el sistema de comunicación de la nave.

—¡Ahí está! Ya estamos en casa.

Oyó un grito ahogado de Jacen y percibió la angustia que brotaba repentinamente del joven.

—¡Mira eso! Corran, tenemos problemas.

—Gracias por la introducción, Jacen; ahora, si no te importa, extiéndete un poco más —puso la suficiente firmeza en su tono para que Jacen volviera a concentrarse—. ¿Cuántos, qué y dónde?

—Lo siento, Corran —Jacen exhaló bruscamente—. Tengo uno grande, siete pequeños y coralitas por todas partes, al menos sesenta y cuatro, pero cada vez llegan más. Los pequeños son del tamaño de una corbeta, el grande es un crucero yuuzhan vong. Todos se dirigen hacia nosotros. Su ritmo de avance indica que nos alcanzarán antes de que llegemos al *Ralroost*.

—Gracias. Supongo que debo darlas —Corran conectó con la frecuencia táctica del crucero de asalto bothan—. Aquí el *Mejor Suerte* llamando al *Ralroost*. Podemos desviarnos y salir de aquí. Marchaos.

—Negativo, *Mejor Suerte*, seguid acercándoos.

Corran reconoció la voz del almirante Kre'fey.

—Con todos mis respetos, señor, aquí hay vong suficientes para formar un cinturón de asteroides. No vale la pena arriesgar el *Ralroost* por nosotros.

—A pesar de su humildad, coronel Horn, soy yo quien toma aquí las decisiones. Vengan lo más rápido que puedan —el almirante bothan hizo una pausa—. Esto no nos coge desprevenidos.

En su cabina del *Orgullo Ardiente*, con la máscara de cognición conectándole al aparato sensorial de la nave, Deign Lian dejó que se le pasara la sorpresa inicial que le había provocado encontrar fuerzas de la Nueva República en Garqi. Había propuesto a Shedao Shai una expedición a Garqi, principalmente para comprobar los progresos de Krag Val en el experimento de conversión de esclavos. Basándose en informes de sus propios agentes de la estación de Garqi, quería demostrar que no se había eliminado del todo a la resistencia, y así avergonzar a Krag Val poniendo en tela de juicio a su señor.

Shedao Shai le había concedido permiso para la expedición, pero exigiendo a Deign que llevara consigo un nutrido séquito bélico. Las preguntas de Deign sobre el motivo de la escolta recibieron una mirada por toda respuesta. Accedió

a la petición porque sabía que sería un desperdicio de recursos que mancillaría el honor de Shedao Shai.

Y, de alguna manera, él lo sabía... Deign Lian se estremeció y se concentró en lo que pasaba. Los sensores de la nave le proporcionaron una impresión holográfica del sistema y de las naves. Su entrenamiento le permitió reconocer que la nave más valiosa era la que escapaba de Garqi y de sus fuerzas, aquella hacia la cual enviaban sus cazas los infieles.

La orden fue emitida a la vez que pensada. Sus fuerzas se orientaron hacia la pequeña nave que huía de Garqi. *Cogedla, destruidlas luego destruid al resto.*

—oOOOo—

En el puente de mando del *Ralroost*, el almirante Kre'fey se alejó de la pantalla de visualización cuando los escudos antiproyectiles comenzaron a cerrarse. Caminó hasta el panel de comunicación con paso firme, pero sin mostrar ansiedad, y sonrió a la bothan allí sentada.

—Teniente, por favor, invite al Grupo Martillo a adoptar las posiciones designadas en Caso Delta.

—A sus órdenes, almirante.

Mientras ella conectaba las frecuencias tácticas adecuadas y empezaba a emitir órdenes, Kre'fey se giró hacia Wedge.

—Vaya jueguito que nos ha tocado...

—Nuestros refuerzos serán útiles, pero no bastarán.

—No intentamos ganar la batalla, Wedge, sólo algo de tiempo —Kre'fey señaló hacia su puesto en el puente—. Sensores, quiero una visión holográfica del sistema y que envíen todos nuestros datos tácticos a Coruscant mediante el satélite que estacionamos al borde del sistema.

—Configurando, almirante.

—Bien, muy bien —una sonrisa de depredador se dibujó lentamente en su cara. Su garganta dejó escapar un gruñido grave, apelando a una parte fundamental de su mentalidad bothan. Era algo que solía disimular cuando trataba con humanos porque ellos siempre lo veían como algo negativo en cuestiones de política bothan. *Somos depredadores por naturaleza, y ahora yo necesito utilizar esa naturaleza.*

—Quédate aquí conmigo, Wedge Antilles —las palabras de Kre'fey resonaron graves, procedentes de sus mismas entrañas—. Quizá no pretendamos a matar a estos yuuzhan vong, pero podemos hacerles daño, y eso ya es bastante.

—oOOOo—

Jaina describió un giro a babor con su Ala-X, desviándose luego a estribor.

Siempre a babor de Anni, las dos iniciaron una serie de disparos con contra un escuadrón de coralitas.

—Cuando tú digas, Doce.

Anni hizo doble clic en el intercomunicador a modo de respuesta. Ambas ajustaron la ruta, virando un poco más a estribor, y se acercaron a un escuadrón de seis cazas enemigos que acechaba al *Mejor Suerte*. Con una llamada azul, el Ala-X de Anni lanzó un torpedo de protones. Una milésima de segundo después, un segundo misil salió disparado del caza.

Jaina entrecerró los ojos.

Si esto funciona...

El primer torpedo de protones se acercó al grupo de coralitas, que respondió generando vacíos que se tragaron el misil antes de que colisionara contra ellos. Imitando una táctica que demostró ser efectiva en la batalla de Dantooine, la Nueva República había programado la detonación prematura de los torpedos de protones si detectaban una anomalía gravitatoria, que es lo que hizo el misil.

Los coralitas se encontraron dirigiéndose de cabeza a una titánica nube de energía. Eso destrozó la formación. Los pilotos yuuzhan vong se dispersaron como pájaros, haciendo virar sus naves en ángulos cerrados. Algunos volaron por debajo y otros volvieron al ataque. Dos de ellos se separaron y ascendieron, demostrando así la eficacia de la nueva táctica.

El problema inherente al diseño de los coralitas estribaba en que los dovin basal que manipulaban las ondas de gravedad para proporcionarles impulso también eran los que generaban los vacíos defensivos. Los investigadores de la Nueva República se dieron cuenta de que la capacidad de maniobra de los cazas enemigos se veía mermada cuando se creaban los vacíos. Por tanto, los pilotos del Escuadrón Pícaro habían llegado a la conclusión de que pasaría lo mismo al revés.

El segundo torpedo de protones alcanzó a dos de las naves que huían, y explotó. Un coralita se desvaneció en la resplandeciente detonación. El otro encajó parte de la explosión por el lado de babor, y el coral yorik se derritió, exponiendo la cabina al vacío. La nave rocosa dejó de volar con dirección o propósito definido y se precipitó hacia Garqi como los demás desechos interestelares.

Jaina situó la retícula sobre el caza yuuzhan vong más cercano y apretó el gatillo de ráfagas. Su láser cuádruple escupió cientos de dardos luminosos sobre el objetivo. Un pequeño vacío los absorbió, pero éste quedó colapsado enseguida y los demás disparos agujerearon el abrupto exterior del caza. En cuanto vio que los dardos habían dado en el blanco, Jaina apretó el gatillo principal, soltando sobre el coralita una carga cuádruple completa.

Los chispeantes rayos carmesí fueron a parar a la nave enemiga, cubriendo el morro con tanta energía que desprendió una cegadora luz blanca. La roca derretida comenzó a ceder, desmembrándose como si fuera carne muerta. El coralita trazó un lento giro, y fue sacudiéndose y estremeciéndose a medida que apagaba la vida de los dovin basal.

Anni soltó un rápido disparo que dañó al otro caza, pero sin destruirlo, y entonces Jaina y ella se encontraron al otro lado de la formación yuuzhan vong. Jaina, que contemplaba concentrada los monitores, emprendió otro vuelo de asalto con su caza. La batalla se había recrudecido encima de ella, los Ala-X y los coralitas giraban, viraban e iban de un lado a otro en caótico frenesí. La táctica del torpedo de protones había demostrado ser tan útil en el primer pase, que ahora generaba las mismas posibilidades de destruir tanto al enemigo como al aliado.

Volvemos a las tácticas convencionales.

Más allá de los cazas, las naves grandes iniciaban su ofensiva. Las dos naves escolta del *Ralroost*, un par de destructores estelares clase Victoria, aparecieron encima y debajo del crucero yuuzhan vong, lanzando cargas de misiles de impacto y acribillando a la formación enemiga con fuego de turboláser. Naves yuuzhan vong del tamaño de corbetas interceptaron muchos misiles y disparos antes de que llegaran al crucero, ofreciendo una esfera externa de defensa. Sus disparos de respuesta a las fuerzas de la Nueva República eran repelidos por los escudos, pero esos escudos no aguantarían mucho tiempo.

Jaina sintió un escalofrío. *Si esto fuera una simulación, sería obvio que nos han superado. Sería el momento de cortar huir. Suspiró. Pero no es una simulación. No podemos huir, no podemos ganar. Así que sólo nos queda la esperanza de causarles tantos daños que la victoria tampoco sea suya.*

—oOOOo—

Deign Lian sonreía en la profundidad de las entrañas de su nave. La aparición de los refuerzos de la Nueva República le había sorprendido, pero un rápido análisis de la situación reveló que su intervención sólo alargaría el tiempo que tardarían en matarlos. Aunque sus coralitas habían sufrido más daños de los esperados, y aunque las naves recién llegadas habían desplazado más cazas mecánicos al combate, seguían superando en número al enemigo. Además, sus naves grandes eran más numerosas y más potentes.

Dirigió sus ataques a una de las pequeñas naves de la Nueva República. Los cañones yuuzhan vong vomitaron chorros de plasma sobre ella, despedazando sus escudos. La esfera de protección de la nave enemiga empezó a debilitarse. Una o dos ráfagas más y sus escudos cederían, y los disparos derretirían la cubierta de la nave enemiga, liberándola de su blasfema parodia de la vida.

Y cuando llegue ese momento, acabaré con el resto. El líder yuuzhan vong sonrió

despacio. *Los guerreros alabarán mi victoria. Mi posición será tal que cuando mi señor falle, sólo habrá una opción para sustituirle.*

—oOOOo—

El almirante Gillad Pellaeon contempló la imagen holográfica de la batalla que se desarrollaba en el corazón del sistema Garqi, sentado en el mismo lugar donde el gran almirante Thrawn había capitaneado el *Quimera*. Se atusó el bigote con la mano izquierda y pulsó el botón de comunicación del asiento de mando con el índice de la derecha.

—Armamento, ¿están listos los Clavo?

Su oficial de mando de combate respondió afirmativamente. —Confirmado, almirante.

—Bien. Timonel, cinco segundos para el salto. Posiciones del informe Gamma. Dile a Clavo Uno que tiene vía libre para saltar al punto nueve. —A sus órdenes, almirante.

Pellaeon soltó el botón de comunicación y se apoyó en el respaldo, juntando las manos. Llevaba décadas soñando con encontrarse con naves de la Nueva República en una posición igual de comprometida. Había pensado en planificar una emboscada, tal y como había hecho aquí, para luego ejecutarla. Sonrió al imaginar su sorpresa.

—Sí que se llevarán una sorpresa, creo yo —asintió lentamente—. Y nuestros objetivos también.

—oOOOo—

Corran precipitó en picado al *Mejor Suerte*, y alzó el morro describiendo medio bucle antes de dar la vuelta y virar hacia babor para descender. Los sensores seguían mostrando a dos corallitas en la cola de su nave. Sus maniobras estaban evitando que pudieran dispararlos con precisión, pero los yuuzhan vong le estaban alejando poco a poco del *Ralroost*.

—Jacen, ¿te queda sedante en ese inyector?

—Ganner consumió lo último que quedaba. ¿Por qué?

—Bueno, siempre me gustó pensar que moriría dormido —Corran soltó una carcajada—. Sólo para que lo sepas, chico, me has impresionado en esta misión. Quizá no signifique mucho cuando seamos átomos liberados en el espacio, pero...

—¡Babas de sith!

—No creo que mi comentario mereciera un juramento por tu parte...

—No, Corran, recibimos numerosos contactos nuevos. Tengo dos destructores estelares, uno clase Imperial y uno clase Victoria. Y muchas cosas más.

Los identificadores los clasifican como fuerzas del Remanente Imperial.

Corran sonrió.

—Que sepan que estamos de su lado, Jacen. Aguanta un poco. Quizá salgamos de ésta después de todo.

Chispas chirrió cuando docenas de contactos con cazas se dispersaron por todas las pantallas sensoras de Jaina. La joven se lanzó a babor y miró su monitor. Las naves no se parecían a nada que hubiera visto antes. Tenían una cabina semejante a un caza TIE, con el doble motor fónico en la parte trasera. Pero, a diferencia de los TIE, tenían cuatro brazos que salían de la unión del motor y de la cápsula hacia arriba y hacia delante, como si fueran dedos cerrándose sobre la cabina, dispuestos de tal forma que recordaban ligeramente a la posición de combate de un Ala-X.

Un sonido agudo se abrió paso en la unidad de comunicación, y cobró forma de voz humana.

—Despejad la pista, Pícaros. Ahora son nuestros. Clavo Uno fuera. ¿Qué? ¿Quién? Jaina se quedó petrificada cuando los cazas como garras le pasaron de largo. Eran tres grupos de cuatro, agrupados en formación cerrada. Giraban y se movían como si los pilotos compartieran un mismo cerebro, con tal precisión que Jaina se quedó sin respiración. Sus armas escupieron ráfagas de disparos verdes, y luego soltaron tandas dobles que golpearon a los coralitas con increíble exactitud. Las cabinas enemigas se convirtieron en volcanes. Los dovin basal hirvieron y explotaron. Los cazas enemigos cayeron ante la embestida de los treinta y seis *desgarradores* que acababan de aparecer en el sistema y se adentraban en combate.

Los dos destructores estelares que habían aparecido al mismo tiempo cambiaron el signo que llevaba la batalla de las grandes naves. Una se interponía entre el enemigo y el *Alba de Tanaab*, que había sufrido daños. Había perdido los escudos y se habían declarado una docena de incendios en sus cubiertas. El nuevo destructor estelar clase Victoria, el *Cosecha Roja*, rechazó todo el fuego procedente de los yuuzhan vong, mientras empleaba su propio armamento para destrozarse una de las corbetas enemigas.

La otra, el *Quimera*, se unió al *Ralroost* en su enfrentamiento contra el crucero yuuzhan vong. La nave enemiga desató una plaga de anomalías gravitatorias que consiguió absorber todos los ataques, pero que acabó con casi toda la capacidad de maniobra de la nave. *Pueden mantenernos a raya de esta manera hasta que los dovin basal se cansen, y no tenemos ni idea de cuánto tiempo puede ser eso.*

—Pícaro Uno a todos los Pícaros, se ordena la retirada. Regresamos al *Ralroost*. Hemos conseguido nuestro objetivo y volvemos a casa.

Jaina pestañeó y se adentró en la Fuerza. Sintió la presencia de su hermano, a salvo y de una pieza, en el *Ralroost*. *Ahora sí que podemos volver*. Comprobó las pantallas sensoras y frunció el ceño. Los coralitas eran pocos y se alejaban, todos en dirección al crucero yuuzhan vong. Los *desgarradores* describían intrincadas trayectorias en lo que había sido el campo de batalla, y algunos de ellos escoltaban a los Ala-X a la nave bothan. Una pequeña formación se separó y se acercó, colocándose entre Jaina y Anni. —No os preocupéis, Pícaros, ya estáis con nosotros. Os llevaremos a casa sanos y salvos.

El paternalismo de la voz de Clavo Uno hizo que Jaina rechinara los dientes.

—¿Quiénes sois?

—Simplemente los mejores pilotos de combate de la galaxia —un zumbido de ruido de fondo chispeó por un instante en el canal—. Somos una falange de la Casa Chiss, cedidos a la Nueva República temporalmente por mi padre, el general barón Soontir Fel.

CAPITULO 22

Lo que Shedao Shai vio en la superficie de Garqi no le gustó nada. Había divisado una cicatriz ennegrecida en la tierra durante su descenso al planeta a bordo de un transbordador, pero andar sobre ella sólo aumentaba su magnificencia. El carbón crujía bajo sus pisadas. El seco aroma de la madera quemada le llenaba la nariz, y, de vez en cuando, le llegaba también un toque de carne chamuscada.

Aliviado por el hecho de que la máscara que llevaba ocultaba su asco y su sorpresa, Shedao Shai contempló desde arriba al subordinado que yacía postrado ante él. Colocó cuidadosamente el pie sobre el cuello de su inferior. — Dices, Runck Das, que Krag Val luchó valientemente aquí antes de morir. ¿Qué razón hay para que no murieras con él?

Runck escupió ceniza por la boca.

—Comandante, Krag Val me ordenó que me quedara atrás, preservando la información para ofrecérsela, protegiéndola de otros ataques de la resistencia. Yo quería estar aquí para protegerlo, pero me ordenaron quedarme atrás.

Deign Lian soltó una risita desde la izquierda de Shedao.

—Si obedeces una orden idiota, lo único que haces es revelar tu verdadera naturaleza de idiota.

La mano del líder yuuzhan vong se alzó de inmediato. Los dedos rígidos chocaron contra la garganta de Lian, que soltó un jadeo seco. El subordinado se tambaleó hacia atrás y se llevó las manos al cuello. Pero se detuvo, cerrando los puños, y volvió a aflojarlas, colocándolas de nuevo una a cada lado. Lian cayó de rodillas e inclinó la cabeza.

—Pido... perdón..., señor.

Shedao Shai miró a Lian con frialdad y volvió a centrar su atención en el yuuzhan vong que tenía a sus pies.

—¿Qué pasó aquí? Cuéntamelo todo.

Runck clavó los dedos en el suelo.

—Sólo podemos basarnos en conjeturas y en el testimonio de unos chazrach que consiguieron escapar.

—¿Y cuáles son tus conjeturas?

Se pasó la lengua gris por los labios para quitarse la ceniza.

—Krag Val, como era de esperar, retó al líder enemigo. Hoja de Plata no respondió. Hoja Amarilla sí que lo hizo, y entonces uno de los otros, que no *era jeedai*, atacó. Krag Val derribó al primero, después a Hoja Amarilla. El *tercer*

jeedai le asestó un golpe. Hoja de Plata se enfrentó a otros y debió de acabar con ellos. Nuestros esclavos se dispersaron y huyeron. El enemigo quemó el terreno, consumiendo los cadáveres de los suyos y de los nuestros.

La mano derecha de Shedao Shai se cerró en un puño. Se golpeó el muslo protegido por la armadura, abriendo la mano lentamente, dedo por dedo.

—Y cuando llegaste aquí, el incendio se había expandido. ¿No encontrasteis la forma de seguirlos?

—No, líder, no pudimos hacer nada.

—Mal, Runck del Dominio Das —Shedao Shai apoyó todo su peso en el cuello de su subordinado, y giró el pie, separando la cabeza del tronco—. Pudisteis ser más rápidos.

Echó una rápida mirada a Deign Lian. Su subordinado dudó un momento y empezó a tumbarse en el suelo.

—No seas idiota, Deign Lian —el líder *yuuzhan vong* dejó el cuerpo de Runck sufriendo sus últimos estertores y se situó junto a su subordinado—. ¿Qué has aprendido al ver escapar a tu presa?

Los ojos de Deign Lian estudiaron el suelo ennegrecido.

—Que los infieles son astutos. Nos tendieron una trampa. Si no hubiera insistido...

Shedao Shai le dio una patada en el pecho, haciéndole caer sobre el costado izquierdo, en medio de una nube negra de polvo.

—Si eso es lo que has aprendido, es que no eres más listo que Runck. —Pero, líder...

—Piensa, Lian, pero piensa de verdad —Shedao abrió lentamente sus enguantadas manos—. ¿Ves este desastre a tu alrededor y lo único que te sugiere es astucia? Analiza la batalla en la que participaste. La verdad es obvia.

—Lo he intentado, comandante.

—No lo suficiente, Lian —Shedao reprimió el escalofrío que le produjo la incompetencia de su subordinado—. Ellos llegan y se disponen a rescatar a los *jeedai*. Tú llegas y te dispones a impedirselo. Tu fuerza es superior. Entonces ellos traen refuerzos en dos tandas. El retraso de la segunda tanda no les proporciona ventaja táctica. Una de sus naves sufrió graves daños por el retraso. Y lo que es más, teniendo en cuenta por dónde apareció la segunda tanda en el sistema, hay pocos puntos desde los que pudieran llegar. Pocos de esos puntos permiten un acceso cómodo a la Nueva República, pero no así al Remanente Imperial.

El líder *yuuzhan vong* caminó lentamente, rodeando a su asistente.

Y, lo que todavía es más importante, ni siquiera la llegada de estas fuerzas fue suficiente para vencerte y alejarte del planeta. Se llevaron a los *jeedai* y se retiraron. Mi suposición es que la segunda tanda procedía del Remanente Imperial, que estaba aquí por razones propias y que decidió intervenir.

Lian asintió despacio.

—La sabiduría de mi señor no tiene límites.

Sí así fuera, te habría enviado con más naves. Habría estado aquí en persona.

El asistente alzó la mirada.

—¿Cómo supisteis que teníais que enviar naves conmigo?

Shedao Shai se detuvo un momento.

—La aparición de aquella nave de la Nueva República no tenía sentido. Si querían realizar una incursión de investigación en Garqi podían haberse quedado en el límite del sistema mientras los cazas se acercaban, recogían datos y se retiraban. Ése fue su patrón de actividades en Sernpidal. La única razón para que estuvieran aquí era que tenían que recuperar la nave que supuestamente había caído. El análisis del lugar de la colisión nos demostró lo que ya sabíamos.

—No alcanzo a entender...

—Ya lo sé —Shedao Shai soltó una risa burlona—. Ni tú, ni aquellos que investigaron los restos de la nave. Tenían tanto miedo de verse mancillados que pasaron por alto lo obvio. ¿Por qué íbamos a encontrar restos de la tripulación en una nave estrellada, cuando podían utilizar las cápsulas de escape?

—Pero no había rastro de cápsulas de escape...

—Así es, no los había —el líder yuuzhan vong se frotó las manos—. Ahora sabemos que la nave de escape estaba escondida dentro de la que cayó, y que los restos biológicos encontrados eran un cebo, una artimaña elaborada.

—¿Pero por qué?

—Lian, ¿cómo puedes ser tan imbécil? —Shedao Shai abrió los brazos—. Estamos justo en medio de la razón. Ahora vete y averigua cuál fue. Averigua por qué destruyeron este lugar. Los caídos en este sitio te lo exigen. No les falles a ellos, o a mí.

—A sus órdenes, señor.

Shedao Shai dio la espalda a Lian y esperó a que los pasos de su ayudante se alejaran, antes de darse la vuelta de nuevo para contemplar su sombra dorada y silenciosa.

—¿Y a ti qué te parece esta destrucción, Elegos?

El caamasiano se encogió de hombros con todo el cuerpo.

—Esto era un jardín. No tenía valor militar. Les siguieron hasta aquí, se produjo el enfrentamiento. Daños colaterales.

El yuuzhan vong soltó una risita profunda.

—¿De verdad crees que me puedes engañar de esa forma?

—¿De verdad crees que quiero engañarte? —Elegos abrió los ojos inocentemente—. Si Deign Lian no puede saber por qué se quemó este sitio, a pesar del tiempo que lleva aquí, ¿cómo voy a averiguarlo yo en una hora de investigación?

Shedao Shai comenzó a recorrer lentamente la cicatriz carbonizada e indicó a Elegos con la mano que le acompañara. Cuando el alienígena le alcanzó, se le quedó mirando.

—¿Cómo es que toleras su compañía, Elegos? Eres reflexivo y pacífico. Ellos no. Lo veo aquí. Lo vi en el planeta Bimmieel. ¿Cómo aguantas estar al lado de unas criaturas sin honor?

Elegos frunció el ceño.

—¿Sin honor? La Nueva República arriesgó mucho para poder rescatar a los que había enviado aquí. Eso es una muestra de honor.

—Sí, puede que sí, pero palidece en comparación con otras cosas —Shedao Shai estiró las manos y las abrió—. Como tú has dicho, este lugar no tenía valor militar, pero lo destruyeron. ¿Por qué? Y esa misión de la que hablas. Cogieron cadáveres y los utilizaron para no tener que aterrizar una nave.

—Hasta tú crees que el cuerpo es una nave, comandante Shai; eso lo he aprendido de ti.

Shedao Shai se dio la vuelta y señaló a Elegos.

—Sí, pero es una nave sagrada. Debe honrarse y cuidarse. Nosotros tenemos modos, rituales, que muestran el respeto por todo lo que significa un ancestro caído. He compartido contigo los resultados de esos rituales. Aquí...

El líder yuuzhan vong sintió que las manos le temblaban de la ira. Pensó en ocultarlo por un momento, pero no lo hizo.

—Aquí, los cadáveres fueron calcinados en el mismo sitio donde cayeron. No se les enderezaron las articulaciones. No colocaron juntos a los camaradas. Se les trató como si fueran basura, y no sólo a los nuestros. Eso podría entenderlo de alguna forma, ¿pero los suyos?

—El tratamiento que recibieron los cadáveres yuuzhan vong puedes achacarlo a la ignorancia —Elegos se agachó junto a un esqueleto carbonizado

—. Y el que recibieron sus propios cadáveres, probablemente se deba a la urgencia. Nosotros también honramos a los muertos cuando es posible. Con vuestras fuerzas reuniéndose, era obvio que no era posible.

—Podría ser como tú apuntas. He aprendido mucho de ti, pero ahora necesito saber una cosa más.

Elegos alzó la mirada, con el sol brillando en su vello dorado.

—No creo que haya más que pueda contarle, comandante Shai.

—Oh, claro que sí —el yuuzhan vong juntó los puños—. Al oír mencionar al *jeedai* llamado Hoja de Plata temblaste de forma casi imperceptible. Cuando mencioné Bimmiel también pareciste reconocer algo. Debo suponer que conoces a *ese jeedai*, Hoja de Plata.

—Nunca he negado que conociera a los Jedi.

—Pero a Hoja de Plata le conoces muy bien.

El caamasiano asintió y se enderezó.

—Su nombre es Corran Horn.

—Koren Horn —Shedao Shai dejó que las palabras recorrieran su boca. Las asoció al sabor de la sangre *jeedai* de Bimmiel—. No me dijiste que fue él quien mató a los míos en Bimmiel.

—No me lo preguntaste.

—Si te pones así, Elegos, es porque no sólo le conoces, sino que te importa. ¿Intentas proteger a tu amigo de mi ira?

El caamasiano alzó la barbilla, exponiendo la garganta.

—Quizá, comandante Shai, sea a usted a quien protejo.

—Él te importa y temes por él —Shedao se dio unos golpecitos con el dedo en la barbilla de su máscara de guerra—. Tu lealtad es encomiable, pero ¿cómo puedes ser leal a alguien tan lamentable? No lo puedo comprender. Tú eres demasiado sabio para eso.

—Corran no es un idiota, ni es lamentable, a pesar de tus interpretaciones de lo que estás viendo aquí —Elegos se llevó las manos a la espalda—. Ningún Jedi es estúpido, ni la mayoría de los líderes de la Nueva República. Te basas demasiado en su ignorancia con respecto a los yuuzhan vong, y te dejas llevar por lo poco que entiendes de ellos.

—Pero, Elegos, tú me has enseñado bien. Entiendo muchas cosas de ellos.

El caamasiano se atrevió a esbozar una sonrisa.

—Y por el tiempo que he pasado contigo, algo he comprendido de voso-

tros. Incluso he llegado a pensar que podríamos llegar a algún acuerdo. Esta guerra no tiene por qué durar siempre.

—No, yo no querría eso —Shedao Shai cruzó los brazos sobre el pecho—. Si iniciara el diálogo, necesitaría un enviado en el que pudiera confiar a ciegas. Y no lo tengo entre los míos.

Elegos entrecerró los ojos.

—Yo podría ser tu embajador.

—Lo cierto es que es una idea excelente —Shedao Shai asintió despacio, se dio la vuelta e indicó a Elegos que le siguiera—. Ven. Te prepararé para enviarles un mensaje a estos *jeedai*. Un mensaje que, sin duda alguna, entenderán.

CAPITULO 23

Aunque la paz con el Remanente Imperial duraba ya seis años, Corran sintió que algo no iba bien al contemplar al almirante Gillad Pellaeon entrar en la sala de reuniones del *Ralroost*. El almirante Kre'fey le saludó amablemente, dándole la mano. El almirante imperial saludó al Maestro Skywalker con una inclinación de cabeza y se giró para sonreír a Corran.

—He podido analizar su informe inicial de Garqi. Buen trabajo. Corran parpadeó y asintió.

—Jacen Solo preparó el informe, yo sólo corregí algunas faltas. Pero se lo diré de su parte.

—Por favor, hágalo —Pellaeon tomó asiento frente a Corran en la mesa de reuniones con forma de rombo. Eso dejó al almirante Kre'fey presidiendo, con el Maestro Skywalker a su derecha y Corran a la derecha de éste—. En menuda situación nos encontramos.

Kre'fey se sentó.

—Así es, y a varios niveles. No tengo palabras para agradecerle su oportuna intervención. Los informadores que tienen en la Nueva República son muy eficaces.

No tan eficaces como usted piensa —el oficial imperial se apoyó sobre los codos, extendiendo las palmas de las manos sobre la superficie de la mesa negra—. Podemos hablar sin tapujos, y tendremos que hacerlo antes de que lleguen los políticos. Traje mis fuerzas hasta aquí cuando tuve noticias de su incursión abortada. Supuse que, o bien habían conseguido introducir un equipo en el planeta, o bien había fracasado un intento previo de evacuar al equipo. Eso sugería que en Garqi había algo de valor que podría interesarme conocer, así que llevábamos dos días esperando allí cuando ustedes llegaron.

—Los datos que recogimos podrían haber sido suyos de inmediato, independientemente de la opinión de mis superiores —Kre'fey se llevó una mano al cuello—. Y sí, hemos de hablar sin tapujos porque los políticos van a complicarlo mucho todo.

Corran suspiró y se recostó en su asiento. El equipo de incursión había saltado hasta el borde del sistema de Garqi, donde se reunió con los imperiales, para luego trazar una ruta directa hacia Ithor. El almirante Kre'fey pidió refuerzos, equipos científicos y tanto apoyo, que la alarma había sonado en Coruscant. Además de garantizarles el envío de todo lo posible, les informaron de la inminente visita a Ithor de Borsk Fey'lya y varios senadores y ministros de importancia. Y, una vez allí, sin lugar a dudas, comenzarían a interferir en lo que realmente era una operación puramente militar.

—No albergo esperanzas, almirante Kre'fey. Los moff se opondrán a que les ayude a defender Ithor, y sus líderes no querrán tener fuerzas imperiales operando dentro de la Nueva República —Pellaeon entrecerró los ojos—. No van a entender esto como nosotros. La batalla por Ithor determinará el curso de la guerra contra los yuuzhan vong. Si ganamos aquí, recibirán un duro golpe y podremos hacerles retroceder. Si perdemos, no creo que la Nueva República sobreviva, y tampoco el Espacio Imperial.

—Son circunstancias difíciles, no cabe duda —el bothan le miró fijamente—. Debería saber, almirante, que no tenemos acceso a ninguna de las antiguas superarmas del Imperio. Los informes sobre su destrucción son auténticos, independientemente de lo que digan los rumores.

Pellaeon sonrió.

—Nosotros tampoco tenemos. Pero casi mejor, porque esas armas no eran buenas en el terreno defensivo.

—Y el hecho de que el Remanente las introdujera en la Nueva República, por la razón que fuera, sería del todo intolerable —Kre'fey asintió—. La defensa de Ithor ya será difícil de por sí misma, sin superarmas de por medio.

—Es cierto, esto no va a ser fácil —Luke se pasó una mano por la boca—. Tenemos un par de problemas en Ithor. El primero es de índole científica. Podemos obtener muestras de los árboles bafforr y del polen producido en Garqi, pero los árboles tardan años en madurar y producir el polen. Ni siquiera llevándonos muestras y plantándolas por toda la Nueva República podríamos producir todo el polen necesario en menos de unas décadas.

Corran frunció el ceño.

—Pero los ithorianos son conocidos por su capacidad para la clonación y la manipulación genética de vegetales. Mi abuelo mantiene una fluida correspondencia con ellos en relación a ese asunto. Es probable que puedan sintetizar el polen que necesitamos.

Una mueca se dibujó en el rostro del Maestro Jedi.

—Eso nos lleva al segundo y más difícil problema al que nos enfrentamos, además de si el polen sintético será tan efectivo como el auténtico. La sociedad ithoriana se basa en una religión que adora la jungla, el mundo y la vida. Si les pedimos que generen algo para usarlo como medicamento, algo que prolongue la vida, lo harán sin pensarlo. Pero les vamos a pedir que manipulen algo vivo para crear un arma. No aceptarán.

Kre'fey arqueó una ceja.

—¿Y no hay forma de apelar a esa decisión?

Luke se agitó intranquilo.

—He hablado con Relal Tawron, el sumo sacerdote que sustituyó a Momaw Nadon como líder de Ithor. El hecho de que los árboles de Garqi soltaran polen para el combate implica que nos permitirán recolectar el polen y crear nuevos cultivos. Ellos ven lo ocurrido en Garqi como que los árboles consintieron en oponerse a los yuuzhan vong. Pero, sin embargo, se muestra reacio a modificar o abandonar otros aspectos de sus creencias. Por ejemplo, aparentemente, los ithorianos no permiten que nadie ponga el pie en Ithor.

Pellaeon negó con la cabeza.

—Dudo que los yuuzhan vong respeten esa norma.

—Relal lo sabe, y está dispuesto a ser lo más práctico posible, pero eso requerirá que hagamos concesiones por nuestra parte. Nuestro personal en tierra tendrá que ser bendecido, tendrá que acatar ciertas restricciones.

El almirante bothan se apoyó en el respaldo.

—El sumo sacerdote ha de ser consciente de que, en el furor de la batalla, nadie se acordará de las restricciones.

Luke asintió.

—Él no lo admitirá, pero yo pude percibir que lo sabía. Está en una posición inestable. Los ithorianos son pacifistas. La invasión, e incluso la preparación para la misma, podría ser devastadora para la sociedad ithoriana.

Corran se echó hacia delante.

—Estamos todos de acuerdo en que la destrucción del Jardín Xenobotánico de Pesktda, en Garqi, sólo nos hizo ganar tiempo. Los vong atacarán Ithor. Y dada la amenaza que eso supone, puedo verles entrando en el sistema y utilizando dovin basals para agujerear el planeta con asteroides. Un impacto sólido y todo morirá.

—Podemos proteger el planeta de eso —Pellaeon asintió—. Los asteroides tardarían tanto en llegar que nos darían tiempo a destruirlos.

—También creo, Corran, que probablemente los yuuzhan vong quieran aprender algo de Ithor, puesto que ven lo biológico del mismo modo en que nosotros vemos las máquinas —Luke cerró los ojos un instante y los volvió a abrir—. El informe de lo que viste en Garqi podría ser una muestra de lo que podrían hacer en Ithor.

—Eso es innegable, y no hemos tenido otro Sernpidal en esta segunda avanzadilla, por lo que la cúpula de los yuuzhan vong parece estar enfocando las cosas de una manera más lógica —el Jedi corelliano se encogió de hombros—. Entonces, ¿empleamos una defensa estándar? ¿Enfrentamiento espacial para dificultar la invasión terrestre, y después los combatimos a medida que vayan entrando en el planeta?

Kre'fey asintió.

—Yo preferiría detenerlos en el espacio, pero sería una idiotez no establecer una defensa planetaria. Tenemos tropas de élite, tanto de la Nueva República como del Espacio Imperial, que pueden tomar posiciones terrestres. Son suficientemente disciplinadas como para funcionar dentro de los parámetros ithorianos, al menos hasta que empiece la batalla.

El almirante de la Nueva República miró a su homólogo imperial. —Sin embargo, la decisión es suya, almirante.

Pellaeon pareció sorprenderse.

—¿Disculpe?

Kre'fey sonrió lentamente.

—Usted es el oficial de más edad aquí, tiene mucha más experiencia que nosotros. Yo me he enfrentado varias veces a los yuuzhan vong y nunca he obtenido una victoria limpia, así que tampoco cuenta. Me gustaría que estuviese al mando de la defensa de Ithor.

Corran arqueó una ceja.

—Creo que a los políticos no les va a gustar nada esto.

El bothan hizo relucir los colmillos un instante.

—Podemos venderles bien lo de la defensa conjunta y todo eso, pero cuando llegue la batalla quiero que sea usted quien esté al mando, almirante. Cuando llegue el momento ya será demasiado tarde para que puedan objetar al respecto.

El almirante humano asintió lentamente.

—Y usted sería el segundo en la cadena de mando, por supuesto.

—Así es.

Pellaeon sonrió.

—¿Y después de usted? ¿El Maestro Skywalker?

El bothan miró a Luke.

—Los Jedi han luchado en tierra en Dantooine y en Bimmial. ¿Tendrán una función aquí?

Luke juntó las manos, y Corran percibió una impresión lejana de dolor emocional procedente de su Maestro. Los Jedi no eran una tropa de combate, pero su entrenamiento en la lucha podía resultar muy útil en Ithor. Y dado que Ithor era un planeta lleno de vida, con gran presencia en la Fuerza, los Jedi estaban llamados a defenderlo. Aun así, las cosas que se verían obligados a hacer estarían más allá de la acción estrictamente defensiva.

El Maestro Jedi miró a Corran.

—¿Tú qué opinas?

—Que indudablemente tenemos que colaborar con la defensa —suspiró Corran—. Resumiendo, todo el planeta será un rehén. No sé si podremos hacer algo, aparte de matar inocentes, lo cual sería propio del Lado Oscuro. Pero estoy seguro de que no habrá yuuzhan vong inocentes en todo el planeta.

—¿Y si hay yuuzhan vong que se rindan? —preguntó Pellaeon. Luke negó con la cabeza.

—Los esclavos que utilizan como tropas de aproximación no pueden rendirse, y los yuuzhan vong, bueno, digamos que me cuesta mucho imaginarles rindiéndose a nosotros.

—Tampoco creo que yo fuera a fiarme de los que se rindieran —el corelliano frunció el ceño—. En Dantooine, ¿no fue Mara la que se enfrentó a unos cuantos que habían matado civiles, y luego emplearon enmascaradores oogloth para tomar su apariencia y así poder matar más civiles?

El bothan dio un golpecito con la mano en la mesa.

—Ésa es una buena pregunta. Tendremos que revisar las reglas normales de enfrentamiento e informar a los nuestros de que los que se rindan no han de ser respetados. No conocer a los yuuzhan vong, ni su cultura y sus tradiciones, dificulta en gran medida la tarea de luchar contra ellos. Podemos hacer suposiciones, conjeturas, pero lo cierto es que no tenemos ni idea.

Pellaeon sonrió.

—El gran almirante Thrawn sentó precedente con su costumbre de estudiar el arte de una cultura como clave para comprenderla. No sé qué habría sacado él de los yuuzhan vong, pero los pocos Chiss procedentes de las Regiones Desconocidas los combatieron con muchas ganas.

—Sí, los Chiss con sus *desgarradores* —Kre'fey se pasó una mano por la nuca—. Tenga por seguro de que en Coruscant no fue bien recibida la noticia de que había contingentes de Thrawn sueltos por aquí. Estoy seguro de que muchos piensan que usted empleará a los Chiss para construir un nuevo Imperio a partir de la Nueva República.

El almirante humano se encogió de hombros.

—Quizá lo hubiera hecho de saber que estaban aquí, pero yo no conocía todos los planes de Thrawn. Cuando llamamos a filas a todos los agentes y tropas imperiales, donde quiera que estuviesen, este contingente se presentó con saludos del barón Fel, el padre del jefe del escuadrón.

Corran negó con la cabeza.

—¿Quién lo hubiera dicho?

—Yo lo sabía —declaró Luke, en tono grave, tan bajo que Corran no estuvo seguro de haberlo oído bien—. Cuando la crisis bothan, cuando fui a buscar a Mara, encontramos al almirante Parck y al barón Fel. Estaban supervisando unas obras ordenadas por Thrawn, incluida una instalación para clonar un sustituto de Thrawn. Dijeron que había conflicto armado en las Regiones Desconocidas, que estaban rechazando a algo parecido a una amenaza para el Imperio. Para nosotros no representaban una amenaza, por lo que revelar la información sobre su existencia me parecía sólo útil para entorpecer el proceso de paz.

Kre'fey parpadeó con sus ojos violetas veteados de oro.

—Si algunos ministros supieran que retuviste esa información, lo tomarían como la prueba irrefutable de que intentas alzar una nueva hegemonía Jedi, y que pensaste que podrías utilizar a los Chiss para ello.

Corran frunció el ceño.

—Eso es una tontería.

—Ya, lo sé, sólo te estoy diciendo lo que pasaría si se supiera. Con respecto a nuestro propósito, lo cierto es que nos viene bien tener ese flanco cubierto. Eso está bien —el bothan miró a Pellaeon—. ¿Qué potencial militar calcula que podrá aportar?

Mi personal está trabajando en la planificación. Como mínimo, un grupo operativo. Cuatro destructores estelares imperiales, ocho destructores estelares clase Victoria y varias naves de apoyo. Podemos traerlas todas aquí o bien establecer una base en Yaga Minor como apoyo a Garqi, ya que suponemos que partirán de ahí.

Kre'fey asintió.

—Yo puedo reunir una fuerza similar, aunque algunas de las naves tendrán que establecer su sede en Agamar. Serán una amenaza para Garqi y, además, servirán de protección para quienes escapen de los yuuzhan vong. En caso necesario podríamos hacer uso del destacamento de Agamar, pero entonces el planeta caerá.

El corazón de Corran dio un vuelco al oír las palabras del bothan. Por mucho que él quisiera que las cosas fueran de otro modo, todo apuntaba a que Agamar sufriría un asalto yuuzhan vong y sería conquistado. Quizás esa conquista fuera incluso previa a la de Ithor, con lo que los yuuzhan vong se asegurarían un perímetro todavía más cercano. Pero la menor presión sobre Agamar podría acabar con las fuerzas de la Nueva República, por lo que no podrían proceder a la defensa de Ithor. Los yuuzhan vong tenían que atacar Ithor y rápido, antes de que la Nueva República pudiera reforzarlo lo suficiente como para que no pudiera ser tomado.

El auténtico problema que suponía la pérdida de Agamar era que eso aislaría completamente al Remanente de la Nueva República, creando una ruta hiperespacial clave entre ambos territorios. Y, aparte de Ithor, el planeta más cercano de la Nueva República sería Ord Mantell, pero ir de Yaga Minor a Ord Mantell no era fácil y requería muchos saltos pequeños, además de mucho tiempo. Corran no estaba seguro de la ayuda que podría brindar el Remanente a largo plazo en la lucha contra los yuuzhan vong, pero se sentía inclinado a desear su presencia a largo plazo en el conflicto, puesto que acababan de contribuir a salvarle la vida.

Pellaeon se encogió de hombros con rigidez.

—Es la típica situación difícil para un militar. Sabemos dónde ubicar nuestras fuerzas de forma que sean más efectivas. Ésa es una decisión racional basada en números y análisis. Ambos sabemos que Ithor es la clave. Los yuuzhan vong han venido en número suficiente como para tomarlo. Si quitamos las defensas en otro lugar, crearemos un objetivo alternativo tentador. Alguien sufrirá para que otros no sufran. Podemos dar la mejor respuesta según nuestros cerebros, pero no será la que nos dicte el corazón.

Abrió los brazos de par en par.

—Tenemos unas dos semanas antes de que sus líderes políticos lleguen aquí, y me imagino que los míos también vendrán. En ese tiempo habrá que elaborar un plan en el que les quede claro que estamos repartiéndonos responsabilidades y riesgos por el bien de todos. Esto significa que haremos concesiones que no queremos hacer por razones políticas, que es como ponernos grilletes en las manos para ir a la lucha. Es algo que me gusta todavía menos que a ustedes, pero la alternativa es que nuestros líderes, enfrentándose unos con otros, acaben imponiéndonos sus propios grilletes.

"Y yo prefiero los míos —los ojos del hombre relucieron—. Después de todo, si me ato es porque sé que podré desatarme. Y en la batalla que se acerca, si no somos capaces de eso, todo, tanto Ithor como la Nueva República como el Espacio Imperial, estará condenado a desaparecer.

CAPITULO 24

A Jaina Solo se le hacían interminables las tonterías de la recepción. Para empezar, era un acontecimiento formal que tenía lugar en el *Bahía de Tafanda*, una de las numerosas naves ithorianas, ciudades que flotaban a la deriva sobre la jungla. Aquellos transportes de cúpulas de transpariacero, con sus propios ecosistemas y cargados de vida vegetal, se mantenían cálidos y húmedos. Con ropa normal no le habría importado, pero aquello resultaba un poco cargante y opresivo vestida con el uniforme oficial de los Jedi.

El hecho de celebrar un evento tan formal en un planeta que iba a ser el punto central de un ataque enemigo le parecía mal. Hubiera preferido estar en el *Ralroost*, con el resto del Escuadrón Pícaro. También le fastidiaba haber sido invitada por ser una Solo y una Jedi, y no por formar parte del Escuadrón Pícaro. El coronel Darklighter había sido elegido para representar al escuadrón, y a Jaina le dio la impresión de que a los responsables de protocolo de la Nueva República les daba miedo que los pilotos hablasen más de la cuenta e interfirieran con la celebración.

La tensión acumulada en los presentes era casi tan opresiva como la humedad. Estaban reunidos en una gran sala descubierta, aunque las entrelazadas ramas altas de los árboles dificultaban la contemplación del firmamento estrellado. Pero más impresionante que los árboles era ver cómo habían encajado la madera que cubría el suelo y las paredes. De un vivo color dorado y con vetas más oscuras, las tablas formaban un mosaico por el que las líneas fluían sin esfuerzo. Jaina podría haber seguido aquellas vetas hasta el infinito, pero los grupos de diplomáticos las eclipsaban constantemente.

Después de años de ver a su madre celebrando y asistiendo a ese tipo de funciones, sabía que los contactos diplomáticos funcionaban en un mundo aparte. Los enemigos mortales podían ser de lo más educados ante tu cara, mientras complotaban implacablemente a puerta cerrada. Hasta el almirante Kre'fey y el coronel Darklighter reprimían su crítica a las limitaciones políticas impuestas sobre su operaciones, así que, a simple vista, todo parecía que podría ir bien.

Suspiró. *Al menos eso implica que la gente seguirá tratando bien a los Jedi.* — Menudo suspiro. ¿Te ha ayudado a aliviar la pesadumbre de tu ánimo?

Jaina se dio la vuelta y sonrió, reconociendo la voz.

—Sí, Ganner, un poco.

Jaina siguió con la sonrisa puesta, a pesar de la impresión que le provocó ver la cicatriz del rostro de Ganner.

El Jedi bebió un sorbo de vino y le hizo un gesto con la cabeza.

—Entonces supongo que yo también debería probar a suspirar.

—¿Por qué? Ah —miró más allá de Ganner, que iba vestido de azul y negro, hacia un grupo de Jedi que rendía pleitesía a Kyp Durrón—. Ya oí que hubo problemas.

Ganner le dedicó una sonrisa pícaro que, en cierto modo, le hizo atractivo a ojos de Jaina.

—Mis experiencias de Bimmiel, y sobre todo de Garqi, fueron definitivas. Y dado que muchos Jedi han sido convocados aquí para unirse a la lucha contra los yuuzhan vong, mis opiniones sinceras sobre lo peligrosos que pueden llegar a ser no resultan bienvenidas. Para ellos, ser realista es como ser derrotista.

—Y probablemente no ayude el hecho de que salvaras la vida a Corran en Bimmiel.

Ganner soltó una risita.

—No, no ayudó. Pero no me arrepiento. Las lecciones que he aprendido trabajando con él eran lecciones muy necesarias. Me alegro de haber vivido lo suficiente para aprenderlas.

Ella bajó la mirada un momento.

—Lamento que te hirieran.

—Yo no —sus ojos azules se entrecerraron—. Antes de este rasguño me resultaba fácil creer que era invencible. Era lo bastante arrogante como para creermelo perfecto. Es una trampa en la que Kyp, Wurth, Octa y otros están cayendo. Y lo creen porque no han sido heridos, no pueden ser heridos. Y ésta es una ilusión que yo ya no albergo.

—Creo que a mí tampoco me quedan muchas ilusiones —Jaina movió los hombros como para liberarse de la tensión que los atenazaba—. Hemos estado realizando simulaciones casi constantemente para prepararnos para el asalto vong. Creo que me mataron más de la mitad de las veces.

Ganner hizo una mueca.

—Eso no es bueno.

—Ya, pero no es tan malo como suena. Parte del tiempo la pasamos pilotando corallitas para ayudar a entrenar a nuestros compañeros. A los imperiales se les caza fácil, pero los Chiss son mortales.

—He sentido su presencia, pero no he visto ninguno.

—Yo tampoco, a excepción de en el monitor de popa, realizando simulaciones con mi Ala-X o con mi corallita —miró hacia la parte principal de la estancia, donde se había reunido la gente. Se había colocado una plataforma, y Relal Tawron y sus ayudantes daban la bienvenida a los funcionarios de la

Nueva República—. Parece que ha comenzado la presentación del equipo local. Luego vendrán los del Remanente, y después, quizá, los Chiss.

—Será interesante verlos —Ganner señaló hacia la plataforma—. Después de ti.

—Gracias —Jaina vaciló un momento, tanto por la cortesía de Ganner, totalmente inesperada, como por las ganas de ver en persona a los Chiss. *Al que quiero ver es al líder.*

Se ruborizó por un momento, pero rechazó esa sensación con un estallido de irritación. En todas las simulaciones había volado bien. Quizá no había sido siempre la mejor piloto del escuadrón, pero estuvo cerca. Cada vez que simulaban contra los Chiss, y la eliminaban, era el líder quien acababa con ella. Pero a Jaina no le daba la impresión de que él la buscara deliberadamente, sólo que pretendía comprobar y verificar los datos estadísticos de las batallas del simulador.

Una y otra vez, el líder de los Chiss había ido a por el mejor piloto enemigo, derribándolos en orden descendente. Ninguno de ellos se lo puso fácil, y tanto Wedge como Tycho consiguieron derribarlo alguna vez, pero en todas las categorías estadísticas medidas por los simuladores, él era quien levantaba la curva. Y eso no hubiera sido tan malo si los Chiss y él se prodigaran más. No le importaba ser derribada, pero lo que no podía aguantar era que pasaran de ella por haber muerto.

Ganner y ella se abrieron paso entre la multitud hasta el lugar en el que Luke y Mara Skywalker estaban siendo agasajados. Un aplauso amable pero velado surgió de los dignatarios reunidos, principalmente de los ithorianos. Era obvio que les era grata la presencia Jedi en su planeta, aunque Jaina pudo percibir que Borsk Fey'lya sería muy feliz si los Jedi murieran defendiendo a Ithor.

Después vino el contingente del Remanente Imperial. El almirante Pellaeon iba en primer lugar, y se movió por la larga fila de dignatarios con tal ahorro de energía que era obvio que lo único que quería era ponerse a planear la defensa de Ithor. Emanó una sensación de aprecio al saludar al almirante Kre'fey, al coronel Darklighter, a Luke Skywalker y a Wedge Antilles. Esa sensación disminuyó ligeramente cuando saludó a la madre de Jaina, y luego se sentó junto a ella mientras se presentaba a los otros imperiales.

Varios moff habían realizado el viaje hasta Ithor, y todos parecían funcionarios aburridos excepto Ephin Sarreti, el moff de Bastion. Lo que impresionó a Jaina de él era la sensación de entusiasmo que emanaba al saludar a Borsk Fey'lya y a los otros ministros de la Nueva República. Intercambió comentarios con todos ellos y, por lo visto, les sorprendió con sus profundos conocimientos sobre sus vidas y sus hogares. Muchos de ellos se sintieron sorprendidos, y algunos llegaron a sospechar.

Ganner esbozó una sonrisa.

—Bueno, ahora el jefe de Estado Borsk Fey'lya ya tiene un juguetito con

el que distraerse.

—Bien, todo sea con tal de que no tenga tiempo de aconsejar a los militares sobre la defensa de Ithor.

Cualquier comentario que Ganner pudiera hacer en ese momento quedó ahogado por una presencia nueva y potente que hizo estremecerse a la Fuerza. Jaina sabía, por el hecho de haber tenido a su alrededor a gente como su padre o Wedge Antilles, que ese estremecimiento no procedía de un uso consciente de la Fuerza. Algunos seres estaban tan llenos de vida y de confianza que brillaban como una llama de magnesio en la noche más oscura.

A la cabeza de una formación de doce Chiss de piel azulada, llegó un humano caminando con formalidad marcial. Era más alto que ella, pero no más que Ganner, y tenía una musculatura desarrollada que su uniforme negro no podía disimular. Tenía el pelo negro y corto, con un mechón blanco que seguía la línea de una cicatriz que comenzaba en la ceja derecha y acababa en la línea del pelo. Los ojos verde claro tenían una frialdad que parecía propia de sus maneras. Tan sólo las bandas rojas a lo largo de los pantalones y de las mangas de su uniforme destacaban con su solemnidad.

Subió a la plataforma de un paso, dejando a los Chiss, con sus uniformes blancos, en fila frente a la plataforma, firmes. Se inclinó profundamente ante Relal Tawron y le dio la mano. El alto sacerdote ithoriano se giró para presentarle a Borsk Fey'lya, pero el líder de los Chiss pasó de largo ante el jefe de Estado y los miembros de su séquito. No se detuvo hasta estar frente al almirante Kre'fey, ante el cual volvió a inclinarse, y al que dio la mano. Repitió el proceso con el coronel Darklighter y con Luke Skywalker.

Mientras avanzaba, la asombrada multitud comenzó a murmurar. Los murmullos aumentaron de intensidad cuando se inclinó ante Wedge, sonrió y dejó que el hombre le envolviera en un cálido abrazo. Antes de que Jaina pudiera imaginarse lo que estaba pasando, el líder Chiss saludó al almirante Pellaeon. Pasó de largo ante los moff imperiales y bajó de la plataforma.

¡Viene directo hacía mí!

Él se acercó hasta ella, con las articulaciones rígidas y los músculos firmes, y realizó una inclinación, no tan profunda como las anteriores, pero no por ello menos llena de respeto.

—Soy Jagged Fel —se enderezó, y Jaina se puso roja cuando notó aquellos ojos verdes posándose sobre ella—. Además, Jedi. Fascinante. Jaina pestañeó.

—¿Además?

—Además de ser una piloto excelente. Es difícil matarte.

Jaina no supo por qué, pero le sonrió.

—Supongo que es un cumplido.

Jag Fel asintió.

—Entre los Chiss, desde luego que lo es. Yo sólo era algo mejor que tú a tu edad.

—¿Y cuándo fue eso? ¿Hace dos años? —le preguntó Ganner en tono jocoso.

Ni la expresión de Fel ni su presencia en la Fuerza revelaron ninguna vergüenza ante la pregunta de Ganner.

—Sí, justo antes de tomar el mando de mi escuadrón.

Wedge Antilles bajó de la plataforma y se acercó a ellos.

—Coronel Fel.

—¿Sí, tío?

—Deberías volver a la plataforma y saludar a todos a los que has ignorado — Wedge señaló a Borsk Fey'lya y a los suyos—. Son muy importantes. Fel negó con la cabeza.

—Son políticos.

Wedge bajó la voz.

—Parece que les has pasado por alto porque no son humanos. Fel se giró, poniéndose frente a la plataforma, y alzó la voz.

—Si piensan que no les he saludado porque no son humanos, son idiotas. Si no les saludo es porque son políticos.

Un senador sullustano dio un paso adelante.

—Una cómoda etiqueta tras la cual ocultar tu xenofobia.

Fel se quedó de piedra al oír eso, no podía creerlo.

—¿Me está usted acusando a mí de albergar prejuicios anti-alienígenas? Pwoe, un senador quarren, abrió las manos.

—Fluye de usted, coronel. Su uniforme es de estilo imperial, y recuerda al uniforme del grupo imperial 181 de su padre, una de las unidades militares más efectivas del Imperio destinadas a suprimir la Rebelión. Su formalidad. Esos saludos ya no se ven desde la corte del Emperador. El desdén con el que nos ha ignorado ha sido más que palpable.

Fel negó con la cabeza.

—De donde yo vengo...

Borsk le interrumpió.

—El lugar de donde usted procede es una comunidad arqueo-imperial.

El gran almirante Thrawn reunió a sus más fervientes y reaccionarios seguidores y les asentó como un foco de infección. Se han extendido como una plaga, odiando cada momento en que nosotros hemos tenido el control de lo que una vez fue su imperio. Han heredado las actitudes que nos oprimieron durante mucho tiempo, y ahora aquí está, dispuesto a retomar el control, con la excusa de ayudarnos.

—Basta ya —el líder Chiss alzó una mano—. Deje de ponerse todavía más en ridículo.

Los ojos violetas de Borsk Fey'lya centellearon.

—¡Pero qué osadía! ¿Te atreves a decirme lo que me conviene? Tú naciste privilegiado, y no tienes ni idea de lo que significa verte discriminado por ser de tu especie. No sabes lo que es realizar sacrificios para obtener la libertad — señaló con la mano a la docena de Chiss frente a la plataforma—. Incluso te atreves a desfilas con tus subordinados no humanos ante nosotros, recordándonos que son los imperiales los que siempre estarán al mando.

Jaina sintió una calma fría emanando de Jag Fel, que separaba las manos lentamente.

—De donde yo vengo, jefe Fey'lya, yo soy la minoría. Yo soy el alienígena. Si recuerda algo de la historia de su preciosa Rebelión, recordará que Thrawn carecía de principios, y que fue un traidor para su pueblo. Yo crecí entre ellos, crecí con ellos, juzgué según sus estándares. Cumplí esos estándares. Superé esos estándares.

Dio un paso adelante y señaló a los hombres y mujeres Chiss que le habían acompañado.

—Me gané el liderazgo de mi escuadrón. Estos seres compitieron para formar parte de él. Querían volar conmigo, y no porque sea un humano o porque pertenezca al Imperio, sino porque soy excepcional como piloto y como líder.

"Y respecto a lo de luchar por mi libertad, es lo que llevo haciendo toda mi vida en las Regiones Desconocidas. Mi madre tuvo cinco hijos. Mi hermano mayor murió combatiendo, así como mi hermana pequeña. ¿Por qué estamos allí? ¿Por qué combatimos? Una amenaza como la de los yuuzhan vong para la Nueva República era algo previsible. ¿Recuerdan lo devastadora que fue la Gran Purga Yevethana? Pues ha habido cosas en las Regiones Desconocidas que la superaban con creces, pero nosotros estábamos allí y las detuvimos.

Fel juntó las manos.

—Me acusan de xenofobia, pero pasan por alto el hecho de que saludé a mi anfitrión, un ithoriano, y que inmediatamente saludé al almirante Kre'fey, que es bothan. Han visto lo que han querido. Y de eso me acusan, de eso acusan

a los imperiales. De que sólo veíamos bestialidad donde había sabiduría y nobleza. He venido para ayudar en la defensa contra los yuuzhan vong, pero ustedes prefieren seguir viendo fantasmas del pasado.

Miró hacia la sala.

—Y es por eso por lo que les he ignorado. He venido a participar en una guerra y no en juegucitos políticos. Mi misión es ayudar a mantener la libertad, no ayudarles a reunir más poder, o a quitárselo.

Leia Organa Solo dio un paso adelante, alzando una mano para evitar cualquier tipo de réplica por parte de líder bothan de la Nueva República.

—Y nosotros queremos esa ayuda. De ustedes, del Remanente, de todos los pueblos de la Nueva República. Sólo trabajando juntos podremos vencer a los yuuzhan vong y salvar Ithor.

La gente comenzó a aplaudir las palabras de su madre, y Jaina se unió al aplauso. Al ver el consenso general, los políticos se retiraron un poco, y hubiera sido fácil pensar que la situación estaba resuelta. Aun así, Jaina seguía pensando en lo que habían dicho Fey'lya y el resto. La vehemencia de sus palabras fue antaño dirigida hacia su madre, a la que también acusaron de querer quitar el poder a los no humanos. *Y esos rumores sobre que los Jedi tienen la culpa de la pérdida de Garqi y Dubrillion, que de alguna forma sugieren que fueron los Jedi los que echaron a los yuuzhan vong sobre la Nueva República. Me pregunto si no estaremos colocándonos en una posición que provocará que nos echen también a nosotros la culpa si Ithor cae.*

Jag Fel se dio la vuelta y la miró, y Jaina se preguntó si, de alguna manera, le estaba leyendo la mente. Ella le aguantó firmemente la mirada.

—Salvaremos Ithor.

Él asintió.

—Ganaremos la batalla por Ithor. Lo de su salvación, bueno... —miró hacia los políticos de la Nueva República—. Su salvación está en manos de otros, y me temo que está más allá de nuestra capacidad de control.

CAITULO 25

Jacen Solo se llevó las manos a la espalda. Había acudido a la llamada de su tío que pedía que los Jedi se reunieran en una pequeña gruta en un nivel superior del *Bahía de Tafanda*. Aunque podía percibir la presencia de Jaina en la ciudad ithoriana flotante, le sorprendió un poco que no asistiera a la reunión. Por lo que podía percibir de ella, supo que estaba de nuevo en el simulador, y por un momento se resintió por el hecho de que el escuadrón la separara de él y de los Jedi.

Allí, en pie entre Ganner y Anakin, Jacen se sorprendió a sí mismo pensando mal de su hermana, y revisó sus propios sentimientos. Sintió un atisbo de celos, porque estaba claro que a ella le encantaba volar con el Escuadrón Pícaro, y él estaba muy orgulloso de lo bien que ella lo estaba haciendo como piloto. Jacen sabía que Jaina no iba a dejar de lado su legado y su formación Jedi, sino que estaba encontrando otra forma de ponerlo en práctica.

Siguiendo la tradición de Corran Horn de servir al escuadrón. Jacen miró entre la gente y vio a Corran. Jacen había decidido llegar a ser el tipo de Jedi que eran Corran y Luke. Sabía que había hecho un buen trabajo, un trabajo necesario, en Belkadan y en Garqi, pero seguía persiguiéndole esa sensación de insatisfacción.

Los recuerdos de la matanza de Dantooine le indicaban cuál podía ser el lado malo de esa tradición Jedi. Sabía que ninguno de ellos había tenido elección ante los yuuzhan vong. Tuvieron que matar soldados o habría muerto mucha más gente. Ellos jugaron un papel defensivo, por lo que no había ni rastro del Lado Oscuro en sus acciones. Y, *aun así, hubo muchas muertes.*

Jacen se vio de nuevo pensando en la cuestión filosófica a la que no encontraba respuesta. Si la Fuerza era algo que abarcaba a todas las formas de vida, ¿podía justificarse, de alguna forma, el asesinato? *El Código Jedi afirma que la muerte no existe, sólo la Fuerza, pero la muerte de miles de millones de seres en Alderaan y Carida bastó para enviar una ola de devastación a través de la Fuerza.* Y, si eso era cierto, ¿no tendrían también algún efecto las muertes en menor escala?

Estaba tan seguro de que no tenía respuesta para eso como de que la respuesta estaba en alguna parte. Anakin le había sugerido que, en su búsqueda, estaba girando en círculo alrededor de la respuesta, y no podía ignorar el comentario de su hermano pequeño. *Pero si rodeo algo, al menos sé que hay algo. Ahora sólo me queda encontrarlo.*

Dos cosas fueron las que sacaron a Jacen de su ensimismamiento. La primera fue la llegada de Relal Tawron, el sumo sacerdote ithoriano, junto con Luke. Hasta que llegó el ithoriano, Jacen no tenía ni idea de por qué les habían reunido allí, pero la solemnidad con la que se movían tanto el sumo sacerdote

como el Maestro Jedi le hacía suponer que el motivo era muy grave.

La segunda fue la entrada de Daeshara'cor en la habitación, que llegó justo después de Luke y se colocó detrás de Octa Ramis, y que no hizo sino confirmar la gravedad de la situación. Desde que Luke llegó a Ithor, la Jedi twi'leko había permanecido recluida a petición propia. Jacen sabía que Luke había pasado tiempo con ella, pero el Maestro no dio explicaciones sobre la búsqueda de superarmamento por parte de la twi'leko.

Luke Skywalker se colocó frente a los más de veinte Jedi y los saludó con una inclinación de cabeza.

—Hermanos y hermanas, Relal Tawron está aquí para prepararnos para lo que será nuestra función en la inminente batalla. Escuchad lo que os va a decir. Puede que estemos aquí para salvar Ithor, pero nuestra negligencia también podría destruirlo. Y eso no puede ocurrir.

El ithoriano asintió al oír las palabras de Luke, y contempló en silencio a los Jedi durante un momento. Entrelazó los dedos, posó las manos sobre el estómago y luego comenzó a hablar en un tono tan resonante como grave.

—Os damos la bienvenida, Jedi, y os agradecemos lo que vais a hacer por nosotros. Y no hablo sólo por mí, sino por la Madre Jungla sobre la que nos deslizamos y por el pueblo de Ithor. Nosotros somos uno y queremos comulgar con vosotros.

Volvió a contemplar a los Jedi reunidos. Cuando su mirada se posó sobre Jacen, el joven Jedi sintió que enrojecía. No tenía razones para sentirse avergonzado, y se dio cuenta de que lo que le incomodaba era la sensación de calma absoluta que procedía del ithoriano. Las dudas que Jacen albergaba sobre su futuro chocaron con la confianza que Tawron tenía en su vida y en sus decisiones. *Se siente consigo mismo como a mí me gustaría sentirme.*

Relal Tawron abrió las manos y extendió los brazos.

—Ya habéis oído que nadie puede posar un pie en Ithor. Esta frase es formalmente correcta en su traducción al Básico, pero no es del todo cierta. Entre nosotros hay peregrinos que descienden al planeta para ocuparse de los bosques, para visitar los lugares sagrados que datan de antes de que la tecnología nos permitiera construir ciudades flotantes, y para evaluar los daños causados por las tormentas o los incendios. Antes de realizar esos viajes, tienen que prepararse espiritualmente.

"Vosotros viajareis a la superficie, en caso necesario. Por lo tanto, es nuestro deseo prepararon para que aceptéis al planeta como vuestra madre, y el planeta os acogerá como a sus hijos —el sumo sacerdote parpadeó lentamente—. Y con este propósito, tendréis que ser lo que no sois. Nadie puede ir a la superficie. Sólo podrán ir aquellos que no sean ellos mismos.

Jacen frunció el ceño un instante, pero vio a Corran asintiendo para sí mismo, así que supuso que el misterio no era tan impenetrable. Recordó los inicios de su entrenamiento, en los que tuvo que abrirse a la Fuerza y liberarse de sí mismo para llenarse de ella. *Para llegar a ser uno con la Fuerza, tuve que llegar a ser más de lo que era antes, y eso implicó rechazar la imagen de lo que yo creía ser.*

—Al viajar a la Madre Jungla, todos los peregrinos desean acercarse más a ella. Para facilitar el cambio y el crecimiento, el peregrino se concientia de los aspectos limitadores de su ser que le impiden llegar a ser uno con el planeta. Y lo mismo pasará con vosotros. Tenéis que pensar en esa parte de vosotros que os limita, y ésa es la parte que tenéis que cambiar. Y compartiréis todo eso.

—¿En voz alta? —Wurth Skidder, junto a Kyp Durrón, negó con la cabeza—. Eso es una pérdida de tiempo. Deberíamos estar preparándonos para luchar contra los vong.

Luke frunció el ceño.

—Esto es más importante que eso, Wurth.

El sumo sacerdote ithoriano juntó las manos.

Si piensas que estás perdiendo el tiempo, será mejor que te marches. —¿Qué? —Wurth se cruzó de brazos—. Hemos venido para salvar su planeta.

—Primero tendrás que salvarte a ti mismo, Jedi —el ithoriano hablaba lentamente—. Mientras no desees tu salvación, la Madre Jungla no podrá hacer nada por ti.

—No entien...

Kyp puso una mano sobre el brazo de Wurth.

—La confusión es nuestra. Lo entendemos, Relal Tawron, y respetaremos vuestras costumbres.

El ithoriano asintió y volvió a extender las manos.

—La declaración pública sirve para que todo el mundo ayude al peregrino a realizar la transición hacia la unidad con la jungla. Al compartir la carga, nosotros, una comunidad tan diversa como las plantas y las criaturas que componen a la Madre Jungla, funcionamos en conjunto en un complejo ecosistema. Y sólo en esa unidad podremos triunfar.

Luke Skywalker se volvió hacia el ithoriano.

—Si se me permite, me gustaría ser el primero.

—Será un honor, Maestro Skywalker.

—Renuncio a la responsabilidad —Luke entrecerró los ojos, y Jacen pudo sentir el asombro emanando de otros Jedi—. Durante mucho tiempo llevé la insoportable carga de ser el único heredero de la tradición Jedi. Os he enga-

ñado. Todos vosotros también sois herederos. Sé que aceptaréis cada uno una parte de la responsabilidad que ha recaído sobre mí. Confío en vosotros.

Jacen sintió un escalofrío. Jamás dudó de que su tío se fiaba de él, pero su relación iba más allá de la de un discípulo con su Maestro. Los lazos familiares multiplicaban la confianza. Por primera vez supo lo que habría significado ser Ganner, Corran o Daeshara'cor. La renuncia de Luke era un regalo para todos, que los unía entre sí y los vinculaba a la Jungla.

Otros Jedi comenzaron a realizar sus declaraciones. No lo hicieron en un orden concreto, cada uno alzó su voz cuando sintió que estaba preparado. Jacen les escuchó, prestando más atención a la sensación de paz que se despertaba en ellos que a las palabras en sí mismas. Buscó desesperadamente esa parte de sí mismo que le impedía gozar de esa paz, para poder sentirse como ellos.

Anakin le sorprendió dando un paso adelante bastante pronto. Su hermano pequeño se puso recto y habló con voz firme.

—Yo renuncio a la seguridad en mí mismo. Estoy tan obsesionado por tener razón, por hacer lo correcto, que no busco otras respuestas que quizá podrían ser mejores. Juzgarse a uno mismo con justicia es una meta. Yo sólo estoy en el camino.

Al final del todo, Daeshara'cor se pasó un lekku por los hombros.

—Yo renuncio al odio. Las descripciones de los yuuzhan vong tomando esclavos me hizo odiarles tanto como a aquellos que esclavizaron a mi madre. Ese odio me llevó a hacer estupideces. Se acabó. Detendré a los yuuzhan vong porque hay que hacerlo, pero no les odiaré.

—Yo me deshago del miedo —Corran se pasó la mano por la boca—. Llevo toda la vida teniendo miedo al fracaso: ante mi padre, ante mi mujer, ante mis hijos, ante mis amigos, ante todos vosotros. Pero se acabó. El fracaso ya no está en el menú, así que no tiene sentido tenerle miedo, o temer cualquier otra cosa.

Ganner asintió una vez, con firmeza.

—Yo reniego del orgullo. Me ha cegado ante tantas cosas, y una de ellas es lo letales que pueden llegar a ser los yuuzhan vong. La Jungla no puede tener un defensor ciego.

Octa Ramis dio un paso junto a Daeshara'cor.

—El pesar por un amigo que los vong me arrebataron me ha cegado. Yo dejaré que descanse en paz.

Miedo. Orgullo. Odio. Incluso su hermano asumiendo que no sabía tanto como creía. Todas aquellas cosas le parecían a Jacen dignas de elogio. *Pero ninguna es para mí, o, al menos, no de momento.* Suspiró, sintiendo miles de preguntas bullendo en su mente. *¿Cuál es la mía?*

De repente, Jacen se quedó boquiabierto, y se le puso la carne de gallina. Tal fue la sorpresa que sintió al encontrar la respuesta que casi se echó a reír, pero no lo hizo por no romper la solemnidad de la ceremonia. Era una respuesta tan sencilla que se sintió abrumado, y la paz que sintió al descubrirla le hizo sentirse hasta mareado.

Dio un paso adelante, al lado de Ganner y Anakin.

—Renuncio a la necesidad de saber ahora lo que seré después. Al mirar hacia mi futuro, he ignorado el presente y mi función en él. Pero la situación actual es demasiado grave como para seguir haciendo eso.

Su tío le dedicó una inclinación de cabeza, y Jacen sintió una calidez expandiéndose desde su corazón por todo su cuerpo. No había abandonado la búsqueda de su lugar entre los Jedi, simplemente la había privado de su carácter de urgencia. Y redirigió esa energía a su esfuerzo por defender Ithor. La sensación de bienestar le indicaba, a todas luces, que había tomado la decisión correcta. *Ahora sólo espero vivir lo suficiente como para poder seguir mi camino, sea en círculo o en línea recta, hacia una meta.*

Los Jedi terminaron de realizar sus declaraciones. Wurth renunció a la debilidad con una vehemencia que pretendía ocultar sus inseguridades. Kyp rechazó el orgullo utilizando palabras que querían sugerir que la gloria de uno es la gloria de todos. Era obvio que quería unir a los Jedi como había hecho Luke, pero a Jacen le pareció un esfuerzo inútil desde su nueva perspectiva.

Tuvo la impresión de que el sumo sacerdote veía más allá de lo que Wurth, Kyp y algunos más dijeron, pero no hizo nada que lo indicara.

—Vosotros, Jedi, por vuestro vínculo con la Fuerza, entendéis que toda la vida está interconectada. Sabéis que todo está relacionado. Aquí, hoy, os habéis unido a la Madre Jungla y al pueblo de Ithor. Nuestros destinos están unidos. Os agradecemos vuestra fuerza y vuestra sinceridad. Os ofrecemos nuestro apoyo y nuestro amor. Las fibras tejidas son más fuertes que separadas: seamos, pues, fuertes en la unidad frente a esta amenaza.

El ithoriano bajó las manos y dio la mano al Maestro Jedi. Luke se quedó al fondo de la sala mientras Relal Tawron se abría paso hacia la salida. El ithoriano se detuvo sólo una vez, para posar las manos sobre los hombros de Daeshara'cor y susurrarle algo al oído. Después abandonó la estancia.

Luke esperó a que la puerta se cerrara tras el sumo sacerdote, y permaneció allí, envuelto en su túnica.

—Como ya sabéis, vuestra función exacta en el combate todavía no ha sido decidida. En el sistema informático encontraréis los planes desarrollados para nosotros. Podéis ignorar sin problemas todos los que no hayan sido diseñados por los almirantes Pellaeon y Kre'fey, o por mí. Yo me dispongo a asignar las tareas.

Kyp frunció el ceño.

—¿Nos cedes la responsabilidad, pero no podemos decidir cómo seremos utilizados?

El Maestro Jedi sonrió afable.

—A vosotros os cedo la responsabilidad de vuestras propias acciones. A

los militares les cedo la responsabilidad de lo que hagamos. Todos tenemos una opinión sobre cómo conseguir nuestras metas. Ellos decidirán cuáles son, y nosotros veremos cuál es la mejor manera de que los Jedi lleguen a ellas.

Contempló la sala.

—Eso es todo por ahora. Que la Fuerza os acompañe.

Los Jedi se dispersaron en pequeños grupos y comenzaron a salir lentamente por la puerta. Luke se dirigió sin dudarle hacia Jacen y Anakin, y abrió los brazos. Colocó las manos sobre los hombros de sus sobrinos.

—Estoy muy orgulloso de vosotros. Las cosas que dijisteis, bueno, como ha dicho el sumo sacerdote, la jungla no es lugar para niños. Y lo que habéis dicho indica que ya no lo sois.

Jacen puso su mano derecha en el brazo mecánico de Luke.

—Gracias, Maestro.

—Sí, tío Luke, gracias —Anakin sonrió abiertamente, pero recobró una expresión solemne—. Estoy dispuesto a hacer lo que necesites que haga, sea lo que sea.

Ganner soltó una risilla.

—Dada tu experiencia con los yuuzhan vong quizá deberías estar al mando de nuestro contingente.

Luke arqueó una ceja.

—No creo que esa responsabilidad pueda recaer sobre él de momento.

Daeshara'cor se abrió paso entre los Jedi y se detuvo a un par de metros del grupo.

—Maestro, si me permite un momento.

Luke la miró.

—Por favor, acércate.

—Sí, Maestro —la mujer se acercó y se miró las manos. Los lekku le temblaban ligeramente, delatando su nerviosismo—. Sólo quería dar las gracias por confiar en mí, por invitarme y por permitirme participar en la ceremonia. He estado pensando mucho, analizándome. Hasta que me pidieron que lo expresara en voz alta, aquí, no había entendido exactamente por qué había hecho lo que hice, o qué me había provocado eso. Dejé que el odio me convirtiera en una esclava, como mi madre. No me arrepiento de oponerme a la esclavitud o a los yuuzhan vong, pero no puedo hacerlo por razones equivocadas. Ganar o preservar la libertad es bueno. Buscar una compensación, no.

El Maestro Jedi asintió.

—Ésa es una lección que todos tenemos que tener en mente. Me alegro de que hayas vuelto con nosotros, Daeshara'cor. La lucha a la que nos enfrentamos exigirá que lo demos todo, y creo que estamos más que preparados.

Corran, que acababa de unirse al grupo, suspiró profundamente.

—Sólo espero que ese "todo" sea suficiente. No puedo quitarme de la cabeza que la batalla de Ithor será la última para muchos de nosotros. Si no los detenemos aquí, lo mejor que nos podrá pasar será ser uno con la Jungla.

CAPITULO 26

Liberado del Abrazo del Dolor, Shedao Shai alargó el brazo y cogió con la mano izquierda uno de los esbeltos miembros del dispositivo. Se colgó todo lo que pudo y giró rápidamente el cuerpo hacia la derecha. Su hombro izquierdo crujió estruendosamente, y el sonido rebotó en las paredes de su camarote en el *Legado del Suplicio*. Cuando el brazo volvió a colocarse en su articulación, una explosión de dolor le hizo estremecerse, y le temblaron las rodillas. Podría haberse echado al suelo, pero rendirse al dolor lo habría rebajado.

Y jamás permitiría que mi subordinado me viera cediendo a la debilidad. Volvió la cabeza lentamente hacia donde estaba Deign Lian, con los ojos fijos en el suelo.

—Espero que tengas un buen motivo para molestarme.

—Sí, comandante, muchos motivos.

—Dime entonces cuál es el mejor de ellos.

La amenaza implícita de la orden hizo estremecerse a Lian, y Shedao Shai se regocijó para sus adentros. Su subordinado no alzó la mirada y no pudo evitar que la voz le temblara.

—Oh, líder, creemos haber determinado por qué *los jeedai* se escondieron en Garqi.

—¿Ah, sí? —el líder yuuzhan vong mantuvo un tono de voz bajo e inquisitivo—. ¿Después de todo este tiempo? ¿Qué os hace pensar que habéis acertado?

—Como recordará, comandante, tuvimos muchos problemas con la investigación llevada a cabo en esa zona. Casi todas las sondas fallaron. Supusimos que una de las generaciones de sondas sufría un fallo no detectado durante su cultivo. Utilizamos otra generación y obtuvimos resultados similares.

Shedao Shai asintió.

—Ya me has aburrido antes con estas excusas.

Lian se estremeció ligeramente.

—Las criaturas que estábamos utilizando eran de la misma raza que los cangrejos vonduun. Empleamos otro dispositivo al realizar las investigaciones forenses de las sondas que fallaron. Dichas sondas tenían los sistemas respiratorios inflamados, y con las nuevas criaturas de escaneado descubrimos granos de polen. Las sondas murieron por una reacción alérgica al polen. La armadura de cangrejos vonduun tuvo una reacción todavía más inmediata y violenta a ese polen.

El líder yuuzhan vong alzó la mano izquierda, ignorando la tensión del hombro. La idea de que sus armaduras pudieran ser presa de un elemento bastante común en la naturaleza le parecía increíble. Esa revelación tenía graves implicaciones. La primera, a un nivel estrictamente militar, era que ahora el enemigo tenía un arma que podía emplear y que suponía una grave amenaza para los guerreros yuuzhan vong. No tenía duda de que el enemigo la utilizaría, él no dudaría en hacerlo si estuviera tan acorralado. De repente, cualquier situación de combate era un desastre potencial.

El segundo y más grave problema era la oposición biológica y botánica a su invasión. Desde que se ordenó la invasión, una de las fuerzas de motivación era que el enemigo estaba a favor de las máquinas. Creaban máquinas que eran burdas imitaciones de la vida. Su confianza en las máquinas denotaba que eran defectuosos, débiles, despreciables y que, desde luego, merecían la muerte. Eran infieles, blasfemos y herejes, y nada podía justificar sus vidas.

Pero ahora es un ser viviente lo que se enfrenta a nosotros. Negó con la cabeza ligeramente, dándose cuenta del peligroso campo de batalla al que le llevaba este nuevo giro. Al igual que un grupo político dio un temprano golpe para obtener el control de la invasión, ahora la cúpula religiosa podía aprovecharse de este nuevo enemigo para reforzar su influencia. Shedao Shai tenía confianza absoluta en la validez de la cruzada, a pesar del descubrimiento, pero era mejor dejar la guerra a los profesionales.

Entrecerró los ojos.

— ¿Quién conoce la información que me acabas de revelar?

— Tan sólo yo y aquellos que la descubrieron —un atisbo de sonrisa asomó a los labios de Lian—. Ya han sido aislados. No se sabrá ni una palabra de esto.

— Muy bien —dedicó una sincera inclinación de cabeza a su subordinado—. ¿Has aislado la planta que produce ese polen?

— Son los árboles bafforr, naturales del planeta que llaman Ithor. El planeta se halla en nuestra actual zona de invasión, y es accesible desde Garqi —Lian alzó la barbilla—. Me he tomado la libertad de trazar un plan para la aniquilación del planeta.

— ¿Algo como la destrucción de Sernpidal?

Lian negó con la cabeza.

— No, comandante. Mis investigadores me han garantizado que pueden preparar un arma de asalto que podremos difundir por todo el planeta. Ithor es rico en materia orgánica. Destruirlo será fácil.

Shedao Shai se pasó un espolón por la barbilla y lo bajó por la garganta, escuchando el ruido que hacía al raspar su curtida piel.

Nos quedaremos fuera del planeta y enviaremos al agente infeccioso. —Es lo más eficaz, líder.

—Así es, pero es un desperdicio —Shedao Shai negó con la cabeza—. No lo haremos así.

¿Por qué no? —la impaciencia se reflejó en el rostro de Lian. Señaló con la mano hacia el planeta que tenían debajo—. Ni siquiera la toma de Garqi se llevó a cabo sin sufrir daños, y eso sin contar las muertes del jardín. Seguro que los infieles ya están fortificando Ithor. No permitirán que se lo arrebatemos. El combate será muy duro.

El comandante yuuzhan vong se abalanzó hacia su ayudante y le dio con el canto de la mano en la garganta. Lian alzó las manos, pero no lo bastante rápido. El golpe dio en el blanco, no muy fuerte, lo justo como para hacerle retroceder un paso y arrancarle un jadeo.

Lian cayó de rodillas y tocó el suelo con la frente.

—Perdóname, oh, líder, por enfadarte —su grave ladrido no dio ninguna pena a Shedao Shai, pero el miedo que desprendía sí que le produjo satisfacción.

—¿Crees que nos vencerán en la toma de Ithor?

—No, señor.

—¿Crees que a nuestros guerreros les amedrentará la posibilidad de morir allí?

—No, señor.

—Bien —Shedao Shai dio la espalda a Lian y clavó los talones en el suelo mientras paseaba—. Lo que sugieres sería lo más eficaz, pero nos reportaría más pérdidas que beneficios. Tenemos que demostrarles que les aplastaremos por muchos preparativos que hagan. Hasta el momento no hemos lanzado una operación militar sólida contra ninguno de sus planetas. Sí, tomamos Garqi, pero la oposición fue mínima. La posterior infiltración y extracción de agentes ensucia esa victoria. Y, como tú has indicado, tienen que estar fortificando Ithor. Cuando tomemos ese planeta, enviaremos un mensaje al resto de la Nueva República con los supervivientes. Ese mensaje será que somos implacables e invencibles. Ése es el mensaje que necesitan oír nuestros enemigos.

—Con todos los respetos, comandante, creo que ha pasado demasiado tiempo con Elegos.

—¿Ah, sí? —Shedao Shai se dio la vuelta lentamente, y uno de sus espolones chirrió al arrastrarse por el suelo—. De él he aprendido mucho de nuestros enemigos. Y ahora él será el portador de mi mensaje para ellos. Su preparación para esa función ya ha sido completada, y ahora ya sabemos adonde debemos

enviar el mensaje: a Ithor. Él volverá allí con los suyos y no me fallará.

—Todo eso está muy bien, comandante, pero su preocupación por cómo piensan es...

—¿Es qué? —Shedao Shai se acercó hasta Lian y apoyó el pie derecho en la cabeza de su subordinado—. ¿Está acercándome demasiado a la herejía? ¿Acaso he hecho algo que indique que estoy abandonando nuestro camino? ¿He tocado máquina? ¿Acaso he dicho que dude de nuestros propósitos? ¿He cuestionado los dictados de los dioses o los Sacerdotes?

—No, líder, pero...

—Pero nada, Lian. Hay muchas cosas que Elegos podría enseñarte, incluso en los pocos días que le quedan con nosotros —el comandante yuuzhan vong aumentó la presión, aplastando la frente de Lian contra el suelo—. Me ofreces un plan que será eficaz desde el punto de vista táctico, pero no desde la perspectiva estratégica. Además, tu plan podría ser considerado blasfemo porque destruirá una reserva natural de vida. Ithor podría ser un regalo de los dioses, que nos piden que se lo arrebate al enemigo, y tú prefieres destruirlo antes que cumplir la voluntad de los dioses y liberarlo.

Shedao Shai echó el pie hacia atrás, girando el tobillo y clavando el espolón del talón en el cráneo de Lian. Flexionando la rodilla y levantando el muslo, alzó la cabeza de su subordinado. Cuando pudo ver los ojos de Lian, extrajo el espolón y se quedó ahí, de pie. Contempló en silencio el hilillo de sangre que comenzó a deslizarse lentamente por el suelo.

—Tienes suerte, Lian, porque yo no permitiré que te deshonres a ti mismo. Cumplirás los designios de los dioses —Shedao Shai cruzó los brazos—. Planearás para mí un asalto a Ithor que dará comienzo dentro de un mes. También lanzarás un desafío de fuerzas al planeta llamado Agarrar. Caerá, y, si no lo hace, lo tomaremos después de Ithor. Tú planearás estos ataques, utilizando todos los efectivos que me han sido asignados.

—Comandante, es un honor para mí, ¿pero no debería ser usted quien los planeara?

—Yo revisaré y modificaré tus planes. Eres lo bastante competente como para desarrollar el trabajo de campo básico. Y, mientras lo haces, yo continuaré una misión que sólo yo puedo realizar —asintió lentamente—. Elegos nos proporcionará la primera vía de ataque a la Nueva República. Dentro de una semana estará haciendo nuestro trabajo. Después tendré tiempo para supervisar lo que hayas preparado, corregirlo y hacer que funcione.

—Sí, oh, líder —Lian asintió lentamente—. Se hará como ordene.

—Una última cosa.

—¿Sí, comandante?

—No quiero que absolutamente nadie sepa ni una palabra sobre el polen. Si tus investigadores encuentran la forma de modificar la armadura para que sea inmune, bien. En caso contrario, lucharemos sin armadura viviente —Shedao Shai sonrió—. Somos los yuuzhan vong. Nuestra causa es justa y correcta. Los dioses serán nuestra armadura en el combate, y lanzarnos a él con una armadura inerte será la prueba de nuestra fe en ellos.

Deign Lian se retiró a su camarote del *Legado del Suplicio* y selló la puerta tras él. La pequeña estancia ovoide apenas tenía espacio para poder andar por ella sin dar con la cabeza en el techo. Mantuvo la cabeza agachada, no quería llenar de sangre el techo, y se puso de rodillas frente al pequeño espacio de almacenamiento que tenía bajo la cama. Sacó un sclipune.

Depositó suavemente a la criatura en la cama, de forma que la línea en la que se unían las dos mitades de su concha quedó justo frente a él.

Acariciando el tejido sensorial de la grieta, Lian movió los dedos en una combinación de posiciones a las cuales la criatura estaba entrenada para responder. La mitad superior de la redonda concha se elevó, dejando ver un villip oculto en su interior, como una perla. El yuuzhan vong acarició una vez el villip para despertarlo, y sintió su estructura pulmonar acelerándose cuando comenzó a adquirir los rasgos de su verdadero señor.

Lian agachó la cabeza inmediatamente.

—Mi señor, perdone mi intrusión, pero tengo algo que comunicarle.

—Procede —el villip articuló la orden en tono regular, pero seguía teniendo un toque de la voz de su amo.

—Pasó lo que usted dijo que pasaría. Ofrecí a Shedao Shai el plan para destruir Ithor, pero lo rechazó. En lugar de eso, quiere que lo asaltemos de forma más convencional. Y puede que no tan convencional.

Las cejas del villip se curvaron de extrañeza, imitando el rostro de su amo.

—Explícate.

Lian no utilizó gestos ni inflexiones de voz. Sabía que al elaborar su respuesta se metía en un juego peligroso, pero Shedao Shai le forzaba a participar en él. También estaba seguro de que su señor sabía que jugaba a eso, pero quizá no estuviera al tanto de su capacidad de manipulación política.

—Sigue obsesionado con el infiel. Está tan preocupado que no tiene tiempo para planear el asalto a Ithor. Está convencido de que la eliminación de la amenaza que supone Ithor será, a largo plazo, peor para el asalto, por la impresión que causaríamos en el enemigo.

—¿Y qué importa lo que piensen los infieles? —el villip consiguió transmitir la indignación de su amo—. Planearás este asalto para él y lo harás bien.

Calcularás el potencial bélico necesario para poder tomar el planeta y añadirás unas cuantas naves más. Shedao Shai recortará tus cálculos. Quedará como un idiota.

—Como desees, mi señor, así se hará —Deign Lian asintió enfáticamente, y luego realizó una jugada rápida—. No pasará mucho tiempo antes de que todos los elogios se hagan en su nombre, mi señor. Pronto, en boca de todos estará el nombre de...

—¡Calla, imbécil!

Lian inclinó profundamente la cabeza.

—Solicito disculpas, mi señor.

—No me hagas dudar de ti. Estás en posición de hacer que todo salga bien. No me gustaría nada tener que buscar otro agente para sustituirte, pero eso no es imposible.

—Sí, mi señor —Lian dejó que un toque de pavor asomara a sus palabras. Mientras el Maestro Bélico pensara de él tan mal como Shedao Shai, Deign Lian estaría en posición de engañar a ambos para enfrentarlos entre sí. Shedao Shai tendría que perder esa ronda para que Deign Lian fuera nombrado su sustituto, pero entonces su protector político tendría que caer. *Sólo entonces alcanzaré la posición para la que me criaron.*

—Continúa con tu trabajo. Informa cuando sea necesario y manténme al tanto del desarrollo de la batalla en Ithor. Estás haciendo un buen trabajo, la voluntad de los dioses —la cara del villip asumió una expresión serena—. Cuando la conquista esté terminada, serás recompensado abundantemente.

—Gracias, mi señor. Siempre seré su leal y obediente servidor.

Lian alzó la mano y cerró el sclipune. Se habría reído, pero una gota de sangre cayó en la concha de la criatura. Lian se tocó con la mano y vio que tenía el pelo manchado de sangre. La herida circular estaba arrugada e hinchada. Se la tocó un momento con los dedos y se encogió de hombros, contento de que al menos ésta no le causaría otra cicatriz.

Escondió el sclipune de nuevo y se chupó la sangre de los dedos. Todas las humillaciones que sufría a manos de Shedao Shai serían recompensadas con una gran sorpresa para su superior. *La única pena es que no verá mi mano en su caída.* Por un momento se disgustó por esta razón, pero luego dejó a un lado el disgusto.

Puedo pasar sin esa satisfacción. Es un sacrificio que ofrezco a los dioses. Sonrió de oreja a oreja, sabiendo que los dioses encontrarían satisfactorio semejante sacrificio. Según las órdenes de Shedao Shai, faltaba un mes para la batalla de Ithor. Otro mes de aguantar humillaciones.

Un mes, y ocuparé el cargo que hace mucho tiempo debería haber sido mío.

CAPITULO 27

Luke encontró a Mara de pie ante el gran ventanal de la suite que le habían asignado en el *Bahía de Tafanda*. Percibió algo de sorpresa en ella cuando entró en la habitación, pero pasó en cuanto le reconoció. Mara se rodeaba con sus propios brazos y contemplaba la jungla a sus pies. Los aflojó un poco; pero Luke entrelazó sus dedos con los de ella y la abrazó desde atrás.

Le dio un beso en el cuello.

—¿Qué tal lo llevas?

Mara asintió con seguridad.

—Bien, muy bien. El sumo sacerdote Tawron pasó por aquí y tuvo la amabilidad de realizar el mismo ritual conmigo que hizo con los Jedi y con el resto. Me sentó mal no haber estado con los Jedi, pero...

—No pasa nada, Mara. Nos hubiera encantado que estuvieras allí, pero preferimos que descanses para que puedas darlo todo.

Ella ladeó la cabeza hacia la derecha, apoyando suavemente su sien en la de su marido.

—Lo sé, gracias por decírmelo, Luke, pero es que hay momentos en los que me siento como si no estuviera enferma. Ithor es tan pacífico a veces que me pone histérica. No es que me guste la lucha, pero es para lo que me entrenaron. Y es en lo único en lo que destaco.

—Y eres una de las mejores.

—¿Una?

Luke se rió suavemente.

—Déjame que lo arregle. Eres la mejor en la lucha.

Ella giró la cabeza y le besó en la mejilla.

—Gracias. ¿Te importa si descanso aquí un rato, entre tus brazos? —Claro, tenemos tiempo.

—¿Un día o dos?

—Claro que sí, pero quedarnos de pie aquí dos días igual es demasiado, ¿no crees? —Luke sonrió—. Podríamos desmayarnos de hambre. —Ah, pues sí, esposo mío. Quizá sería mejor tumbarnos.

—Me encanta tu forma de pensar, Mara —el Maestro Jedi la abrazó un poco más fuerte. Al otro lado del ventanal, una bandada de manollium de tres patas echó a volar en una brillante nube de color, girando y sumergiéndose en el arco iris para volver a posarse—. Vaya. Con tanta planificación y todo lo demás

apenas he tenido tiempo de pararme a ver qué es lo que vamos a proteger.

—Yo llevo horas contemplando esto y siempre hay algo nuevo que ver — Mara se dio la vuelta dentro de los brazos de él y le abrazó el cuello—. Relal Tawron ha sido muy bueno conmigo. Me contó que, aunque la Madre Jungla es un lugar pacífico, no carece de violencia y hostilidad. Me dijo que los depredadores y las presas son parte del ciclo natural. Un depredador mata a una presa y se la come, y entonces los bichos y los microbios se comen los restos, alimentando a las plantas, que a su vez son comida y refugio para la presa.

—¿Y te comparó a ti con un depredador?

Mara se encogió de hombros.

—Lo cierto es que me comparó más con una tormenta de truenos incendiando el bosque en la época de sequía.

—Vaya, vaya, no pensaba que estuviera tan bien informado.

—Oh, no, sarcasmo Jedi. Me han herido.

Ambos se rieron a carcajadas, y Luke volvió a besarla en los labios y en la punta de la nariz.

—¿Te dio un poco de perspectiva con la que considerar tu función en la inminente batalla?

—Sí, además de ser una perspectiva que reconcilia mi naturaleza con la de la Madre Jungla. Y ésa es la clave. La Madre Jungla lo abarca todo porque forma parte del ciclo natural. Lo que no es natural de la invasión yuuzhan vong, de la guerra, es que no atiende a razones naturales. Política, avaricia, codicia, envidia... Todas esas cosas provocan guerras, pero son bastante poco reconciliables con la naturaleza. Aparecen cuando las criaturas intentan alejarse de la naturaleza.

Luke sonrió y la abrazó fuertemente.

—Ésa es una de las cosas que más me gustan de ti, Mara. Siempre estás en movimiento, siempre mejorando. Tú sigues creciendo cuando muchos otros se limitarían a quedarse sentados.

—Yo no puedo quedarme sentada, Luke, y menos ahora —Mara se apartó del abrazo—. Hay tantas cosas que quiero hacer. Y con la invasión, con mi enfermedad, no sé si podré hacerlas algún día... —apretó los labios en una fina línea y cogió a Luke de la mano—. Quizá sea por hablar tanto de naturaleza, pero ahora mismo lo cierto es que me encantaría... llevar dentro a nuestro hijo. Quiero decir, te miro, y te quiero tanto, Luke, y la sola idea de que no podamos...

Ella miró hacia otro lado, y su otra mano se cerró con fuerza.

—Mara... —dijo él suavemente, mientras se acercaba a ella, entrelazando

las manos sobre el vientre de la mujer. Le secó una lágrima con el pulgar y le besó la mejilla húmeda—. Amor mío, saldremos de ésta. Nada me gustaría más que crear una nueva vida contigo. Un hijo, dos, cuatro...

Ella le puso un dedo en los labios.

—Sé que tienes mucho que hacer ahora, pero necesito que te quedes conmigo, aunque sólo sea un ratito, ¿vale?

Todo el tiempo que necesites, Mara, todo el que desees.

Ella sonrió.

—Ambos sabemos que ese tiempo no existe en el universo. Ahora me tomaré el que pueda. Nos completamos el uno al otro, completamos nuestra conexión con la naturaleza. Y, desde ahí, confiamos en la Fuerza para guiarnos y hacer lo correcto.

—oOOOo—

Corran entregó el último contenedor de plastiduro al hombre calvo y corpulento que ayudaba a cargar el *Haz de Púlsar*.

—Parece que eso es todo.

El hombre asintió.

—Aseguraré la escotilla y me ocuparé de los pasajeros. Gracias por la ayuda.

—De nada —Corran se dio la vuelta mientras la escotilla se cerraba, y se acercó hacia donde Mirax comprobaba al último de los pasajeros en la lista de su datapad. El hangar de carga de las ciudades-nave ithorianas rebosaba actividad por todas partes. Incontables naves, grandes y pequeñas, cargaban refugiados y equipo lo más rápido que podían. Cuando despejaban un hangar, éste se volvía a llenar de otras naves que ocupaban el lugar de las que salían. En toda la ciudad, y en todas las demás ciudades-nave, se llevaban a cabo evacuaciones similares.

El Jedi susurró a su mujer.

—¿Están todos?

—Sí —ella cerró con un chasquido el pequeño dispositivo y se lo metió en un bolsillo lateral de sus pantalones—. El depósito está lleno, y nosotros listos para partir.

Corran le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—Sabes que no quiero que te vayas.

Sí, pero también sé que no me quieres aquí —Mirax sonrió y señaló con el pulgar al carguero que tenía detrás—. Voy a llevar este equipo a Borleias. El

clima no es muy bueno para las plantas ithorianas, pero ellos creen poder cambiar eso.

—Seguro que pueden —pasó un brazo por los hombros a su mujer—. ¿Seguro que estarás bien con el tal Chalco como tripulante?

Por lo que he visto hasta ahora, creo que es digno de confianza. Nosotros descargaremos, y le dejaré de vuelta en Coruscant —apoyó la cabeza en el hombro de Corran—. Y luego volveré aquí.

—Mirax, no.

Ella se giró para ponerse frente a él, apoyando las manos en su pecho.

—Escúchame, Corran. La última vez que te fuiste a pelear contra los yuuzhan vong escapaste por los pelos, y la vez anterior estabas más muerto que vivo cuando te trajeron de vuelta.

—Mirax, el hecho de que estés aquí no garantizará mi seguridad. —Puede que no, pero yo sí que mataría a cualquiera que fuera a por ti. Corran le puso las manos en los hombros.

—Lo primero, morir no entra en mis planes.

—Ni en los de casi nadie.

—Así es —él suspiró—. Mirax, no quiero que estés aquí. Va a ser una batalla terrible. Y lo que haces ahora, sacar de aquí a los ithorianos y a sus reservas botánicas, es más importante que nada de lo que yo vaya a conseguir aquí. Tú vas a hacer lo que sabes hacer, y yo igual.

Ella entrecerró sus ojos castaños.

—Las posibilidades de que me maten son bastante escasas.

—Lo sé, y eso me gusta —saludó con la cabeza a Anakin Solo, que subía por la rampa del *Haz*, y apoyó su frente en la de su mujer—. Mi abuelo murió cuando mi padre era joven, y tú también perdiste pronto a tu madre. No quiero que eso les pase a nuestros hijos, pero la única cosa peor que eso sería que nos perdieran a los dos.

—Si ambos morimos, Booster se hará cargo de los niños.

—Ah, qué consuelo.

Ella le levantó la barbilla con la mano.

—Tómatelo como una motivación para permanecer con vida, Corran. Él agachó la cabeza para besarle la mano, y luego alzó la mirada, con una sonrisa brillándole en el rostro.

—Ya tengo motivación suficiente, amor, y mira las cosas que han pasado. La primera vez casi me matan. La segunda escapé de una pieza. Por el carrerón

que llevo, diría que son los vong los que deberían preocuparse.

Mirax sonrió a medias.

—Sabes que esa arrogancia tuya molesta muchísimo a mi padre. —Pero a ti te encanta.

—Bueno, cuando eras piloto tenía su atractivo —se encogió de hombros—. Pero viniendo de un Jedi...

—¿Sí?

—Pues que los yuuzhan vong deberían tomárselo como una auténtica amenaza —Mirax le besó, primero suavemente y luego con más fuerza. Corran deslizó las manos por la espalda de ella y la abrazó fuertemente. En el beso y en el cuerpo de su mujer, él sintió una urgencia y una intensidad que se movían más por amor que por cualquier sentimiento de pérdida o miedo—. Te voy a echar mucho de menos, Corran.

—Y yo a ti, Mirax —él se agarró con fuerza a ella. Por su mente pasaron imágenes de su vida en común: La primera vez que la vio, su rostro cuando se quedaba plácidamente dormida tras los momentos de pasión, las lágrimas y las sonrisas tras el nacimiento de cada uno de sus hijos, e incluso la chispa de dolor oculta tras una máscara impasible cuando veía a sus hijos fracasar en algún intento, sabiendo que no podía enmendar ese fracaso—. Te quiero, Mirax. Siempre te querré.

—Lo sé —ella le besó de nuevo y sonrió—. ¿Sabes qué? Me encantaría poder pasarme las próximas doce horas despidiéndome de ti en condiciones, pero creo que necesitan la plaza.

—Los burócratas no saben lo que es el romance —Corran la besó de nuevo—. Pero sea lo que sea lo que se te ocurrió para la despedida lo haremos al reencontrarnos, y durante una semana.

Es una cita —ella le besó los dedos y se los apretó contra los labios—. Ten cuidado, Corran. Sé que serás valiente.

—oOOOo—

Anakin encontró a Chalco ajustando los cinturones de unos ithorianos a bordo del *Haz*.

—¿No ibas a despedirte de mí?

Chalco dio una palmadita en el hombro a uno de los ithorianos y se volvió para mirar a Anakin.

—Has estado muy ocupado con tus cosas de Jedi. No quería interrumpirte. Mirax necesitaba algo de ayuda, y una cosa llevó a la otra, ¿sabes? —Eso explica lo que haces aquí, pero no el que no te despidieras. El hombre frunció el

ceño.

—Siempre dije que eras un chaval inteligente. Pues así son las cosas, Anakin —Chalco se echó hacia delante, apoyando las manos en los hombros del chico—. Cuando fuimos a por Daeshara'cor quise ser algo parecido a un héroe, y ya viste cómo salió al final. Fui a rescatarte y al final me rescataste tú a mí. Creo que me he dado cuenta de que, bueno, no tengo madera de héroe.

Anakin frunció el ceño.

—Oye, tú me rescataste. Como muy bien dijiste, si no hubieras traído la carabina láser yo no habría podido con Daeshara'cor. Y ya sabes, lo que estás haciendo aquí, ayudar a esta gente, es heroico.

—Sí, claro, pero no es el tipo de heroísmo que vais a necesitar —Chalco le dio una palmadita en la mejilla—. No te equivoques. Me alegro de haberte conocido. De hecho, estoy orgulloso de conocer a un Jedi como tú. Quiero decir, tú y yo somos amigos, ¿no? Me gustaría tener un amigo Jedi. Y lo que es más importante, me gustaría que tú fueras mi amigo.

—Somos amigos, Chalco.

—Vale. Entonces, escucha, amigo mío, la razón por la que me largo de aquí es para que haya una persona menos a la que rescatar, ¿entendido? —sonrió y se enderezó—. Y estaba pensando en llamarte por el intercomunicador y dejarte un mensaje, para no ponernos tristes y todo eso.

—Te creo —Anakin sonrió y miró a la derecha al ver un intercomunicador que comenzaba a pitar en una estantería—. ¿Lo cojo?

Chalco asintió.

—Es de Corran.

Anakin lo cogió y respondió.

—Aquí Anakin Solo.

—Anakin, ¿dónde está Corran? —la voz de Wedge Antilles era fácil de reconocer—. Creí que estaba llamando a su intercomunicador.

—Sí, así es. Está fuera con su mujer. ¿Quieres que vaya a buscarlo? —No, da igual. Dile que espere ahí. Voy camino de ese hangar.

Anakin frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—Ha aparecido un crucero yuuzhan vong en el límite del sistema y ha soltado un transbordador. Sus registros de identificación corresponden a los de la nave que utilizó Elegos A'Kla para ir al encuentro de los yuuzhan vong —Wedge bajó la voz—. Lo único que nos llega es un mensaje grabado que se repite una y otra vez. Es de Elegos, para Corran, le envía los saludos de un

comandante yuuzhan vong.

CAPITULO 28

Jaina Solo contempló el hangar de carga auxiliar del *Quimera* desde la sala de espera de los pilotos. Desde esa privilegiada posición podía contemplar el hangar y el transbordador clase Lambda situado entre los dos Ala-X. Anni Capstan y ella habían sido llamadas a hacer un reconocimiento de la nave, y un transbordador del Remanente la había remolcado luego hasta una zona donde los rayos tractores del *Quimera* se ocuparon de arrastrarla hasta el interior.

En su primer pase de reconocimiento, había identificado al transbordador por lo que era, pero sólo a duras penas. Tenía el tren de aterrizaje extendido y las alas bloqueadas. Dado que los transbordadores nunca volaban de esa forma, parecía fuera de lugar y a la deriva por el espacio.

Y esa impresión se vio reforzada por el hecho de que la nave estaba cubierta por todo tipo de implantes. Jaina realizó acercamientos para establecer contacto visual y comprobar si había algún piloto al mando. Los implantes le recordaron a algo parecido a algas y moluscos abundantemente extendidos por toda la cubierta del transbordador. Una gran concentración de ellos cubría la puerta de la rampa, y Jaina se preguntó cómo haría el equipo de rescate para abrirla.

Cuando llevaron el transbordador al hangar de aterrizaje, los Ala-X recibieron la orden de aterrizar. Y entonces los técnicos con trajes especiales se llevaron a Anni y a ella del hangar. Ambas pasaron por el escáner para ver si portaban formas de vida alienígenas, se comprobó que no tenían nada y se les permitió esperar en la sala de espera o acceder a uno de los comedores para reponer fuerzas. Anni se fue corriendo; Jaina estaba segura de que no tardaría en encontrar una partida de sabacc en alguna parte. Dentro de nada estaría desplumando a los miembros de la tripulación de la moneda que emplearan los del Remanente.

Jaina decidió quedarse para ver lo que pasaba. Recordaba a Elegos de haber viajado con él, con su madre y con Danni antes de unirse al escuadrón. La calma absoluta que poseía le parecía increíble. No era que ignorase al resto del mundo, o que pudiera reprimir sus sentimientos usando la lógica, sino que contemplaba cualquier problema, veía el núcleo del mismo e intentaba solucionarlo en lugar de andarse con rodeos.

Al realizar el vuelo de reconocimiento sobre el transbordador estuvo escuchando una y otra vez la voz de Elegos. Sonaba normal, e incluso algo contento, pero había algo raro. Esperaba ver a Elegos a los mandos o poder percibirlo a bordo de la nave, pero nada. Por supuesto, antes de la aparición del transbordador, ella no sabía nada de la misión de Elegos con los yuuzhan vong, y estaba segura de que lo que perturbaba su percepción de la nave era el enterarse de ella.

—Lo que han hecho es bastante inusual.

Ella se dio la vuelta y Jag Fel entró en la sala de pilotos. Llevaba un uniforme negro de vuelo con rayas blancas en mangas y perneras. No iba tan formal como en la recepción, pero tampoco iba descuidado. Sólo viéndole, ella se hubiera negado a creer que era sobrino de Wedge, excepto por el parecido en la nariz y los ojos.

—Para mí casi todo lo relacionado con los yuuzhan vong es bastante inusual —Jaina cruzó los brazos y volvió a mirar al hangar—. Llevan ya una hora escaneando esa cosa. No creo que puedan saber mucho más sin abrirla.

—No lo hay. Pero no están haciendo eso —Fel se acercó y se puso a su lado, su reflejo era claramente visible en el transpariacero del ventanal—. No tienen ni idea de lo que hay dentro, simplemente se están asegurando de que si es dañino, nadie les eche la culpa por haberlo liberado.

—Hablas como si tuviera algo de malo ser cauto.

Él negó con la cabeza.

—Saben que no pueden estar seguros de lo que hay dentro. Lo único que les queda es reducir esa inseguridad a un nivel estadísticamente insignificante. Lo que están haciendo es perder el tiempo. Estamos en guerra. No hay ausencia de riesgo. Hay veces en las que uno tiene que hacer lo que sea con tal de ganar.

Jaina se giró para mirarle.

—En teoría sólo eres dos años mayor que yo, pero hablas como si tuvieras la edad de mi padre.

Él asintió una vez.

—Perdona. Te estaba juzgando por tus logros y no por tu edad. Ella parpadeó y sintió la ira creciendo en su interior.

—¿Y qué se supone que quieres decir con eso?

Fel entrecerró los ojos.

—Eres una Jedi. Eres una piloto superior de un escuadrón de élite. Y todo el mundo sabe la dedicación y el talento necesarios para llegar a esas dos cosas. He cometido el error de pensar demasiado de ti.

Jaina frunció el ceño.

Creo que tengo tus datos de seguimiento, pero no acabo de captar el objetivo en la pantalla.

Jag Fel suspiró.

En la sociedad Chiss no hay adolescencia. Los niños Chiss maduran pronto y se les otorgan responsabilidades adultas a temprana edad. Y los

humanos que hemos crecido con ellos fuimos criados de la misma forma. Yo era consciente de que las cosas no eran iguales aquí, en la Nueva República, pero...

—¿Crees que soy una niña? ¿Crees que soy blanda o algo así?

Fel dejó de mirarla a los ojos, y ella se dio cuenta de que se estaba poniendo roja. Él alzó una mano para rechazar sus comentarios y negó con la cabeza. Al hacerlo se quitó una década o dos de encima, y, por primera vez, a ella le pareció alguien de su edad.

—No, blanda no, para nada. Eres decidida y valiente, pero tu falta de...

—¿Qué me falta?

Él frunció el ceño y miró el transbordador.

—Te falta inflexibilidad.

Jaina se contuvo para no decirle que ella era muy inflexible, incluso más que él.

—Pues, no, quiero decir, sí, pero ser inflexible a veces puede tener malas consecuencias.

—Pero para eso sí que sirve —señaló con un dedo hacia dos hombres que avanzaban por el hangar. Llevaban trajes aislantes, pero el casco transparente mostraba sus rostros—. Mi, eh... mi tío, cuando me abrazó en la recepción... Nos habíamos conocido apenas una hora antes en privado, y le sorprendió saber quién era yo, pero al poco tiempo... En donde yo vivo hay hombres a los que no he visto sonreír jamás, y ahí estaba él, en medio de una situación difícil, encantado de conocerme. Y no porque yo fuera un aliado, sino porque soy el hijo de su hermana. Y me aceptó a pesar de que le afectó profundamente la partida de su hermana de la Nueva República.

Jaina le apoyó una mano en el hombro.

—Wedge es así. Casi todo el mundo es así. La vida es demasiado difícil como para no disfrutar de sus placeres, y, desde luego, saber algo de su hermana y de cómo le ha ido en la vida ha debido de ser maravilloso para él. Por muy mal que vaya todo, una broma, una sonrisa o una palmadita en el hombro siempre sirven para aliviar la tensión.

Fel alzó la barbilla, y Jaina pudo percibir cómo recuperaba sus defensas.

—Entre los Chiss, la celebración no tiene lugar hasta que termina el trabajo.

—¿Incluso si el trabajo es interminable?

—Si no se ha terminado, la celebración no sirve.

—No, es necesaria —ella le miró. A su perfil marcado, a la determinación en su rostro. Y sintió un escalofrío recorriéndole la espalda. Que era guapo era

algo obvio, y la arrogancia, respaldada por su talento como piloto, tenía su encanto. Admiró cómo plantó cara a los políticos de la Nueva República, a los cuales despreciaba en su mayoría por cómo trataban a su madre. Incluso la formalidad imperial le parecía atractiva de alguna forma.

Me pregunto si eso es lo que vio mi madre en mi padre.

En el momento en que pensó eso, quitó la mano bruscamente del hombro de Fel. *No, no, no. No puedo colarme por un tío que piensa que ser inflexible es lo normal. Éste no es momento ni lugar para planteármelo siquiera.*

Fel la miró de reojo cuando ella apartó la mano, y esbozó media sonrisa.

—Los Chiss, a pesar de la impresión que yo te haya dado, son gente muy reflexiva. Fríos, calculadores, pero no rechazan la fantasía de vez en cuando. A veces se paran a pensar dónde estarían si la vida hubiera sido diferente. A quién habrían conocido, cómo le habrían conocido, qué habría pasado entre ellos.

—¿Y eso a qué viene?

—Pues a que... —dudó un momento y miró hacia el hangar—. No sé lo que hubiera pensado el tío Wedge de mi hermano mayor.

Jaina sonrió y miró al hangar.

—El único problema de dejar volar la imaginación es que la vida nunca sale tan bien como nos gustaría. A veces un encuentro se queda sólo en eso. Otras veces es un prelude.

Fel rió en voz baja.

—Si yo hubiera dicho eso me habrías acusado de hablar como tu padre otra vez.

—Quizá sí, pero es probable que no —ella no le miró directamente, sino a su reflejo en el cristal—. Lo bueno de ser adolescente es poder tomar decisiones maduras cuando es necesario, y poder dejarse llevar sin más cuando no lo es.

—oOOOo—

Corran se encontraba sumamente incómodo con el traje aislante. Estaba sudando, pero no tenía calor; la baja temperatura del traje le hacía temblar. Se le ponía la piel de gallina al ver la forma en que los implantes de la nave cambiaban su aspecto exterior, cómo describían surcos para luego florecer en conglomerados de costras minerales de tonos marrones.

Miró a Wedge.

—No tienes por qué hacer esto, Wedge. Si te pasa algo, Iella y los niños no me lo perdonarían nunca.

—Ya, bueno, ¿estás diciendo que Mirax me perdonaría a mí si te pasara

algo? —Wedge rió—. Tú y yo, como en aquella incursión en Borleias, pero esta vez tú vas primero.

—¿No fue en aquella incursión en la que me ordenaron que nos fuéramos?

—Sí, así fue. ¿Qué pasa, vas a ejercer tu cargo conmigo, coronel?

—Tú escuchaste aquella orden tan bien como yo —Corran negó con la cabeza—. Y no eres tan tonto como algunos Jedi. Vale, me alegro de que estés conmigo.

Los dos hombres se aproximaron al transbordador, hacia la rampa de descenso. Los técnicos habían colocado una escalera rodante que permitiría a uno de ellos subirse y tocar la parte inferior de la cubierta. La rampa entera estaba cubierta por una malformación enorme que a Corran le recordaba una costra gigante, con su color marrón oscuro y teñida de sangre seca. La malformación cambiaba de color en la zona del panel de acceso, donde se tornaba más clara y más áspera.

¿Tú qué dices, Wedge?

Pues creo que tu sable láser debería ser capaz de abrirse paso hasta la carcasa, pero no podemos saber lo que vas a cortar —cruzó los brazos—. Y dado que esto te ha sido enviado con los mejores deseos del comandante yuuzhan vong, no creo que él quiera que destroces su obra.

—En eso tienes razón —Corran subió las escaleras y observó de cerca la costra que recubría el panel de acceso—. Ésta pincha mucho más que las otras. Algunos de los lados parecen haber sido afilados, y tiene espinas que son como agujas.

Alzó una de sus manos enguantadas hacia la costra, y una de las espinas se orientó lentamente en dirección a la mano que se acercaba. En una milésima de segundo, una finísima aguja salió disparada de la espina, pero no llegó a atravesar el guante. Aun así, dio con la suficiente fuerza como para hacer retroceder la mano de Corran unos centímetros. Corran perdió el equilibrio, dio un salto hacia atrás y aterrizó en el hangar. Wedge le ayudó a enderezarse.

—¿Estás bien?

Corran asintió.

Sí, no pasa nada —suspiró—. Si fueras a enviar a alguien una prueba de cariño, ¿querrías asegurarte de que le llega, verdad? ¿La cerrarías y le darías algún tipo de clave o código para abrirla, no?

—Tiene sentido.

—Me lo temía —Corran se sacó el sable láser del cinturón con la mano derecha y lo encendió, la hoja plateada dejó caer reflejos fríos sobre el transbordador. Estiró la mano izquierda hacia Wedge—. Quítame el guante. Lo voy

a tocar con la mano. Si pasa algo raro, me la amputas.

Wedge frunció el ceño.

—¿De verdad te parece eso inteligente?

—Pues claro que no, pero no creo que tenga muchas opciones —el Jedi de ojos verdes sonrió—. Dejé tanta sangre en Bimmie que es muy probable que los vong tengan muestras. Apuesto a que esa cosa está entrenada para abrirse sólo cuando me vuelva a probar.

Su compañero le quitó el guante.

—¿Y no te parecería mejor echar un poco de sangre en un vaso y ofrérsela?

—Pues, sí, claro, pero de una forma muy poco corelliana —Corran se encogió de hombros y volvió a subir por la escalerilla, alzando la mano izquierda hacia el transbordador. Una de las espinas se movió y le clavó una aguja en la palma de la mano. La aguja volvió a su sitio rápidamente, y Corran se quedó mirando el hilillo de sangre que le caía de la pequeña herida—. Lo del veneno también podíamos haberlo pensado, ¿no?

Antes de que Wedge pudiera contestar, la costra comenzó a crujir y a soltar pedazos que cayeron al hangar como si fueran hielo. Líneas de una mucosidad verde y brillante comenzaron a brotar por los bordes, uniendo la cubierta con la rampa de descenso. Las líneas comenzaron a estirarse según bajaba la costra, rompiéndose por el centro, retrayéndose la mitad dentro de la goteante carcasa, mientras la otra mitad formaba en el suelo del hangar un charco cristalino y con textura de babosa.

Corran subió las escaleras y avanzó por la rampa con el sable láser encendido. Wedge le seguía de cerca, empuñando una pistola láser. La nave estaba a oscuras, excepto por un tenue brillo biolumínico. La hoja del sable láser acentuaba las sombras y las convertía en algo grotesco al paso de Corran.

Por todas partes, las paredes del transbordador estaban derribadas y destrozadas. Las costras yuuzhan vong, algunas como raíces, otras como formaciones de coral, decoraban el interior. Se expandían como si fueran hiedra, pero cuando los dos hombres entraron en la nave, las costras comenzaron a palidecer y a deshacerse. La punta de los negros tentáculos se dividió y comenzó a chorrear un fluido negro.

Corran negó con la cabeza.

—No lo entiendo.

—Yo sí. Todas esas cosas nos escaneaban a nosotros mientras nosotros escaneábamos el transbordador. Han estado enviando información todo el tiempo que hemos tardado en abrir la carcasa. Luego han comenzado a morir, y

tan rápido que no nos quedará nada útil que analizar —Wedge cogió un pedazo de raíz de una pared, que se disolvió en su mano—. Hay algo metabolizando rápidamente estas cosas. Es como un montón de abono desintegrándose a toda velocidad.

—Pues si éste es el mensaje que quería enviarme Shedao Shai, no sé cómo tomármelo. Quiero decir, yo no soy el Jedi que se crió en una granja, y no pienso morir tan rápido, gracias —Corran alzó el sable láser para arrojar luz—. Espera. ¿Qué es eso?

En la parte delantera del compartimiento de pasajeros, apoyado contra el muro que lo separaba de la cabina de los pilotos, había un gran objeto de forma semi ovoide, tumbado de lado. Tenía una abertura de lado a lado que corría en paralelo al suelo, y a Corran le recordó mucho a la concha de una criatura marina. El exterior era de color parduzco, con rayas que iban desde la articulación ósea hasta el filo exterior. Otra de las costras con espinas sellaba la abertura.

Los dos se acercaron, atravesando el pasillo entre las filas de asientos, y, en ese momento, un villip colocado sobre la cosa adquirió los rasgos de Elegos. Aunque la bola protoplásmica carecía del resplandor dorado, lo cierto es que tenía cierto tono amarillo, e incluso reproducía las vetas moradas alrededor de los ojos. Se parecía mucho a una holografía estática cuando los láseres no estaban en paralelo; reconocible a duras penas.

El villip comenzó a hablar con la voz de Elegos.

—Podría contaros muchas cosas sobre los yuuzhan vong, pero apenas tengo tiempo. Shedao Shai me ha enseñado mucho. Los yuuzhan vong no son depredadores irracionales, sino una especie compleja cuya filosofía es en gran parte una antítesis de la nuestra. No he descubierto el origen de su tecnofobia, pero creo que hay lugar para la comunicación en otros aspectos. Mi misión con los yuuzhan vong ha sido difícil, pero no infructuosa, y tengo esperanzas de seguir progresando.

La imagen reprodujo una sonrisa.

—En nuestras numerosas conversaciones, Shedao Shai se mostró especialmente intrigado por las historias sobre el gran almirante Thrawn, y su planteamiento de estudiar el arte de sus enemigos para obtener más conocimientos sobre ellos. A ti, Corran Horn, Shedao Shai te profesa un profundo respeto. Sabe que estuviste en Bimmieel. Los dos guerreros muertos allí eran de su familia. Sabe que estuviste en Garqi. Cree que ambos os encontraréis en un futuro, así que te ha preparado el regalo adjunto, para que puedas estudiar su artesanía como él ha estudiado la tuya.

"Cada día que pasa, mi comprensión de los yuuzhan vong crece, así como su comprensión de nosotros —la mirada de Elegos se suavizó—. Espero poder

volver pronto, en época de paz. Por favor, dile a mi hija que la quiero, y a mis amigos. No temas por mí, Corran. Aunque difícil, mi misión aquí es vital para que haya alguna posibilidad de paz.

Al terminar el mensaje, el villip se condensó en una bola y rodó hasta caer al suelo.

Corran miró a Wedge y se estremeció.

—Espero que Shedao Shai no piense que todos los que estamos en este lado de la línea de fuego somos del calibre de Thrawn.

Wedge se encogió de hombros.

—Bueno, quizás eso le haga ser más cauto.

—Y quizás eso haga que se enfrente a nosotros con tal potencial que hasta Thrawn echaría a correr —el Jedi negó con la cabeza—. Quizá podamos convencer a los vong para que acepten unos guardaespaldas noghri.

—No creo que sea probable —Wedge señaló el contenedor—. ¿Lo vas a abrir?

—Eso creo. Si Elegos hubiera pensado que esto era un trampa, habría encontrado la forma de avisarme —Corran pasó la mano izquierda por la costra y cerró el puño con fuerza, dejando que un par de gotas de sangre cayeran sobre el dispositivo yuuzhan vong. La costra crujió al romperse lentamente. La concha comenzó a abrirse. La luz del sable láser envió reflejos dorados desde el interior.

—¡Babas de sith! —Corran sintió como si se le deshicieran las entrañas, y cayó de rodillas—. Oh... oh, no... no.

La caja abierta dejó al descubierto una obra de arte que era claramente el resultado de muchas horas de dedicación. Había un esqueleto completamente articulado sentado con las piernas cruzadas, y cada hueso había sido bañado en oro. El esternón y las suaves terminaciones de los huesos largos estaban forradas de platino. Había titilantes gemas violetas incrustadas en las cuencas vacías de los ojos, y amatistas pulidas en los lados del cráneo, reproduciendo exactamente las vetas del rostro de Elegos.

Los dientes, de un blanco reluciente, sonreían con frialdad en la boca sin labios.

El esqueleto caamasiano estaba allí, con la cabeza inclinada hacia abajo, mirando el villip que tenía alojado en el hueco de las piernas cruzadas. La bola de tejido empezó a cobrar rasgos deformes. La voz que resonó era igual de inquietante y amenazadora. Su dominio del Básico era bueno, pero parecía resultarle difícil la pronunciación.

—Soy Shedao Shai. Tú estuviste en Bimmiel. Mataste a dos de los míos y

dejaste que se los comieran las alimañas. Robaste los huesos de mis ancestros. Esto que te ofrezco es un ejemplo de cómo deben adorarse los huesos de un guerrero yuuzhan vong caído.

La voz se suavizó de modo casi imperceptible.

—Siento que tus acciones me obligaran a matar a Elegos. Quiero que sepas que lo hice yo mismo, con mis propias manos. Mientras le estrangulaba, leí en sus ojos que se sentía traicionado, pero sólo al principio. Antes de morir, acabó por comprender la necesidad de su muerte. Tú también tendrás que entenderlo.

Los ojos del yuuzhan vong se entrecerraron en la superficie del villip.

—Nos encontraremos, cada uno con sus fuerzas, en el planeta que llamáis Ithor. Si tienes algo de honor, y Elegos me aseguró que así era, me devolverás los huesos de mis antepasados. En caso contrario, serás tú quien haga inútil la muerte de tu amigo.

Corran sintió las manos de Wedge en los hombros cuando el villip se hizo una bola. El Jedi apagó el sable láser, dejando la cabina a oscuras y ocultando el esqueleto dispuesto frente a él. Alargó la mano izquierda, buscando calor, buscando algo de la esencia de Elegos, pero sólo sintió frío.

—Wedge... Elegos era tan... Era tan pacífico. Él..., él me salvó a mí y a mi cordura cuando estaba con los piratas. Ayudó a salvar a Mirax —Corran agachó la cabeza—. ¿Y sus asesinos me dicen que su muerte es culpa mía? Elegos no hizo nunca daño a nadie, ¿y le matan para dejar algo claro?

Wedge apretó con fuerza los hombros a Corran.

—Los yuuzhan vong pensaron que éste era el único mensaje que entenderías.

Ya, bueno, este Shedao Shai lo ha dejado bien claro —Corran se puso en pie—. Quiere recuperar esos huesos, pues los tendrá, y en una caja enorme también. Y voy a meter los suyos también en la caja, para que los vong puedan llevarse ese apestoso paquetito adonde quiera que esté su hogar.

CAPITULO 29

La luz de la representación holográfica del sistema ithoriano caía sobre el rostro de los asistentes al encuentro en la sala de reuniones. Luke observó cómo cambiaba y bailaba cuando el almirante Kre'fey variaba la perspectiva. El centro de la imagen giraba alrededor de Ithor en una órbita espiral que se iba separando de las ciudades-nave a medida que los vehículos se alejaban lentamente de lo que una vez fueron sus hogares.

El almirante bothan congeló la imagen ahí.

—El proceso de evacuación va bastante bien. Las ciudades-nave no tienen la estructura necesaria para realizar el salto a la hipervelocidad, ni siquiera instalando los motores adecuados. Las mantendremos protegidas de los yuuzhan vong, y todas las naves que podamos infiltrar seguirán evacuando gente.

El almirante Pellaeon asintió solemnemente.

—Jamás hubiera creído posible la evacuación de toda la población de un planeta.

Corran frunció el ceño.

—Todavía no hemos sacado a todo el mundo, ni de lejos. Y, además, hay mucha vida que se va a quedar atrás en Ithor. Sólo nos estamos llevando las partes con más capacidad de movimiento.

Kre'fey asintió y miró al datapad que empleaba para controlar el holo-proyector.

—Siguiendo un cálculo optimista, en una semana habremos completado la evacuación, contando con que consigan llegar las naves extra que he sollicitado. El precio del billete desde planetas como Agarrar se está disparando, por lo que cualquiera con una nave capaz de llevar carga se dirige hacia allí para recoger pasajeros. Es una carrera contra reloj, y las posibilidades de ganar son cada vez más escasas.

El Maestro Jedi suspiró. La seriedad de las palabras del bothan le había afectado.

—¿Tu primo no puede hacer nada?

Traest Kre'fey se rió a carcajadas.

—Pues no, la verdad es que no. Sus consejeros han vuelto a Coruscant en una de las primeras naves.

Corran arqueó una ceja sorprendido.

—¿Borsk se ha quedado atrás?

— Así es.

El Jedi corelliano alzó ambas manos con las palmas hacia arriba, como si sostuvieran los platillos de una balanza.

— Valiente o estúpido. Valiente o estúpido. No sé cuál de las dos opciones prefiero creerme.

— Mientras no cause problemas, me da igual lo que sea —el bothan suspiró—. Pero lo cierto es que las posibilidades de que no cause problemas son mínimas.

— Y ciertamente insignificantes —Pellaeon juntó las yemas de los dedos—. Nuestros ingenieros han terminado en la estación de tierra. Las defensas están en posición. Conchas defendiendo a una concha, pero debería ser suficiente para engañar a los vong.

Luke asintió.

— Bien. Los Jedi pronto habrán terminado los preparativos en el *Bahía de Tafanda*. Yo preferiría tener más tiempo para asegurarme de que las cosas salen bien y hacer algunas simulaciones, pero cuando haya que irse nos iremos. Lo cierto es que todo depende de los yuuzhan vong.

— Así es, no hay duda —Kre'fey pulsó un botón de su datapad, y la espiral de la zona de visionado continuó describiendo un largo arco hacia las profundidades del sistema solar. Allí, alojada entre un cinturón de asteroides y un gigante gaseoso, estaba la flota yuuzhan vong. Las naves casi parecían un grupo de asteroides que salían lentamente del cinturón para seguir orbitando alrededor del gigante gaseoso, pero su ruta apuntaba inexorablemente hacia Ithor.

La imagen de la flota hizo que Luke sintiera escalofríos.

El almirante bothan se sentó y se alisó la barba blanca con ambas manos.

— Desde que aparecieron en el sistema hemos realizado numerosas simulaciones del probable desarrollo de la batalla. Con las fuerzas con las que cuenta cada bando, el resultado es bastante coherente. Nos enfrentaremos en el espacio, nos causaremos daños los unos a los otros y nos retiraremos cada bando a un lado del planeta. Al paso que avanzan, nos encontraremos en tres días, puede que cuatro. Una gran batalla, y después ambos nos retiramos.

Gilad Pellaeon se echó hacia delante y se mesó el bigote con los dedos pulgar e índice.

— He solicitado refuerzos, y sé que ustedes también. Lo que no me gusta de las simulaciones que he realizado es lo siguiente: los vong podrían asignar un pequeño contingente de sus cazas y enviarlo a por las ciudades-nave cuando nosotros nos retiremos. Tendremos que reaccionar, equilibrando la balanza de

poder aquí. Ithor estará abierto para ellos.

Corran entrecerró sus ojos verdes.

¿Pueden sus refuerzos entrar en el sistema en una posición en la que sirvan de cobertura a las ciudades-nave?

El almirante imperial asintió.

—Eso sería relativamente sencillo de conseguir, y además permitiría que mis refuerzos contribuyeran a la tarea de evacuación.

—Y la evacuación es más importante que matar a cualquier escuadrón de incursión yuuzhan vong —Luke miró a Corran—. ¿Qué pasa? El Jedi corelliano parpadeó y se miró las manos.

—Pues que, según parece, lo que realmente necesitamos no es una separación, sino una tregua.

Pellaeon asintió.

—Eso sería muy útil, pero el destino de su amigo caamasiano hace pensar que es poco probable.

—Puede que no.

Luke miró a Corran, y una oleada de sentimientos enfrentados emergió del Jedi de cabello oscuro.

—¿Qué tienes en mente? Has planeado algo.

—Me has pillado —Corran apretó los labios—. No quiero decepcionarte, Luke. Sé que no es posible, pero... ya oíste lo que me dijo Shedao Shai. Yo envié un mensaje a Agamar. Mañana me llegarán los huesos que recuperó aquel equipo arqueológico. Tengo algo que Shedao Shai quiere.

Luke negó con la cabeza.

—¿No estarás pensando en hacer una estupidez, no? ¿Ibas a traerlos hasta el *Bahía de Tafanda* y utilizarlos como cebo?

—No sabía exactamente lo que hacer. No había llegado todavía a la planificación —Corran se miró las manos abiertas y las apoyó en la mesa—. Yo sólo sabía, tenía la certeza de que debía traer esos huesos aquí. Quizá los hubiera enviado al sol para explicar a Shedao Shai lo que había hecho, y para que se metiera en la atracción de la gravedad solar al intentar rescatarlos y se quemara. No sé.

Kre'fey se rascó la barbilla.

—¿Cambiar los huesos por una tregua? No creo que eso funcione. Corran negó con la cabeza.

—No funcionará.

Luke percibió que la incertidumbre abandonaba el tono de Corran. —¿Qué Qué quieres decir?

Me he equivocado al decir que tengo algo que Shedao Shai quiere. Tengo los huesos y me tengo a mí. Yo maté a dos de los suyos en Bimmiel, y por eso él mató a Elegos. Quiere matarme.

El almirante imperial sonrió lentamente.

—Y usted quiere matarlo a él.

—No me importaría hacerlo —el Jedi corelliano alzó la cabeza—. Lo que propongo es lo siguiente. Yo retaré al líder vong a un duelo. Si él gana, se lleva los huesos. Si gano yo, me quedo con Ithor. Para acordarlo, estableceremos una tregua. ¿Cuánto tiempo hace falta? ¿Una semana? ¿Dos?

—Una semana estaría bien, dos mucho mejor —Kre'fey asintió—. Esto podría ser una solución.

Luke negó con la cabeza.

—No, imposible.

—¿Maestro? ¿Por qué no?—En primer lugar, porque Borsk Fey'lya jamás estará de acuerdo. Kre'fey se aclaró la garganta.

—Ojos que no ven, corazón que no siente.

Corran asintió.

—Y en caso de que no funcione, si Shedao Shai no se muestra de acuerdo, no tendremos que dar explicaciones de otro fracaso Jedi.

—Corran, sigue sin ser correcto. Si le retas a un duelo, tú serás el agresor. Le estarás obligando a actuar. Y eso no es propio de un Jedi. *Te acercas peligrosamente al Lado Oscuro, amigo mío.* Luke no expresó en voz alta sus preocupaciones porque no estaba seguro de cómo se lo tomarían ambos almirantes.

El Jedi vestido de verde se sentó en silencio un momento, y asintió lentamente.

—Creo que entiendo tu preocupación, Maestro, pero esto se remonta a la discusión que tuvimos en una reunión hace meses. Puedo sentir el objetivo de la potencia vong. Sé que hacer esto es como adelantarse a sus acciones. Elegos se marchó por su cuenta para intentar impedir la invasión, y, bueno, si yo también puedo hacerlo, aunque sea por un día, estaré aumentando las posibilidades de que pueda escapar más gente. Quizá no sea la decisión que queremos tomar, pero es la única que parece posible por el momento.

—Pero el ejemplo que darás... a Kyp le va a encantar.

—Lo sé —Corran cerró los ojos y se apoyó en el respaldo—. Ojalá encontrara

otro modo, Maestro, pero éste me parece el mejor.

Luke quiso protestar y prohibir a Corran que cerrara el trato con el líder yuuzhan vong, pero no lo hizo por la sensación de calma que percibió en su colega.

El Maestro Jedi miró a los dos militares.

—¿Estáis los dos de acuerdo con este plan?

Pellaeon soltó una risa burlona.

—¿Un hombre haciéndose el héroe para decidir el futuro de un planeta entero y de su población? Es lo último que el Imperio aprobaría. No sólo es arriesgado para el agente en cuestión, sino que alentaría a otros a emprender acciones insubordinadas cada vez que creyeran estar en lo correcto. Si estuviera bajo mi mando, prohibiría sus acciones, pero no lo está. Por otro lado, soy consciente de que es una situación absolutamente desesperada, y, si esto funciona, yo estoy dispuesto a seguir adelante. La decisión corre de cuenta del oficial al mando.

El almirante Kre'fey frunció el ceño.

—Creo recordar que había una buena razón para convocar al coronel Horn al servicio activo, pero ahora mismo se me escapa —suspiró—. Estoy de acuerdo con el almirante Pellaeon. Esto no me gusta nada, pero creo que es una oportunidad que debemos aprovechar. Las naves van todo lo rápido que pueden, y es más necesario ganar tiempo que la propia batalla. Al menos esto nos hará ganar tiempo. Y si además salva a Ithor, mejor que mejor.

Luke asintió, solemne.

—Esto no me gusta nada, pero... —miró a Corran—. Confío en tu buen juicio. Sé que harás lo correcto.

—Gracias, Maestro.

Luke dio una palmadita a Corran en el hombro.

—Encontraremos la forma de hacer llegar el mensaje a Shedao Shai. Te daré los planes en cuanto los tengamos.

Kre'fey se levantó y tendió la mano a Luke.

—Por si no hubiera más ocasiones para decirlo, aprecio el sacrificio que van a realizar los Jedi. Quiero que lo sepáis, por si no conseguimos superar este conflicto.

La imagen de Chewbacca le pasó a Luke un segundo por la cabeza, pero el contacto firme y seco de la mano del bothan la borró de su mente.

—Gracias, almirante. Que la Fuerza nos acompañe a todos.

CAPITULO 30

Jacen Solo vio cómo el capitán del carguero recogía el datapad de manos de Corran, comprobaba el mensaje de la pantalla e indicaba al androide de carga binario que llevaba el reluciente baúl de aluminio que avanzara.

—Debo informarle de que la doctora Pace dijo que estaba dispuesta a llegar adonde fuera para protestar en contra de esta apropiación de objetos yuuzhan vong.

El capitán negó con la cabeza.

—Tomo nota —Corran le saludó brevemente con la cabeza—. Gracias por desviarse hasta aquí. No le retrasaré.

—No hay problema. Su mujer se ha portado bien conmigo en más de una ocasión. Encantado de poder agradecérselo —el hombre se despidió de Corran y dirigió el androide de carga de vuelta al carguero.

—¿Quieres que te lleve eso, Corran?

El Jedi de más edad alzó el baúl por el asa y se lo acercó a Jacen.

—¿Has cambiado de idea? En la reunión estabas totalmente en desacuerdo. ¿Lo has pensado mejor?

Jacen cogió el baúl y se sorprendió de lo ligero que era.

—Pues no. En parte te estás tomando esta guerra como algo personal, eres tú contra Shedao Shai. Y eso no está bien. Es sedicente. Es propio del...

—No me digas que es propio del Lado Oscuro, Jacen —Corran alzó una mano y negó con la cabeza—. No estoy de humor para...

—Sí, sí lo estás, Corran. Pero no quieres oírlo porque sabes que es verdad —Jacen dio un paso adelante, mirándole por encima del hombro—. Fuiste tú quien me dijo que todos tenemos que tirar en la misma dirección, pero tú lo haces en una propia. Quieres vengar a tu amigo. No puedo culparte por eso, pero si la situación fuera al revés, estarías discutiendo conmigo por condicionar mis sentimientos a los estándares de otros.

Puede que eso sea cierto.

¿Y por qué no te aplicas el cuento?

Porque... —Corran frunció el ceño. Luego cogió a Jacen de la túnica y lo llevó a un pasillo lateral—. Ven aquí.

Los dos caminaron en silencio y salieron a una pasarela que daba a la parte central del *Bahía de Tafanda*. Si Jacen no hubiera sabido que estaban flotando sobre la Madre Jungla, habría creído que la nave ithoriana era una ciudad cubierta cómodamente ubicada en el suelo del planeta. La cúpula de

transpariacero dejaba ver un cielo azul lleno de cargueros volando hacia el espacio, y el frondoso bosque de la ciudad sólo dejaba entrever aquí y allá las paredes blancas y las avenidas.

—Mira ahí fuera, Jacen. He ahí una ciudad que está siendo abandonada por las personas que la aman, que trabajaron para crearla. ¿Por qué? Porque es un objetivo militar. Sabemos que los vong van a por ella, así que hemos trasladado a la gente y hemos colocado un par de sorpresas para el enemigo. Y también lo estamos haciendo en el resto del planeta.

El joven asintió.

—Eso lo entiendo.

—Pues entiende esto: Por lo que yo hice en Bimmial, por lo que hicimos en Garqi, Shedao Shai ha decidido que yo también soy un objetivo. Va a ir a por mí y a por los huesos de ese baúl, lo que significa que va a estar desconcentrado. Y eso es lo que queremos, porque un líder distraído nos proporcionaría más tiempo, y, en última instancia, fracasará.

—Eso lo capto, pero lo otro...

Corran suspiró y apoyó la mano en el hombro de Jacen.

—Mira, Jacen, yo no quiero vengar a Elegos. Su muerte me afectó muchísimo, pero le conocía lo suficiente como para saber que lo último que hubiera querido es que alguien matara en su nombre. Te acordarás de que en Dantooine aceptó pilotar ese transbordador porque estaba dispuesto a asumir la responsabilidad de matar, de proteger a otros para que no aguantaran esa carga. Si yo fuera a por Shedao Shai en nombre de Elegos, él lo vería como que estoy asumiendo la carga de la violencia por él. Y yo no le haría eso.

—Pero tienes intención de matar a Shedao Shai.

El rostro de Corran adquirió una expresión solemne.

—Si surge la oportunidad, sí. Mira, Jacen, no es por venganza, que, como tú bien dices, sería algo propio del Lado Oscuro. Es por responsabilidad. Shedao Shai quiere matarme. Si no me enfrento a él, entonces tendrás que hacerlo tú, o Ganner u otro. Sí, es peligroso, de eso no hay duda. Y puede que me mate, y entonces será problema vuestro. Pero hasta ese momento es problema mío.

Jacen se estremeció.

—No estoy seguro de eso.

—Bueno, tampoco hace falta que lo estés —el hombre suspiró sin pesar, como soltando la tensión acumulada—. Sé que estamos haciendo lo correcto, Jacen. Esta batalla tiene dos motivos. El primero es proteger Ithor y a su población de refugiados. El segundo, igual de importante, infligir una derrota a los vong. Necesitamos que sepan que ha terminado la parte fácil de la invasión.

Si lo pagan caro, quizá se lo piensen dos veces.

"No espero que lo entiendas a tu edad, porque yo no lo entendí hasta que no fui mucho mayor, pero sé que lo que hago está bien —sonrió—. Puedo sentirlo. Es lo que hay que hacer.

Jacen pudo percibir la convicción en la voz de Corran y se agarró a ella por un segundo, pero frunció el ceño.

—Yo me sentía así cuando quise liberar a los esclavos de Belkadan, y ya sabes lo que pasó.

Corran pasó el brazo por los hombros a Jacen.

—Bueno, creo que te queda mucho por aprender sobre el tema de la moral, chico.

—Sólo pretendo ser realista.

—Sí, lo sé —Corran sonrió y llevó a Jacen a la zona de preparativos—. Tengo la sensación de que vamos a bañarnos en realismo. Sólo espero que no nos ahoguemos en él.

—oOOOo—

—Lo cierto es que me sorprende bastante verte todavía aquí, primo —el almirante Traest Kre'fey estaba en el puente del *Ralroost*, contemplando las vistas del espacio sobre Ithor. A lo lejos se veían muchas naves en forma de puñal, orbitando alrededor del planeta, y había más del Remanente que de la Nueva República—. Supuse que volverías al Núcleo con el sumo sacerdote Tawron.

Borsk Fey'lya no se dignó ni a encogerse de hombros, aunque se le erizó el pelo de la nuca.

—Tenía razones para quedarme.

¿No será una de ellas que Leia Organa Solo no ha huido, como el resto de tu séquito? Traest no expresó en voz alta sus pensamientos, pero sintió como si el jefe de la Nueva República los leyera en su sonrisa burlona.

—¿Y tenías razones para hablar conmigo?

—¿Para hablar contigo? No —Fey'lya sonrió cauteloso—. Te quería aquí como testigo —señaló al oficial de comunicaciones—. Ya puede comenzar la conexión.

El teniente Arr'yka miró al almirante pidiendo permiso.

Traest alzó la mano un instante.

—¿Y con quién quieres hablar?

—Con el almirante Pellaeon —Fey'lya señaló con la cabeza al *Quimera*, que brillaba en la distancia—. Dado que no tienes la valentía necesaria para representar a tu propia causa, me corresponde a mí esa responsabilidad. Voy a exigir que el mando de esta operación recaiga sobre ti. Es un planeta de la Nueva República. Deberías ser tú quien liderara su defensa.

Entiendo —dijo Traest con un gruñido. Luego hizo un gesto al teniente—. Abra la comunicación con el almirante Pellaeon, por favor.

Ambos bothanos esperaron en silencio durante unos segundos. Pellaeon apareció en un holograma en tamaño natural, tan imponente como en la vida real.

—¿Sí, almirante Kre'fey?

Saludos, almirante. No quisiera molestarle, pero el jefe Borsk Fey'lya desea instarle a que me ceda el mando de la defensa ithoriana. Pero, antes de que lo haga, creo que es mejor que él oiga lo que usted tiene que decir al respecto.

El humano asintió y se mesó el mostacho blanco con la mano.

—Según la regulación imperial 59826, si se me sustituye al mando de la defensa ithoriana, todas las naves y el personal imperiales serán retirados de inmediato a Bastion.

—Gracias, almirante. Discúlpeme por hacerle perder el tiempo. Kre'fey fuera.

El bothan se giró para mirar a su primo.

—Supongo que eso es todo.

Por la forma en la que se le erizó el pelo del cuello a Borsk Fey'lya, supo que eso no iba a ser todo.

— ¡Esto es un ultraje! No ha lugar a la defensa de este planeta por parte del Remanente. Es nuestro planeta. Nosotros somos quienes debemos estar al mando de su defensa. ¡No puede ser de otra forma!

Traest extendió una mano con la palma hacia arriba, hacia Fey'lya, y sacó las garras.

—En Coruscant estuviste de acuerdo en dejar la defensa de la Nueva República a los militares. Te advertí que si intentabas interferir me llevaría mis fuerzas a las Regiones Desconocidas. Todavía puedo hacerlo, y lo haré. Y, si lo hago, el almirante Pellaeon se retirará con su potencial. Ithor se quedará sin defensas.

Los ojos violetas de Fey'lya se abrieron de par en par.

—Pero no puedes hacerlo. Las tropas que hay en tierra se quedarían abandonadas. Y los Jedi... Tú no los dejarías...

—¿No? Ponme a prueba. A ti no te importan los Jedi. Si por ti fuera, ninguno sobreviviría al conflicto. Y tú alabarías su sacrificio, levantarías monumentos en su honor y bailarías alegremente sobre sus tumbas —la mirada amatista de Traest se endureció, las vetas doradas relucían—. Y en cuanto a lo de dejar atrás Ithor, no tienes ni la más mínima idea de adónde he mandado a los refugiados. Habrá colonias ithorianas por toda la Nueva República y las Regiones

Desconocidas. Sí, los árboles bafforr tardarán años en crecer y producir polen de nuevo, pero puedo pasarme ese tiempo construyendo ejércitos para enfrentarme a los yuuzhan vong y aplastarlos. Ya te advertí que eso es lo que haría, y lo haré. Una palabra mía y todo el personal que está bajo mi mando se trasladará a los planetas que yo diga.

—¡Esto es una insubordinación! Te retiraré el mando —Fey'lya se dio la vuelta y señaló a dos oficiales de seguridad bothanos que estaban junto a la puerta de acceso al puente—. Arrestad al almirante Kre'fey y sacadle del puente.

Ninguno de los bothanos se movió ni dio señal alguna de haber oído la orden.

Traest miró a su primo.

—Estamos en zona de guerra, primo. Tu jurisdicción acabó en el momento en el que entraste en el sistema. Tienes una opción... —le interrumpió la repentina aparición holográfica de Pellaeon.

—Disculpe, almirante, pero los vong han entrado en la zona de ataque y han iniciado el asalto. Ya vienen. Ha comenzado. Parece ser un Caso Siete.

—Gracias, almirante. Es un Caso Siete, efectivamente —Traest miró a través del holograma imperial que se desvanecía—. Caso Siete, aíslen los ordenadores de objetivos en telemetría del *Quimera*. Todos los cazas listos. Esto no es un simulacro. Luchad como es debido y veremos a los yuuzhan vong huyendo.

Traest se acercó a Fey'lya y bajó la voz hasta que fue un susurro.

—La opción que iba a ofrecerte era que regresaras a tus aposentos o que te metieras en una nave para largarte antes de que apareciera el enemigo. La segunda opción ya no es viable, pero te ofrezco otra. Puedes quedarte aquí, en el puente, y demostrar en silencio tu apoyo a aquellos que van a luchar para salvarte la vida, o puedes salir con el rabo entre las piernas y rezar para que el ataque yuuzhan vong no sea tan potente como para atravesar las paredes de tu camarote.

Fey'lya alzó la barbilla.

—Quizá me desprecies ahora, primo, pero en mis tiempos, cuando los imperiales eran nuestros enemigos, yo derramé mi sangre. Conozco el combate, y jamás he huido de él.

—Bien, porque los yuuzhan vong son peor que cualquier cosa a la que te hayas enfrentado —Traest alzó la voz para que le oyeran todos en el puente—. Sí, primo, tu ayuda aquí es muy bienvenida. Si necesitamos algo te lo haré saber. Mientras tanto, tenerte aquí, honrando a mi personal con tu mera presencia, es más valioso que cualquier esfuerzo.

—oO00o—

El Ala-X de Jaina Solo voló por encima del *Ralroost* y giró a la izquierda para entrar en la formación del Escuadrón Pícaro. Anni Capstan se le unió a estribor en su alerón-s y retrocedió unos cuantos metros. Una mirada rápida a los monitores le mostró las pantallas al máximo, con el campo del compensador de inercia ampliado para protegerla de los dovin basal de los yuuzhan vong, y los sistemas de armamento totalmente cargados y en verde.

—Once preparado y en posición.

Chispas silbó y comenzó a mostrarle datos tácticos en el monitor principal. En un abrir y cerrar de ojos tenía delante una docena de objetivos yuuzhan vong. El monitor le mostró un enorme crucero yuuzhan vong, más grande que cualquier cosa que hubiera visto antes. Relucía con sus enormes espinas de coral yorik, aunque el núcleo del transporte parecía haber sido inicialmente un asteroide al que posteriormente se le fueron añadiendo piezas.

Tres cruceros más pequeños, del tamaño de la nave contra la que lucharon en Dantooine, rodeaban al más grande, y ocho naves más habían tomado posiciones de apoyo. De todas ellas salían enjambres de corallitas, formando nubes de objetivos. En medio de todo aquello, *Chispas* consiguió escoger una serie de naves de tamaño medio que a Jaina le parecieron transportes de tropas.

El comandante de la flota descargó inmediatamente nombres tácticos para las naves yuuzhan vong. La más grande fue denominada gran crucero, las más pequeñas se convirtieron en cruceros de asalto y las menores en cruceros ligeros. Las abreviaturas *grande*, *asalto* y *ligero* fueron adjuntadas a los archivos, pero Jaina supuso que los pilotos acabarían sacando sus propios apodos sólo por contradecir los planes tácticos.

Los transportes de tropas recibieron el nombre *de jaulas*. Jaina sabía que debían ir llenas hasta los topes de guerreros yuuzhan vong. Los soldados estarían indefensos hasta que llegaran a la atmósfera y tomaran tierra, y un ataque sobre esos transportes no hacía necesaria la destrucción total, sólo una pequeña abertura para que saliera la atmósfera y entrara el frío.

La voz de Gavin resonó en el intercomunicador.

—Pícaros, tenemos a *los jaulas*. Láseres si podéis, torpedos si no podéis. Es mejor que les matemos aquí arriba a dejar que lleguen a tierra.

CAPITULO 31

Es enorme, almirante. Tiene la misma masa que un destructor estelar clase Súper.

Pellaeon se alejó lentamente de la pantalla de visualización del puente del *Quimera*, sabiendo que ganar aquella batalla dependía tanto de la actitud que mostrara ante su tripulación, como del uso del armamento o de la táctica.

—Entonces, comandante, supongo que tendremos que quitarle algo de masa, ¿no cree?

El *Quimera* estaba en el centro de la formación de defensa, en el núcleo del cono. Lo rodeaban otros cuatro destructores estelares clase Imperial, dos de la Nueva República y dos del Remanente. Además de nueve destructores estelares clase Victoria, tres cruceros de asalto bothan y un crucero estelar calamariano en la parte exterior del cono. Después había un grupo de naves más pequeñas, desde fragatas a un par de cargueros cuya tripulación tenía más agallas que armamento.

—Soluciones armamentísticas para el *grande*, por favor. Fuego a discreción —el almirante imperial se dio la vuelta y contempló cómo las baterías de turbo láser de los laterales de la nave llenaban el espacio de rayos de energía roja. Algunas de las armas emitían una corriente casi constante de dardos pequeños que salían por tandas hacia el objetivo. Los vacíos que los yuuzhan vong empleaban para escudar sus naves absorbían casi todos, aunque unos pocos consiguieron abrirse paso, y las demás armas soltaron una ráfaga concentrada de fuego.

Esos rayos más potentes hicieron blanco en el enemigo. Pellaeon esperaba que al hacer contacto con la nave derritieran el casco rocoso del *grande*, pero los vacíos también se los tragarón. El almirante entrecerró los ojos, analizando la capacidad de la enorme nave para absorber el castigo que le estaban imponiendo sus armas.

—Esto no es bueno, señor —el oficial de control armamentístico dejó que la frustración llenara sus palabras—. Estas tácticas de cazas de combate pueden funcionar contra los coralitas, pero no con las naves grandes. Tienen escudos de sobra para rechazarnos.

—Sí, es posible, muy posible —Pellaeon frunció el ceño y se pasó la mano por la barbilla—. ¿O es que han aprendido cómo luchamos?

Jaina dejó caer una ráfaga sobre un coralita y soltó una carga cuádruple en su popa. El coral se convirtió en una cola de corneta congelada. La pequeña nave yuuzhan vong comenzó a caer en barrena en una trayectoria que la conducía derecha a arder en la atmósfera de Ithor.

—*Palillos*, a estribor.

Sin pensarlo, Jaina reaccionó a la advertencia de Anni. Echó los mandos a la derecha y graduó los cohetes de ajuste para que el Ala-X iniciara un bucle a estribor. Un rayo de plasma procedente de un coralita le pasó rozando, y después llegaron trozos derretidos de coralita. El caza de Anni pasó como una exhalación, con los escudos aún echando chispas. Jaina se puso en su popa, virando ligeramente a babor.

Hubo intercambio de fuego con un par de coralitas, hasta que traspasaron la protección yuuzhan vong para llegar hasta *los jaulas*. En comparación con los veloces coralitas, los *jaulas* eran como flotadores desinflados, que invitaban a un vuelo rasante y a soltar un par de torpedos de protones. Todos los transportes de tropas lucían una especie de proyecciones, como cuernos, que escupían rayos de plasma a los cazas que se aproximaban, pero era obvio que estaban creados para atacar personas, no cazas. Esquivar aquellas ráfagas era fácil, y una ráfaga disparada al azar llegó a impactar en la cubierta.

—*Chispas*, vigila nuestra cola, vamos a hacer un vuelo rasante —Jaina llevó su Ala-X de nuevo a la posición delantera y bajó hacia uno de los *jaulas*. La nave le envió un chorro de plasma, pero ella volcó su Ala-X sobre el alerón-s de babor y se dirigió a por otra. Soltó dos ráfagas de dardos en proa y en popa, y después una carga cuádruple en el centro de la nave con forma de caja. El coral pasó, en milésimas de segundo, de ser negro como el carbón a ser de un blanco ardiente. Luego se evaporó.

¡*Le di!* Jaina pulsó el intercomunicador.

—Acábalo tú, Doce.

—A tus órdenes, *Palillos*.

De repente, *Chispas* comenzó a gritar. El monitor secundario de Jaina le mostró un par de coralitas que aparecieron a su cola, justo detrás de Anni.

—Doce, abandonamos la incursión.

—¡Babas de sith! —la voz de Anni estaba llena de pánico—. ¡Me han dado!

Jaina viró el timón a estribor y lo echó hacia atrás para remontar, pero era demasiado tarde. Dos de los motores de cola del Ala-X de Anni estaban en llamas. El caza se lanzó en una cerrada espiral e impactó de lleno en el *jaula* al que Jaina había disparado. Jaina sintió un dolor intenso procedente de su compañera y después nada.

¡*Anni!*

—oOOOo—

¡*Jaina!*

Abajo, en Ithor, oculto con el escuadrón Jedi a la espera de los yuuzhan vong,

Jacen se encogió cuando sintió una punzada de dolor en su interior.

Se esforzó por respirar, sintiendo como si le hubieran atravesado con una vibrocuchilla. El dolor físico de su abdomen se redujo lentamente, pero no el dolor emocional que le inundaba.

Corran se acercó a él rápidamente y le puso la mano en la espalda. —¿Qué pasa?

Jacen tosió un par de veces y contuvo el aliento.

—Mi hermana, está... Ha pasado algo... ahí arriba.

—¿Cómo de malo?

Jacen parpadeó y se adentró en la Fuerza, elevando la mirada hacia el firmamento. Seguía sintiendo a su hermana ahí arriba, entre las explosiones de láser y los restos dorados que poblaban el cielo.

—Está bien, pero alguien cercano a ella ha muerto. Eso lo percibo claramente.

Corran asintió, y Ganner y él le dieron palmaditas en la espalda. —Tienes que pensar que ella está bien.

—¿Por qué?

—Porque, Jacen —le dijo Ganner—, no hay nada que puedas hacer por ella desde aquí. Sólo podemos asegurarnos de que lo que llegue aquí no vuelva a subir a por ella.

El joven Jedi asintió.

—¿Creéis que morderán el anzuelo?

—¿Los glitbiters chupan jengibre? —Corran miró a Jacen con una sonrisa de confianza—. Los vong han conseguido sorprendernos en varias ocasiones. Es hora de que sean ellos los que se sorprendan, y además para mal.

—oOOOo—

Con el casco de cognición rodeándole la cabeza, Deign Lian supervisaba la batalla. Había optado por colorear de rojo el transporte en el que iba Shedao Shai, y contemplaba a los cazas enemigos abriéndose paso entre los coralitas para lanzar el ataque sobre los transportes. Sus armas soltaban ráfagas sobre la nave de Shedao Shai, pero ninguna daba en el blanco. La cubierta exterior de los transportes estaba cada vez más deteriorada, pero casi todos llegaban a la atmósfera y comenzaban a descender a la oscuridad nocturna del planeta.

Lian desvió entonces su atención a la batalla de la flota, designó una de las pequeñas naves infieles como objetivo. Los cañones del *Legado del Suplicio* la enfocaron, y lanzaron una salva de media docena de cañonazos de plasma. El primer disparo de plasma que dio en el blanco se desparramó por el escudo

protector como un huevo roto. Los siguientes disparos, dorados e hirvientes, lo atravesaron como si fueran de ácido. El último atravesó fácilmente el amasijo que había sido una estructura metálica en la que se apiñaban los soldados.

Más infieles para alimentar a los dioses.

Con sólo pensarlo, Deign Lian cambió la imagen que veía de la batalla. En lugar de verla como aparecía a simple vista, los neuromotores analíticos del *Suplicio* mostraron colores sobre las imágenes, para que él pudiera calcular los daños infligidos a la flota. Los coralitas se convertían en chispas doradas y rojas que saltaban por el vacío, oscureciéndose hasta que dejaban de existir. Las grandes naves eran doradas al principio, pero luego adquirían rayas o puntos rojos. Le complacía ver tantas de sus naves en rojo.

Pero ese placer se esfumó pronto, cuando se dio cuenta de que Shedao Shai era el motivo del éxito. Su superior había analizado las tácticas de los cazas de menor tamaño y se anticipaba a las naves grandes empleando una versión de las mismas. Su contratáctica de crear una pantalla de dovin basal lo bastante potente para absorber los disparos más débiles, conseguía preservar la energía para los intensos campos de protección necesarios para absorber los disparos más fuertes.

No importa. Puede que él gane hoy, pero su victoria le cegará ante lo que hay que hacer en el futuro. Deign Lian sonrió. Y, *si pierde, se llevará toda la culpa, y sobre mí recaerá la gloria de haber sacado el máximo partido de su defectuoso plan.*

—oOOOo—

El coronel Gavin Darklighter viró a estribor y se lanzó en un descenso en espiral hacia *los jaulas* que escapaban.

—¿Deuce, estás conmigo?

Kral Nevil hizo doble clic en el intercomunicador para responder afirmativamente. Gavin comprobó los monitores y vio a otros seis Pícaros acercándose rápidamente. *¿Sólo quedamos ocho?* Le recorrió un escalofrío. Por un lado, le alegraba que quedaran tantos Pícaros operativos, pero las pérdidas seguían dejándole un vacío en el estómago. *Anni se ha ido, junto a otros a los que ya nunca podré conocer.*

Gruñó con rabia y sintió que su mente se enfriaba y se despejaba, que su furia se hacía ártica, llenándole el cuerpo y la mente. De repente no se sintió como un piloto en una máquina, sino como si su caza y él se hubieran hecho uno. *Tan estrechamente unidos como un piloto vong con su máquina.* Cogió con suavidad la palanca, apenas rozándola, a pesar de las sacudidas provocadas por su entrada en la atmósfera, y se fue a por uno de los *jaulas*.

Gavin se acercó por su cola y soltó una ráfaga de dardos. El *jaula* proyectó un vacío que absorbió los dardos rojos, y su armamento de popa comenzó a

escupir plasma. El piloto de la Nueva República descendió tanto con su nave que los propios escudos *del jaula* acabaron protegiéndole a él, y disparó a discreción contra el vientre del transporte. El vacío volvió a ubicarse para recoger esos disparos, y dejó de soltar plasma.

Gavin sonrió y tiró de la palanca. El morro de su caza subió lo justo como para disparar una cuádruple ráfaga a la popa *del jaula*. Los láseres dieron en el blanco, y uno de ellos dejó una cicatriz negra en la cubierta de la nave. Los otros tres abrieron agujeros en la parte trasera. Gavin prosiguió con más ráfagas de dardos, no por causar más daños *al jaula*, sino para atravesar los agujeros ya creados y provocar una masacre dentro de la nave.

El transporte viró a la izquierda y se precipitó hacia la jungla. Gavin lo ignoró y giró su Ala-X en dirección al resto de los transportes. A lo lejos brillaba un conjunto de edificios blancos ubicados en plena jungla, y a unos veinte kilómetros al norte volaba el *Bahía de Tafanda*, la enorme nave solitaria, como una gigantesca y pacífica nube de metal. Cuatro *jaulas* se dirigieron hacia ella, mientras el resto se centraba en el objetivo terrestre.

Gavin cambió el control de armas a torpedos de protones, y apuntó hacia el espacio que había entre dos de los *jaulas* que iban a por el *Bahía de Tafanda*. Miró su monitor y leyó la distancia hasta el objetivo.

—*Leo*, programa los torpedos para detonación por doble clic o por proximidad a vacío.

El androide dio un silbido, y Gavin apretó el gatillo. Los dos misiles, flamígeros y azules, atravesaron el cielo; y sus monitores le informaron de la aparición de sendos vacíos tras los *jaulas*. Era obvio que los yuuzhan vong habían aprendido que los torpedos de protones se esfumarían al detectar un vacío, por lo que los proyectaron a gran distancia por detrás. En el espacio, la cantidad de energía de esa explosión hubiera sido insignificante a esa distancia.

Pero no estamos en el espacio, ¿a que no, chicos? La explosión de los torpedos de protones provocó dos cosas. La primera fue generar una onda expansiva más rápida que la velocidad del sonido, y que se llevó una gran cantidad de atmósfera por delante. Esa bolsa de aire colisionó contra los dos *jaulas*, despidiéndolos a empujones hacia delante. La onda pasó de largo, disipándose paulatinamente, y las dos naves quedaron a la deriva.

La segunda cosa que provocó fue que, al sobrecalentar el aire y mandarlo en todas direcciones, creó un vacío que el aire se apresuró a rellenar. La turbulencia resultante hizo girar *los jaulas*. Gavin no tenía ni idea de cómo se las arreglaban los pilotos yuuzhan vong y el resto de los componentes vivos de sus naves para subir, bajar o medir la dirección, la velocidad o la altitud, pero sabía que se pasaba muy mal intentando controlar esas cosas en el centro de un tornado.

Y eso fue lo que les pasó a los yuuzhan vong. Sus naves cayeron desde el cielo, precipitándose hacia la jungla. Los impactos no causaron explosiones, aunque los árboles se estremecieron, rasgando la oscura cubierta.

Gavin contempló la caída y se concentró en los *otros jaulas*. Ya estaban bastante lejos y habían descendido mucho, demasiado cerca de la ciudad-nave como para arriesgarse a lanzar otro torpedo de protones. Sonrió. *Hemos hecho todo lo posible por retrasarlos. Ya no son nuestro problema.*

CAPITULO 32

El primer transporte yuuzhan vong se lanzó hacia el *Bahía de Tafanda* y realizó un vuelo rasante en el último momento. La ciudad-nave, carente de armamento, no parecía una amenaza para los invasores. El segundo carguero bajó y soltó una ráfaga con los dos cañones de plasma ensamblados en la parte superior de la cabina. Los chorros dorados de plasma chocaron contra el transpáriacero de un ventanal, derritiéndolo como si fuera hielo bajo una antorcha.

Entonces, el transporte generó un vacío y lo centró en el agujero para absorber el transpáriacero derretido. El vacío se llevó algo de atmósfera, ramas de árboles y pequeñas plantas arrancadas de raíz, creando una abertura lo suficientemente grande como para pasar. La nave se introdujo en el *Bahía de Tafanda* y se acercó a una avenida verde. Aterrizó con suavidad y abrió las compuertas, de las que salió una legión de tropas de pequeños reptiloides.

De la popa de la nave salieron seis guerreros yuuzhan vong, altos, esbeltos y terribles. Llevaban anfibastones y armaduras, que no iban del todo atadas. Parecían incómodos con ellas, y Anakin Solo, que les observaba de lejos, supuso que su incomodidad procedía del hecho de llevar la concha de una criatura muerta en lugar de cangrejos vonduun vivos de verdad.

Contempló la pequeña pantalla de su datapad, pulsando de vez en cuando alguna tecla para obtener otra perspectiva a través de las numerosas holocámaras ubicadas por toda la ciudad. Se conectó a la que estaba más cerca de la primera nave aterrizada y vio algo de repente, justo antes de que la pequeña pantalla se pusiera en blanco. La imagen procedente de otra holocámara le mostró a dos guerreros yuuzhan vong señalando a los huemeantes y chispeantes restos de la primera.

Uno de los guerreros sacó un insecto plano en forma de disco de una bandolera que llevaba en el pecho y lo lanzó hacia la cámara desde la que les había visto Anakin. Éste parpadeó al recordar el picotazo de los insectocortadores que sintió en Dantooine. El tiro falló, pero el insecto volvió volando con su amo para otro intento. Anakin se conectó a una tercera cámara, pero el aterrizaje del segundo *jaula* le impedía ver al guerrero que lanzaba el insecto.

Daeshara'cor le puso una mano en el hombro.

—Ha llegado el momento, Anakin.

Cerró el datapad y comenzó a guardarlo, pero ella se giró y le miró. —Déjalo aquí. No vayas cargado.

El comentario le dejó helado. Tenía razón. No lo necesitaba para lo que iban a hacer. De hecho, significaba peso extra, y eso podía retrasarle. Si vencían a los

yuuzhan vong tendría todo el tiempo del mundo para volver a buscarlo. Y *si no...*

Sonrió y se metió el datapad en el bolsillo lateral de su uniforme de combate.

—Los yuuzhan vong odian las máquinas. Y no es un ser vivo, no quiero dejárselo a ellos.

La twi'leko sonrió un momento.

—No había pensado en eso. Venga, Anakin, vamos a enseñarles lo equivocados que están.

Anakin siguió a Daeshara'cor a través de una ancha puerta y por un pasillo amplio. Había maceteros en las paredes, en los que relucían unas viñas moradas, y del techo colgaba una hiedra de tonos dorados. Daeshara'cor iba por el centro del corredor que, como había sido construido para ithorianos, era tan alto que casi la hacía parecer una niña.

Él se fijó en que Daeshara'cor iba por el centro del pasillo. Sabía que no le asustaban las viñas, pero se dio cuenta de que él también iba por el centro. *Ninguno de los dos vamos acechando.* Enfrentarse a la inminente batalla con valentía no tenía sentido, los yuuzhan vong eran demasiado letales. *Pero acobardarnos les concedería esa victoria mucho antes de la batalla.*

Por muy irracional que fuera esa explicación, a él le pareció lógica. Al contemplar a Daeshara'cor: sus hombros, su espalda recta; se dio cuenta de que para ser realmente valiente hacía falta mucho más que decidir no ser cobarde. Tenías que convencerte a ti mismo de que eras valiente y hacer todo lo posible por potenciar esa sensación. *Tienes que darte la oportunidad de ser valiente.*

Al llegar al final del pasillo, se agacharon. El corredor conectaba con las numerosas plazas boscosas que componían el vientre de la nave, a unos tres niveles por encima del suelo. Los reptiloides se habían dispersado en grupos de seis, moviéndose por las galerías que rodeaban las plazas. Anakin sabía que los ithorianos no habían pensado en la estrategia militar al crear la ciudad-nave. Aun así, el hecho de que las galerías se curvaran de cuando en cuando y subieran y bajaran, como imitando la superficie de una colina, implicaba que las tropas yuuzhan vong sólo verían, como mucho, veinte metros delante de ellos.

Y el follaje que colmaba el centro de la nave casi imposibilitaba ver los laterales. Pero eso apenas importaba a los Jedi. No podían percibir a los yuuzhan vong, pero sus tropas esclavas estaban en la Fuerza. Y lo que es más, los Jedi podían percibirse unos a otros dentro de la ciudad. Ninguno tenía conexiones telepáticas directas, pero podían presentir dónde estaban los otros, y eso, sumado a un intercomunicador para poder hablar, era casi como una interconexión cerebral.

Daeshara'cor pulsó su intercomunicador.

—Equipo Doce en posición.

—Te recibo, Doce. Echamos a correr a la de cinco.

La twi'leko miró a Anakin, empuñó el sable láser y puso el dedo sobre el botón de encendido.

—Anakin, sólo quería darte las gracias.

Él frunció el ceño.

— ¿Por qué?

—Porque me perdí y tú me encontraste —Daeshara'cor sonrió—. Es una deuda tan enorme que no puedo pagártela. Si hubiera conseguido lo que me proponía... me habría odiado eternamente.

La respuesta de Anakin quedó eclipsada por el berrido eléctrico de un androide ratón MSE-6 que pasó corriendo por la galería. Le seguían gruñidos guturales y siseos. Se detuvo justo enfrente del pasillo en el que estaban ellos, dio media vuelta y les pasó de largo a toda prisa. En su persecución, aparecieron seis reptiloides. Estaban tan concentrados en el pequeño androide que no se detuvieron a mirar por el pasillo lateral.

Anakin alargó la mano hacia uno de los reptiloides y empleó la Fuerza para elevarlo en el aire. El esclavo yuuzhan vong tropezó un momento con la balaustrada de la galería y dio una voltereta por encima de la barandilla. Gritando, el esclavo se precipitó hacia el follaje y aterrizó violentamente.

La mirada de sorpresa de un segundo reptiloide se disipó cuando Anakin se llevó el sable láser a un lado de la cabeza y pulsó el botón de encendido. La hoja púrpura rebanó los sesos de la criatura y luego descendió para bloquear el golpe de anfibastón de uno de los dos primeros reptiloides. Cogiendo la empuñadura a dos manos, Anakin rechazó el bastonazo hacia la izquierda, giró sobre el pie izquierdo y dio una patada al reptiloide en la cara.

La criatura retrocedió, y el otro se lanzó hacia Anakin, atacando con su anfibastón. El joven Jedi sintió el ardiente corte del anfibastón entrando en el muslo izquierdo. El muchacho lanzó un barrido en una estocada de revés que dividió la macabra sonrisa del reptiloide, cortándolo en dos.

Dio media vuelta y vio a Daeshara'cor de pie entre los cadáveres de los reptiloides que había derribado. Ambos se aproximaron a la barandilla y saltaron al nivel inferior. Anakin aterrizó sobre el reptiloide que había lanzado antes. Se había partido la columna en la caída.

Anakin miró a la derecha y vio un guerrero yuuzhan vong que se aproximaba por la galería.

—Rápido, al pasillo. ¡Vamos!

Daeshara'cor echó a correr por el pasillo que discurría justo por debajo del

que acababan de abandonar, y Anakin la siguió, pero el reptiloide le agarró por el tobillo. Intentó soltarse, pero la criatura se agarraba con fuerza. El yuuzhan vong gritó un desafío y se lanzó a la carga, haciendo girar el anfibastón.

Anakin se giró para ponerse frente a él y se preparó cuanto pudo. Alzó el sable láser para protegerse, y ya estaba preparado para rechazar al guerrero cuando el reptiloide le dio un puñetazo en la herida que tenía en el

muslo. Sintió una intensa punzada de dolor y cayó sobre la rodilla derecha. Alzó la mirada y vio el extremo afilado del anfibastón acercándose a su cara.

De repente, Anakin se sintió impulsado por la Fuerza con tanto brío como si le hubieran remolcado con un Ala-X saltando al hiperespacio. Daeshara'cor entró en la galería con el sable láser rojo escarlata, interponiéndose entre el yuuzhan vong y Anakin. El guerrero, cuyo anfibastón había caído sobre el reptiloide en lugar de sobre Anakin, retrocedió, agachándose, manteniendo su arma a la altura de las caderas y apuntando a la twi'leko con la punta sangrante.

El yuuzhan vong la atacó dos veces. Daeshara'cor esquivó la primera, y rechazó la segunda. Ella intensificó su ataque, blandiendo el sable láser hacia la cabeza del guerrero. El yuuzhan vong retrocedió, haciéndola avanzar, alzando el anfibastón para bloquear los ataques. Le dio la vuelta a su anfibastón, bloqueó una estocada a la izquierda y respondió. Daeshara'cor amplió el alcance de su ataque, giró y alzó la pierna izquierda, dando una patada al yuuzhan vong, que le hizo encogerse.

Anakin sonrió, pero, de repente, Daeshara'cor se tambaleó y se desplomó. Al caer al suelo, su brazo derecho dejó una mancha sangrienta en la pared. El anfibastón se enrolló a los pies de su guerrero y subió por su pierna hasta el puño, con la lengua roja saliendo de entre los colmillos.

La ha mordido cuando le dio la vuelta. La ha envenenado.

Anakin se levantó, sintiendo furia en su interior. Convocó a la Fuerza y sintió cómo surgía. No podía percibir al yuuzhan vong en ella, pero podía utilizarla fácilmente para hacer que la galería se le viniera encima a su enemigo, o para desplomar los paneles que formaban el techo hasta que le enterraran vivo. Podía hacer cientos de cosas que harían que el yuuzhan vong sufriera la peor de las agonías.

Puedo vengar a Chewie, vengar a Daeshara'cor, vengar al pueblo de Sernpidal. Aquí, ahora, empezando por este guerrero yuuzhan vong. Sonrió fríamente y saludó con la cabeza y de forma solemne a su enemigo. Puedo demostrarle lo que sabe hacer un verdadero Jedi.

El yuuzhan vong avanzó casi con tranquilidad, haciendo girar su anfibastón. Llegó a los pies de Daeshara'cor y ella gimió de dolor. Él la miró un instante y le lanzó el anfibastón hacia la garganta.

En una milésima de segundo, Anakin se dio cuenta de que un verdadero Jedi no debería pensar en qué hacer con el enemigo, sino en el mal que podía impedirle hacer. Utilizando la Fuerza, alzó el sable láser de Daeshara'cor lo suficiente como para rechazar el golpe del anfibastón. El arma del yuuzhan vong se clavó en la barandilla, destrozando los paneles.

El yuuzhan vong ya casi había sacado su arma de la pared cuando Anakin

llegó hasta él. El rayo de energía violeta del sable láser se deslizó por debajo, llevándose por delante una rodilla. Cuando el guerrero yuuzhan vong comenzó a caer, el Jedi alzó su arma y se la hundió al alienígena entre cuello y hombro, rajándole el pecho. La armadura inerte aguantó un segundo o dos, pero se derribó.

El guerrero ensartado cayó al suelo, inerte.

Anakin se arrodilló junto a Daeshara'cor. Su carne verde había comenzado a adquirir un matiz lechoso, y él supo que aquello no iba a salir bien. Pulsó el comunicador.

—Equipo Doce, tenemos una baja.

—Te recibo, Doce. Vuelve a la gruta de ópalo y ve a la estación médica.

—A sus órdenes.

Anakin apagó su sable láser y el de ella. Se prendió el sable de la twi'leko en el cinturón y la alzó, apoyándola en su hombro. Echando una mirada atrás, y llamando a la Fuerza para ayudarlo, Anakin llevó a Daeshara'cor hacia las profundidades de la ciudad ithoriana. *No sé si podremos salvar esto, pero espero que podamos salvarla a ella.*

—oOoOo—

Traest Kre'fey se apartó de la imagen holográfica que reflejaba la batalla, cuando su oficial de escudos le llamó.

—¿Qué ocurre, comandante?

El bothan de piel color crema gruñó.

—El escudo de babor está al cinco por ciento. El siguiente impacto...

Algo colisionó con la cubierta del puente y desestabilizó la nave. Kre'fey perdió el equilibrio y cayó al suelo. Se puso en pie, apoyándose con las manos. Al levantarse, se sacudió del cuerpo afilados pedazos de ferrocerámica, algunos de los cuales estaban ensangrentados. Le costó un momento darse cuenta de que lo que había golpeado el casco había conseguido dismantelar la cubierta interna del puente. *Si no me hubiera dado la vuelta...*

Miró a la estación de comunicaciones y vio, temblando en el suelo, lo que quedaba del teniente Arr'yka.

—El oficial de comunicaciones ha caído. ¡Que alguien ocupe su puesto! ¿Cómo están los escudos?

Grai'tvo se quitó la manga de su uniforme y la utilizó para vendarse la herida de la cabeza.

—Los escudos se han apagado. Nos ha acertado un coralita. Era demasiado potente para nosotros.

Demasiado potente para nosotros... Kre'fey gruñó una risotada.

—Sí, eso es, ésa es la solución.

Grai'tvo ladeó la cabeza.

—¿Almirante?

—A por las defensas yuuzhan vong —Kre'fey miró al oficial de armamento—. Quiero un cincuenta por ciento más en la potencia de disparo.

—Pero eso reducirá la cantidad de disparos.

—Lo sé, pero están generando vacíos débiles para nuestros disparos débiles. Si variamos la estrategia serán nuestros —Kre'fey se giró hacia la estación de comunicaciones—. Ponme con el almirante Pellaeon. Borsk Fey'lya asintió y limpió la sangre del panel con la manga. —Realizando la llamada, esperando respuesta.

—Gracias, primo —Kre'fey se acercó a la estación—. ¿Estás seguro de que quieres estar aquí, teniendo en cuenta el peligro que corres? El líder de la Nueva República asintió solemnemente.

Mejor morir aquí que esperar ahí abajo a que los yuuzhan vong me encuentren.

Kre'fey sonrió y dio unas palmaditas a Fey'lya en el hombro.

—Si lo haces bien aquí, primo, ya no habrá más yuuzhan vong que temer.

—oOOOo—

Shedao Shai se movía por la jungla con sus tropas. Por encima de su cabeza, los transportes de soldados se elevaban de vuelta hacia el cielo en busca de refuerzos para el planeta, exceptuando el que hacía las veces de cuartel general en tierra. Las tropas de tierra consistían en una docena de chazrach por cada guerrero yuuzhan vong. Había dividido sus fuerzas en cuatro componentes. Un escuadrón se quedó en el cuartel general. Situó tríadas en cada flanco, sabiendo que serían suficiente para retrasar a cualquier enemigo al que se enfrentaran. Él lideraba un grupo de nueve, con una tríada al frente, otra de reserva y la central, en la que estaba él.

Su intención era realizar una mera misión de reconocimiento, porque sabía que no tenía tropas suficientes como para hacer nada tan pronto. El villip de su hombro izquierdo le susurraba al oído.

—Amo, ya hemos llegado a las instalaciones. Creo que querrá ver esto.

—Estoy de camino —en la voz de su explorador había percibido algo que le hizo replantearse su intención de limitarse a reconocer el edificio enemigo. No habían encontrado resistencia en el planeta, lo que le permitía imaginar que el enemigo caería con la presión suficiente. La batalla de Dantooine le había

demostrado que no tenía por qué ser así, pero Elegos le había contado que los ithorianos eran pacifistas. *Y si ellos están aquí al mando...*

Shedao Shai se abrió paso entre las tropas y echó a correr por la selva tropical en penumbra. Aunque sabía que su gente controlaba esa parte del planeta, y que no corría peligro, no podía quitarse de encima una sensación de hostilidad. *No, no es hostilidad, es sólo oposición. No nos quieren aquí. No nos odian, pero está claro que no nos quieren.*

Por un breve instante albergó dudas respecto a la invasión. Los dioses les habían dado esta misión porque eran sus elegidos, pero ahí estaba él, en ese planeta, sintiéndose un extraño, un auténtico invasor. No llegó a cuestionarse si los Sacerdotes le habrían mentido, o si su misión era un error. En lugar de eso se preguntó si seguía los deseos de los dioses de manera adecuada, pero llegó a la conclusión de que la inquietud que sentía era por los medios que empleaba, no por los fines que perseguía.

Al poco llegó hasta donde estaba apostado el líder del escuadrón delantero, y se agazapó a su lado.

—Informe.

—Tenemos movimiento ahí —el guerrero yuuzhan vong señaló a un complejo de edificios blancos de ferrocemento. El edificio tenía tres pisos en terraza. Las torres que salían de la planta superior ofrecían un amplio descubierta, y había armas saliendo de las paredes y los ventanales—. Está defendido.

—No esperábamos menos.

—Está defendido por autómatas —la voz del guerrero se estremeció—. No nos respetan. Nos deshonran dejando que sus máquinas maten por ellos.

Shedao Shai se levantó y contempló desafiante el edificio que tenía enfrente. Lo señaló, dejando que su tsaisi se deslizara por su mano y se pusiera rígido.

—Se burlan de nosotros. Se burlan de nuestros dioses. Vamos a destruir sus juguetitos para que no les quede más remedio que enfrentarse a nosotros. Y, cuando lo hagan, les destrozaremos a ellos también.

CAPITULO 33

Te recibo, gracias, Base Uno —Corran miró a los otros seis Jedi que le acompañaban—. Ya lo habéis oído. El general Dendo dice que han mordido el anzuelo. Gavin ha localizado la nave que les sirve de cuartel general. Montad. Vamos para allá.

Corran, ataviado como los demás, con el uniforme negro de combate Jedi, se subió a una motojet que llevaba un baúl de aluminio pulido atado en la parte trasera. Pulsó el botón de encendido y sintió cómo rugía el motor. Una pequeña imagen holográfica de la jungla apareció entre ambos manillares, describiendo con llamativos colores los árboles de la jungla ocultos por la oscuridad.

Sonrió. Él podía sentir esos árboles con la Fuerza y esquivarlos. *Esta cosa me dirá dónde acechan los vong, la temperatura sanguínea de sus cuerpos delatará su presencia aunque estén escondidos.*

Corran miró a su alrededor un momento, y sonrió a Jacen, oculto entre las sombras.

—¿Tú qué miras?

—El joven señaló al baúl.

—Ese baúl. Es un poco difícil no fijarse.

—¿Sí, verdad? —Corran asintió seguro—. Ése es precisamente el propósito de todo esto. Shedao Shai estará luchando, y con esto vamos a recordarle de nuevo los motivos por los que lucha.

—oOOo—

A una orden de Shedao Shai, el batallón yuuzhan vong avanzó, saliendo de la jungla y corriendo a campo abierto hacia el edificio ithoriano. De las paredes comenzaron a salir disparos rojos, dardos de luz que iban en todas direcciones.

Los chazrach corrían alrededor de Shedao Shai, aullando y jadeando. Entre ellos se movían los guerreros yuuzhan vong, más altos y delgados que sus subordinados, avanzando en un mar de cabecitas.

El líder yuuzhan vong, que veía a sus tropas como siluetas a la luz del fuego enemigo, se puso al frente. Los dardos de energía explotaban en el pecho de los chazrach, amputaban miembros y hacían girar a los diminutos guerreros hasta que caían al suelo humeantes. Algunos de los heridos se lamentaban y se quejaban, otros luchaban por seguir avanzando. Shedao Shai no malgastó el tiempo administrando el golpe de gracia a los heridos graves, sino que les ofreció el honor de morir sufriendo para redimir su fracaso.

Aunque el fuego de los láseres era muy concentrado, los autómatas que controlaban las armas eran incapaces de cambiar de táctica según el desarrollo de la situación. Todas las variables que estaban preparados para asumir cambiaban constantemente, por lo que a cada segundo tenían que realizar nuevos cálculos y movimientos que imitaban de forma imperfecta los del enemigo vivo al que se enfrentaban. Cada máquina respondía a una velocidad diferente, por lo que a veces dejaban alguna zona al descubierto mientras otras zonas que dejaban de ser peligrosas, recibían una cobertura doble. Esclavas de su programación, las máquinas no podían prescindir de lo insignificante para concentrarse en lo importante.

Tal y como hacen las criaturas vivientes. Shedao Shai vio que uno de sus guerreros caía y se llevaba la mano al costado. Le quitó el anfibastón a aquel cuerpo inerte y lo blandió por encima de su cabeza, lanzándose a la carga y dejándose llevar por la ira y la furia.

Los insectos de ataque de los yuuzhan vong llenaban el aire a su alrededor. Algunos daban en el blanco y hacían explosión, derribando paredes, destruyendo parapetos electrónicos armados y reduciendo a los autómatas a restos chispeantes y miembros descoyuntados.

Un enemigo vivo seguiría luchando, pero estas cosas no.

Los chazrach escalaron el muro como un enjambre y corrieron por las rampas hacia el piso superior. De las torres surgían más disparos láser, aunque las armas no eran tan flexibles como para apuntar a las terrazas superiores. Shedao Shai sonrió, porque una criatura viviente, una criatura inteligente, no habría pasado eso por alto. *Un auténtico guerrero empuñaría esas armas y dirigiría esa energía letal hacia nosotros. Estos autómatas ni siquiera son tan inteligentes como las bestias.*

Los insectos explosivos, apuntados con pericia, hicieron explotar la parte superior de una de las torres, arrancando un grito triunfal al líder yuuzhan vong. El sonido metálico de los anfibastones y las chispas que soltaban los coufees al cortar los cables se unieron en una sinfonía de destrucción. Hubo más

explosiones en la noche, y una segunda torre cayó con tanta fuerza que todo el edificio retumbó hasta los cimientos.

Shedao Shai se vio a sí mismo gritando victorioso con los suyos, pero, de repente, se quedó en silencio. Dio un paso atrás, con una fría sensación de miedo atravesándole, mientras los guerreros yuuzhan vong y los chazrach entraban en el edificio. Algo no iba bien, y no se dio cuenta hasta que fue consciente de que la estructura ligera de una simple torre derrumbándose no tenía por qué hacer temblar un edificio entero.

No es una estructura permanente. Miró de nuevo a su alrededor, con los ojos abiertos como platos, aterrorizado. A su alrededor había una orgía de destrucción. Los chazrach reducían a ceniza las consolas, y los paneles de circuitos eran arrancados de sus estructuras con los cables colgando comointestinos de colores. Hasta sus guerreros se apropiaron de cables y juntas para adornarse con reliquias de lo conquistado.

Sus tropas habían perdido toda cohesión y disciplina. La toma del edificio y la destrucción tecnológica continuaba dentro, y los gritos que se oían atraían a más y más guerreros hacia el interior. *Es lo que ellos querían, ellos sabían lo que nos provocarían al poner aquí sus abominaciones. Sabían que nos ofenderíamos y que perderíamos la cabeza.*

Shedao Shai saltó el muro y comenzó a retirarse del edificio. Gritó a las tropas que se retiraran y que hicieran correr la voz. El chazrach que estaba a su lado se alejó rápidamente, y otros reptiloides emprendieron la huida, pero ninguno de los guerreros yuuzhan vong. *No, claro que no. No aceptarán que un chazrach les ordene que abandonen su deber sagrado.*

Se dispuso a utilizar el villip para llamar al cuartel general, con la intención de que ellos enviaran una llamada de retirada general, pero comenzó a sentir un temblor que estremecía el suelo, y Shedao Shai supo que ya era demasiado tarde.

—oOOOo—

Los defensores de la Nueva República, que sabían desde hacía tiempo que dar en el blanco era difícil cuando no había blanco, decidieron dar a los yuuzhan vong algo que atacar en la propia superficie de Ithor. Lo habían defendido con armas láser automatizadas y lo llenaron de carcasas de androides, hechos de piezas sueltas y con los circuitos justos para que pudieran moverse un poco. Sabían que, al emplear lo que parecían ser androides para defender un objetivo, los yuuzhan vong se desatarían y se lanzarían a una orgía de destrucción. Y, con este fin, construyeron un edificio bastante rápidamente, sin preocuparse mucho de la estructura de soporte o de cimentarlo en profundidad.

No lo cimentaron en profundidad, pero sí cavaron un hoyo debajo. Un

agujero lleno de explosivos sobre el cual se levantaba el edificio. Los detonadores de los explosivos estaban conectados a un ordenador situado en pleno centro de la construcción. Una vez activado a distancia por el general Dendo, la secuencia de detonación sólo comenzaría cuando se apagase el ordenador.

El tener un anfibastón atravesándolo de lado a lado ayudó mucho a que se apagara.

La explosión resultante partió en dos la estructura y llenó de fuego el sótano, consumiendo a media docena de chazrach que habían bajado hasta allí. La bola de fuego subió al siguiente piso, llevándose por delante el guerrero yuuzhan vong, el anfibastón y el ordenador que había destruido. El estallido resquebrajó los pocos soportes internos que habían sido ubicados en el edificio, y, a medida que la bola de fuego se desvanecía, la construcción se vino abajo.

Las paredes se combaron y el piso superior cayó sobre el inferior. Los muros exteriores crujieron y se desplomaron, aunque de forma irregular, por lo que a los supervivientes les quedó algo de espacio para agacharse. El humo y el polvo salía por los ventanales rotos, junto a los lamentos de los heridos y los atrapados.

—oOoOo—

Shedao Shai se levantó del suelo y gruñó. El villip de su hombro izquierdo comenzó a parlotear, pero el silbido del láser aproximándose desde la jungla, a su derecha, le advirtió de un problema más inmediato. El hecho de no oír nada en el flanco izquierdo le disgustaba todavía más. Soltó una orden al villip, ordenando la retirada, y empezó a adentrarse en la noche.

¿Cómo he podido dejar que pasara esto? Entrecerró los ojos. ¡Elegos! El caamasiano era tan abierto y pacífico, tan inteligente y tan honesto, que Shedao Shai no creyó enfrentarse al tipo de astucia y picardía necesarias para planear esa emboscada. Seguro que supusieron lo que yo pensaría de ellos basándose en mi impresión de Elegos. Esta gente no son chazrach. Su conquista no será fácil.

Shedao Shai dejó escapar un aullido iracundo en la noche. *Pero esa conquista llegará, y será a manos mías.*

—oOoOo—

Mara escuchó la llamada de Anakin y la orden que le dieron de acudir a la gruta de ópalo. Le buscó en la Fuerza, lo encontró y percibió problemas en la cercanía. Pulsó el intercomunicador.

—Jade en movimiento para interceptar a Doce.

Mara sintió la Fuerza fluyendo en su interior. Había estado aguardando dentro de la formación Jedi, al otro lado del lugar que ocupaba Anakin. La lucha en su lado no había sido muy violenta, así que no le habían pedido que se trasladara de sitio. Corrió por una galería, y cuando saltó por una balastrada

hasta el piso de abajo, se dio cuenta de por qué.

Los yuuzhan vong habían hecho mella en el centro de la formación Jedi. Kyp Durrón y Wurth Skidder, ambos sangrando abundantemente por varias heridas, se enfrentaban a cuatro de los guerreros. A lo lejos, avanzando por la galería, Anakin se había detenido en lo alto de una pequeña cuesta. Había dejado en el suelo a Daeshara'cor y se enfrentaba con dos sables láser a una manada de reptiloides.

Deberían haber pedido, ayuda. Mara encendió su sable láser, soltando una luz fría y azul sobre los yuuzhan vong. Dio un salto y se agachó para evitar que la cortaran por la mitad. Pasó su hoja entre las piernas del yuuzhan vong y le dio por detrás de la rodilla. Se levantó a un tiempo, sajando el miembro por completo.

Gruñendo, el guerrero comenzó a caer. Mara saltó por encima del débil golpe que el yuuzhan vong soltó en respuesta, y le aplastó la muñeca de un pisotón. Los huesos crujieron y el guerrero soltó el anfibastón. Mara le dio una patada en la otra mano, rompiéndole los dedos, y le hundió la hoja en la garganta.

La mujer se giró al oír el grito de Wurth. El hombre retrocedió, doblando el brazo como si no tuviera codo, en una dirección que ningún codo podría haber aguantado. Su sable láser había desaparecido. Su oponente giró el anfibastón, que zumbó en el aire, e intensificó su ataque. Rápidamente, Mara le tiró un puñado de tierra de una maceta a la cara. El yuuzhan vong se llevó las manos a los ojos y Kyp Durrón aprovechó para asestarle una estocada en el estómago.

El guerrero yuuzhan vong suspiró al caer al suelo. Otro guerrero apuntó su anfibastón hacia Mara, abriéndole una herida en el hombro izquierdo. Mara bloqueó el golpe siguiente, giró y dio una patada al guerrero en el pecho. Él retrocedió y se tropezó con el cadáver de su camarada. Al desplomarse, Mara le desarmó, cortándole la muñeca, y le atravesó el pecho hasta el corazón.

La hoja blanca y violeta de Kyp se alzó en un poderoso movimiento que cortó al yuuzhan vong desde la cadera hasta el hombro. El guerrero se alejó hacia atrás y se tambaleó, agarrándose la brutal herida. Mantuvo unida la armadura rasgada como si eso le fuera a salvar la vida, se apoyó contra una pared y cayó al suelo en un charco de su propia sangre.

Mara apuntó con el sable láser a Wurth.

—Sácale de aquí. Veo sangre. Es una fractura compuesta. Cauterízala con el sable láser si lo ves necesario.

Kyp entrecerró los ojos.

—Sobrevivirá. No voy a dejarte aquí.

—No necesito tu ayuda, Kyp. Él sí. Vete mientras haya tiempo. Vamos. Él la miró a través de la máscara de sangre que le manaba de una herida en el

cráneo.

—Conozco mis deberes.

—Entonces cumple tu deber para con tu amigo —le gruñó mientras corría hacia Anakin—. ¡Sácalo de aquí!

En lo alto de la galería, los dos sables láser habían permitido a Anakin mantener a raya a los reptiloides, pero los cuatro se acercaban lentamente. Mara hizo acopio de la Fuerza para saltar hasta su nivel, pero antes de que pudiera saltar, uno de los reptiloides cogió su anfibastón por el otro extremo y lo hizo girar a la altura de las caderas, cortando por la mitad a su víctima.

Entonces, el reptiloide se lanzó a por otro de sus camaradas, acertándole en el pecho. Mientras el tercero contemplaba la escena atónito, Anakin atacó con su hoja púrpura, borrando la sorpresa del rostro del reptiloide. Una estocada fugaz con la hoja escarlata de Daeshara'cor mató al último reptiloide, que soltó sus últimos estertores a los pies de Mara, cuando ésta aterrizó de su salto.

—¿Qué has hecho, Anakin?

—Nada —el chico sonrió y miró por encima del hombro de ella. Mara se giró y vio a Luke, todo calma y serenidad, en mitad del caos.

El Maestro Jedi les indicó que se acercaran.

—Vámonos. Anakin, tú primero.

Mara apagó el sable láser y se echó a Daeshara'cor al hombro.

—¿Cómo has hecho eso? —la presencia de Luke era reconfortante para ella.

—Sustituí la imagen de Anakin por la de los otros reptiloides en la cabeza de ese esclavo. Poco más que un truco.

—Pero un truco efectivo —asintió ella—. ¿Has visto a Kyp y a Wurth?

—Están delante de nosotros. Ya ves la sangre —Luke pasó la mano a Mara por la cintura—. Deberías haberme llamado para pedir ayuda.

—Supuse que me oirías por el intercomunicador y vendrías en caso necesario —ella rió suavemente para que él supiera que sonreía—. Y me alegro de que lo hicieras.

—Gracias por salvar a Anakin.

—Se lo debía —su sonrisa se hizo más amplia cuando vio a Anakin protegiendo la entrada de un pasillo con ambos sables láser—. Además, dentro de un siglo, cuando los Jedi canten baladas sobre Anakin Solo, el gran héroe Jedi, quiero que me conozcan por algo más que por ser la mujer a la que salvó en Dantooine.

Créeme, Mara —dijo su marido en voz baja—, eso no será así.

—oOOOo—

A bordo del *Legado del Suplicio*, Deign Lian vio centellear las armas de una de las naves infieles. Sus rayos dorados y rojos se dirigieron hacia una de las pequeñas naves de la formación yuuzhan vong y pasaron por entre los vacíos dispuestos para interceptar esos débiles disparos. Los proyectiles de energía derretieron el coral yorik del casco, que pasó de sólido a gaseoso, disolviéndose en el espacio.

Dos disparos que pasaron por la columna dorsal dejaron al descubierto el principal canal neurálgico de la nave viviente, exponiéndolo al frío del espacio. El tejido se derretió de inmediato, depositando un bloque gélido que impedía que los datos salieran o llegaran desde el puente a la parte delantera de la nave. Los dovin basal de proa, privados de los datos sensoriales sobre el fuego enemigo entrante, se pusieron en modo de espera, situando los vacíos como mejor pudieron para protegerse a sí mismos y a la nave.

Las naves enemigas soltaron ráfagas todavía más violentas. Algunas fueron absorbidas por el vacío, pero el resto traspasó las defensas. Agujerearon el casco, trazando una línea que iba desde la proa hasta la mitad de la nave. Los paneles de coral yorik a medio derretir se separaron y salieron despedidos. La parte delantera de la nave se desintegró bajo el bombardeo. El *Hijo de la Agonía* quedó a la deriva, desgajándose de lo que había sido su estructura delantera, y comenzó a orbitar Ithor como una luna nueva e inerte.

¿Qué está pasando? Teníamos una estrategia. Deign Lian contempló la caída de otra nave bajo un ataque. Comenzó a resplandecer y se derretió como el hielo sobre una piedra caliente. *¡Esto no puede estar pasando!*

De repente, Deign Lian supo lo que tenía que hacer. Emitió una orden atodas las naves para que se retiraran a la mitad del planeta en la que era de día. Concentró su armamento en las naves enemigas pequeñas para que no les siguieran, y dejó que el planeta verde se interpusiera lentamente entre él y la fuerza enemiga.

Enfurecido, Deign Lian se quitó el casco de cognición. *Él sabía que pasaría esto. Por eso está ahí abajo. Lo ha hecho a propósito para avergonzarme.*

El yuuzhan vong asintió solemnemente. *Y ha pedido refuerzos. Pues no los obtendrá de mí. Espero que esté muerto. Y, si no lo está, quizá deba matarlo yo mismo.*

—oOOOo—

El equipo Jedi apostado en la jungla atacó con brío el cuartel general en tierra de los yuuzhan vong. Jacen disparó dos veces con los cañones láser de su motojet. Dio a un guerrero yuuzhan vong, cuyo cuerpo decapitado quedó dando vueltas hasta que chocó contra la pared del *jaula*. Los reptiloides caían

bajo el fuego láser, y varios Jedi desmontaron para rematar con sus sables a los que quedaban en pie. Jacen sabía que lo hacían principalmente por no sentirse tan distantes y aislados de la vida que estaban segando, y no por el placer de matar.

Corran saltó del asiento de su deslizador y soltó las ataduras del baúl. Corrió hacia *el jaula* con el sable láser apagado en la mano. Jacen le seguía de cerca, y Ganner fue también tras ellos. Jacen subió la rampa, empuñando su arma, pero encontró a Corran en el interior de la nave, solo, a excepción de un reptiloide que se agazapaba acobardado contra un rincón.

El Jedi de más edad se colocó frente a un grupo de villip y los contempló. Casi todos se parecían a un yuuzhan vong, aunque Jacen no hubiera podido distinguirlos. Algunos de los villip comenzaron a aflojarse y a marchitarse mientras los contemplaba, lo que le hizo suponer que los yuuzhan vong a los que estaban conectados habían caído.

—¿Cómo sabes con cuál tienes que hablar?

Corran colocó el baúl en el suelo y se llevó una mano a la boca.

—Busco el que parezca más importante. Las probabilidades de que Shai esté por aquí son escasas, pero quien esté al mando tendrá sus... bueno, lo que sea que tengan los vong por orejas.

Jacen se encogió de hombros.

—Busca a uno muy feo.

—Eso puede funcionar —Corran sonrió de repente—. Éste es un gran día para nuestro equipo. No podemos olvidar esa cara tan fea —alargó la mano y dio unas palmadas no muy suaves a uno de los villip—. Shedao Shai, aquí Corran Horn. Me he apropiado de tu cuartel general, y tienes a los míos rodeándote. Tienes comandos de la Nueva República a la derecha, y noghris a tu izquierda. Pero los de la izquierda son muy silenciosos.

El rostro yuuzhan vong del villip se endureció.

—Tienes menos honor que un ngdin.

Corran miró a Jacen, y el chico se encogió de hombros.

—No sé qué es eso, pero no suena muy bien.

—Puede que no tenga honor, pero lo que sí tengo es un montón de huesos aquí conmigo. Supuse que los querías.

—Devolverlos no suaviza tu traición.

—Todavía no los he devuelto, colega. Te propongo un trato. Si no lo aceptas, enviaré estos huesos directos al sol.

El yuuzhan vong entrecerró los ojos.

—¿Y el trato es?

—Lo que ambos queremos. Tú, yo y nuestros hombres de confianza. Los huesos contra Ithor. Si ganas, te quedas con ellos; si gano yo, me quedo con el planeta —la voz de Corran se endureció—. Nuestras fuerzas tendrán una tregua hasta que nosotros nos enfrentemos. Ambos recuperaremos a nuestros muertos, y tú y yo arreglaremos esto.

—Comercias como un vulgar mercader —los labios del villip se curvaron en una mueca burlona—. A Elegos le hubiera dado vergüenza verte caer tan bajo.

—Bueno, supongo que gracias a ti nunca sabremos realmente lo que hubiera pensado, ¿no es así? Tú y yo, Shedao Shai. Los huesos contra Ithor.

—¿Cuándo nos encontraremos?

Corran lo pensó un instante.

—Dentro de un ciclo lunar. Soy un Jedi, quiero luchar bajo la luna llena.

—Recuerda la lección de Sernpidal. Puedo arreglarlo para que realmente luches bajo una luna llena. Dos ciclos planetarios. Hay una meseta en la cima de una montaña al oeste de aquí. Lo haremos allí.

—Dos semanas.

—Cuatro días.

—Diez.

—Me estoy cansando de este juego, *jeedai* —la furia colmaba sus palabras—. Una semana. No más.

Corran asintió.

—Una semana.

La cara del villip se suavizó un momento, pero luego volvió a endurecerse.

—Siete ciclos planetarios a partir de ahora. Hasta entonces, habrá tregua. Que así sea.

—Bien, muy bien. Nos veremos pronto.

—Así será —la voz del villip se hundió en un gruñido profundo—. Ven preparado para morir.

CAPITULO 34

El almirante Pellaeon estaba en el puente del *Quimera*, con las manos a la espalda. Contemplaba el holograma de su homólogo en la Nueva República.

—Sí, almirante Kre'fey, estoy de acuerdo en que todo ha salido mejor de lo que esperaba. La tregua Jedi es más larga de lo que yo pensaba que sería.

—Así es, almirante, y estamos haciendo buen uso del tiempo. —El bothan caminaba lentamente, mientras la holocámara le seguía para mantenerlo en el centro de la imagen—. La modificación que realizamos en nuestro armamento demostró ser muy efectiva y derribó muy rápidamente dos de sus naves pequeñas. No estoy seguro de cómo responderán en el futuro, pero podemos aprovecharnos de sus debilidades cambiando de táctica en plena batalla. Mis técnicos están trabajando en la elaboración de modificaciones.

—Los míos también —respondió Pellaeon—. ¿Cree usted que los yuuzhan vong cumplirán este acuerdo si su líder pierde?

—O lo cumplen o, si Horn muere, mi primo ordenará un ataque total e inmediato. Ese trato no ha tenido muchos seguidores por aquí —Kre'fey se rascó el cuello—. De todas formas, sabemos que volveremos a enfrentarnos con los yuuzhan vong. Tengo algunas ideas nuevas, cuyos archivos le estoy transmitiendo. Tengo una nave de reserva para ayudarnos. Cuando usted decida, procederemos.

—Revisaré esos informes y se lo haré saber —Pellaeon saludó solemnemente a su homólogo—. Mande a Horn mis mejores deseos. Si tuviera cuarenta años menos, me ofrecería para ir en su lugar.

—Le encantará oír eso, señor —el bothan enseñó los colmillos al sonreír—. No creo que haya una persona en toda la flota que no diga lo mismo. Bueno, puede que una, pero siempre hay una excepción a toda regla.

—oOOOo—

Corran puso la tapa a su sable láser recién recargado.

—Me parece, jefe Fey'lya, que, por lo que me dice, no le parece bien el acuerdo al que he llegado con el líder vong. Me lo ha repetido ya unas quinientas veces.

—Y se lo diré otras mil, si he de hacerlo. No tenía usted derecho ni autoridad ninguna para usurpar la prerrogativa de la Nueva República de ir a la guerra con su estúpido duelo. Y se lo diré todas las veces que sea necesario hasta que lo entienda y anule el trato.

Los ojos verdes del Jedi le miraron fríamente.

—Creo que hay una cosa que tiene que entender. Me importa un cubo de

escupitajos de hutt lo que usted piense. Le recuerdo que su negativa a dar permiso a los Jedi fue lo que hizo que el ejército de la Nueva República me llamara a filas. Y llegué a ese acuerdo con esa autoridad.

—No era un oficial de rango en tierra.

—Pues lo cierto es que sí. El general Dendo estaba herido.

—Pero eso usted no lo sabía.

Corran le sonrió, enseñándole los dientes.

—¿Me está diciendo que no lo sentí a través de la Fuerza?

Eso hizo que el bothan se quedara de una pieza, pero también vio que una tercera persona en la sala fruncía el ceño al oírlo: Luke Skywalker.

—Corran, no es momento de jugar a esas cosas con el jefe Fey'lya.

—Tienes razón, Maestro. No hay tiempo para jueguecitos —el corelliano contempló el sable láser en su mano—. Jefe Fey'lya, olvida usted nuestra historia común. Hace unos quince años, usted me prohibió que hiciera algo. Yo dimití del ejército de la Nueva República, e igual hizo el resto del Escuadrón Pícaro; pero, aun así, alcanzó nuestros objetivos. Así que, por favor, acepte de nuevo mi renuncia al ejército. Su autoridad sobre mí ya no existe.

Fey'lya parpadeó con los ojos violetas, y miró a Luke.

—Maestro Skywalker, ordénele que abandone este duelo.

—No.

Los ojos del bothan parecían finas vetas de amatista.

—¿Los Jedi aprueban este duelo?

Luke le sostuvo la mirada.

—Dentro de una semana bajaré a Ithor para actuar como hombre de confianza de Corran.

—Entonces los Jedi se adjudican el derecho a determinar el destino de Ithor.

El tono astuto de las palabras de Fey'lya hizo enfadar a Corran. —Tiene razón, Maestro. Los Jedi no pueden caer en esa trampa. Así que, renuncio a ser un Jedi también.

—No puedes.

—Vale, despídeme —Corran frunció el ceño—. Hay partes del Código Jedi que no me las trago, y además, estas ropas... Hay insubordinación, pues échame. Éste es un problema que no necesitas.

El Maestro Jedi negó lentamente con la cabeza.

—Lo que no entiende, jefe Fey'lya, es que Corran actúa para proteger la vida.

Aunque caiga, será una vida contra las muchas que hemos conseguido evacuar. Será una familia la que sufra, no muchas. Y cuando gane, porque ganará, Ithor estará a salvo, y los yuuzhan vong sabrán que esta invasión les costará tremendamente cara.

Corran se tensó al escuchar las palabras de Luke. Mirando a Borsk Fey'lya, parecía que, aunque el bothan oía las palabras, no llegaba a entrarle en la cabeza su verdadero significado. *Está a kilómetros de aquí, intentando averiguar cómo dará la vuelta a la situación en su propio beneficio, tanto si ganamos como si perdemos.*

Corran le dio la vuelta a la empuñadura de su sable láser y se lo ofreció al jefe Fey'lya.

—Tome, aquí lo tiene, baje ahí y pelee usted mismo.

—No, no podría.

—Lo sé, jefe, y no porque piense que es usted un cobarde —Corran negó lentamente con la cabeza y le volvió a dar la vuelta al sable láser, poniendo el dedo sobre el botón de encendido—. Pero esta lucha no es la suya, es la mía. Estoy preparado para ella, y, dado que no puedo perder, no lo haré.

El bothan esbozó una sonrisa burlona.

—Si fracasa será como Thrawn y Vader a los ojos de la gente.

—Si pierdo, jefe Fey'lya, Ithor será olvidado con el baño de sangre que vendrá después —Corran se deshizo de la furia y adoptó una expresión tranquila—. Y es justamente para impedir eso por lo que lucho con Shedao Shai. La conservación de la vida y la libertad son las únicas razones para luchar. Y por esa causa, ganaré.

—oOOo—

Anakin se quitó de encima las manos de su madre mientras miraba por el ventanal de la estación médica. Daeshara'cor yacía en la cama, sin apenas moverse, cubierta hasta el cuello con una sábana blanca. Anakin podía oír su respiración, pero cada vez era más débil y rápida.

Leia habló en voz baja.

—No tienes por qué entrar.

Yo no quiero, pero tengo que hacerlo. Anakin resopló y miró a su madre.

—Ella..., ella ha preguntado por mí. He de hacerlo.

¿Quieres que entre contigo?

Él tragó con fuerza, a pesar del nudo que tenía en la garganta.

—No. Puedo hacerlo. Tú...

—Te esperaré aquí.

—Gracias —Anakin se secó una lágrima y entró en la estancia. Los androides se afanaban con otros pacientes. Se puso a un lado de la cama y apoyó su mano en la mano cubierta de Daeshara'cor.

Ella se sobresaltó ligeramente y abrió los ojos. Su expresión de sorpresa se convirtió en felicidad, aunque apenas duró un segundo. Emanaba tristeza, y Anakin podía sentir que su chispa vital se desvanecía.

—Anakin.

—Hola, ¿qué tal estás? —Anakin cerró los ojos de repente—. Pero seré idiota...

Daeshara'cor sacó la mano de debajo de la sábana y le secó una lágrima.

—No pasa nada. El veneno...

Anakin resopló.

—A Corran le mordieron. Y se salvó.

—Química humana... Diferente de la twi'leko —bajó la mano y apretó la de Anakin con todas sus fuerzas, que a él le parecieron muy pocas—. No pueden hacer nada. Me muero.

— ¡No! No es justo. ¡No puedes! —Anakin gruñó mientras las lágrimas le corrían por las mejillas—. Tú no, no como...

—¿Chewbacca?

A Anakin le flojearon las rodillas y comenzó a caerse, pero una silla le recogió. Se cubrió la cara con las manos y sintió que Daeshara'cor le acariciaba el pelo.

—Cometí un error y él murió. Cometí un error y tú te estás muriendo.

—No hay muerte... Sólo la Fuerza.

Él la miró entre lágrimas.

—Pero sigue siendo doloroso.

—Lo sé —ella sonrió débilmente—. Anakin, quiero que sepas... que aunque yo muera..., yo no hubiera cambiado nada..., y Chewbacca tampoco.

—¿Cómo puedes decir...

Ella le acarició la mejilla, y sus dedos estaban helados.

—Él murió... Yo muero... en favor de la vida. Tú me salvaste de la oscuridad. Yo te salvé... no como recompensa, sino para que puedas seguir al servicio de la vida, de la Fuerza.

Él alargó la mano y cogió la de ella.

—Jamás la serviré tan bien como Chewie o como tú.

Daeshara'cor sonrió de nuevo, las comisuras de sus labios temblaban.

—Ya lo haces, Anakin, y cada vez mejor. Cuando superes esto, serás más fuerte de lo que nadie puede imaginar. Estamos orgullosos de ti, tan orgullosos...

Su voz se desvaneció junto con su sonrisa, mientras la vida se le escapaba. Anakin apretó la mano de Daeshara'cor contra su cara, pero su carne ya estaba carente de vida. Bajo su mirada, ella se iluminó hasta quedar transparente, y finalmente desapareció bajo la sábana que la había cubierto.

CAPITULO 35

Luke Skywalker permanecía en silencio en el lado sur de la altiplanicie, envuelto en su túnica negra. La montaña seguía elevándose por el oeste. El granito expuesto al aire casi parecía una enorme cara solemne, mirando hacia abajo, hacia la superficie verde que tenía justo a la altura de su barbilla. Luke se dio cuenta de que su propia expresión de seriedad se parecía a la de la montaña, pero no la cambió.

En el centro de la explanada estaba Corran, sentado con las piernas cruzadas, de espaldas a su Maestro. La paz y el bienestar fluían de él; sólo pequeños momentos de ansiedad se le escapaban de vez en cuando. Llevaba el atuendo Jedi, verde sobre negro. Sus manos vacías descansaban sobre las rodillas, y sus hombros estirados subían y bajaban al ritmo de su respiración.

Luke estaba tan concentrado en Corran que le pilló por sorpresa la aparición de Shedao Shai con su hombre de confianza. El comandante yuuzhan vong tenía una apariencia impresionante, y llevaba una túnica escarlata sin mangas y abierta por la mitad. Por debajo llevaba botas y un taparrabos dorado con flecos que le llegaban a la rodilla. Su piel, curtida y de color gris verdoso, brillaba como si la hubieran pulido, y una dura máscara de algo parecido al ébano le ocultaba el rostro.

Llevaba un anfibastón, que clavó en el suelo. Alzó una mano enguantada, y el ocaso se reflejó en su brazalete. Se llevó la mano al corazón.

—Soy Shedao del Dominio Shai. Éste es mi subordinado, Deign del Dominio Lian. Él será mi testigo para este combate.

Corran siguió sentado.

—Yo soy Corran Horn, ex miembro de las Fuerzas Armadas de la Nueva República, Caballero Jedi. Éste es mi Maestro, Luke Skywalker. Él será mi testigo para este combate.

El yuuzhan vong señaló al baúl que Luke tenía detrás.

—¿Son esos los huesos de Mongei del Dominio Shai?

—Sí, tal y como acordamos hace siete días.

—Muy bien —Shedao Shai se quitó la túnica. Aunque era cadavérica-mente delgado, Luke se dio cuenta de que no era débil en absoluto. El guerrero sacó el anfibastón del suelo, lo giró a una velocidad vertiginosa y lo detuvo con el antebrazo derecho, con la cabeza siseante en la muñeca y el extremo de la afilada cola apuntando al cielo azul—. Tú asesinaste a Neira Shai y Dranae Shai, mis parientes.

Corran se puso en pie, lenta y deliberadamente. Luke podía sentir la Fuerza

surgiendo en su interior, arremolinándose a su alrededor.

—Y tú asesinaste a mi amigo, Elegos A'Kla. Pero no luchamos por el pasado, sino por el futuro.

—Habla por ti —el yuuzhan vong se enderezó cuan largo era y saludó a Corran con una inclinación de cabeza—. Yo lucho por el honor de los yuuzhan vong y del Dominio Shai.

El corelliano le devolvió el saludo.

—Cuánto riesgo para tan poca ganancia.

El anfibastón giró y el sable láser se puso en posición de combate. Un golpe arriba, un corte bajo que quemó la hierba pero no tocó carne. Los combatientes pasaban el uno al lado del otro, girando, atacando, bloqueando. El siseo del anfibastón contrastaba con el zumbido del sable láser. Las armas relucían al atacar, se retiraban, respondían.

Luke sintió la Fuerza impulsando a Corran. Le reforzaba y le aceleraba, pero no le permitía adivinar lo que iba a hacer su enemigo. El anfibastón iba de un lado a otro, fallando siempre por centímetros, o siendo bloqueado. El yuuzhan vong conseguía hacer girar el anfibastón a tiempo de rechazar los ataques de Corran o de soltar sus propios golpes. Ambos parecían estar perfectamente igualados. *La derrota procederá de un único error.*

El sable láser plateado giró, describiendo un amplio arco, y cayó sobre Shedao Shai. El guerrero yuuzhan vong se movió para bloquear el ataque, pero Corran pasó la hoja por debajo del bastón. Lanzó el sable láser en una estocada que debería haber atravesado al yuuzhan vong de la ingle a la garganta, pero éste se echó hacia atrás, dejando que los flecos quemados de su taparrabos cayeran al suelo a su paso.

Corran se acercó y le atacó al pecho. Cogiendo el anfibastón a dos manos, el yuuzhan vong esquivó la hoja por arriba, agachó la cabeza y dio la vuelta. El anfibastón soltó un chasquido al dar contra el antebrazo de Shedao, y atacó.

El dolor fulminó al Jedi cuando la cola del anfibastón se le hundió en las entrañas. La punta salió por el otro lado, levantando la túnica a la altura de su cadera derecha. Entonces, el yuuzhan vong tiró del anfibastón para sacarlo, y el Jedi cayó al suelo. Corran se hizo una bola sobre el lado derecho. Su sable láser quedó en el suelo, humeante.

Luke quería actuar, ayudar a Corran en su dolor, pero se abstuvo. Le consolaba el hecho de que el anfibastón no le había atravesado la columna. *Le podría haber dado en las arterias. Tiene las tripas rotas, pero sobrevivirá si Shai le da una oportunidad.*

Shedao Shai retrocedió varios pasos, se quitó la máscara y la tiró al suelo. Alzó el anfibastón sangrante y se lo llevó a los labios, lamiendo el fluido

sanguinolento. Cerró los labios, después los ojos y asintió.

—Juré que bebería tu sangre mientras morías, y ya lo he hecho. Corran tosió, su dolor resonaba en la Fuerza, y se puso de rodillas. —Muy bien, colega, me alegro por ti —apretó los dientes mientras se levantaba, y agarró su sable láser—. Pero yo, si hubiera sido tú, hubiera jurado alguna otra cosa.

—¿Ah, sí? —el yuuzhan vong abrió un poco los ojos—. ¿Qué hubiera sido?

—Hubiera jurado beber mi sangre después de haber muerto —toda sensación dolorosa se borró en el Jedi, mientras la Fuerza le envolvía de nuevo. Corran, con la mano izquierda ensangrentada, indicó a su oponente que se acercara—. Dime una cosa, ¿esta incapacidad que tenéis para matar limpiamente es cosa de los vong o sólo del Dominio Shai? Eres tan torpe que no creo que esos huesos quieran volver a casa contigo.

Shedao Shai abrió los ojos de par en par. Aunque Luke no podía percibirlo en la Fuerza, la furia y el odio que sentía el vong eran innegables. El guerrero se abalanzó, alzando el anfibastón en un golpeado manos. Lo hizo chocar contra el sable de Corran, obligando al Jedi a retroceder un paso.

Una y otra vez, dejó caer sus golpes con una fuerza descomunal. Corran retrocedió, cediendo uno o dos pasos cada vez. La furia de Shedao Shai crecía, y su fuerza también, obligando a Corran a utilizar la mano izquierda, con la que se tapaba las heridas, para empuñar el sable. Otro golpe resonó contra la hoja plateada, y otro más, debilitando las piernas de Corran, haciendo que cayera de rodillas.

Shedao Shai se colocó ante él y se puso de puntillas para asestar el golpe final. El anfibastón se elevó en el aire y se precipitó hacia abajo, con la intención de llevarse por delante el sable láser y que cayera sobre su portador, matando a un infiel con la blasfema arma que portaba.

De repente, Corran apagó el sable láser y se echó hacia delante.

Al no encontrar resistencia en la que apoyarse, Shedao Shai perdió el equilibrio, su anfibastón se hundió en el suelo, y él dio un traspié. La sorpresa en su rostro se manifestó en sus ojos abiertos de par en par, y sus labios se deformaron en una mueca feroz cuando Corran le clavó el sable láser en el estómago. El sable siseó. De la boca de Shedao Shai salió un resplandor plateado un segundo antes de que vomitara sangre negra y cayera al suelo, con la columna partida y las entrañas humeantes.

Luke corrió hacia Corran, que sacaba las piernas de debajo del cadáver del yuuzhan vong.

—No te muevas, yo te sacaré de aquí.

—Espera —Corran le cogió del hombro—. Ayúdame a levantarme un

momento.

El Maestro aceptó.

El Jedi corelliano apuntó con su sable a Deign Lian.

—Tú has sido testigo de esta pelea. Ya conoces el trato. Coge el cadáver y vete.

El yuuzhan vong hizo un gesto con la mano, como para restar importancia al comentario de Corran.

—He sido testigo, pero no me llevaré el cadáver. Ha muerto a manos tuyas. Ya no es de los yuuzhan vong —Deign Lian hizo un gesto de indiferencia—. Su cuerpo es tuyo.

Corran negó con la cabeza.

—Yo no lo quiero para nada.

—Entonces no tenemos nada más que hablar —el yuuzhan vong dio media vuelta y desapareció al bajar por la cuesta.

Luke comenzó a dirigir a Corran hacia el transbordador.

—Vámonos.

—Espera, un segundo —Corran señaló la máscara que Shedao Shai había tirado—. Quiero esa máscara.

—¿Por qué?

Corran cerró los ojos un momento al sentir una punzada de dolor.

—Los huesos de Elegos. Están contemplando algo. Esa máscara le demostrará que los vong no son invencibles, y que, al menos para Ithor, habrá paz.

CAPITULO 36

En su solitario regreso al *Legado del Suplicio*, Deign Lian asumió el mando de la flota yuuzhan vong. Se apropió de los aposentos de Shedao Shai y emitió inmediatamente una orden que llevaba preparando un mes, desde el momento en que se dio cuenta de cuál era la forma más rápida de solucionar el tema de Ithor. Shedao Shai la había rechazado, pero el otro señor de Deign Lian la aprobaba.

Hizo lanzar doce cápsulas de coral yorik con forma de semilla desde una docena de alvéolos de coralitas modificados para la ocasión. Si bien esas naves sin piloto no eran ni mucho menos tan sofisticadas como los coralitas normales, sí poseían una inteligencia rudimentaria que les permitía utilizar los dovin basal para aferrarse a la masa planetaria de Ithor y acelerar su descenso hacia la gravedad. Las cubiertas exteriores comenzaron a calentarse y a arder cuando entraron en la atmósfera ithoriana. Las doce cápsulas se dispersaron y atravesaron el cielo en rutas que las repartían por toda la cara iluminada del planeta.

—oOOOo—

En la estación médica del *Ralroost*, el almirante Kre'fey se alejó del tanque de bacta donde flotaba Corran Horn y se llevó el intercomunicador a la boca.

—Aquí Kre'fey, adelante.

—Aquí sensores, almirante. El *Arco Iris* informa de una docena de anomalías gravitatorias de la flota yuuzhan vong —el oficial bothan gruñó—. Parecen coralitas, pero han entrado en la atmósfera. El *Arco Iris* ha informado de explosiones aéreas.

—¿Explosiones aéreas? Voy al puente. Envíe los datos al *Quimera* —el almirante apagó el intercomunicador y se dio la vuelta para preguntar a Luke Skywalker su opinión sobre aquel extraño suceso. Pero su pregunta quedó en el aire. El Jedi se retorció de dolor y caía al suelo, golpeándose contra las paredes.

—oOOOo—

Las explosiones aéreas sobre la Madre Jungla vaporizaron las cápsulas yuuzhan vong, que se expandieron en una enorme nube tóxica. Las gotas resultantes rociaron la jungla formando una fina niebla. Los agentes bacteriológicos alojados en ellas llegaron rápidamente al suelo. La jungla era para ellos lo que una manada de tauntaun para un criatura del hielo wampa hambrienta. Las bacterias comenzaron a metabolizarlo todo y a reproducirse en progresión exponencial.

Un líquido negro repleto de bacterias se deslizó hacia abajo desde las hojas más altas, por las ramas. Las bacterias trabajaban a tal velocidad que el fétido

fluido casi parecía ácido. Las ramas cayeron, derramando bacterias por las demás ramas y las criaturas arbóreas. Un shamarok alado revoloteó hacia el cielo, pero las gotas negras de sus alas las agujerearon, y el pobre animal cayó en una espiral de agonía hasta colisionar con el suelo.

Una serpiente arrak se acercó deslizándose y vio al shamarok. Abrió las fauces y comenzó a degustar aquel manjar tan poco frecuente, pero las bacterias comenzaron a afectarle a ella también. Al comerse el shamarok, las bacterias la devoraron a ella, abriéndole úlceras en la carne y consumiéndola de dentro a fuera. La serpiente se sacudió en su agónico frenesí de dolor y se deshizo en un apestoso charco de protoplasma que comenzó a actuar sobre la materia orgánica del suelo.

El charco aumentaba a medida que las hierbas se marchitaban a su paso y se derretían en el fluido. Las ramas caídas contribuyeron a generar más protoplasma, creando colonias alrededor del caldo de cultivo original. Como las ramas también se hacían líquidas, crearon suficiente protoplasma para desbordar la ligera depresión del terreno, arrasando las otras colonias alternativas. Al cabo de un momento, un fluido negro comenzó a desperdigarse por la Madre Jungla, acabando con las raíces, derribando árboles enormes y deritiéndolos antes de que se extinguiera el eco de su caída.

Ninguna criatura viva de Ithor podía resistir a las bacterias. El fluido penetró en el suelo, destruyendo insectos y otras formas de vida. Fluyó por túneles de gusanos y guaridas de roedores. Las criaturas, sorprendidas, se vieron arrastradas por una ola pútrida que disolvía su carne, dejaba el hueso y luego volvía a atacar destruyendo la masa ósea.

La ola se abrió camino entre las raíces, hacia arriba y hacia abajo. Algunas plantas de enraizado débil simplemente se venían abajo. Otras, más resistentes, provocaban que las bacterias ascendieran por su sistema circulatorio para devorarles directamente el núcleo. El fluido negro salía entonces a la superficie, manchando el tronco. Fluía de forma constante, por lo que las ramas caían, y el protoplasma encontraba más vías de escape.

Finalmente, un torrente de néctar oscuro se abría paso mientras el tronco de la planta se partía en dos y acababa desplomándose.

Las bacterias atacaban sin piedad y rápidamente. Su metabolización de la vida del planeta liberaba mucho hidrógeno y oxígeno. La temperatura comenzó a subir, los océanos se oscurecieron y una sombra apestosa se elevó sobre Ithor.

Las bacterias llegaron adonde yacía el cuerpo sin vida de Shedao Shai en lo que se consideraría poco tiempo a escala humana. Su carne resistió a las bacterias un momento, pero el agente infeccioso se abrió paso a través de la herida que le había infligido Corran. Las bacterias se lo comieron, consumiendo huesos y tejidos. Su esqueleto se deshizo, sus huesos crujieron y se

convirtieron en fluido negro cuando la médula fue devorada. Finalmente, las bacterias licuaron su cráneo, eliminando el último rastro de su presencia en un planeta cuya muerte debería haber salvado.

—oOOOo—

Pellaeon contempló fijamente la representación holográfica de Ithor.

—Estoy de acuerdo, almirante, han hecho algo. Oxígeno, hidrógeno, las altas temperaturas. Si Skywalker está en lo cierto, toda vida está siendo devorada... —el almirante imperial se estremeció, incapaz de concebir la utilización de un arma que metabolizara un planeta entero.

La comandante Yage miró desde su posición en la estación de sensores.

—Almirante, la flota yuuzhan vong se está moviendo. Salen por un punto externo.

—¿El punto alfa-siete?

—El único que tienen abierto.

Pellaeon hizo un gesto a la diminuta representación holográfica de Kre'fey, que se levantaba en una esquina del escáner planetario.

—Están saliendo por alfa-siete. Es hora de moverse. Ithor clama venganza.

—oOOOo—

Deign Lian sonrió al contemplar al villip con el rostro de su señor.

—Ya está hecho, maestro bélico Tsavong Lah. Shedao Shai ha muerto. La amenaza de Ithor ha sido eliminada. Nos marchamos.

—Espléndido —la imagen del villip sonrió, y la cara del Maestro Bélico casi parecía agradable—. Lo has hecho bien, Lian. El *Legado del Suplicio* es tuyo. Cuando llegues a Dubrillion, tendrás órdenes esperándote.

—Entiendo, señor —Deign Lian asintió solemne—. Y espero sus... ¿qué ha sido eso?

Una sacudida estremeció violentamente el *Legado del Suplicio*, tirando al villip de su soporte. Deign Lian lo recogió, y otro empujón sacudió la nave. El yuuzhan vong cayó de rodillas. *Algo va mal, muy mal*. Ignorando los gritos del villip que yacía en el suelo, Deign Lian salió del camarote y corrió hacia el puente.

—oOOOo—

En la semana de tregua que consiguió Corran para la Nueva República, los almirantes Kre'fey y Pellaeon no habían perdido el tiempo. Al estudiar el comportamiento de las naves yuuzhan vong, tanto de las grandes como de las

pequeñas, habían descubierto un punto débil que creían poder explotar. Los pilotos de los cazas habían descubierto que la proyección de vacíos reducía la capacidad del piloto para maniobrar. Los dos almirantes se preguntaron si no pasaría lo mismo al revés, sobre todo en el caso de las naves principales. Y, con ese fin, Kre'fey había hecho llamar al *Arco Iris de Corusca*, de la flota encargada de defender Agamar, y lo hizo llegar a la parte trasera de una luna, fuera de la vista de la flota yuuzhan vong. Cuando los yuuzhan vong comenzaron a irse, el crucero Interdictor apareció en una órbita cercana a Ithor y alineó sus cuatro proyectores de gravedad. Eso duplicó la masa de Ithor e hizo aumentar su campo de gravedad, lo que provocó que el planeta comenzara a absorber lentamente al *Legado del Suplicio* hacia su moribunda superficie.

Los yuuzhan vong a bordo del *Legado* se pusieron manos a la obra para contrarrestar ese efecto. Activaron más dovin basal, intentando enlazarse con la gravedad del sol y las lunas. Ralentizaron la caída y acabaron por detenerla. Poco a poco, retomaron la ruta de salida, y, cuando Deign Lian llegó al puente, la nave ya estaba de nuevo en movimiento.

Pero, por desgracia para Deign Lian, para la tripulación del *Legado* y para la propia nave viviente, el *Arco Iris de Corusca* había hecho algo más que activar sus proyectores de gravedad. Los oficiales de armamento programaron aplicaciones de disparo para el gran crucero yuuzhan vong. Su telemetría se envió a la flota de defensa principal. Cada caza que salió de las naves, los cruceros y los destructores estelares empleó esos datos para apuntar sus torpedos de protones y sus misiles de impacto.

Las explosiones se sucedieron sobre la curva de la atmósfera de Ithor. Chocaron contra el *Legado*, que carecía de vacíos gravitacionales, haciendo saltar en pedazos el coral yorik. La energía liberada en las detonaciones incineró el tejido neuronal y quemó a los dovin basal. La primera andanada desintegró completamente la popa, abriendo la nave al vacío espacial. Pero antes de que el aire y la tripulación fueran absorbidos al exterior, tuvo lugar otra explosión que vaporizó aún más restos de la nave y prendió la atmósfera en su interior. El *Legado* estaba en llamas.

Deign Lian tuvo un momento de agonía cuando la bola de fuego recorrió el interior del transporte. Habría gritado, pero el aire se quemó en sus pulmones antes de que pudiera articular sonido alguno. En el medio segundo de claridad que tuvo su mente, oyó a Shedao Shai aconsejándole que aceptara el dolor, que lo hiciera parte de sí mismo para poder unirse a los dioses. Su último pensamiento fue rendirse al dolor, dejar que le consumiera, negándose a sí mismo la meta definitiva porque no pudo llegar a admitir que Shedao Shai le había enseñado la única forma de llegar a ella.

El ataque resquebrajó la estructura del *Legado*. La nave se rompió en tres, y la parte delantera se alejó por un momento del planeta. La popa en llamas cayó

hacia Ithor, cogiendo velocidad. La parte del centro flotó unos pocos segundos en el espacio y empezó a precipitarse lenta y torpemente hacia el planeta. La proa, con los moribundos dovin basal rindiéndose uno a uno, también sucumbió al abrazo de Ithor.

La verdad es que daba igual que el *Legado* estuviera ardiendo al entrar en contacto con la atmósfera del planeta. La simple fricción de la entrada generaría tanto calor que la tartana habría ardido en una atmósfera con tanto oxígeno. Las llamas se extendieron, y pronto ardió el planeta entero. La atmósfera sobrecalentada se expandió, alargando pequeños tentáculos que se retorcían muy cerca de los cazas y de la flota de la Nueva República. Una de las llamas llegó a rozar una corbeta yuuzhan vong y provocó la explosión de la nave, pero el resto ya se habían alejado lo suficiente para escapar.

La flota yuuzhan vong, o lo que quedaba de ella, desapareció rápidamente por el punto de salida.

Ithor, que una vez fue un planeta pacífico, ardió a su paso. Y con él se consumieron las esperanzas de la Nueva República.

CAPITULO 37

El almirante Gilad Pellaeon se detuvo en la rampa de su transbordador, se giró y estrechó la mano al almirante Kre'fey. Al hacerlo tuvo una profunda sensación de pérdida.

—Usted sabe, almirante, que me hubiera gustado que las cosas salieran de otra manera. Trabajar con usted ha sido fascinante, incluso un placer. El espacio imperial se beneficiará de lo que he aprendido aquí.

El bothan asintió.

—Lo sé, almirante, y siento lo mismo. También sé que, pese a lo que digan las malas lenguas, usted no alberga ningún sentimiento xenófobo. Yo jamás he percibido nada que no fuera respeto por su parte, y no siento más que respeto y admiración por usted.

—Gracias, Traest —el oficial imperial separó la mano y se la llevó a la espalda—. Si hubiéramos conseguido defender Ithor y salvarlo, estoy seguro de que no me habrían pedido que volviera. Tienen miedo, es obvio. Esa arma era ciertamente algo imparable. No estoy seguro de que el mero hecho de tener flotas orbitando planetas vaya a impedir a los yuuzhan vong hacer lo que quieran en donde quieran, pero si no tengo la flota en casa, la población civil será presa del pánico, y entonces estaremos perdidos. Nosotros tenemos, en versión microcosmos, el mismo problema que la Nueva República.

—Ojalá fuera un problema tan simple —Kre'fey miró en derredor, al hangar de popa del *Ralroost* y a los grupos de refugiados ithorianos diseminados por el lugar—. Para empezar, y como poco, supongo que se culpará a la Nueva República de la pérdida de Ithor. Por otro lado, cada pequeño sector administrativo ha decidido que tiene que defenderse solo. Además, la destrucción de Ithor ha sembrado el terror en el Gobierno. Algunos quieren rendirse a los yuuzhan vong, otros quieren luchar, y estoy seguro de que a más de uno le gustaría pactar con ellos con tal de destruir a un viejo enemigo.

Pellaeon asintió.

—De alguna manera, la victoria sobre el Imperio fue lo peor que pudo pasar a la Nueva República. Vuestro odio hacia nosotros os unió entonces, pero ahora hay fuerzas que quieren dividiros en su propio beneficio. Sin embargo, usted es afortunado porque su papel en todo esto ha sido elogiado en gran medida.

El bothan suspiró.

—Mi primo va a ser condecorado por su breve actuación en el primer encuentro. Ahora se cree un héroe. Le parece de rigor elevarme a su nivel, lo que le eleva a él todavía más, que es lo que quiere la gente.

—Es lo que necesitan: héroes en los que creer.

—Lo sé, Gilad, y no les quitaré a sus héroes, pero preferiría que creyeran en usted o en los Jedi, en lugar de en alguien que sacó partido de estar en el lugar inadecuado en el momento erróneo —Traest se rascó la cabeza—. Lo siento mucho por Corran Horn.

Pellaeon asintió lentamente.

—Sí, el hombre que perdió Ithor.

—Vaya, parece que sólo ha visto los primeros holotelediaros. Tras esta semana ya le acusan de ser el hombre que mató a Ithor.

—Alguien tenía que cargar con las culpas —el almirante imperial sonrió—. Durante la media hora que hubo entre su victoria y la destrucción del planeta, estuve orgulloso de lo que había hecho, de la postura que adoptó. No sólo ganó, sino que permitió salvar muchísimas vidas. Todo eso para nada.

—Peor que para nada. Los Jedi están siendo ridiculizados. Los militares van a ser sometidos a una auditoría en el Senado —Traest sonrió—. ¿No sobrará trabajo en el espacio imperial?

—Yo estaba pensando decirle que me guardara un sitio en el imperio que piensa crear en las Regiones Desconocidas.

—Será un placer, señor —el bothan sonrió y sus dientes brillaron—. Le mantendré informado del curso de los acontecimientos.

—Se lo agradezco, yo haré lo mismo —Pellaeon asintió y miró a los otros dos hombres que se acercaban a él—. General Antilles, coronel Fel, ¿qué han decidido?

Jagged Fel se llevó las manos a la espalda.

—Voy a enviar uno de mis escuadrones de vuelta con usted, señor. Llevará un informe a mi padre. Yo me quedaré aquí con dos escuadrones, en apoyo al Escuadrón Pícaro. Espero, señor, que comprenda mi deseo de permanecer aquí.

—Lo entiendo, sí. Le respeto e incluso le envidio —Pellaeon ofreció la mano al joven. Luego se la dio a Wedge Antilles—. No será ésta la última vez que me vean, amigos. Ahora mismo, mi pueblo tiene miedo de ayudarles, pero llegará un momento en que lo que les dé realmente miedo sea el no hacerlo. Y entonces volveré. Sólo espero que no sea demasiado tarde.

—Eso esperamos nosotros también —Traest Kre'fey volvió a dar la mano al almirante Pellaeon—. Que tenga un buen viaje y que su órbita sea segura.

—Lo mismo digo —Pellaeon asintió y subió por la rampa. Miró hacia atrás una vez, sólo para asegurarse de que iba a recordar cómo eran, porque lo cierto es que no estaba nada seguro de volver a verlos. Entonces, la rampa se cerró y

el transbordador le llevó a casa.

—oOOOo—

Jaina seguía aturdida, ahí sentada, en la cabina de meditación del *Ralroost*. La muerte de Anni había dejado un vacío en su vida que la sorprendía y a la vez la aterrizzaba. La sorprendía porque conocía a Anni desde hacía poco tiempo. *Sí, volábamos juntas y dormíamos en la misma habitación, pero...* A Anni le gustaba apostar, y nadie en su sano juicio jugaría con una Jedi, así que Jaina tuvo que buscarse otras formas de pasar el tiempo libre. Cuando estaban juntas se llevaban muy bien. Ella sabía que Anni la apreciaba, y ella apreciaba a Anni a su vez.

Le chocaba que hubieran intimado tanto durante el servicio en el Escuadrón Pícaro. Le sorprendía aún más el no saber apenas nada de Anni. El coronel Darklighter le había dicho que estaba grabando un mensaje para llevárselo a la familia de Anni y preguntó a Jaina si quería enviar uno ella también. Fue entonces cuando se dio cuenta de que Anni tenía una familia. Anni nunca hablaba de su vida fuera del Escuadrón, y Jaina tampoco, porque suponía que todo el mundo sabía ya más de lo que a ella le hubiera gustado.

Contempló la tarjeta de datos que tenía en la mano. Había enviado un mensaje a la familia de Anni y le habían respondido enseguida. La transmisión de holovideo mostraba la imagen de una señora mayor, obviamente la madre de Anni, con los ojos rojos por el llanto, haciendo todo lo posible por no venirse abajo. Le dijo que a Anni le había gustado tenerla como compañera de vuelo, que Anni siempre hablaba de ella en los mensajes que mandaba a casa. La madre de Anni también le contaba que tenía algunas cosas de Anni que quería que fueran para Jaina, y que le gustaría conocerla si alguna vez pasaba por Corellia.

No lo sabía. Tendría que haberlo sabido... Tendría que... Jaina se tapó los ojos con la mano. Las lágrimas se le escapaban entre los dedos. Una sensación de culpa completaba a la de pérdida. Racionalmente sabía que no podía haber hecho nada para salvar a Anni, pero eso no impedía que no dejara de buscar formas de haber salvado a su amiga. *Ahora sé cómo se siente Anakin por lo de Chewie.*

Resopló y se enderezó, secándose las lágrimas, y la puerta de la cabina se abrió. Miró a la silueta e intentó sonreír.

—¿Te ha dicho mamá que vinieras?

Anakin se encogió de hombros y se sentó en el suelo.

—Lo cierto es que la convencí yo a ella. Ella sabía que querías estar sola, pero no quería que estuvieras sola, ni quería que pensaras que te considera demasiado niña como para superar esto por tu cuenta. Yo lo propuse y ella me lo sugirió.

—Seguro que deberías estar en otro sitio.

Él negó con la cabeza.

—No, quería hablar contigo. Pensé que éste era el mejor sitio, es el único lugar donde no me siento acosado.

Jaina frunció el ceño.

—Pero si esto está lleno de Jedi.Ya, pero están todos heridos o demasiado ocupados con lo de Corran. Algunos, como Wurth, se preguntan cómo conseguí matar a varios guerreros yuuzhan vong sin llevarme más que un rasguño, mientras ellos están destrozados —suspiró—. Les hago dudar de sí mismos, y eso es algo que llevan fatal.

—Creo que lo entiendo. Pero no deberían tomarla contigo —sonrió a su hermano pequeño—. ¿Por qué querías estar aquí?

—Tú has perdido a una amiga. Yo también.

—¿Las penas en compañía se llevan mejor?

Él negó firmemente con la cabeza.

—No. Pensé que, bueno, mira, cuando Daeshara'cor murió, me dijo algunas cosas que me hicieron pensar. Pensé que quizá, bueno... Jaina bajó la voz.

—¿Qué, Anakin?

—Bueno, me contó que, para ella, no era tan..., o sea, morir era malo, pero... que no estaba enfadada conmigo —su voz se quebró, y el chico se secó las lágrimas de la cara con la mano—. Tu amiga Anni supo que estabas a salvo. No murió odiándote.

—Anakin, gracias —Jaina resopló—. Yo espero que estés bien. En cuanto a mí... Bueno, necesito que mi corazón, mi cabeza y todo asimilen la situación.

—Sí, ésa parece la parte más difícil —él asintió lentamente—. Yo me encuentro en la misma ruta de vuelo. Si quieres un compañero de vuelo... Ay, perdona.

—No, Anakin, no pasa nada —ella le revolvió el pelo—. Me alegro de que quieras ser mi compañero de vuelo. Lo haremos juntos, hermanito. Creo que eso será lo mejor.

—oOOOo—

Corran dejó que la puerta de su camarote se cerrara tras él y se apoyó en ella. Tosió un poco, aguantando su dolor en el abdomen. Ya había pasado por dos de los tres tratamientos de bacta que los androides Emedé le habían recetado para las heridas, y ya era bastante patente que el bacta había conseguido regenerarle las terminaciones nerviosas.

Descansó, apoyado en la puerta, pero más por cansancio que por no querer hacer lo que tenía que hacer. Caminar por los pasillos del *Ralroost* había sido agotador. Esquivar a los grupos de ithorianos de los estrechos corredores había hecho interminable el recorrido, pero no era sólo su presencia física lo que le hacía desmoronarse.

Podía sentir su angustia a través de la Fuerza. Cuando le hirieron cayó en un trance Jedi y fue inmediatamente transferido a un tanque de bacta. Había estado flotando allí, apenas consciente, mientras los yuuzhan vong atacaban Ithor. Pudo sentir que la vida en el planeta se extinguía, como si algo borrara todas las estrellas del cielo, una a una.

Cuando le sacaron del tanque de bacta, la atmósfera estalló. Lo primero que sintió fue el horror de la tripulación del *Ralroost*, y luego las ondas de dolor procedentes de las lejanas ciudades-nave. La Madre Jungla, la entidad viva que había creado a los ithorianos, que les había nutrido y mantenido, la entidad a la que amaban y a cuya conservación dedicaban sus vidas, había sido destruida. Desde las naves vieron la atmósfera arder como una corona solar alrededor del planeta, dejando a su paso estériles cenizas.

Esa onda de horror y dolor se extinguió, y todos los ithorianos se quedaron tan vacíos por dentro como Corran cuando... Contempló la concha yuuzhan vong que yacía en el armario de su camarote. Se acercó a ella y se puso de rodillas. Acercó un dedo a la criatura-broche, ignorando el pinchazo de la aguja.

La concha se abrió lentamente. El tejido luminiscente irradiaba un resplandor verde pálido que emanaba suavemente de los huesos de Elegos. Había ligeros reflejos en las gemas que hacían las veces de ojos, pero no tenían nada que ver con la versión viva que Corran había conocido. El esqueleto de Elegos le miraba, y Corran deseó con todas sus fuerzas captar al menos un atisbo de sonrisa en él.

El Jedi se apoyó sobre los talones y miró a los ojos enjorrocados de lo que una vez fue su amigo. Se sacó de la túnica la máscara que había pertenecido a Shedao Shai. Pasó una manga por encima de la negra superficie, borrando una mancha, y la colocó respetuosamente en el regazo de Elegos.

—Tu asesino está muerto.

Corran quería decir más cosas, pero se le hizo un nudo en la garganta, y la imagen brillante que tenía ante sus ojos se hizo borrosa. Se cubrió los ojos con una mano, las lágrimas se amontonaron en sus mejillas, y tragó saliva. Se secó más lágrimas, respiró hondo y se tranquilizó.

—Se suponía que su muerte salvaría Ithor, pero no fue así. Sé que te horrorizaría pensar que lo maté por ti. Pero no fue así. Lo maté por Ithor.

El esqueleto dorado le miraba, despiadado y frío. Las gemas de las cuencas

de sus ojos centelleaban.

¿A ti no te engaña nadie, verdad, amigo mío? Corran se frotó los ojos y los abrió de nuevo. Apartó la mirada, incapaz de soportar la mortal expresión de Elegos.

—Eso es lo que me decía a mí mismo. Que era por Ithor. Eso es lo que decía a todo el mundo. A algunos conseguí engañarlos. A casi todos, creo. Menos al Maestro Skywalker. Creo que él sabía la verdad, pero había que aprovechar la oportunidad de salvar Ithor.

Se miró la mano derecha y pudo sentir el peso del sable láser.

—Y yo estaba convencido, de verdad, hasta que... hubo un momento en el combate. Yo había apagado el sable láser. Shedao Shai había perdido el equilibrio. Su anfibastón estaba enterrado en la hierba. Le clavé la empuñadura del sable láser en el estómago.

Corran se estremeció.

—Hubo un momento ahí. Un nanosegundo. Dudé. No porque pensara que la vida es algo sagrado y que es horrible quitarla... como hubieras hecho tú, amigo mío. No, no, dudé porque quería que Shedao Shai supiera que estaba muerto. Y quería que supiera que yo sabía que había muerto. Y si estaba viendo pasar su vida ante sus ojos, quería que se fijara bien. Que se fijara durante un buen rato largo. Quería que supiera que todo aquello había sido inútil.

Corran cerró el puño derecho. Lo apretó contra el muslo para abrirlo y estiró los dedos todo lo que pudo.

—Y, en ese momento, Elegos, deshonré tu sacrificio. Te traicioné. Traicioné a los Jedi. Me traicioné a mí mismo —Corran suspiró—. En ese momento crucé la línea. Caminé por el Lado Oscuro.

Alzó la cabeza y se encontró con la mirada enojada de Elegos.

—Los caamasianos tenéis un dicho: "Si el viento ya no te llama, quizá sea hora de ver si recuerdas tu nombre". El problema que tengo, amigo mío, es que oigo la llamada del Lado Oscuro. Sin tu ayuda, sin tu orientación, no creo que pueda resistirla.

—oOOo—

Jacen contempló a Corran Horn, que se hallaba hecho un ovillo en una silla. El bacta había curado sus heridas físicas, pero la agonía emocional seguía fluyendo en su interior. En opinión de Jacen, Corran lo había hecho todo bien, no había perdido el control, ni había actuado como un mal Jedi, pero así era como le estaban retratando en las noticias sobre Ithor.

Ganner iba de un lado a otro, impaciente.

—No puedo creerlo. Corran se ha jugado la vida, casi muere para salvar Ithor, y le han transformado en "otro Jedi mata-planetas". De Vader a Kyp y a

Corran. Me sorprende que no hayan encontrado una relación entre esto y lo de Caamas.

Luke apretó una mano contra otra.

—La gente se deja llevar por el miedo. No piensan con claridad. Necesitamos calma.

—La calma no es todo lo que necesitamos, Maestro. Hará falta algo más — Corran parpadeó lentamente y alzó la mirada—. Tienes que apartar a los Jedi de mi imagen.

Ganner se quedó de piedra.

—¿Abandonarte?

Corran asintió lentamente.

—Borsk Fey'lya ya se las ha arreglado para reseñar un par de cosas. Yo no era un oficial de las Fuerzas Armadas de la Nueva República en mi misión en Ithor. Ha dicho que mi presencia allí iba en contra de las leyes y las costumbres ithorianas. Me ha hecho cómplice de la destrucción de Ithor porque propuse a Shedao Shai que nos encontráramos allí.

Ganner frunció el ceño.

—He leído un informe que sugiere que deberías haber sabido que un líder yuuzhan vong caído tiene que ser inmolado; así que, al matarlo allí, condenabas el planeta a la destrucción.

Mara soltó una risa seca.

—Y ese conocimiento de la cultura vong procede, sin duda, del supuesto informe de Elegos A'Kla, ¿no? El que se supone que grabó cuando estuvo con ellos, al margen del hecho de que los vong jamás habrían dejado que llevara nada tecnológico encima.

El Maestro Jedi alzó una mano.

—Sabemos que eso es mentira. Alguien se lo inventó y lo está publicando para sacar dinero.

Jacen gruñó.

—Y se está haciendo de oro. Esa historia se está vendiendo muchísimo. Es porque la gente tiene miedo.

—Además de una curiosidad morbosa —Ganner negó con la cabeza—. Es evidente que la destrucción de Ithor ha sido horrible para todos. Dubrillion, Belkadan, incluso Sernpidal, casi nadie conocía esos planetas. Pero Ithor era casi tan conocido como Coruscant.

Corran suspiró.

—Y ahora lo hermanarán con Alderaan.

—Lo que nos lleva a lo que decía el tío Luke al principio. La gente se está dejando llevar por el miedo. Nosotros no podemos hacer eso. Y eso será lo que hagan los Jedi si te abandonamos, Corran.

El Jedi corelliano sonrió débilmente.

—Gracias, Jacen, pero el problema no es dejarse llevar por el miedo de otros, sino dejarse abrumar por él. Maestro, tienes que repudiarme públicamente. Borsk Fey'lya está intentando impedir un desastre. Y la única forma de hacerlo es echar la culpa a otro. Ahora mismo está jugando con los recuerdos de Carida y Alderaan. Está echando la culpa a los Jedi. Tienes que dejar que recaiga sobre mí.

Luke negó vehementemente con la cabeza.

—Los Jedi no van a abandonarte por intrigas políticas.

—Luke —Mara se acercó a su marido desde su silla y le puso una mano en el hombro—. Sabes que te quiero, pero ésta es una pelea que no podemos ganar.

—Sí que podemos, Mara.

—Vale, quizá podamos, pero el esfuerzo que empleemos en ello lo tendremos que sacar de nuestra capacidad para ayudar a la gente —ella suspiró—. Si nos dedicamos a generar polémica social cuando deberíamos estar luchando contra los yuuzhan vong, el fracaso será estrepitoso. Ahora mismo, Borsk Fey'lya nos ha ofrecido una salida, y es que Corran asuma la responsabilidad de la pérdida de Ithor. Lo único que hará falta será que emitas un comunicado diciendo que las acciones de Corran no contaban con tu consentimiento.

—Eso no es verdad.

Corran suspiró.

—Desde cierto punto de vista sí lo es. Tuviste tus reservas durante todo el duelo. Te preocupaba lo que me pudiera causar esa pelea. De hecho, me dijiste varias veces que los Jedi no son guerreros.

—Corran, yo fui tu hombre de confianza en ese duelo.

—Escogiste apoyarme a pesar de mis errores porque la oportunidad que nos ofrecía el duelo salvaría miles de vidas.

Una sensación de resignación recorrió a Luke Skywalker y sorprendió a Jacen.

—Tío Luke, ¿vas a dar tu aprobación a todo esto?

El Maestro Jedi alzó la mirada.

—No puedo contra su lógica.

—¡Yo sí! Están diciendo que las mentiras contadas por Borsk Fey'lya y por los demás son suficientes para destruir la reputación de un Caballero Jedi. Sólo por hacer que nuestras vidas sean un poco más fáciles, vas a dejar a Corran a un lado. Eso no está bien y no estoy de acuerdo en absoluto.

—Lo estarás, Jacen —Corran asintió apesadumbrado—. Esto es lo que hay que hacer.

—Estáis dejando que el fin justifique los medios —Jacen parpadeó atónito—. ¿No lo veis? Para ahorrarnos un poco de dolor, estáis actuando con la maldad propia de Darth Vader o de Thrawn.

—Jacen, si te fijas en el resultado a corto plazo, tu lectura de la situación es correcta. Yo sufriré, pero al menos los Jedi no. Eso servirá para que podáis seguir haciendo lo que es realmente necesario. Si no hiciera esto, sí que me estaría comportando como un malvado.

Corran suspiró profundamente y se estiró en la silla. Apoyó los codos en las rodillas y la cabeza en las manos.

—No soy inocente del todo. Ni mucho menos. Algunas de las cosas que temía el Maestro Skywalker, algunas de las cosas que tú temías, Jacen, sobre la venganza y el Lado Oscuro, eran ciertas. Necesito tiempo para asimilarlas. Y si soy repudiado, bueno, todos sacamos algo bueno. Para los Jedi. Para mí.

La preocupación se reflejó en el rostro y en la voz de Luke.

—Corran, cualquier cosa que necesites...

—Lo sé, Maestro, gracias. Creo, espero, es sólo tiempo.

Ganner se rascó la cicatriz de la cara.

—¿Y qué harás si dejas los Jedi?

Corran se estremeció, incómodo.

—Pues Coruscant ya no sería mi casa. He estado intercambiando mensajes con Mirax. Volveríamos a Corellia. Allí hay cosas que puedo hacer. Mi abuelo sigue teniendo suficiente tirón político como para que me den asilo. Quizá pueda motivar a Corellia para que hagan algo con respecto a los refugiados que han generado los vong. Si la cosa se pone mal, me uniré a Booster en el *Ventura Errante* para echar una mano.

Miró a Luke.

—Ya sabes que aunque tenga problemas, estaré ahí si me necesitas. Pero creo que, ahora mismo, esto es lo mejor que puedo hacer por los Jedi.

—Creo que tienes razón, Corran —Luke alargó la mano y la apoyó sobre la de Mara—. Estás haciendo que una decisión difícil sea mucho más fácil.

Jacen se limitó a negar con la cabeza. No podía creerlo. Los Jedi habían hecho lo que tenían que hacer en Ithor. Habían ayudado en la evacuación de los refugiados, consiguiendo una evacuación total del planeta. Se habían enfrentado a los yuuzhan vong, poniéndose en peligro para desalentar a los invasores. Habían sufrido heridos y bajas, e incluso habían ganado un duelo que debería haber garantizado la seguridad del planeta. Sus esfuerzos habían ayudado a prevenir miles de muertes, pero la traición del enemigo y las intrigas políticas lo resumían todo en un Jedi acusado de un desastre que había intentado prevenir a toda costa.

Y mi tío está aceptando que esto es lo que tiene que pasar. Hacía mucho tiempo que Jacen había decidido que el molde heroico en el que Luke y Corran se habían forjado como Jedi no era el suyo. Le parecía de factura pobre, y todavía más debilitada cuando rendía pleitesía a las consideraciones políticas. *Si servimos a la vida y a la Fuerza, ¿cómo podemos permitir que la política haga que uno de nosotros, que todos nosotros, nos apartemos de eso? ¡No podemos! Tiene que haber otro modo.*

Suspiró. *Tengo que hallar ese otro modo.*

—Jacen.

El joven Jedi se enderezó.

—¿Sí, Corran?

—Eres un idealista y eso es bueno. Sé que no estás de acuerdo con esto. Lo veo en tus ojos. Y en los tuyos también, Ganner. Lo aprecio, pero necesito que ambos hagáis por mí algo que yo no puedo hacer.

Ganner asintió.

—Lo que quieras.

Corran miró a ambos, y cuando sus ojos verdes se encontraron con los de Jacen, el chico sintió un escalofrío.

—Algunos Jedi, como Kyp y Wurth, se tomarán mi retirada como una buena señal. Verán la discusión que acabamos de tener como un signo de debilidad. Cuando me vaya creerán que han ganado algo. Nada de lo que les digáis les hará cambiar de idea. Sólo hará que caigáis todavía más bajo en su escala de valores. Y su juego por el poder se volverá más efectivo.

Miró a Luke.

—Tenéis que apoyar al Maestro Skywalker. Si los Jedi no se mantienen unidos contra los yuuzhan vong, Ithor será una tragedia más de una larga lista.

—Lo haré —Ganner sonrió—. Gracias por darme tan buen ejemplo a seguir.

—No lo sigas demasiado de cerca, Ganner. Sé tú mismo, sé un ejemplo

para otros.

Corran miró a Jacen.

—¿Y tú?

Jacen abrió la boca, pero la cerró de nuevo. Los pensamientos y las emociones campaban a sus anchas en su interior. Quería estar de acuerdo, pero eso implicaba ir en una dirección que no sabía si era la suya. *Una dirección que quizá me aleje de donde necesito estar.* Pero, a pesar de la disyuntiva, asintió.

Haré todo lo que pueda.

—Estoy seguro de que eso será más que suficiente —Corran se enderezó, sacudiéndose de encima la tristeza—. Siento abandonaros. Mi capacidad para ayudaros... Hay cosas que debo hacer. Sólo espero que venzáis a los vong. Y si llega algún día en el que la gente pida el regreso del hombre que mató a Ithor, bueno, entonces sabremos que la invasión habrá escapado a nuestro control y que ya no habrá forma de salvar nada.

FIN